

JENNY HAN

LONG FOREVER
*Para siempre,
Lara Jean*



CROSS
BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Cita final
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Lara Jean está disfrutando de su mejor año. Va a graduarse. Está completamente enamorada de su novio, Peter. Su padre está a punto de volver a casarse. Y Margot regresará a casa en verano justo a tiempo para asistir a la boda.

Pero en el horizonte se acercan cambios... Y mientras Lara Jean se divierte ayudando en los preparativos de la boda, no puede dejar de pensar que tendrá que tomar decisiones muy pronto. Ha de escoger una universidad, y eso puede dar un vuelco en su relación con Peter...

*Para
siempre,
Lara Jean*

JENNY HAN



*A mis queridos lectores
Este libro es para vosotros*

Hay una curva en el camino. No sé lo que me espera
detrás, pero voy a creer que será lo mejor.

L. M. MONTGOMERY, *Ana de las Tejas Verdes*

1

Me gusta observar a Peter cuando no sabe que lo estoy haciendo. Disfruto admirando la línea recta de su mandíbula y la curvatura de sus pómulos. Tiene un rostro franco, inocente, dotado de cierta ternura. Es esa ternura lo que me llega al corazón.

Es viernes por la noche y estamos en casa de Gabe Rivera después del partido de *lacrosse*. Ha ganado nuestro instituto, así que todo el mundo está de buen humor, sobre todo Peter, que ha marcado el tanto decisivo. Lo veo al otro lado de la habitación, jugando al póker con sus compañeros de equipo; está sentado con la silla inclinada hacia atrás y la espalda contra la pared. Aún tiene el pelo húmedo de la ducha tras el partido. Yo estoy en el sofá con mis amigos Lucas Krapf y Pammy Subkoff, quienes hojean el último número de la *Teen Vogue* mientras debaten acerca de si Pammy debería dejarse flequillo.

—¿A ti qué te parece, Lara Jean? —me pregunta Pammy a la vez que se pasa la mano por el cabello de color zanahoria.

Pammy es mi nueva amiga: la he conocido porque sale con Darrell, uno de los mejores amigos de Peter. Tiene cara de muñeca, redonda como un molde de tarta, y las pecas le cubren la cara y los hombros como virutas de chocolate.

—Creo que el flequillo es un compromiso muy serio que no debe tomarse a la ligera. Según lo rápido que te crezca el pelo, podrías tardar hasta un año o más en deshacerte de él. Pero si lo tienes claro, creo que deberías esperar hasta otoño, porque pronto llegará el verano, y el flequillo en verano puede ser pegajoso, hacerte sudar y ser muy molesto... —Desvió la mirada otra vez hacia Peter, que me pilla mirando, y enarca las cejas con un gesto curioso. Yo me limito a sonreírle y niego con la cabeza.

—Entonces ¿no me corto el flequillo?

Me suena el teléfono en el bolso. Es un mensaje de Peter.

¿Quieres irte?

No.

Entonces ¿por qué me mirabas así?

Porque me apetecía.

Lucas está leyendo nuestra conversación por encima de mi hombro, así que lo aparto de un empujón. Niega con la cabeza y me pregunta:

—¿En serio os escribís mensajes cuando estáis a seis metros el uno del otro?

—Son tan adorables... —dice Pammy, arrugando la nariz.

Estoy a punto de responderles cuando veo que Peter cruza la habitación hacia nosotros con aire decidido.

—Ha llegado la hora de que lleve a mi chica a casa —dice.

—¿Qué hora es? —quiero saber—. ¿Ya es tan tarde? —Peter me levanta del sofá y me ayuda a ponerme la chaqueta. Entonces me agarra de la mano y me conduce hasta la puerta a través de la sala de estar de Gabe. Miro atrás y me despido con la mano.

—¡Adiós, Lucas! ¡Adiós, Pammy! Por cierto, ¡creo que estarías preciosa con flequillo!

Cuando llegamos a la acera donde ha dejado el coche, le pregunto a qué viene tanta prisa. Entonces se para, me atrae hacia sí y me besa, todo en un mismo movimiento repentino.

—No puedo concentrarme en las cartas si me miras así, Covey.

—Lo siento —empiezo a decir, pero vuelve a besarme, con las manos firmes sobre mi espalda.

Al entrar en el coche, miro el salpicadero y compruebo que solo son las doce.

—Todavía me queda una hora antes de volver a casa. ¿Qué hacemos?

De toda la gente que conozco, soy la única persona que aún tiene toque de queda. Cuando el reloj marca la una, me convierto en calabaza. Todo el mundo se ha acostumbrado ya a que la novia santurrón de Peter Kavinsky

tenga que estar en casa antes de la una. Nunca me ha molestado demasiado tener una hora de vuelta. Y, la verdad, tampoco es que me esté perdiendo gran cosa. ¿Cómo decía el viejo adagio? Nunca pasa nada bueno después de las dos de la madrugada. A no ser que te encante ver a la gente jugar a voltear el vaso con alcohol toda la noche. A mí no. No, yo prefiero quedarme en casa con mi pijama, una taza de té de buenas noches y un libro, muchas gracias.

—Podemos ir a tu casa. Me gustaría entrar a saludar a tu padre y quedarme allí un rato. Podríamos terminar de ver *Aliens*.

Peter y yo nos estamos poniendo al día con nuestra lista de películas, que consiste en mis elegidas (mis películas favoritas que no ha visto), sus elegidas (sus películas favoritas que no he visto) y otras que no hemos visto ninguno de los dos. *Aliens: El regreso* era una de las elegidas de Peter, y la verdad es que estaba bastante chula. Y, aunque una vez dijo que odiaba las comedias románticas, a Peter le gustó mucho *Algo para recordar* y, qué alivio, porque no sé cómo podría estar con alguien a quien no le gustara *Algo para recordar*.

—Aún no quiero volver a casa —le digo—. Vamos a otro sitio.

Peter se lo piensa un momento, tamborileando los dedos sobre el volante, hasta que dice:

—Ya sé adónde podemos ir.

—¿Adónde?

—Espera y verás —responde. Entonces baja la ventanilla y el frescor nocturno se cuela en el coche.

Me reclino en mi asiento. Las calles están vacías; casi todas las luces de las casas están apagadas.

—Deja que adivine. Vamos a la cafetería porque tienes un antojo de tortitas con arándanos.

—No.

—Mmm. Es demasiado tarde para ir al Starbucks, y Biscuit Soul Food estará cerrado.

—Oye, que la comida no es lo único en lo que pienso —protesta. Luego —: ¿Queda alguna galleta en el táper?

—Se han acabado, pero puede que tenga alguna en casa si Kitty no se las ha comido todas.

Saco el brazo por la ventanilla y lo dejo colgando. Ya quedan pocas noches como esta, en las que todavía hace bastante frío para ponerse

chaqueta.

Miro el perfil de Peter con el rabillo del ojo. A veces sigo sin poder creerme que sea mío. El chico más guapo de todos los chicos guapos es mío y solo mío.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada.

Diez minutos más tarde avanzamos en dirección al campus de la Universidad de Virginia, aunque nadie lo llama «campus», sino simplemente «el césped». Peter aparca a un lado de la calle. Está muy tranquilo para ser un viernes por la noche, pero son las vacaciones de Semana Santa, así que no hay mucha gente.

Caminamos por el césped con las manos enlazadas cuando de repente me invade una sensación de pánico. Entonces me paro en seco y le pregunto:

—Oye, no me dará mala suerte estar aquí antes de matricularme de verdad, ¿no?

Peter se echa a reír.

—No es una boda. No te vas a casar con la uni.

—Para ti es fácil decirlo, porque ya has entrado.

Peter se había comprometido con el equipo de *lacrosse* de Virginia el año anterior, y luego se había preinscrito en otoño. Como casi todos los deportistas, tenía asegurada la entrada a la universidad siempre que sus notas fueran buenas. Cuando recibió la confirmación oficial en enero, su madre le organizó una fiesta y yo le hice una tarta en la que ponía «Universidad de Virginia» con glaseado amarillo.

Peter me tira del brazo y dice:

—Vamos, Covey. Somos nosotros los que creamos nuestra propia suerte. Además, estuvimos aquí hace dos meses por aquello del Centro Miller.

—Es verdad. —Me relajo.

Proseguimos nuestro paseo por el césped. Ya sé adónde vamos a ir ahora. A la Rotonda, a sentarnos en la escalinata. Quien diseñó la Rotonda fue Thomas Jefferson, fundador de la universidad, y lo hizo inspirándose en el Panteón, con sus columnas blancas y su enorme cúpula. Peter sube los escalones corriendo como si fuera Rocky y se tira al suelo. Yo me siento enfrente de él, inclinada hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Sabes qué? —empiezo a decir—. Una de las peculiaridades de esta universidad es que en su centro, justo en medio de la Rotonda, hay una

biblioteca en lugar de una iglesia. Eso es porque Jefferson era partidario de la separación entre la universidad y la Iglesia.

—¿Lo has leído en el folleto? —Peter se burla de mí mientras me planta un beso en el cuello.

—Lo aprendí en la visita guiada que hice el año pasado... —respondo embobada.

—No me habías contado que hubieras hecho ninguna visita. ¿Por qué lo hiciste si ya eres de aquí? ¡Habrás venido un millón de veces!

Tiene razón: he estado aquí un millón de veces. Solía venir de pequeña con mi familia. Cuando mi madre aún vivía, íbamos a ver los recitales de los Hullabahoos porque le encantaba la música a capela. Nos sacamos un retrato familiar en el césped del campus. Los domingos hacíamos picnics después de misa.

Me vuelvo para mirar a Peter.

—¡Hice la visita porque quería conocer todos los detalles del campus! Cosas que no se saben solo por vivir aquí. Como, por ejemplo, ¿sabes en qué año permitieron la entrada a las mujeres?

Se rasca la nuca.

—Pues... ni idea. ¿Cuándo se fundó la universidad, a principios del siglo XIX? Entonces, no sé, ¿en 1920?

—Pues no, en 1970. —Me vuelvo y miro al frente, hacia el césped—. Después de ciento cincuenta años.

—Madre mía, no me lo puedo creer —responde interesado—. Venga, cuéntame más cosas.

—La de Virginia es la única universidad de Estados Unidos que ha obtenido el título de Patrimonio de la Humanidad según la Unesco —comienzo a explicar.

—Da igual, no me cuentes más cosas —me dice, y le doy un cachete en la rodilla—. Mejor contéstame una pregunta. Dime qué es lo que te hace más ilusión de venir aquí a estudiar.

—Tú primero. ¿Qué es lo que te hace más ilusión?

—Muy fácil —responde Peter en el acto—. Correr contigo desnudos por el césped.

—¿Eso es lo que más te apetece? ¿Correr por ahí en bolas? Yo jamás he hecho eso, por cierto —apostillo. Él se ríe.

—Es una tradición universitaria. Pensaba que respetabas las tradiciones.

—¡Peter!

—Es broma. —Entonces se acerca a mí y me rodea con el brazo, enterrando la nariz en mi cuello como le gusta hacer—. Te toca.

Me sumo en mis ensoñaciones durante un momento. Si me aceptaran aquí, ¿qué sería lo que más ilusión me haría? Son tantas cosas que no puedo nombrarlas todas. Estoy deseando desayunar gofres con Peter todos los días en el comedor. Bajar juntos en trineo por la colina cuando haya nevado. Hacer picnics cuando haga buen tiempo. Quedarnos toda la noche hablando, despertar y seguir hablando. Lavar la colada en plena noche, las excursiones improvisadas. Todo...

Al final, digo:

—Es que no quiero gafarlo.

—¡Venga ya!

—Vale, vale... Supongo que lo que más me apetece es... poder entrar en la Sala McGregor cuando me dé la gana.

Peter parece decepcionarse. Seguro que pensaba que iba a decir algo relacionado con él. Con nosotros. Pero, por algún motivo, de momento prefiero guardarme esas expectativas para mí sola.

—Puedes venir conmigo a la Sala McGregor —digo—. Pero tienes que prometer que no harás ruido.

—Lara Jean —me dice Peter cariñosamente—, eres la única persona que conozco que está deseando ponerse a estudiar en una biblioteca.

En realidad, y solo a juzgar por lo que he visto en Pinterest, estoy bastante segura de que hay muchas personas a quienes les gustaría visitar una biblioteca tan bonita como esa, pero Peter no los conoce. Me considera tan peculiar que no pienso ser yo quien le informe de que no lo soy tanto, y de que hay un montón de gente a la que le gusta quedarse en casa, hacer galletas y álbumes de recortes y visitar bibliotecas. La mayoría de ellas tienen más de cincuenta años, pero eso da igual. Me gusta su manera de verme, como si fuera una ninfa de los bosques con la que se tropezó un día y a la que no tuvo más remedio que llevarse a casa para siempre.

Se saca el móvil del bolsillo de la sudadera.

—Son las doce y media. Deberíamos irnos en breve.

—¿Tan pronto? —suspiro. Me gusta estar aquí de noche. Es como si todo esto fuera nuestro.

En el fondo, siempre he querido estudiar en la Universidad de Virginia.

Nunca había pensado en ir a otro sitio, ni se me pasaba por la cabeza. Iba a presentar la preinscripción cuando lo hizo Peter, pero la señora Duvall, mi consejera académica, me recomendó que esperase un poco, ya que sería mejor mandarles mis notas del último año. Según ella, siempre era aconsejable mostrarte en tu mejor momento.

Así pues, terminé enviando solicitudes a cinco universidades distintas. Al principio solo iba a pedir plaza en Virginia, en la que es más difícil entrar y que está a un cuarto de hora de casa. Después, en la William and Mary, la segunda más difícil y también mi segunda opción (a dos horas de distancia); y luego estaban la Universidad de Richmond y la James Madison, ambas a una sola hora de viaje, empatadas en el tercer puesto. Todas en el mismo estado. Sin embargo, la señora Duvall me convenció para que me presentara a una universidad de otro estado, por si acaso, por tener otra opción, así que envié una solicitud a la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Es muy difícil que te acepten en una universidad de otro estado, pero escogí esa porque me recuerda a la de Virginia. Tiene un buen programa de humanidades, y no queda demasiado lejos, lo justo para poder volver a casa en caso de emergencia.

No obstante, si pudiera elegir, seguiría quedándome con Virginia sin ninguna duda. Nunca he deseado estar lejos de casa. No soy como mi hermana mayor. Ella soñaba con irse a algún lugar lejano. Siempre ha querido ver mundo. Yo soy más hogareña y, para mí, mi hogar es la Universidad de Virginia, y por eso la prefiero antes que a todas las demás. Tiene un campus de cuento, y todo en ella es perfecto. Y, por supuesto, tiene a Peter.

Seguimos allí un rato mientras le cuento más cosas de la universidad a Peter y él se ríe de mí por saberme tantas anécdotas. Luego me lleva a casa. Es casi la una cuando aparcamos delante de la entrada. Todas las luces de la planta baja están apagadas, pero la de mi padre sigue encendida. Nunca se acuesta antes de que vuelva a casa. Voy a abrir la puerta del coche, pero Peter se arrima a mi lado y me corta el paso.

—Quiero mi beso de buenas noches —dice.

—¡Peter! —Me río—. Tengo que irme.

Entonces cierra los ojos con tozudez y se queda quieto. Me inclino hacia él y le doy un pico en los labios.

—Ya está. ¿Contento?

—No. —Me besa otra vez, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, y dice—: ¿Qué pasaría si volviera cuando estén todos durmiendo, me quedara contigo y me fuera por la mañana muy temprano, por ejemplo, antes de que amanezca?

—No puede ser, así que nunca lo sabremos —le respondo con una sonrisa.

—Pero ¿y si lo hiciera?

—Mi padre me mataría.

—No es cierto.

—Te mataría a ti.

—No es cierto.

—No es cierto —le reconozco—, pero se sentiría muy decepcionado conmigo, y se enfadaría contigo.

—Solo si nos pillara —señala Peter, pero sin mucha convicción. Él tampoco se arriesgaría tanto. Le preocupa demasiado caerle bien a mi padre—. ¿Sabes qué es lo que más me apetece? —Me tira con suavidad de la trenza y añade—: No tener que decir «buenas noches». Odio decir «buenas noches».

—Yo también —contesto.

—Estoy deseando que estemos en la universidad.

—Yo también.

Le doy otro beso antes de salir del coche y me voy corriendo a casa. Mientras camino, miro a la luna, al manto de estrellas que cubre el cielo nocturno, y pido un deseo. «Por favor, Dios, haz que entre en la Universidad de Virginia.»

—¿Qué purpurina le pongo a la peluca de María, rosa u oro? —Acercó un huevo de Pascua a la pantalla del ordenador para que Margot lo vea. He pintado la cáscara de azul turquesa claro y le he pegado un retrato de María Antonieta.

—Acércalo más. —Margot entorna los ojos ante la cámara. Va en pijama y lleva una mascarilla de tela en la cara. Ya le llega el pelo por debajo de los hombros, lo que significa que se lo cortará pronto. Tengo la sensación de que siempre va a llevar el pelo corto a partir de ahora. Le queda muy bien.

Es de noche en Escocia, pero aquí todavía es por la tarde. Estamos a cinco horas y seis mil kilómetros de distancia. Ella, en su habitación de la residencia; yo, sentada a la mesa de la cocina, rodeada de huevos de Pascua y frascos de pintura, lentejuelas, pegatinas y plumas blancas y mullidas que me sobraron después de hacer unos adornos navideños hace unos años. Tengo el portátil apoyado sobre una pila de libros de cocina. Margot me está haciendo compañía mientras termino de decorar los huevos.

—Por si te ayuda a decidir, creo que voy a ponerle un reborde de perlas alrededor —digo.

—En ese caso, me quedo con el rosa —responde, a la vez que se retoca la mascarilla—. El rosa resaltará más.

—Eso pensaba yo.

Me pongo manos a la obra espolvoreando la purpurina con una brocha de sombra de ojos. Anoche me tiré varias horas vaciando las yemas de las cáscaras. Se suponía que iba a ser una actividad divertida para Kitty y para mí, como hacíamos en los viejos tiempos, pero me dejó tirada cuando Madeline Klinger la invitó a su casa. Sin embargo, tampoco puedo guardarle rencor: una invitación de Madeline Klinger constituye una ocasión especial y poco corriente.

—Ya no queda mucho para que te respondan, ¿no?

—A lo largo de este mes. —Empiezo a colocar las perlas en fila. Una parte de mí está deseando acabar con esto, pero la otra se alegra de poder contar con este tiempo de incertidumbre, de mantener la esperanza.

—Vas a entrar —dice Margot, y es como si lo proclamara.

Todos los que me rodean parecen creer que mi admisión en la Universidad de Virginia es algo seguro. Peter, Kitty, Margot, mi padre. La señora Duvall, mi consejera académica. Nunca me había atrevido a decirlo en voz alta por miedo a fastidiarlo, pero hasta es posible que yo misma lo pensara. Me he esforzado mucho: he subido mi calificación en doscientos puntos. Mis notas son casi tan buenas como las de Margot, y a ella la habían aceptado. He hecho todo lo que se suponía que debía hacer, pero ¿será suficiente? Llegados a este punto, lo único que puedo hacer es esperar y mantener la esperanza. Mucha esperanza.

Estoy a punto de pegar un lacito blanco encima del huevo cuando me paro para echarle una mirada suspicaz a mi hermana.

—Espera un momento. Si me aceptan, no intentarás convencerme de que vaya a otro sitio solo para que me vuelva más independiente, ¿verdad?

Margot suelta una carcajada y se le escurre la mascarilla de la cara. La recoloca e indica:

—No. Confío en que harás lo que sea mejor. —Sé que habla en serio. Con esas pocas palabras lo dice todo. Yo también confío en mí misma. Confío en que, cuando llegue el momento, sabré qué es lo mejor. Y lo mejor para mí es la Universidad de Virginia. Estoy segura—. Solo te digo que te busques tus propias amistades. Peter hará un montón de amigos del equipo de *lacrosse*, pero no tienen por qué ser la clase de gente que tú querrías tener de amiga. Haz tus propias amistades. Encuentra a tu gente. La uni es grande.

—Eso haré —le prometo.

—Y no olvides apuntarte a la Asociación Asiática. Lo único que lamento de estudiar en otro país es no pertenecer a algún grupo de asiáticos norteamericanos. Sinceramente, es una gozada poder abrirte a tu identidad racial en la universidad. Como le ha pasado a Tim.

—¿Quién es Tim?

—Tim Monahan, de mi clase.

—Ah, ese Tim —digo. Tim Monahan es coreano y adoptado. En nuestro instituto no hay muchos asiáticos, así que nos conocemos todos, al menos de

vista.

—Tim no se relacionaba con asiáticos en el instituto, pero luego se puso a estudiar ingeniería y conoció a un montón de coreanos. Creo que ahora es el presidente de una fraternidad asiática.

—¡Vaya!

—Sin embargo, me alegro de que en el Reino Unido no existan esas cosas. No irás a entrar en una fraternidad femenina, ¿verdad? ¡No es que te juzgue por ello! —se apresura a decir.

—No lo había pensado.

—Pero Peter seguro que entra en alguna.

—Aún no ha dicho nada al respecto... —Aunque no lo había mencionado, no me cuesta mucho imaginarme a Peter en una fraternidad.

—Me han contado que es una faena cuando tu novio pertenece a una y tú no. Creo que es por lo de las fiestas conjuntas y esas cosas, porque es más fácil si eres amiga de las chicas de la fraternidad correspondiente. No sé. A mí me parece una bobada, pero a lo mejor merece la pena. Dicen que a las chicas de las fraternidades les gustan las manualidades —comenta, arqueando las cejas.

—A propósito de manualidades —levanto el huevo para que lo vea—, ¡tachán!

Margot se acerca a la pantalla para verlo mejor.

—¡Deberías abrir un negocio de decoración de huevos de Pascua! Quiero ver los demás.

Levanto el cartón de los huevos. Hay una docena de huevos huecos, algunos pintados de color rosa claro con una cinta trenzada rosa fucsia, otros de azul brillante y amarillo limón, y los demás de lila con flores secas de lavanda. Me alegré de tener una excusa para usar la lavanda seca. Hace unos meses compré un saquito para una *crème brûlée* de lavanda que no ha hecho otra cosa que ocupar espacio en nuestra despensa desde entonces.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —me pregunta Margot.

—Voy a llevarlos a Belleview para que los expongan en la zona de recepción. Normalmente tiene un aspecto tan triste como el de un hospital.

Margot se acomoda sobre sus cojines.

—¿Cómo está la gente de Belleview?

—Bien. He estado tan liada con las solicitudes para la universidad y los estudios que no he podido ir tanto como antes. Ahora que ya no trabajo allí

de manera oficial, me cuesta más sacar el tiempo. —Giro el huevo entre los dedos—. Creo que voy a darle este a Stormy. Le va mucho. —Dejo el huevo de María Antonieta en el soporte para que se seque, extraigo un huevo lila y me dispongo a pegarle lentejuelas de color caramelo—. A partir de ahora, quiero ir a visitarlos más a menudo.

—Sé que es difícil —dice Margot—. Vayamos juntas cuando vuelva a casa por vacaciones. Quiero que Stormy conozca a Ravi.

Ravi es el novio de Margot desde hace seis meses. Sus padres son de la India, pero él nació en Londres, así que tiene un acento tan refinado como era de esperar. Cuando lo conocí por Skype, le dije: «Hablas igual que el príncipe Guillermo», y él se rio y me dio las gracias. Tiene dos años más que Margot, y puede que sea porque es mayor, o porque es inglés, pero parece muy sofisticado y todo lo contrario a Josh. No es que sea un pedante, pero desde luego es muy distinto. Más culto, seguramente por vivir en una gran ciudad, y poder ir al teatro cuando quiera, y por conocer a mandatarios y esa clase de gente, ya que su madre es diplomática. Cuando se lo mencioné a ella, se echó a reír y me explicó que solo era porque aún no lo conocía, porque en el fondo Ravi era bastante ganso, para nada regio ni principesco. «No dejes que el acento te engañe», me dijo. Dado que va a venir con ella durante las vacaciones de primavera, supongo que podré comprobarlo por mí misma. El plan es que Ravi pase un par de días en nuestra casa, y luego se irá en avión a Texas para ver a unos parientes. Margot se quedará con nosotros durante el resto de la semana.

—Me muero de ganas de conocerlo en persona —le digo.

Ella esboza una sonrisa.

—Te va a caer genial.

Estoy segura de que será así: todo el mundo que le cae bien a Margot me cae bien a mí. La buena noticia es que, ahora que lo conoce mejor, Margot se ha dado cuenta de lo especial que es Peter. Cuando venga Ravi, podremos salir los cuatro juntos, en plan de parejas.

Me encanta que mi hermana y yo estemos enamoradas a la vez y podamos participar de esa experiencia al mismo tiempo.

A la mañana siguiente, me pongo el pintalabios de color amapola que le gusta a Stormy, coloco los huevos en una cesta de mimbre blanco y me encamino hacia Belleview. Me detengo un momento en la recepción para dejar los huevos y charlar un poco con Shanice. Le pregunto qué novedades hay, y me comenta que han venido dos voluntarios nuevos, ambos estudiantes de la Universidad de Virginia, y ya me siento menos culpable por no haberme pasado tanto por aquí.

Me despido de Shanice y voy al apartamento de Stormy con su huevo de Pascua. Me recibe ataviada con un quimono de color persimón y los labios pintados a juego. Al verme, grita:

—¡Lara Jean! —Después de estrecharme entre sus brazos, empieza a angustiarse—: Me estás mirando las raíces, ¿verdad? Sabía que tendría que haberme teñido el pelo.

—Apenas se ven —la tranquilizo.

Me dice que adora su huevo de María Antonieta y que está deseando presumir de él delante de Alicia Ito, su amiga y rival.

—¿Has traído otro para Alicia? —me interroga.

—No, solo a ti —le digo, y se le iluminan los ojos.

Nos sentamos en el sofá, agita los dedos delante de mi cara y afirma:

—Puesto que veo que ya no tienes tiempo para venir a verme, doy por hecho que estarás como loca con tu joven galán.

—Lo siento —respondo contrita—. Ya he terminado con el papeleo de la universidad y podré venir más a menudo.

—¡Mmm!

Cuando Stormy se pone así, la mejor estrategia consiste en hacerle la rosca y engatusarla.

—Solo hago lo que tú me dijiste que hiciera, Stormy.

Ella inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Qué fue lo que te dije?

—Me dijiste que saliera con muchos hombres y corriera muchas aventuras, igual que tú.

Entonces frunce los labios entre rojos y anaranjados, tratando de sofocar una sonrisa.

—Pues te di un gran consejo. Tú sigue haciendo caso a Stormy y todo te irá de maravilla. Y, ahora, cuéntame algo jugoso.

Me echo a reír.

—Mi vida no es tan jugosa.

Emite un sonido de desencanto con la lengua.

—¿No tienes ningún baile a la vista? ¿Qué hay del baile de fin de curso?

—No es hasta mayo.

—Bueno, pero ¿tienes el vestido?

—Todavía no.

—Más vale que te des prisa. No querrás acabar con el mismo traje que otra chica, ¿verdad, querida? —Estudia mi rostro—. Con tu complexión, creo que deberías ir de rosa. —Sus ojos se iluminan y chasquea los dedos—. ¡Eso me recuerda una cosa! Hay algo que quiero darte. —Stormy se levanta, entra en su dormitorio y vuelve con un pesado estuche de terciopelo.

Abro el estuche y se me escapa un jadeo. ¡Es su anillo con un diamante rosa! El que le regaló el veterano que perdió una pierna en la guerra.

—¡No puedo aceptarlo, Stormy!

—Anda, pues claro que sí. Eres la chica indicada para llevarlo.

Levanto el anillo lentamente y lo coloco en la palma de mi mano izquierda. ¡Ay, cómo brilla!

—¡Es precioso! Pero no debería...

—Es tuyo, tesoro. —Stormy me guiña el ojo—. Préstame atención, Lara Jean. Nunca digas que no cuando quieras decir que sí.

—Pues, entonces, ¡sí! ¡Gracias, Stormy! Te prometo que lo cuidaré bien.

Me da un beso en la mejilla.

—Sé que lo harás, querida.

En cuanto llego a casa, lo guardo en mi joyero para que esté a buen recaudo.

Más tarde ese mismo día, estoy en la cocina con Kitty y con Peter esperando a que se enfríen las galletas con trocitos de chocolate que he preparado. He dedicado las últimas semanas a perfeccionar la receta, un viaje durante el cual Peter y Kitty han sido mis fieles compañeros. A Kitty le gustan las galletas finas y delicadas, mientras que Peter las prefiere blanditas. Para mí, la galleta perfecta es una combinación de ambas: crujiente pero tierna, con un tono marrón claro, con fuerza en el color y en el sabor. Un poco gruesa sin llegar a hincharse. Esa es la galleta que estoy buscando.

Me he leído todos los blogs y he comparado las fotos de todas las recetas en las que solo se usa azúcar blanco frente a las que usan la mezcla de moreno y blanco, bicarbonato frente a levadura, semillas de vainilla frente a extracto de vainilla, chocolate en pepitas frente a tabletas de chocolate frente a tabletas troceadas. He probado a congelar la masa en forma de bolas, y a aplanarla con el culo de un vaso para que queden más uniformes. He congelado la masa en bloque y luego la he cortado. La he separado y la he congelado. La he congelado y la he separado. Aun así, mis galletas siguen creciendo demasiado.

Esta vez les he echado mucho menos bicarbonato, pero continúan estando un poco hinchadas. Me dan ganas de tirar toda la remesa a la basura por no ser perfectas, pero, como es lógico, al final no lo hago, porque sería desperdiciar los ingredientes. En lugar de eso, le digo a Kitty:

—¿No tuviste un problema la semana pasada porque te pillaron hablando durante la hora de lectura en silencio? —Ella asiente—. Llévale estas galletas a tu profesora y le dices que las has hecho para ella y que lo sientes.

Me estoy quedando sin gente a la que regalar galletas. Ya le he dado al cartero, al conductor del autobús de Kitty y a las enfermeras de la planta de papá en el hospital.

—¿Qué harás cuando descubras la receta perfecta? —me pregunta Kitty, con la boca llena de galleta.

—Sí, ¿qué sentido tiene todo esto? —dice Peter—. Es decir, ¿a quién le importa que una galleta con trocitos de chocolate sea un ocho por ciento mejor que otra? Sigue siendo una galleta con trocitos de chocolate.

—Tendré la satisfacción de saber que estoy en posesión de la receta de galletas con trocitos de chocolate perfecta, que transmitiré a la próxima generación de chicas Song.

—O chicos —apunta Kitty.

—O chicos —coincido con ella. Luego le digo—: Y ahora sube a buscar un tarro grande de cristal para las galletas. Y un lazo.

—¿Traerás alguna a clase mañana? —pregunta Peter.

—Ya veremos —replico, porque quiero verlo poner esa cara que tanto me gusta. Entonces lo hace, y levanto las manos para acariciarle las mejillas—. Eres como un niño.

—Y a ti te encanta que lo sea —dice, birlando otra galleta—. Vamos a empezar con la peli ya. Le he prometido a mi madre que me pasaría por la tienda para ayudarla a mover unos muebles.

La madre de Peter tiene una tienda de antigüedades llamada Linden & White, y él le echa una mano siempre que puede.

La película de hoy de nuestra lista es *Romeo + Julieta*, de William Shakespeare, la versión de 1996 con Leonardo DiCaprio y Claire Danes. Kitty ya la ha visto una docena de veces, yo he visto partes, y Peter no la ha visto nunca.

Kitty arrastra su puf por la escalera y se coloca en el suelo con una bolsa de palomitas de microondas. *Jamie Fox-Pickle*, nuestro perro con mezcla de wheaten terrier, se plantifica a su lado en el acto, seguramente con la esperanza de atrapar alguna migaja. Peter y yo nos acurrucamos en el sofá bajo una manta de lana de oveja que nos mandó Margot de Escocia.

Siento palpitaciones en el pecho desde el momento en que Leo entra en escena con ese traje azul marino. Es como un ángel: un ángel bello y herido.

—¿Por qué está tan nervioso? —pregunta Peter, a la vez que se inclina y le arrebató un puñado de palomitas a Kitty—. ¿No es un príncipe o algo parecido?

—No es un príncipe —respondo—. Solo es rico. Y su familia tiene mucho poder en la ciudad.

—Es el chico de mis sueños —dice Kitty, como si fuera suyo.

—Pues ya es un hombre hecho y derecho —comento, sin apartar los ojos de la pantalla—. Tiene casi la misma edad que papá. —Y aun así...

—Un momento, pensaba que yo era el chico de tus sueños —protesta Peter. No me habla a mí, sino a Kitty. Él ya sabe que no es el chico de mis sueños. El chico de mis sueños es Gilbert Blythe, el personaje de *Ana de las Tejas Verdes*. Guapo, leal, estudioso.

—Puaj —suelta Kitty—. Tú eres como mi hermano.

Peter parece haberse ofendido en lo más hondo, así que le doy una

palmadita en el hombro.

—¿No crees que está un poco flacucho? —insiste él.

Le chisto.

Se cruza de brazos.

—No entiendo por qué vosotras podéis hablar durante las películas y a mí me mandáis callar. Es una injusticia.

—Es nuestra casa —dice Kitty.

—¡Tu hermana también me hace callar en mi propia casa!

No le hacemos el menor caso.

En la obra original, Romeo y Julieta no tenían más que trece años. En la película aparentan unos dieciséis o diecisiete. En todo caso, siguen siendo unos adolescentes. ¿Cómo podían estar tan seguros de que estaban hechos el uno para el otro? ¿Les bastó con una mirada a través de un acuario? ¿Fue así como supieron que era un amor por el que merecía la pena morir? Porque lo saben. Lo creen. Supongo que la diferencia consiste en que la gente se casaba mucho antes en aquellos tiempos. Siendo realistas, el «hasta que la muerte os separe» equivalía a quince o veinte años como mucho, ya que la esperanza de vida era mucho más corta que ahora.

Sin embargo, cuando sus miradas se encuentran a través de aquel acuario, cuando Romeo acude a su balcón y le declara su amor... No puedo evitarlo, yo también lo creo. Sí, es cierto que no se conocen lo suficiente, y que su historia acaba casi antes de empezar, puesto que la auténtica historia se habría desarrollado durante el día a día, al escoger continuar juntos a pesar de todos los contratiempos. Y, aun así, estoy convencida de que podrían haberlo logrado si hubieran seguido vivos.

Lloro como una magdalena durante los títulos de crédito, y hasta Peter parece un poco triste, pero Kitty, fría y pragmática como ella sola, se levanta tan fresca y dice que va a sacar a *Jamie Fox-Pickle* a la calle para que haga pis. Yo sigo secándome las lágrimas emocionada en el sofá mientras se marchan.

—Tienen un cuquiencuentro precioso —digo, con la voz quebrada.

—¿Qué es un «cuquiencuentro»? —Peter se ha tumbado de lado con la cabeza apoyada en la mano. Está tan adorable que tengo ganas de pellizcarle los cachetes, pero me contengo y no digo nada; ya se lo tiene bastante creído.

—Un cuquiencuentro se produce cuando el héroe y la heroína se ven por primera vez, y es superbonito. Así es como se sabe que van a acabar juntos.

Cuanto más bonito sea el encuentro, mejor.

—Como cuando Reese salva a Sarah Connor del Terminator y le dice: «Ven conmigo si quieres vivir». Es una frase cojonuda.

—Bueno, supongo que eso también sería un cuquiencuentro, técnicamente... Me refería a algo más en plan *Sucedió una noche*. Deberíamos añadirla a nuestra lista, por cierto.

—¿Es en color o en blanco y negro?

—En blanco y negro.

Peter emite un gemido y se deja caer de espaldas sobre el sofá.

—Qué pena que nosotros no tuviéramos un cuquiencuentro —reflexiono.

—Saltaste encima de mí en un pasillo del instituto. A mí me parece bastante cuqui.

—Pero ya nos conocíamos, así que no cuenta. —Frunzo el ceño—. Ni siquiera nos acordamos de cómo nos conocimos. Qué triste.

—Yo sí me acuerdo de cuándo te conocí.

—Qué va. ¡Mentiroso!

—Oye, solo porque tú no lo recuerdes no significa que yo tampoco lo haga. Me acuerdo de muchas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Dónde nos conocimos? —le reto. Estoy segura de que me va a responder con un embuste.

Peter abre la boca, pero la vuelve a cerrar.

—No pienso decírtelo.

—¿Ves? No se te ocurre nada.

—No, es que no te mereces saberlo porque no me crees.

Pongo los ojos en blanco.

—Menuda bola.

Apago el televisor y nos sentamos en el porche a terminarnos el té dulce que hice anoche. Fuera hace fresco; las temperaturas son lo bastante bajas para recordarnos que la primavera no ha llegado aún, por poco que le falte. El cerezo silvestre del jardín está empezando a florecer. Corre una brisa agradable. Creo que podría pasarme toda la tarde admirando el vaivén de las ramas y el movimiento de las hojas.

Todavía nos queda algo de tiempo antes de que Peter tenga que irse a ayudar a su madre. Lo acompañaría y me ocuparía de la caja mientras él mueve los muebles, pero su madre puso mala cara la última vez que lo hice, y dijo que su tienda era un negocio y no «un lugar para niños». No es que la

madre de Peter deje entrever que le caigo mal, y ni siquiera creo que le caiga mal en el fondo, pero aún no me ha perdonado por haber cortado con Peter el año pasado. Es amable conmigo, pero percibo su desconfianza, y su cautela. Es como una especie de «espera y verás»: esperemos a ver cuándo vuelves a hacerle daño a mi hijo. Siempre me había imaginado que tendría una relación estupenda con mi primera suegra, a lo Ina Garten. Haríamos la cena juntas, entre té y simpatía, y jugaríamos al Scrabble en las tardes de lluvia.

—¿En qué piensas? —me pregunta Peter—. Has vuelto a poner esa cara. Me mordisqueo el labio inferior.

—Me gustaría caerle mejor a tu madre.

—Le caes bien.

—Peter... —Le lanzo una mirada.

—¡Es cierto! Si no le cayeras bien, no te invitaría a cenar.

—Me invita a cenar porque quiere verte a ti, no a mí.

—No es verdad. —Está claro que la idea ni se le había pasado por la cabeza, pero es bastante plausible, y lo sabe.

—A ella lo que le gustaría es que lo dejáramos antes de entrar en la universidad —le suelto.

—Igual que tu hermana.

—¡Ja! —grazno—. ¡Así que admites que tu madre quiere que cortemos! —No sé a santo de qué me pongo tan contenta. Aunque ya lo sospechara, sigue resultando deprimente.

—Es que cree que no es buena idea emparejarse tan jóvenes. No tiene nada que ver contigo. Ya le he dicho que aunque a mi padre y a ella no les fueran bien las cosas, eso no quiere decir que a nosotros nos vaya a pasar lo mismo. Yo no me parezco en nada a mi padre. Y tú no te pareces en nada a mi madre.

Sus padres se divorciaron cuando estábamos en sexto. Su padre vive a treinta minutos de aquí, con su nueva esposa y dos hijos pequeños, pero nunca habla mucho de él. Incluso es raro que lo mencione alguna vez, pero este año, de repente, su padre ha estado intentando retomar la relación con él, invitándolo a partidos de baloncesto, o a su casa a cenar. De momento, Peter se ha mantenido firme como una roca.

—¿Tu padre se parece a ti? —le pregunto—. Es decir, ¿te pareces a él?

—Sí —responde taciturno—. Eso es lo que dice la gente.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Entonces tiene que ser muy guapo.

—Supongo que lo sería cuando era joven —admite a regañadientes—. Pero ahora soy más alto que él.

Eso es algo que Peter y yo tenemos en común: él solo tiene una madre y yo solo tengo un padre. No obstante, él cree que yo he salido ganando, porque tuve una madre que me quería en lugar de un padre que está vivo pero es un capullo. Es su opinión, no la mía. Aun así, una parte de mí está de acuerdo con él, porque yo tengo muy buenos recuerdos de mamá, y él casi no tiene ninguno de su padre.

Por ejemplo, recuerdo que me encantaba sentarme con las piernas cruzadas delante de ella después de darme un baño y ver la tele mientras me desenredaba el pelo. Margot odiaba tener que quedarse quieta para ello, pero a mí no me importaba. Esos son mis recuerdos favoritos: más una sensación que un acontecimiento concreto. El eco de un recuerdo, algo difuso, tierno y corriente, todo al mismo tiempo. Otro momento que recuerdo es cuando dejábamos a Margot en clase de piano y nos íbamos a comer un helado a escondidas en el aparcamiento del McDonald's. Con caramelo y sirope de fresa. Además, siempre me daba sus cacahuetses para que yo tuviera una ración doble. Una vez le pregunté por qué no se tomaba los cacahuetses con el helado, y me respondió que era porque a ella le gustaban, pero que a mí me encantaban. Y me acuerdo de cuánto me quería.

Sin embargo, aun a pesar de todos esos buenos recuerdos, que no cambiaría por nada en el mundo, sé que, aunque mi madre hubiera sido una imbécil, seguiría prefiriendo que estuviera a mi lado a no tenerla. Espero que Peter pueda llegar a sentir lo mismo por su padre algún día.

—¿En qué piensas ahora? —me pregunta.

—En mi madre —le digo.

Peter deja su vaso a un lado, se despereza y apoya la cabeza en mi regazo. Entonces me mira y asegura:

—Me hubiera gustado conocerla.

—Seguro que se habría quedado prendada de ti. —Le acaricio el pelo—. ¿Crees que podré conocer a tu padre algún día? —digo insegura.

Su expresión se ensombrece, y me arrepiento de haberlo mencionado.

—Más te vale no conocerlo —señala—. No merece la pena. —Se arrima a mí—. Oye, este año podríamos disfrazarnos de Romeo y Julieta por Halloween. A los universitarios les encanta Halloween.

Me apoyo en la columna. Está cambiando de tema, lo sé, pero le sigo la corriente.

—Te refieres a la versión de Romeo y Julieta de Leo y Claire.

—Eso es. —Me tira de la trenza—. Seré tu caballero de brillante armadura.

Le acaricio el pelo.

—¿Estarías dispuesto a dejarte el pelo un poco más largo? O tal vez..., ¿a teñirte de rubio? Si no, los demás podrían pensar que eres un caballero cualquiera.

Peter se echa a reír con tantas ganas que dudo que haya escuchado el final de la frase.

—Por favor, Covey, ¿cómo puedes ser tan graciosa?

—¡Era broma! —Más o menos—. Pero ya deberías saber que me tomo los disfraces muy en serio. Si lo hacemos, pues hagámoslo como es debido.

—A ver, quizá podría ponerme una peluca, pero no te prometo nada. Será mi primer Halloween en la universidad.

—Yo ya he estado en la universidad durante Halloween.

El año que Margot se sacó el carnet de conducir, llevamos a Kitty a pedir dulces por el campus. Aquella vez se vistió de Batman. Me pregunto si le gustaría repetirlo.

—Quiero decir que por fin podremos entrar en las fiestas de Halloween de los universitarios. Entrar con todas las de la ley, sin tener que colarnos. Cuando estaba en segundo, a Gabe y a mí nos echaron de una fiesta de Sigma Alfa Épsilon y fue el momento más vergonzoso de mi vida.

—¿Tú? —Lo miro sorprendida—. Tú no tienes vergüenza.

—Bueno, pues ese día sí la tuve. Estaba intentando camelarme a una chica disfrazada de Cleopatra cuando unos chicos mayores me dijeron: «Eh, tú, largo de aquí, renacuajo», y ella y sus amigas se partieron de risa. Qué idiotas.

Me inclino sobre él y le doy un beso en la mejilla.

—Yo nunca me reiría de ti.

—Siempre te estás riendo de mí —dice. Entonces levanta la cabeza y me acerca la cara, y empezamos a besarnos boca abajo como en *Spider-Man*.

—Y a ti te encanta que lo haga —le respondo, y se encoge de hombros con una sonrisa.

Es el primer día de la semana de fiestas de último curso, y cada día hay un tema distinto. El tema de hoy es el espíritu estudiantil, así que me pongo el jersey de *lacrosse* de Peter y unas coletas atadas con lazos de los colores del instituto, azul claro y blanco. Peter se ha pintado la mitad de la cara de azul claro y la otra mitad de blanco. Cuando ha venido a recogerme esta mañana, he pegado un grito al verlo.

El resto de la semana se reparte de la siguiente manera: el martes es el día de los años setenta; el miércoles, la fiesta de pijamas; el jueves, el día de los personajes (que es el que más ilusión me hace), y el viernes nos vamos de viaje de estudios. Había que votar entre Nueva York y Disney World, y al final salió Nueva York. Serán tres días e iremos en un autocar alquilado. Es el momento perfecto para hacerlo, porque los de último curso nos estamos volviendo locos esperando las respuestas de las universidades, y a todos nos vendrá bien una distracción. Excepto a aquellos que mandaron una preinscripción y ya saben adónde van a ir, como Peter, y como Lucas Krapf, que irá a la Universidad Sarah Lawrence. La mayor parte de mi clase se quedará dentro del estado. Tal y como dice nuestra consejera académica, la señora Duvall, ¿qué sentido tiene vivir en Virginia y no aprovechar sus grandes universidades? A mí me parece bonito que muchos de nosotros nos vayamos a quedar en Virginia, sin desperdigarnos por todos los rincones de la Tierra.

Cuando entro en la cafetería con Peter a la hora de comer, el conjunto a capela está cantándole una serenata a una chica de segundo al son de la canción *Will You Still Love Me Tomorrow?*, pero en realidad dicen «Ven conmigo al baile, Gina». Nos paramos a escucharlos antes de ponernos a la cola de la comida. Todavía faltan algunos meses para el baile de final de curso, pero las invitaciones ya están corriendo como la pólvora. Hasta el

momento, la más impresionante ha sido la de la semana pasada, cuando Steve Bledell se metió en el sistema del tablón de anuncios electrónico y sustituyó los anuncios del día con la frase «Ven conmigo al baile, Liz», y el Departamento de Informática tardó dos días en averiguar cómo arreglarlo. Esta misma mañana, Darrell ha llenado la taquilla de Pammy con rosas rojas, y ha escrito la palabra «¿BAILE?» con pétalos en la puerta. El conserje le ha echado la bronca, pero las fotos han quedado preciosas en el Instagram de Pammy. No sé qué es lo que planea hacer Peter. No es que sea el chico más detallista del mundo.

Mientras esperamos en la cola, Peter va a coger un *brownie* del mostrador, pero le digo que he traído galletas y se emociona.

—¿Puedo comerme una ya? —me pide. Saco el táper de mi mochila y Peter coge una—. No vamos a compartirlas con nadie más, ¿vale? —dice.

—Demasiado tarde —le advierto, porque sus amigos acaban de vernos.

Darrell va canturreando «Sus galletas vuelven locos a todos los chicos» mientras se acerca a la mesa. Dejo el táper encima y todos se pelean por cogerlas, apoderándose de ellas y devorándolas como si fueran troles.

Pammy consigue hacerse con una y dice: «Sois unos animales».

Darrell echa la cabeza hacia atrás y emite un rugido bestial. Ella suelta una risita.

—Están increíbles —gime Gabe, a la vez que se chupa el chocolate de los dedos.

—No están mal —respondo modestamente—. Buenas, pero no increíbles. No son perfectas. —Rompo un trocito de la galleta de Peter—. Están mejor recién salidas del horno.

—Por favor, ¿puedes venir a mi casa a hacer galletas para que pueda saborearlas recién salidas del horno? —Gabe muerde otra galleta y cierra los ojos de placer.

Peter engancha otra.

—¡Deja de comerte las galletas de mi novia! —Aunque ya ha pasado un año, sigo emocionándome cada vez que lo oigo decir «mi novia» para referirse a mí.

—Como sigas así, te va a salir panza —indica Darrell.

Peter le da un mordisco a la galleta, se levanta la camisa y se palpa el estómago.

—Como una tableta de chocolate, nene.

—Eres una chica con suerte, larguirucha —dice Gabe.

Darrell niega con la cabeza.

—No, es Kavinsky quien tiene suerte.

Peter me mira y guiña el ojo, y a mí se me acelera el corazón.

Tengo la sensación de que, cuando tenga la edad de Stormy, serán estos momentos cotidianos los que mejor recordaré: Peter mordiendo una galleta de chocolate con ansia; el sol que entra por la ventana de la cafetería y se refleja en su cabello castaño; su manera de mirarme.

Peter tiene entrenamiento de *lacrosse* después de clase, así que lo espero sentada en las gradas mientras hago los deberes. De todos los chicos del equipo, él es el único que va a ir a una universidad de primera división, y el entrenador White ya está lamentándose por cómo se quedará el equipo una vez que se haya ido. No entiendo muy bien los entresijos del juego, pero sé cuándo hay que vitorear y cuándo hay que abuchear. Tan solo me gusta verlo jugar. Él siempre cree que va a culminar cada jugada con un tanto, y lo normal es que así sea.

Mi padre y la señora Rothschild ya son pareja oficial, y llevan siéndolo desde septiembre. Kitty está encantada; se adjudica todo el mérito cada vez que tiene la oportunidad. «Todo formaba parte de mi plan magistral», como suele presumir. Está bien, lo reconozco: la chica tiene cierta intuición. Al fin y al cabo, consiguió que Peter y yo volviéramos a estar juntos contra todo pronóstico, y ahora estamos enamorados.

Para no tener nada en común, la señora Rothschild y mi padre hacen muy buena pareja, sorprendentemente. (De hecho, a Peter y a mí nos pasa lo mismo.) Está claro que la cercanía lo cambia todo. Dos vecinos solitarios, Netflix, un par de perros, una botella de vino blanco. En mi opinión, son una pareja preciosa. Mi padre parece mucho más vivaz desde que la señora Rothschild está a su lado. Siempre están yendo a sitios juntos, haciendo actividades de verdad. Por ejemplo, los sábados por la mañana, antes de que nos despertemos los demás, se van a hacer senderismo y ven el amanecer. Jamás me hubiera imaginado a mi padre haciendo senderismo, pero ahora es como su segunda naturaleza. Salen a cenar; visitan bodegas; quedan con los amigos de la señora Rothschild. Es cierto que aún le gusta quedarse en casa viendo algún documental, pero su mundo es mucho más amplio desde que

ella está en él, y mucho menos solitario, aunque yo no supiera que lo fuera. Sin embargo, ahora que se le ve tan dinámico y vivaz, después de ocho largos años tras la muerte de mamá, sé que debía de ser así. La señora Rothschild come con nosotros varias veces a la semana, y ahora incluso nos resulta extraño no verla sentada a la mesa del comedor, con su risa sonora y gutural, y su copa de vino blanco junto a la cerveza de papá.

Esa noche, cuando saco las galletas y el helado después de cenar, mi padre dice: «¿Más galletas?», y él y la señora Rothschild intercambian una mirada de complicidad. Mientras unta una galleta con helado de vainilla, comenta:

—Últimamente has estado cocinando mucho. Debes de estar ansiosa por recibir una respuesta de las universidades.

—No tiene nada que ver con eso —repongo—. Solo trato de perfeccionar mis galletas con trocitos de chocolate. Deberíais estar agradecidos.

—¿Sabéis qué? —empieza mi padre—. Leí un estudio en el que se decía que la cocina es terapéutica. La explicación estaba relacionada con la repetición de procesos, como medir los ingredientes, y con la creatividad. Los psicólogos lo llaman «activación conductual».

—Pues, oye, si te funciona, genial —exclama la señora Rothschild mientras parte una galleta y se mete un trozo en la boca—. Yo voy a clases de SoulCycle, y es ahí donde encuentro el equilibrio. —Si Margot estuviera aquí, habría puesto los ojos en blanco. La señora Rothschild me obligó a acompañarla una vez, y no dejé de perder el ritmo e intentar recuperarlo sin éxito—. Tienes que volver a ir, Lara Jean. Hay una profesora nueva muy buena que solo pone canciones de la Motown. Te va a encantar.

—¿Cuándo podré ir yo, Tree? —pregunta Kitty. Ahora le gusta llamar así a la señora Rothschild. Yo sigo pensando en ella como la señora Rothschild, y se me escapa de vez en cuando, pero trato de llamarla Trina en persona cuando me acuerdo.

—Podrás venir conmigo cuando tengas doce años —responde ella—. Son las reglas del SoulCycle.

Cuesta creer que Kitty haya cumplido once años ya. Ella tiene once y yo cumpliré los dieciocho en mayo. El tiempo pasa tan rápido... Miro a mi padre al otro lado de la mesa, quien mira a Kitty con una sonrisa melancólica en la cara, y luego a mí. Debe de estar pensando lo mismo.

Entonces empieza a cantar «*Lara Jean, don't you worry 'bout a thing*»

imitando a Stevie Wonder, y las demás nos quejamos con un gemido. Mientras devora su sándwich de helado casero, me dice:

—Te has esforzado mucho, y todo saldrá bien, cariño.

—Los de la Universidad de Virginia no te rechazarían ni en un millón de años —asegura la señora Rothschild.

—Toco madera —dice Kitty, a la vez que golpea la mesa de la cocina con el nudillo. Y me pide—: Hazlo tú también.

Obedezco sus órdenes y pregunto:

—¿Por qué hacemos eso de tocar madera?

Mi padre se anima de repente.

—En realidad, se supone que viene de la mitología griega. Según cuenta la leyenda, las dríadas vivían en los árboles, y la gente las invocaba para pedirles auxilio. Por eso se toca la madera: para contar con un poco de protección adicional y no tentar a la suerte.

Ahora somos la señora Rothschild, Kitty y yo quienes intercambiamos una mirada. Papá es muy cuadriculado, y la señora Rothschild parece joven a su lado, aunque él no sea mucho mayor que ella. Y, sin embargo, les va bien.

Por la noche soy incapaz de conciliar el sueño, así que me tumbo en la cama mientras vuelvo a repasar las actividades extraescolares de mi expediente. Lo más destacado es Belleview y mi trabajo como becaria en la biblioteca el verano pasado. Mis notas de la selectividad son superiores a la media de los graduados de la Universidad de Virginia. Margot entró con solo cuarenta puntos más que yo. Saqué la puntuación máxima en el examen de Historia de Estados Unidos. He conocido a gente que ha entrado en Virginia con menos que eso.

Tengo la esperanza de que mi redacción me haga quedar bien. La escribí acerca de mis hermanas y mi madre, y de cómo nos había hecho ser como éramos: en vida y después. La señora Duvall me dijo que era la mejor que había leído en muchos años, pero las chicas Song siempre hemos sido sus ojitos derechos, así que quién sabe.

Sigo dando vueltas durante algunos minutos, hasta que por fin aparto las sábanas y salgo de la cama. Entonces bajo a la cocina y me pongo a medir los ingredientes para hacer galletas con trocitos de chocolate.

Ha llegado el jueves, el día de los personajes, el mismo que llevo esperando toda la semana. Peter y yo hemos dedicado varias horas a discutir el tema de los disfraces. Yo hice una defensa bastante convincente a favor de Alexander Hamilton y Eliza Schuyler, pero tuve que retractarme al reparar en lo carísimo que nos saldría alquilar un traje de la época colonial con tan poca antelación. Es posible que los disfraces en pareja sean mi parte favorita de tener novio. Aparte de los besos, y de tener un chófer gratis, y del mismo Peter.

Él quería ir de Spider-Man y que yo me pusiera una peluca roja para ir de Mary Jane, más que nada porque ya tenía el disfraz, y ya que estaba tan bueno gracias al *lacrosse*, ¿por qué no iba a darle al público lo que quería? Son sus palabras, no las mías.

Al final decidimos ir como Tyler Durden y Marla Singer, de *El club de la lucha*. En realidad, fue idea de mi mejor amiga, Chris. Estábamos en mi casa viendo la película con Kitty cuando me dijo: «Kavinsky y tú deberías ir como esos pirados». Según ella, todo el mundo se iba a quedar alucinado, por lo menos conmigo. Al principio me opuse, porque Marla no es asiática y me niego a disfrazarme de personas de otras razas por una cuestión de principios. Pero luego, la madre de Peter le encontró una chaqueta de cuero roja en una subasta de patrimonio, y fue como una señal. En cuanto a mí, la señora Rothschild va a prestarme ropa de su propio armario, puesto que vivió su juventud en los años noventa.

Esta mañana, la señora Rothschild se pasa por casa antes del trabajo para echarme una mano con el estilismo. Me siento a la mesa de la cocina con su vestido negro de tirantes, un abrigo de angora sintética y una peluca que Kitty despeina con abandono para darle ese aspecto salvaje de recién salida de la cama. No dejo de apartarle las manos llenas de espuma, mientras que ella no

cesa de repetirme: «Tiene que ser así».

—Tienes suerte de que nunca tire nada —dice la señora Rothschild, y toma un sorbo de su termo de café. Entonces abre una bolsa y me lanza unos taconazos negros de plataforma.

»Cuando tenía veinte años, me encantaba Halloween. Era la reina de los disfraces. Ahora ha llegado el momento de que te entregue a ti la corona, Lara Jean.

—Puedes seguir siendo la reina si quieres —le respondo.

—No, lo de disfrazarse es para los jóvenes. Si ahora me vistiera de Sherlock Holmes seductora, parecería una desesperada. —Me ahueca un poco la peluca—. No pasa nada, yo ya tuve mi momento. —Y a Kitty le dice —: ¿Cómo lo ves? ¿Le ponemos un poco más de sombra gris metalizada?

—Tampoco os paséis —digo—, que solo voy al instituto.

—El objetivo de disfrazarse consiste precisamente en pasarse —declara la señora Rothschild con buen humor—. Hazte muchas fotos cuando estés allí y mándamelas para que pueda presumir de mi obra ante mis compañeras. Les va a encantar... Madre mía, y a propósito del trabajo, ¿qué hora es?

La señora Rothschild siempre llega tarde, cosa que saca de quicio a mi padre, porque él siempre llega con diez minutos de antelación, ¡y aun así lo sigue haciendo!

Cuando Peter viene a recogerme, salgo corriendo, abro la puerta del coche y suelto un grito al verlo. ¡Lleva el pelo rubio!

—¡Toma ya! —chillo, tocándole el pelo—. ¿Te lo has decolorado?

Esboza una sonrisita de autocomplacencia.

—Es un spray. Me lo compró mi madre. Puedo ponérmelo otra vez cuando vayamos de Romeo y Julieta en Halloween. —Mira mi atuendo de arriba abajo—. Me gustan los zapatos. Estás muy *sexy*.

Siento que se me acaloran las mejillas.

—Anda, calla.

Mientras nos alejamos de mi entrada, me echa otra ojeada y dice:

—Como quieras, pero es la verdad.

Le doy un empujoncito.

—Solo voy a decir una cosa: espero que la gente sepa de qué voy vestida.

—Yo te cubro las espaldas —me asegura.

Y cumple su palabra. Al entrar por las puertas del instituto, Peter hace sonar el *Where Is My Mind?* de los Pixies a todo volumen con el móvil, y

hasta hay quien nos aplaude. Nadie me pregunta si soy algún personaje de manga.

Después de clase, volvemos a mi casa y me tumbo con él en el sofá; los pies le sobresalen por el borde. Aún va con el disfraz puesto, pero yo me he cambiado ya.

—Siempre llevas unos calcetines muy monos —dice, al mismo tiempo que me levanta el pie derecho. Los de hoy son grises con topitos blancos y caritas de osos amarillos.

—Me los manda mi tía abuela de Corea —le explico orgullosa—. Para que lo sepas, en Corea hacen las cosas más monas del mundo.

—¿Puedes pedirle unos para mí también? Pero con ositos no, sino con tigres o algo así. Los tigres molan.

—Tienes los pies demasiado grandes para unos calcetines tan bonitos como estos. Te apretujarían los dedos. Se me ocurre algo: puede que encuentre unos de tu talla en..., por ejemplo, ¡el zoológico! —Peter se incorpora y empieza a hacerme cosquillas. Entonces le digo con voz entrecortada—: Apuesto a que... los pandas y los gorilas tendrán que... calentarse los pies de alguna manera... durante el invierno. A lo mejor también tienen algún tipo de tecnología desodorante para los calcetines. — Me da un ataque de risa—. ¡Basta! ¡Deja de hacerme cosquillas!

—¡Pues deja de burlarte de mis pies!

Le meto la mano debajo del brazo y le hago cosquillas con todas mis fuerzas. Sin embargo, al hacerlo me he expuesto a recibir más ataques.

—¡Para ya! ¡Tregua! —grito.

Se detiene, y yo finjo detenerme, pero vuelvo a hacerle cosquillas por sorpresa, y suelta un chillido agudo muy impropio de él.

—¡Habías dicho «tregua»! —me acusa. Ambos sonreímos y volvemos a tumbarnos para recuperar el aliento—. ¿De verdad crees que me huelen los pies?

No lo creo. Me encanta cómo huele después de un partido de *lacrosse*: a sudor, a hierba y a él. Pero también me encanta provocarlo, ver esa expresión de inseguridad que se le forma en la cara durante una milésima de segundo.

—Pues a ver, los días de partido... —empiezo a decir, pero me ataca otra vez, y Kitty nos encuentra luchando entre carcajadas cuando entra con un

sándwich de queso y un vaso de zumo de naranja en una bandeja.

—Deberíais ir arriba —sugiere mientras se sienta en el suelo—. Esta es una zona común.

Me separo de Peter a la vez que la fulmino con la mirada.

—No estábamos haciendo nada íntimo, Katherine.

—Tu hermana dice que me apestan los pies —le explica Peter, extendiendo los pies en su dirección—. ¿A que no es verdad?

Ella los aparta de un codazo.

—No pienso olerte los pies. —Se estremece—. Sois los dos unos perversos.

Suelto un alarido y le lanzo un cojín.

Ella responde con un grito ahogado.

—¡Menos mal que no me has tirado el zumo, porque si no, te la cargas! Papá te mata si vuelves a ensuciar la alfombra. —Entonces me dice con recochineo—: ¿Te acuerdas del incidente del quitaesmalte?

Peter me alborota el pelo y afirma:

—Mira que eres torpona, Lara Jean.

Lo aparto de un empujón.

—No soy torpona. Fuiste tú quien tropezó consigo mismo intentando llegar hasta la pizza el otro día en casa de Gabe.

Kitty suelta una carcajada y Peter le lanza otro cojín.

—¡Dejad de uniros en mi contra! —exclama él.

—¿Te vas a quedar a cenar? —le pregunta ella cuando acaba de reírse.

—No puedo. Mi madre va a hacer filetes fritos.

Kitty pone los ojos como platos.

—Qué suertudo. ¿Qué vamos a cenar nosotros, Lara Jean?

—Ahora mismo estoy descongelando unas pechugas de pollo —le respondo. Tuerce el gesto, así que añado—: Si no te gusta, puedes aprender a cocinar tú misma. Cuando me vaya a la universidad, no podré estar aquí haciéndote la comida, ¿sabes?

—Ya, claro. Seguro que vendrás todas las noches. —Se vuelve hacia Peter—. ¿Puedo ir a cenar a tu casa?

—Claro —le dice él—. Podéis venir las dos.

Kitty se pone a vitorear, pero la mando callar.

—No podemos, porque si no, papá tendrá que cenar solo esta noche. La señora Rothschild tiene clase de SoulCycle.

Kitty le da un bocado a su sándwich de queso.

—Pues entonces me hago otro sándwich de queso. No quiero comer pollo pasado del congelador.

Me enderezo de pronto.

—Kitty, te preparo otra cosa a cambio de que mañana me ayudes a hacerme trenzas. Quiero algo especial para el viaje a Nueva York.

Jamás he estado en Nueva York. Fue el destino que propuse para las últimas vacaciones familiares, pero terminé perdiendo frente a México. Kitty quería ver las ruinas mayas y tener la oportunidad de practicar su español. En el fondo me dio igual haber perdido. Antes de México, ni Kitty ni yo habíamos salido del país. Nunca había visto aguas tan azules.

—Solo te haré trenzas si me sobra tiempo después de hacérmelas a mí —contesta, y supongo que no puedo pedir más. La verdad es que se le da muy bien peinar.

—¿Quién me hará trenzas cuando esté en la universidad? —me pregunto.

—Yo te las haré —dice Peter muy seguro de sí mismo.

—No sabes hacerlas —le respondo altanera.

—La enana me enseña. ¿Verdad, enana?

—Por un precio —responde Kitty.

Empiezan a regatear hasta que acuerdan que Peter llevará a Kitty y a sus amigas al cine un sábado por la tarde. Y así es como acabo sentada en el suelo con las piernas cruzadas, con Peter y Kitty sentados detrás de mí en el sofá, mientras ella le muestra cómo se hace una trenza francesa y él lo graba con el móvil.

—Ahora inténtalo tú —le ordena.

Sin embargo, a él siempre se le cae algún mechón y se desespera.

—Tienes mucho pelo, Lara Jean —se queja.

—Si no puedes con la trenza francesa, puedo enseñarte otra más sencilla —le dice Kitty, con un tono de desprecio inconfundible en la voz.

Peter también lo percibe.

—No, voy a conseguirlo —indica—. Déjame un momento. Voy a dominar la trenza francesa como domino el beso francés. —Me guiña un ojo.

Tanto Kitty como yo reaccionamos con un alarido.

—¡No hables así delante de mi hermana! —chillo, a la vez que le doy un golpe en el pecho.

—¡Era broma!

—Además, ¡tampoco eres tan bueno besando! —Pero lo cierto es que sí, besa genial.

Peter me mira con esa expresión tan suya de «¿a quién quieres engañar?», y no tengo más remedio que encogerme de hombros, ya que ¿a quién quiero engañar?

Más tarde, acompaño a Peter a su coche y se para delante del asiento del pasajero y dice:

—Oye, ¿con cuántos chicos te has besado?

—Solo con tres. Tú, John Ambrose McClaren —pronuncio su nombre muy rápido, como si arrancara una tirita, pero Peter no tarda en poner mala cara— y el primo de Allie Feldman.

—¿El del ojo vago?

—Sí. Se llama Ross. Me parecía mono. Sucedió durante una fiesta de pijamas en casa de Allie. Fue por un juego, pero la verdad es que me apetecía.

Me observa con mirada calculadora.

—Así que John, el primo de Allie y yo.

—Ajá.

—Te estás dejando a alguien, Covey.

—¿A quién?

—¡A Sanderson!

Hago un gesto de negación con la mano.

—Ah, pero eso no cuenta en realidad.

—O sea, que el primo de Allie sí que cuenta a pesar de que lo besaras por casualidad, pero Josh, con el que técnicamente me pusiste los cuernos, no cuenta, ¿eh? —Peter me señala con el dedo—. De eso nada, amiga.

Le doy un empujón.

—¡En ese momento tú y yo no estábamos juntos y lo sabes!

—Eso no es más que un tecnicismo, pero bueno. —Me mira de reojo—. Pues que sepas que tú llevas más que yo. Yo solo me he besado con Gen, con Jamila y contigo.

—¿Y qué hay de la chica que conociste en Myrtle Beach con tus primos? ¿La tal Angelina?

Su rostro adquiere una expresión curiosa.

—Ah, sí. ¿Cómo sabías eso?

—¡Presumiste de ello delante de todos!

Fue durante el verano antes de séptimo curso. Recuerdo que Genevieve se puso furiosa porque Peter hubiera besado a otra chica antes que a ella. Intentamos buscar a Angelina por internet, pero no teníamos mucho en lo que basarnos, aparte de su nombre.

—Por lo tanto, son cuatro las chicas con las que te has besado, y además hiciste mucho más que eso con ellas, Peter.

—¡Vale!

De repente estoy en racha.

—Tú eres el único chico al que he besado de verdad. Y fuiste el primero. Mi primer beso, mi primer novio, ¡el primero en todo! Tú te has quedado con un montón de mis primeras veces, mientras que yo con ninguna de las tuyas.

—En realidad, eso no es del todo cierto —reconoce con timidez.

Entorno los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Jamás existió la chica de la playa. Fue todo mentira.

—¿La Angelina de las tetas gordas no era real?

—¡Nunca dije que tuviera las tetas gordas!

—Sí lo dijiste. Se lo mencionaste a Trevor.

—¡Bueno, vale! Hay que ver. Pero que sepas que esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión, Peter?

Se aclara la garganta.

—Aquel día en el sótano de McClaren. Tú también fuiste mi primer beso.

La risa se me corta en seco.

—¿De verdad?

—Sí.

Lo miro fijamente.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

—No lo sé. Supongo que me daba vergüenza reconocer que me había inventado a una chica. ¡No se lo cuentes a nadie!

Me invade una maravillosa sensación de asombro. Así que el primer beso de Peter Kavinsky había sido conmigo. Pero ¡qué cosa tan divina!

Lo rodeo entre mis brazos y levanto la cabeza con expectación, aguardando recibir mi beso de buenas noches. Él pega su rostro contra el mío y me alegro de que tenga las mejillas tan tersas que ni siquiera necesite

afeitarse. Cierro los ojos y aspiro su aroma esperando a que me bese. Entonces me planta un casto beso en la frente.

—Buenas noches, Covey.

Abro los ojos de golpe.

—¿Eso es todo?

—Antes has dicho que tampoco soy tan bueno besando, ¿no? —responde con petulancia.

—¡Era una broma!

Me guiña el ojo mientras entra en el coche. Arranca, y me quedo viendo cómo se aleja. Incluso después de haber pasado un año juntos, todo sigue pareciéndome muy nuevo. —Querer a un chico, que él también me quiera—. Es como un milagro.

No entro en casa enseguida, por si acaso se le ocurre volver. Espero durante veinte segundos enteros con los brazos en jarras antes de darme la vuelta hacia los escalones de entrada, momento en el que su coche baja otra vez por nuestra calle y se detiene justo delante de mi casa. Peter saca la cabeza por la ventanilla.

—Venga, vale —dice—. Vamos a practicar.

Me acerco corriendo hasta él, lo atraigo hacia mí tirándole de la camisa y pego mi rostro contra el suyo. Entonces lo aparto de un empujón y salgo pitando en dirección contraria, riéndome a carcajadas mientras me revolotea el pelo por la cara.

—¡Covey! —grita.

—¡Eso es todo lo que vas a recibir! —replico en plan juguetón—. ¡Nos vemos mañana en el viaje!

Esa misma noche, mientras nos cepillamos los dientes en el cuarto de baño, le pregunto a Kitty:

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto vas a echarme de menos cuando me vaya a la universidad? Sé sincera.

—Es demasiado pronto para tener esta clase de conversación —dice, a la par que levanta su cepillo de dientes.

—Dímelo y punto.

—Un cuatro.

—¡Un cuatro! ¡Dijiste que a Margot la echabas de menos un seis y

medio!

Kitty niega con la cabeza.

—¿Por qué tienes que acordarte siempre de todo, Lara Jean? No es sano.

—¡Lo menos que podrías hacer es fingir que vas a echarme de menos! —exclamo—. Es una cuestión de buenas maneras.

—Margot se iba a la otra punta del mundo. Tú vas a estar a quince minutos de aquí, así que ni siquiera tendré la oportunidad de echarte de menos.

—Eso da igual.

Se lleva una mano al corazón.

—Vale, a ver qué te parece esto. ¡Voy a extrañarte tanto que lloraré todas las noches!

—Eso está mejor. —Sonrío.

—¡Voy a extrañarte tanto que me darán ganas de cortarme las venas! —Se echa a reír como una loca.

—Katherine. ¡No me gusta que digas eso!

—Pues deja de mendigar halagos —dice, antes de irse a la cama.

Yo me quedo recogiendo los productos de aseo que me llevaré a Nueva York al día siguiente. Si me aceptaran en la Universidad de Virginia, seguramente dejaría una parte de mi maquillaje y de mis cremas aquí, para no tener que trasladar las cosas de un sitio a otro cada vez que viniera. Margot tuvo que ser muy meticulosa en cuanto a lo que se llevaba a Saint Andrews, porque Escocia está muy lejos y no iba a tener la opción de volver a casa con mucha frecuencia. Lo más probable es que yo solo tenga que hacer maletas en otoño e invierno, y dejar la ropa de verano en casa, para sacarla después con el cambio de estación.

6

Por la mañana, mi padre me lleva en coche para que coja el autocar.

—Llámame en cuanto te instales en tu habitación —me dice mientras esperamos ante el semáforo que hay enfrente del instituto.

—De acuerdo.

—¿Llevas los veinte dólares para emergencias?

—Sí.

Anoche, mi padre me dio un billete de veinte para que lo guardara dentro del bolsillo secreto de mis vaqueros, por si acaso. También tengo su tarjeta de crédito, de la que puedo sacar dinero. La señora Rothschild me ha prestado un paraguas diminuto y su cargador de móvil.

Papá me mira de reojo y suspira.

—Todo está sucediendo tan deprisa... Primero tu viaje de fin de curso, después el baile, luego la graduación. Solo es cuestión de tiempo antes de que te vayas de casa.

—Todavía tienes a Kitty —le recuerdo—, aunque sé que ella no es tan encantadora como yo. —Él suelta una carcajada—. Si entro en la Universidad de Virginia, estaré cerca todo el tiempo, así que no tienes de qué preocuparte —le digo canturreando, como cuando él imita a Stevie Wonder.

Me siento con Peter en el autocar; Chris se sienta con Lucas. Pensaba que resultaría difícil que Chris viniera de viaje de fin de curso, y así habría sido si hubiera salido Disney World, pero ella tampoco ha estado nunca en Nueva York, así que ha terminado siendo pan comido.

Llevamos una hora en la carretera cuando Peter acaba convenciendo a todo el mundo para jugar al yo nunca. Yo finjo estar durmiendo, puesto que no he hecho casi nada de lo que han hecho los demás en cuestión de sexo y

drogas, que es lo único que parece importarles. Por suerte, el juego se acaba pronto; supongo que no es tan divertido si no hay alcohol de por medio. Justo cuando abro los ojos y me desperezo, «despertándome de la siesta», Gabe sugiere jugar al atrevimiento o verdad y se me revuelve el estómago.

Desde que sucedió el incidente del jacuzzi entre Peter y yo el año pasado, me da mucha vergüenza lo que pueda pensar la gente sobre lo que hago o dejo de hacer. Me refiero al tema sexual. ¡Y el atrevimiento o verdad es mucho peor que el yo nunca! «¿Con cuánta gente te has acostado?», «¿Alguna vez has hecho un trío?», «¿Cuántas veces al día te masturbas?»: esas son las cosas que se pregunta la gente. Y si me las preguntaran a mí, tendría que decir que soy virgen, lo que de alguna manera es mucho más revolucionario que cualquier otra respuesta. Normalmente me escondo en la cocina o en otro lugar cuando se ponen a jugar, pero hoy no tengo dónde meterme, porque estamos en un autocar y me encuentro rodeada por todas partes.

Peter me mira con expresión divertida. Sabe lo que me pasa por la cabeza. Él dice que no le importa lo que piense la gente, pero sé que no es cierto. De toda la vida, a Peter siempre le ha importado mucho lo que piensen de él.

—Atrevimiento o verdad —le dice Gabe a Lucas.

Lucas toma un trago de su bebida isotónica.

—Verdad.

—¿Alguna vez lo has hecho con un tío?

De pronto me tenso de pies a cabeza. Lucas es abiertamente gay, pero todavía no ha salido del armario por completo. No le apetece tener que estar dando explicaciones todo el tiempo, ni tiene por qué hacerlo. No es asunto de los demás.

Se produce una breve pausa hasta que Lucas responde:

—Pues no. ¿Es una proposición?

Todo el mundo se ríe, y Lucas esboza una pequeña sonrisa mientras toma otro trago de su bebida isotónica, pero advierto la tirantez que hay en sus hombros y en su cuello. Tiene que ser un asco tener que estar siempre en guardia ante esa clase de preguntas, preparado para desviarlas, sonreír y escurrir el bulto poniendo buena cara. Puede que la cuestión de mi virginidad resulte nimia en comparación, pero sigo sin querer abordarla.

Rezo porque sea Lucas quien me escoja, puesto que sé que será benévolo conmigo. Sin embargo, no parece reparar en las miradas suplicantes que le

dedico, porque en vez de a mí escoge a Genevieve, sentada varias filas atrás mirando el móvil. Ha estado saliendo con un chico de su Iglesia que va a otro instituto, de manera que ya no le vemos mucho el pelo. Chris me contó que sus padres se habían divorciado, y que su padre se había ido a vivir a un piso nuevo con su novia. Según ella, la madre de Genevieve había sufrido un ataque de nervios por el que tuvo que estar ingresada unos días, pero ya se encontraba mejor, cosa que me alegra. Peter le mandó un ramo de narcisos cuando volvió a casa, y ambos estuvimos estrujándonos el cerebro hasta que por fin decidimos qué podía escribirle en la tarjeta. Al final optamos por un «Espero que estés bien, Wendy. Con cariño, Peter». Las flores fueron idea mía, y fui bastante insistente con el tema, pero desde luego no firmé la tarjeta. Lo cierto es que siempre le he tenido cariño a Wendy; siempre ha sido amable conmigo desde que era pequeña. Todavía me da un retortijón en las tripas cuando veo a Genevieve, pero no tanto como antes. Sé a ciencia cierta que nunca volveremos a ser amigas, y he aprendido a aceptarlo.

—Atrevimiento o verdad, Gen —dice Lucas.

Ella levanta la vista y responde de forma automática:

—Atrevimiento.

No me sorprende que escoja atrevimiento; Genevieve puede ser muchas cosas, pero nunca ha sido una cobarde. Yo haría lo que fuera por no tener que responder a una pregunta sobre materia sexual, así que probablemente escogería atrevimiento también.

Entonces, Lucas reta a Genevieve a que se siente al lado del señor Jain y le apoye la cabeza en el hombro.

—Pero tienes que hacer que resulte creíble —apostilla él.

Todo el mundo se troncha de risa. Noto que ella no quiere hacerlo en el fondo, pero, como ya he dicho, no es ninguna cobarde.

Todos la seguimos con la mirada mientras atraviesa el pasillo hasta detenerse junto a la fila del señor Jain, el nuevo profesor de biología que ha llegado este año. Es más bien jovencillo, además de guapo; va a clase vestido con vaqueros ajustados y camisas por fuera. Genevieve se desliza en el asiento contiguo y solo puedo verle la nuca mientras le dice algo. Él le sonrío. Entonces, ella se le acerca y apoya la cabeza sobre su hombro, logrando que pegue un respingo como un gato asustadizo. Todo el mundo estalla en carcajadas. El señor Jain se vuelve y nos mira meneando la cabeza, aliviado de que no fuera más que una broma.

Genevieve regresa con nosotros con aire triunfal. Se sienta y echa una ojeada entre las caras del grupo. Nuestras miradas se encuentran por un instante, y siento un retortijón en el estómago. Entonces mira hacia otro lado y dice:

—Atrevimiento o verdad, Chrissy.

—Este juego es un rollo —protesta Chris. Gen se limita a mirarla, retándola con las cejas enarcadas, hasta que Chris pone los ojos en blanco y accede—: Venga, vale. Verdad. —Cuando se tratan directamente como ahora, resulta imposible no darse cuenta de que son familia; primas carnales por parte de madre.

Genevieve se toma su tiempo pensando en la pregunta. Entonces lanza una bomba:

—¿Verdad que jugaste a los médicos con nuestro primo Alex cuando estábamos en tercero? Y no mientas.

Todo el mundo alienta y jalea, y Chris se pone roja como un tomate. Le dirijo una mirada comprensiva. Sé cuál es la respuesta.

—Verdad —murmura, y todos aúllan.

Por suerte para mí, es entonces cuando el señor Jain se levanta y pone un DVD en el reproductor, así que el juego se disuelve y mi turno no llega nunca. Chris se da la vuelta y me dice en voz baja:

—Te has librado de una buena.

—Y que lo digas —le susurro y Peter suelta una risita.

Puede cachondearse todo lo que quiera, pero estoy segura de que él también se siente un poco aliviado. Quizá no haya usado esas palabras, pero dudo que quiera que se sepa que aún no se ha acostado con la que es su novia desde hace un año, o más si contamos el tiempo que duró nuestra relación de mentira.

Casi nadie de clase había ido a Nueva York con anterioridad, así que estamos todos un poco deslumbrados. Creo que nunca había estado en un lugar tan lleno de vida. Se trata de una ciudad con un pulso propio. Me cuesta creer que una cantidad tan grande de personas vivan allí, lo abarrotada que está, lo sofisticado que parece todo el mundo. Todos tienen un aspecto... muy cosmopolita. Menos los turistas como nosotros, claro. Chris trata de aparentar aburrimiento y desinterés, pero cuando entramos en el metro que nos llevará

al Empire State Building, se le escurre la mano de la barra y está a punto de caerse en una parada brusca.

—No se parece mucho a Washington D. C. —murmura.

Y tanto que no. Washington es la gran ciudad más cercana a Charlottesville, pero sigue siendo un poblacho al lado de la Gran Manzana. Aquí hay tanto por ver, tantas tiendas que me gustaría visitar... Todo el mundo tiene prisa; todo el mundo tiene cosas que hacer y lugares en los que estar. De pronto una anciana se pone a pegarle gritos a Peter por andar mirando el móvil. Todos nos echamos a reír y, por una vez, Peter parece avergonzado. Resulta todo muy intenso.

Al entrar en el Empire State, le pido a Peter que nos hagamos una foto en el ascensor. Cuando llegamos al último piso, me mareo un poco por la altura. La señora Davenport me aconseja que me siente un rato con la cabeza entre las rodillas, cosa que ayuda. Cuando se me pasan las náuseas, me levanto y salgo en busca de Peter, que ha desaparecido ahora que lo necesito.

Al doblar una esquina, le oigo gritar:

—¡Espere un momento, señor! —Va andando detrás de un guardia de seguridad que se aproxima a una mochila roja que hay tirada en el suelo.

El guardia de seguridad se agacha y recoge la mochila.

—¿Es suyo esto? —le pregunta.

—Pues sí...

—¿Por qué lo ha dejado en el suelo? —Abre la cremallera y saca un osito de peluche.

Peter empieza a mirar a todos lados.

—¿Le importaría guardar eso? Quiero invitar al baile a mi novia. Se supone que es una sorpresa.

El guardia de seguridad hace un gesto de incredulidad. Murmura algo y vuelve a mirar dentro de la mochila.

—Por favor, señor, estruje el oso —le pide Peter.

—No pienso estrujar el oso —responde el guardia.

Peter se acerca y le da un apretón al osito de peluche, que empieza a hablar: «¿Quieres ir conmigo al baile, Lara Jean?».

Me tapo la boca con las manos, emocionada.

—Esto es Nueva York, chaval —le dice el guardia con dureza—. No se pueden ir dejando mochilas por ahí tiradas para declararse.

—En realidad es una invitación al baile —le corrige Peter, y el otro le

lanza una mirada—. Lo siento. ¿Puede devolverme el oso? —Entonces me ve—. ¡Lara Jean, dile que tu película favorita es *Algo para recordar*!

Me acerco corriendo a ellos.

—Es cierto, señor, esa es mi película favorita. No lo eche de aquí, por favor.

El guardia de seguridad hace lo que puede para que no se le escape una sonrisa.

—No pensaba echarlo —me dice. Luego se dirige a Peter—: Pero tenga más cuidado la próxima vez. En Nueva York estamos al tanto de lo que pasa. Si vemos algo, lo decimos, ¿entendido? Esto no es el pueblecito perdido del que hayan venido. Esto es Nueva York, y aquí no estamos para bromas.

Tanto Peter como yo asentimos con la cabeza y el guardia se marcha. En cuanto lo perdemos de vista, nos miramos y soltamos una carcajada nerviosa.

—¡Alguien ha denunciado mi mochila! —se lamenta—. Mi invitación al baile se ha ido a la mierda.

Saco el osito de su mochila y lo abrazo contra mi pecho. Estoy tan contenta que ni siquiera lo reprendo por decir tacos.

—Me encanta.

—Se suponía que doblarías la esquina y encontrarías la mochila junto a los telescopios. Entonces sacarías el osito, lo estrujarías y...

—¿Cómo iba a saber que tenía que estrujarlo? —le pregunto. Peter saca un trozo de papel arrugado de la mochila, en el que pone «Estrújame».

—Se ha caído cuando lo ha cogido el guardia. ¿Ves? Había pensado en todo.

En todo menos en las consecuencias de dejar una mochila abandonada en Nueva York, pero eso no importa. Lo que cuenta es la intención, y la intención era muy buena. Estrujo el osito de nuevo, que pregunta: «¿Quieres ir conmigo al baile, Lara Jean?».

—Sí, quiero, Howard. —Cómo no, Howard es el nombre del osito de peluche de *Algo para recordar*.

—Pero ¿por qué se lo dices a él y no a mí? —dice Peter.

—Porque es él quien me lo ha pedido. —Enarco las cejas y espero.

Peter pone los ojos en blanco y farfulla:

—¿Quieres ir conmigo al baile, Lara Jean? Eres muy exigente, ¿sabes?

Le acerco el osito de peluche a la cara.

—Sí, pero antes tienes que besar a Howard.

—No, Covey. Ni de coña.

—¡Por favor! —Le ruego con la mirada—. Es lo que pasa en la película, Peter.

Se resiste, pero al final lo hace a regañadientes, delante de todo el mundo, y por eso sé que es total y absolutamente mío.

Durante el trayecto de vuelta al hotel de Nueva Jersey donde nos alojamos, Peter me susurra:

—¿Qué te parece si nos escapamos después del toque de queda y volvemos a la ciudad?

En el fondo lo dice en broma. Sabe que no soy la clase de chica que aprovecha para escaparse del hotel durante los viajes de estudios. Por eso pone los ojos como platos cuando le respondo:

—Pero ¿cómo podríamos llegar hasta allí? ¿Hay taxis que vayan de Nueva Jersey a Nueva York? —Es increíble que me lo esté planteando en serio. No es nada propio de mí. Al momento digo—: Déjalo, da igual. No podemos hacerlo. Nos perderíamos, o seríamos víctimas de un atraco, y entonces nos mandarían a casa, y me daría mucha rabia no visitar Central Park y todo lo demás.

Peter me mira con escepticismo.

—¿De verdad crees que Jain y Davenport nos mandarían a casa?

—Puede que no, pero podrían obligarnos a quedarnos todo el día en el hotel como castigo, lo que sería aún peor. Mejor no arriesgarse. —Luego añado—: ¿Y qué haríamos si fuéramos? —Ya no hablo en serio, y solo lo digo por fantasear, pero Peter me sigue el juego.

—Podríamos ir a un concierto en directo, o a un espectáculo de comedia. A veces salen famosos haciendo monólogos sorpresa.

—Ojalá pudiéramos ir a ver *Hamilton*. —Lucas y yo habíamos estirado el cuello al pasar por Times Square con el autocar por si veíamos un cartel del musical, pero no ha habido suerte.

—Mañana quiero probar un *bagel* neoyorquino para compararlo con los de Bodo's.

Los *bagels* de Bodo's son toda una institución en Charlottesville; nos sentimos muy orgullosos de esos bollos.

Apoyo la cabeza en su hombro, bostezo y digo:

—A mí me gustaría probar las galletas de Levain. Se supone que hacen unas galletas con trocitos de chocolate únicas en el mundo. También me gustaría visitar la chocolatería de Jacques Torres. Dicen que su galleta con trocitos de chocolate es la galleta con trocitos de chocolate definitiva. Son una auténtica leyenda...

Dejo que se me cierren los ojos mientras Peter me acaricia el pelo. Me estoy quedando dormida cuando de pronto me doy cuenta de que está deshaciendo las trenzas de lechera que me había hecho Kitty en la coronilla. Abro los ojos.

—¡Peter!

—Chist, sigue durmiendo. Quiero practicar una cosa.

—Jamás podrás volver a hacerlo como ella.

—Deja que lo intente —me dice, a la vez que reúne las horquillas en la palma de su mano.

Cuando llegamos frente al hotel de Nueva Jersey, y a pesar de todos sus esfuerzos, tengo las trenzas sueltas y enredadas y no se sujetan con las horquillas.

—Voy a mandarle una foto a Kitty para que vea lo mal alumno que eres —le advierto mientras recojo mis cosas.

—No, por favor —me ruega, lo que me hace sonreír.

El día siguiente nos sorprende con una temperatura muy primaveral para ser marzo. Brilla el sol, y las flores empiezan a brotar. Es como en *Tienes un email*, cuando Kathleen Kelly va a Riverside Park para conocer a Joe Fox. Me encantaría visitar el jardín exacto donde se besan al final de la película, pero el guía nos lleva a Central Park. Estoy haciendo fotos del mosaico de *Imagine* en Strawberry Fields con Chris cuando me percató de que Peter ha desaparecido. Les pregunto a Gabe y a Darrell, pero no lo han visto. Le escribo un mensaje, pero no me responde. Dentro de poco saldremos en dirección hacia Sheep Meadow para hacer un picnic, y empiezo a ponerme nerviosa. ¿Y si el señor Jain y la señora Davenport descubren que no está? Justo antes de irnos, veo que se aproxima a paso ligero. Ni siquiera le falta el aliento, ni parece preocupado por haber estado a punto de quedarse atrás.

—¿Dónde estabas? —lo interrogo—. ¡Casi te pierdes!

Entonces me enseña una bolsa de papel marrón con aire triunfal.

—Ábrela y verás.

Me da la bolsa y miro dentro. Hay una galleta con trocitos de chocolate de Levain, aún caliente.

—¡Madre mía, Peter, qué detalle! —Me pongo de puntillas y le doy un abrazo. Después me vuelvo hacia Chris—: ¿Verdad que es muy detallista, Chris?

Peter es un encanto, pero nunca se había mostrado tan encantador. Ya van dos gestos románticos seguidos, y supongo que debería recompensarlo como se merece, pues está claro que el muchacho responde bien al refuerzo positivo.

Ella ya tiene la mano dentro de la bolsa y se echa un trozo de galleta a la boca.

—Muy detallista. —Va a coger más, pero Peter aparta la bolsa de su alcance.

—¡Maldita sea, Chris! Deja que la pruebe Covey antes de comértela entera.

—¿Y por qué traes solo una?

—¡Porque es enorme! Y cada una cuesta unos cinco pavos.

—No puedo creer que hayas ido hasta allí corriendo para comprarme una —digo—. ¿No te daba miedo perderte?

—Qué va —responde todo orgulloso—. He buscado la dirección en Google Maps y me he plantado allí. He dado algún rodeo al volver por el parque, pero me han dado indicaciones. Los neoyorquinos son muy amables. Eso que dicen de que son todos unos maleducados tiene que ser mentira.

—Es cierto. Toda la gente a la que hemos conocido ha sido muy simpática. Excepto por esa anciana que ha empezado a pegarte gritos porque ibas andando mientras mirabas el móvil —dice Chris burlándose de Peter, que frunce el ceño.

Le doy un buen bocado a la galleta de Levain. En realidad, es más bien como un bizcocho, muy densa y pastosa, además de fuerte. Es cierto que nunca había probado algo así.

—¿Y bien? —me pregunta Peter—. ¿Cuál es tu veredicto?

—Es única. Pertenece a una categoría aparte. —La muerdo otra vez cuando se acerca la señora Davenport y nos hace gestos para que nos pongamos en marcha mientras ojea la galleta que tengo en la mano.

Nuestro guía turístico lleva una señal en forma de antorcha de la Estatua

de la Libertad, que usa para dirigirnos por el parque. La verdad es que da bastante vergüenza, y preferiría que pudiéramos explorar la ciudad por nuestra cuenta, pero no. También lleva coleta y un chaleco de color caqui, y parece un poco repipi, pero sospecho que a la señora Davenport le gusta. Después de Central Park, tomamos un metro que nos lleva al centro y cruzamos el puente de Brooklyn a pie. Mientras los demás hacen cola frente a la heladería Brooklyn Ice Cream Factory, Peter y yo nos escabullimos a la chocolatería de Jacques Torres, lo que ha sido idea de Peter. Como es lógico, le pido permiso a la señora Davenport antes de irnos. Está muy ocupada conversando con nuestro guía, así que nos despide con un gesto. Me siento muy madura al pasear por las calles de Nueva York sin la compañía de ningún adulto.

Cuando llegamos al sitio, tiemblo de la emoción. Por fin voy a degustar la famosa galleta con trocitos de chocolate de Jacques. Le pego un mordisco. Esta galleta es plana, blandita y densa. ¡El chocolate rezuma por arriba y se ha solidificado! La mantequilla y el azúcar tienen un sabor casi caramelizado. Sabe a gloria.

—Las tuyas son mejores —dice Peter, con la boca llena como un cerdo, y le chisto mientras miro a todos lados para asegurarme de que no lo haya oído la chica de la caja.

—No mientas —le pido.

—¡No miento!

Sí miente.

—De verdad que no sé por qué las mías no salen así —confieso—. Será por los hornos. —Me temo que tendré que conformarme con mis galletas imperfectas y punto.

Al salir por la puerta, me fijo en una panadería que hay enfrente llamada Almondine, y en otra en la esquina opuesta llamada One Girl Cookies. Sin duda, Nueva York es una ciudad rica en dulces y pasteles.

Peter y yo volvemos a la heladería cogidos de la mano. Todo el mundo está fuera, por el espigón, sentados en bancos, comiendo helado y haciéndose fotos con el panorama de Manhattan de fondo. Nueva York no deja de sorprenderme por su belleza.

Peter debe de estar pensando lo mismo, porque me aprieta la mano y dice:

—Esta ciudad es impresionante.

—Y tanto que sí.

Estaba durmiendo como un tronco cuando alguien ha llamado a la puerta. Me despierto sobresaltada. Fuera sigue siendo de noche. Chris, en la cama de al lado, no se inmuta.

Entonces oigo la voz de Peter tras la puerta.

—Soy yo, Covey. ¿Quieres ir a ver el amanecer desde la azotea?

Salgo de la cama, abro la puerta y allí está él, con una sudadera de la Universidad de Virginia puesta y una taza de plástico de café y otra de la que cuelga una bolsita de té en las manos.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media. Date prisa, ve a por tu abrigo.

—De acuerdo, dame dos minutos —susurro. Entro en el baño a toda prisa, me cepillo los dientes y empiezo a buscar mi chaqueta a tientas—. ¡No encuentro mi chaqueta!

—Puedes ponerte mi sudadera —me ofrece Peter desde la puerta.

Por debajo de la manta, Chris refunfuña:

—Callaos ya, por el amor de Dios.

—Perdón —murmuro—. ¿Quieres venir a ver el amanecer con nosotros?

Peter pone carita de pena, pero Chris sigue con la cabeza debajo de la manta y no lo ve.

—No. ¡Largo de aquí!

—Perdón, perdón —digo mientras corro hacia la puerta.

El ascensor nos lleva hasta la última planta. Fuera todavía está oscuro, pero comienzan a verse las primeras luces del día. La ciudad se está desperezando. Peter se quita la sudadera al instante, yo levanto los brazos y él me la pone por la cabeza. Está calentita y huele al detergente que usa su madre.

Peter se asoma por el borde y contempla la ciudad en la otra orilla del agua.

—¿No nos imaginas viniendo aquí después de la universidad? Podríamos vivir en un rascacielos. Con portero. Y con gimnasio.

—No quiero vivir en un rascacielos. Quiero vivir en una de esas casitas de arenisca del West Village. Cerca de alguna librería.

—Ya lo decidiremos —dice.

Yo también me asomo. Jamás me había imaginado viviendo en Nueva

York. Antes de llegar, me parecía un lugar de lo más intimidante, un sitio para gente dura que no temía meterse en peleas en el metro, o para los trajeados de Wall Street, o para los artistas que habitaban los *lofts* del Soho. Sin embargo, ahora que estoy aquí, no me asusta tanto, siempre que tenga a Peter a mi lado. Lo miro con disimulo. ¿Es así como va esto? ¿Un buen día te enamoras y de repente dejas de tener miedo, y la vida se convierte en una sucesión infinita de posibilidades?

El viaje de vuelta a Virginia dura seis horas, que en su mayoría paso durmiendo. Cuando nos detenemos en el aparcamiento del instituto ya ha oscurecido, y diviso el coche de papá estacionado delante. Todos tenemos ya nuestro propio coche y llevamos mucho tiempo conduciendo, pero llegar y ver a nuestros padres esperándonos en la puerta nos hace retroceder a primaria, como si acabáramos de volver de una excursión. Es una sensación agradable. De camino a casa pillamos unas pizzas, la señora Rothschild se une a nosotros, y mi padre, Kitty, ella y yo acabamos cenando delante de la tele.

Luego deshago el equipaje, termino lo poco que me quedaba sin hacer de los deberes, hablo con Peter por teléfono y me preparo para ir a la cama. Sin embargo, no hago más que dar vueltas durante lo que me parecen siglos. Puede que sea por todo lo que he dormido en el autobús, o por el hecho de que en cualquier momento recibiré la respuesta de la universidad. En cualquier caso, no tengo sueño, así que bajo la escalera en silencio y me pongo a abrir cajones.

¿Qué podría preparar a estas horas de la madrugada sin tener que esperar a que se ablande la mantequilla? Es una de las dudas más recurrentes de mi vida. La señora Rothschild dice que deberíamos dejar la mantequilla fuera en un plato como hace ella, pero en nuestra familia no se deja la mantequilla fuera, en nuestra familia la mantequilla se guarda en la nevera. Además, si está demasiado blanda, la composición química se degrada, y cuando es primavera y verano en Virginia, la mantequilla se derrite en nada.

Supongo que podría aprovechar para intentar hacer los *brownies* de canela en los que llevo pensando tanto tiempo. Son como los *brownies* de Katherine Hepburn, pero con una pizca de canela y crema de queso con canela por encima.

Me pongo a fundir el chocolate al baño maría, y ya me estoy arrepintiendo de cocinar a estas horas, cuando papá entra en la cocina ataviado con la bata de cuadros escoceses que le regaló Margot el año pasado por Navidad.

—Tú tampoco puedes dormir, ¿eh? —dice.

—Estoy probando una receta nueva. Creo que la voy a llamar *canebrownies*. O *brownies* pecaminosos.

—Espero que no te cueste mucho levantarte mañana. —Se rasca la nuca. Se me escapa un bostezo.

—¿Sabes? Se me acaba de ocurrir que mañana podrías llamar a mi instituto, y así podría dormir un poco más. Después, tú y yo podríamos disfrutar de un buen desayuno relajante entre padre e hija. Si quisieras, podría hacerte una tortilla con champiñones.

Él suelta una carcajada.

—Buen intento. —Me da un empujoncito en dirección a la escalera—. Yo acabaré los *brownies* pecaminosos o como se llamen. Tú, a la cama.

Vuelvo a bostezar.

—¿Sabrás hacer un glaseado de crema de queso? —Papá parece alarmarse, y le digo—: Da igual. Termino de hacer la masa y sigo mañana.

—Te ayudo —ofrece.

—Casi he acabado.

—No me importa.

—Como quieras. ¿Puedes darme un cuarto de taza de harina?

Mi padre asiente y va a buscar el medidor.

—Ese es para líquidos. Necesitamos el de sólidos para poder aplanar la harina. —Vuelve al armario y cambia uno por otro. Lo observo mientras vierte la harina y la alisa cuidadosamente con un cuchillo de mantequilla—. Muy bien.

—He aprendido de los mejores —asegura.

Lo miro ladeando la cabeza.

—¿Por qué estás despierto, papá?

—Bueno, supongo que tengo muchas cosas en la cabeza. —Tapa el frasco de la harina, y titubea un instante antes de añadir—: ¿Qué te parece lo de Trina? Te llevas bien con ella, ¿no?

Aparto el cazo de chocolate del fuego.

—Me llevo genial con ella, y le tengo mucho cariño. ¿Tú la quieres,

papá?

Esta vez no duda ni un momento.

—Sí.

—Bueno, pues estupendo —digo—. Me alegro.

Parece aliviado.

—Bien —responde. Entonces lo repite—: Bien. —El asunto tiene que ser bastante serio para que me haga esa pregunta. Puede que esté planteándose pedirle que viva con nosotros. Antes de que pueda preguntarle, prosigue—: Nadie podrá ocupar nunca el lugar de tu madre, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

Lamo el chocolate de la cuchara con la punta de la lengua. Está caliente, demasiado caliente. Me alegro de que mi padre pueda volver a amar, de que tenga a alguien, una compañera de verdad. Ha pasado tanto tiempo solo que llegó a parecerme normal, pero lo de ahora es mejor. Y además es feliz, todo el mundo se da cuenta de eso. Desde que la señora Rothschild entró en nuestras vidas, no puedo imaginarme que llegara a faltar algún día.

—Me alegro mucho por ti, papá.

Me he tirado toda la mañana mirando el móvil, más o menos igual que el resto de mis compañeros durante la última semana. El lunes llegó y pasó sin que recibiera noticias de la universidad, así como el martes y luego el miércoles. Hoy es jueves y aún no sé nada. El Departamento de Admisiones de la Universidad de Virginia siempre se pone en contacto con los alumnos antes del 1 de abril, y el año pasado mandaron las confirmaciones durante la tercera semana de marzo, de modo que tienen que estar al caer. Según dicen, ahora publican un mensaje en las redes sociales para que consultemos el Sistema de Información Estudiantil, y entonces entras y descubres qué será de ti.

Antes, las universidades mandaban cartas por correo. La señora Duvall cuenta que había veces que los padres llamaban al instituto en cuanto llegaba el cartero, y los chicos se apresuraban a volver a casa lo más rápido posible. Esperar una carta en el buzón tiene cierto encanto, como si aguardaras la llamada de tu propio destino.

Estoy sentada en clase de francés, la primera del día, cuando alguien farfulla:

—¡La Universidad de Virginia ha tuiteado que ya han salido los resultados!

Madame Hunt dice «*Calmez-vous, calmez-vous*», pero todo el mundo se levanta y se pone a sacar el móvil sin prestarle la más mínima atención.

El momento ha llegado. Me tiembla la mano mientras inicio sesión; el corazón me late a mil por hora esperando a que se cargue la página.

La Universidad de Virginia ha recibido más de treinta mil solicitudes este año. El Departamento de Admisiones ha examinado su solicitud teniendo en cuenta sus credenciales académicas, personales y extraescolares. A pesar de su calidad,

lamentamos informarle de que...

No puede ser cierto. Esto es una pesadilla de la que voy a despertar en cualquier momento. «Despierta, despierta, despierta.»

Apenas distingo los sonidos: el parloteo de la gente de fondo, un grito de alegría procedente del pasillo. Entonces suena la campana, todos se levantan de un salto y salen corriendo por la puerta. Madame Hunt murmura:

—No suelen mandar el aviso hasta después de clase.

Alzo la vista y veo que me observa con ojos tristes y compasivos. Ojos de madre. Su expresión hace que me derrumbe.

Todo se ha ido al traste. Me duele el pecho; me cuesta respirar. Todos mis planes, todo aquello con lo que contaba, nada de eso va a ocurrir ya. Volver los domingos a casa para cenar, hacer la colada con Kitty entre semana, que Peter me lleve a clase, estudiar toda la noche en la Biblioteca Clemons. Todo se ha esfumado.

Nada sucederá como lo habíamos planeado.

Miro de nuevo el teléfono y leo el mensaje otra vez.

Lamentamos informarle de que...

Empiezo a ver borroso. Luego vuelvo a leerlo todo, desde el principio. Ni siquiera estoy en la lista de espera. No tengo ni eso.

Me levanto, recojo mi mochila y salgo por la puerta. Me siento vacía por dentro, a la vez que claramente consciente del palpitar de mi corazón y mis orejas. Es como si cada parte de mi cuerpo se moviera y siguiera funcionando como siempre, pero yo me hubiera vuelto insensible. No he entrado. No voy a ir a la Universidad de Virginia; no me quieren allí.

Aún aturdida, me encamino hacia mi taquilla y estoy a punto de chocar con Peter al doblar una esquina. Él me agarra.

—¿Y bien? —Tiene los ojos brillantes de expectación.

Mi voz suena muy lejana.

—No he entrado.

Me mira con la boca abierta.

—¿Cómo? ¿Qué?

El nudo que tengo en la garganta crece aún más.

—No.

—¿Y la lista de espera?

Niego con la cabeza.

—Qué putada. —Pronuncia las palabras tras un largo suspiro. Se ha quedado estupefacto. Me suelta el brazo. Noto que no sabe qué decir.

—Tengo que irme. —Empiezo a darme la vuelta.

—¡Espera, voy contigo!

—No, déjalo. Hoy tienes partido. No puedes perdértelo.

—Eso no me importa una mierda, Covey.

—Prefiero que no lo hagas. Mira, luego te llamo. —Se acerca a mí, pero me zafa de él y me escabullo pasillo abajo mientras grita mi nombre, pero no me detengo. Solo tengo que llegar hasta el coche, y entonces podré echarme a llorar. Todavía no. Solo he de andar cien pasos más, y luego otros cien.

Logro entrar en el aparcamiento antes de que se me escapen las lágrimas. Sollozo durante todo el trayecto a casa. Lloro tanto que apenas veo, y tengo que parar en un McDonald's para sentarme en el aparcamiento a llorar un poco más. Estoy empezando a asimilar que esto no es una pesadilla, sino la realidad, y que no voy a entrar en la Universidad de Virginia con Peter este otoño. Todo el mundo se va a llevar una decepción. Todos esperaban que entrase. Estábamos convencidos de que iba a pasar. No tendría que haberle dado tanto bombo a lo de Virginia. Tendría que haberme callado y no dejar que nadie supiera que me hacía tanta ilusión. Ahora todo el mundo se preocupará por mí, y será aún peor que los ojos tristes de madre de madame Hunt.

Al llegar a casa, cojo el teléfono y subo a mi habitación. Me quito la ropa de clase, me pongo el pijama y me meto en la cama para mirar el móvil. Tengo llamadas perdidas de mi padre, de Margot y de Peter. Entro en Instagram y está plagado de reacciones a la respuesta de la universidad. Mi prima Haven ha entrado; ha publicado una captura de su carta de admisión, pero ni siquiera va a estudiar ahí. Se va a ir a Wellesley, la que era su primera opción. La Universidad de Virginia le trae sin cuidado; solo la había pedido por si acaso. Estoy segura de que fingirá sentirlo cuando descubra que no me han aceptado, pero en el fondo se sentirá superior a mí. Emily Nussbaum también ha entrado. Ha publicado una foto suya con una camiseta y una gorra de la universidad. Pero, bueno, ¿es que ha entrado todo el mundo menos yo? Pensaba que sacaba mejores notas que ella, aunque tal vez no.

Un poco más tarde, oigo la puerta de la calle y los pasos de Kitty

ascendiendo por la escalera. Abre mi puerta de golpe, pero me encuentra tumbada de lado con los ojos cerrados, como si estuviera dormida.

—Lara Jean... —dice en un susurro.

No respondo. Necesito más tiempo antes de tener que enfrentarme a ella y a papá para decirles que no lo he conseguido. Intento que mi respiración suene profunda y natural, y oigo cómo Kitty se retira y cierra la puerta con delicadeza al salir. Al poco tiempo, me quedo dormida de verdad.

Cuando me despierto, ya es de noche. La sensación de quedarse dormida durante el día y despertar cuando todo está oscuro siempre resulta desoladora. Tengo los ojos hinchados y doloridos. Distingo el sonido del grifo de la cocina y el entrechocar de platos desde el piso de abajo. Desciendo por la escalera y me detengo antes de llegar al final.

—No me han aceptado en Virginia —digo.

Papá se da la vuelta. Lleva la camisa remangada, los brazos llenos de espuma y una expresión aún más triste que la de madame Hunt en la mirada. Ojos de padre. Entonces cierra el grifo, se acerca a la escalera y me rodea entre sus brazos. Aún los tiene mojados.

—Lo siento mucho, cariño —dice. Ahora mismo tenemos casi la misma altura, porque sigo subida a la escalera. Me concentro en no llorar, pero cuando acaba por soltarme, me pellizca la mejilla y examina mi rostro con preocupación, soy incapaz de resistirlo por más tiempo—. Sé lo mucho que te importaba.

Trago saliva para contener las lágrimas.

—Todavía no me lo creo.

Me aparta el pelo de la cara.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo.

—Es que... de verdad que no quería tener que dejaros. —Me echo a llorar sin poder evitarlo y las lágrimas resbalan por mis mejillas. Papá las enjuga a la misma velocidad a la que fluyen. También parece un poco lloroso, lo que es todavía peor, porque pretendía ser valiente y poner buena cara, y mira lo que ha pasado.

Apoya la mano en mi hombro y dice:

—Reconozco que, egoístamente, esperaba que te quedaras cerca de casa. Pero eso no importa, Lara Jean. Seguirás yendo a una buena universidad de

todos modos.

—Pero no será Virginia —musito.

Mi padre me da otro abrazo.

—Lo siento mucho —repite.

Se sienta a mi lado en la escalera, todavía con el brazo sobre mis hombros, y entonces Kitty vuelve de pasear a *Jamie Fox-Pickle*. Primero me mira a mí, luego a papá, y deja caer la correa.

—¿No has entrado?

Me seco las lágrimas e intento encogerme de hombros.

—No, pero da igual. Supongo que no estaba escrito.

—Siento que no hayas entrado —dice en voz muy baja, con expresión doliente.

—Dame un abrazo al menos —le pido, y lo hace. Nos quedamos los tres sentados en la escalera durante un buen rato, con el brazo de papá sobre mi hombro y la mano de Kitty en mi rodilla.

Papá me hace un sándwich de pavo, me lo como y luego vuelvo a la cama para mirar de nuevo mi móvil, hasta que oigo un golpe en la ventana. Es Peter, que sigue llevando el uniforme de *lacrosse*. Salgo de la cama y le abro la ventana. Entonces sube, me mira y dice: «¿Qué pasa, ojos de conejo?», que es como me llama cuando he llorado. Me hace reír, y me sienta bien reír. Me acerco para darle un abrazo, pero entonces me advierte:

—Será mejor que no me abrases ahora. No me he duchado después del partido. He venido directamente.

Lo abrazo de todas formas, y no me parece que huelga mal en absoluto.

—¿Por qué no has llamado al timbre? —le pregunto, levantando la mirada mientras entlozo los brazos en torno a su cintura.

—Pensé que a tu padre no le haría gracia que viniera tan tarde. ¿Estás bien?

—Más o menos. —Lo suelto y me siento en la cama mientras él hace lo propio en la silla del escritorio—. La verdad es que no.

—Ya, yo tampoco. —Se produce una larga pausa, y luego explica—: Creo que antes no te he dicho lo que debía decirte, pero solo ha sido porque estaba enfadado. No esperaba que pasara esto.

Me quedo mirando el cobertor de la cama.

—Lo sé. Yo tampoco.

—Es una injusticia tremenda. Tus notas son mucho mejores que las mías. ¡Han aceptado a Cary, y tú vales mucho más que él!

—Bueno, pero yo no juego al golf ni al *lacrosse*. —Intento no sonar amargada, pero me cuesta bastante.

Una idea aviesa y mezquina se introduce en mi cabeza: no es justo que acepten a Peter y no a mí, a pesar de que yo me lo merezca más. Me he esforzado más. He sacado mejores notas y una puntuación más alta en las pruebas de aptitud académica.

—Que les den.

—Peter.

—Lo siento, pero que les den —resopla—. Esto es absurdo.

—En realidad no tiene nada de absurdo —replico automáticamente—. La Universidad de Virginia es muy competitiva. No estoy enfadada con ellos. Pero me hubiera gustado entrar.

—Sí, a mí también —asiente.

De pronto oímos el sonido de la cadena del váter del pasillo y nos quedamos de piedra.

—Será mejor que te vayas —le digo en un susurro.

Peter me abraza una vez más antes de salir por la ventana. Me quedo mirándolo mientras recorre la calle hasta su coche. Cuando desaparece, miro mi móvil y veo dos llamadas perdidas de Margot y un mensaje suyo que dice:

Lo siento mucho.

Y es entonces cuando me echo a llorar otra vez, porque ahora es cuando empieza a parecer real.

Cuando me despierto por la mañana, es lo primero en lo que pienso. En que no voy a ir a la Universidad de Virginia, y en que ni siquiera sé adónde voy a ir. Nunca en mi vida había tenido que preocuparme por eso. Siempre he sabido dónde estaba mi lugar, cuál era mi sitio. Mi hogar.

Mientras sigo tumbada en la cama, empiezo a hacer un recuento mental de todas las cosas que voy a perderme por no ir a la universidad más cercana. Todos los momentos.

La primera regla de Kitty. Mi padre es un obsesivo compulsivo, así que no es que no lo tenga previsto, pero llevo mucho tiempo esperando ese día, y quería soltarle un discurso a Kitty sobre lo que significaba ser mujer que la pusiera de los nervios. Puede que aún le falte un año o dos, pero a mí me llegó cuando tenía doce años, y a Margot con once, o sea, que quién sabe. Cuando me vino la primera regla, Margot me explicó todo lo que había que saber sobre los tampones, qué tipo debía usar cada día, y que durmiera boca abajo cuando me doliera mucho. Hizo que me sintiera como si acabara de unirme a un club secreto, un club de mujeres. Gracias a mi hermana, la tristeza de hacerse mayor fue menos intensa. Lo más seguro es que Kitty no tenga a su hermana a su lado, pero tiene a la señora Rothschild, cuya casa está en nuestra misma calle. Si he de ser sincera, creo que se ha encariñado tanto de la señora Rothschild que hasta puede que prefiera tener la charla con ella. Y aunque ella dejara de estar con mi padre algún día, sé que jamás le daría la espalda a Kitty. Así de unidas están.

También me perderé el cumpleaños de Kitty. Nunca había faltado en casa durante su cumpleaños. Tendré que recordarle a papá que respete nuestra tradición de colgar pancartas de cumpleaños.

Por primera vez en la historia, todas las chicas Song vivirán lejos unas de otras. Lo más seguro es que no volvamos a vivir en la misma casa nunca más.

Regresaremos en Navidad y vacaciones, pero ya no será lo mismo, no como lo era antes. Aunque supongo que tampoco ha vuelto a ser lo mismo desde que Margot se fue. La verdad es que al final te acostumbras. Antes de que te des cuenta, te haces a que las cosas sean distintas, y así le sucederá a Kitty.

No dejo de mirarla de reojo durante el desayuno, memorizando hasta el más pequeño detalle. Sus piernas larguiruchas, sus rodillas huesudas, su forma de ver la televisión con una media sonrisa en la cara. Dentro de muy poco dejará de ser tan pequeña como es ahora. Antes de marcharme, debería hacer más cosas especiales con ella, las dos solas.

Cuando empiezan los anuncios, me echa un vistazo.

—¿Por qué me miras tanto?

—Por nada. Solo es que voy a echaros mucho de menos.

Kitty sorbe la leche que le queda de los cereales.

—¿Puedo quedarme con tu habitación?

—¿Cómo? ¡Claro que no!

—Pero si ya no estarás aquí. ¿Qué sentido tiene dejarla vacía?

—¿Y por qué quieres quedarte con mi habitación y no con la de Margot? La suya es más grande.

—La tuya está más cerca del cuarto de baño y tiene más luz —responde pragmática.

Yo aborrezco los cambios, Kitty se lanza de cabeza sobre ellos. Los acepta con pasión. Es su manera de enfrentarse a las cosas.

—Ya sé que me vas a echar de menos cuando me vaya, así que deja de fingir que no es así —le digo.

—Siempre he querido saber lo que se siente al ser hija única —canturrea. Cuando tuerzo el gesto, se apresura a aclarar—: ¡Que es broma!

Sé que Kitty es así, pero de todos modos me siento un poquito herida. ¿Quién en su sano juicio querría ser hijo único? ¿Qué tiene de maravilloso eso de no tener a nadie con quien calentarte los pies en las noches frías de invierno?

—Me echarás de menos —afirmo, más para mí que para ella. De todos modos, tampoco me escucha; ya me ha dado la espalda.

Cuando vuelvo al instituto, voy directa al despacho de la señora Duvall para darle la noticia. En cuanto ve la expresión de mi rostro, me pide que

tome asiento, se levanta de la mesa y cierra la puerta. Entonces se sienta a mi lado en otra silla.

—Cuéntame.

Cojo aire.

—No he entrado en Virginia. —Ahora que ya lo he dicho varias veces, debería resultarme más fácil pronunciar las palabras, pero no: es peor.

Ella exhala un suspiro.

—Me sorprende. Me sorprende mucho. Tu solicitud era espléndida, Lara Jean. Eres muy buena estudiante. Había oído que este año habían recibido varios miles de solicitudes más que en años anteriores, pero por lo menos confiaba en que te pusieran en la lista de espera. —No soy capaz de responder más que con un gesto, porque ahora mismo no tengo mucha fe en mi voz. Entonces se acerca a mí y me abraza—. Una persona del Departamento de Admisiones de la William and Mary me ha dicho que van a enviar sus resultados hoy, así que céntrate en eso. Y aún faltan los de Carolina del Norte y Richmond. ¿Adónde más enviaste? ¿A la Tech?

Niego con la cabeza.

—James Madison.

—Todas son buenas universidades. Te irá bien, Lara Jean. No estoy preocupada por ti en lo más mínimo.

No digo lo que me pasa por la cabeza, que es que las dos pensábamos que iba a entrar en Virginia, y me limito a esbozar una leve sonrisa.

Al salir, me encuentro con Chris en las taquillas. Le cuento lo de la universidad, y me dice:

—Deberías venirte conmigo a Costa Rica a trabajar en una granja.

Me apoya contra la pared, atónita, y le pregunto:

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ya te lo dije.

—No, me parece que no.

Sabía que Chris no iba a entrar en la universidad todavía, sino que iba a probar primero en una escuela profesional y después ya vería. La verdad es que no saca unas notas brillantes ni parece tener muchas ganas de seguir estudiando, pero nunca había mencionado una palabra de Costa Rica.

—Voy a tomarme un año sabático para trabajar de voluntaria en granjas.

Solo hay que echar unas cinco horas al día, y te dan comida y alojamiento. Es una pasada.

—Pero ¿tú sabes algo de granjas?

—¡Qué va! Pero eso da igual. Lo que importa es que estés dispuesta a trabajar, ellos te enseñan. También podría ponerme a trabajar en una escuela de surf en Nueva Zelanda, o aprender a hacer vino en Italia. Básicamente, puedo ir a donde quiera. ¿No te parece genial?

—Pues sí... —Intento sonreír, pero tengo la cara demasiado tensa—. ¿A tu madre le parece bien?

Chris se limpia la uña del pulgar.

—Y eso qué más da, ya tengo dieciocho años. No le queda otra opción.

La miro con escepticismo. La madre de Chris es peleona. No me la imagino estando de acuerdo con el plan.

—Le he dicho que me iría durante un año y que luego volvería para entrar en el PVCC, y de ahí a la uni a hacer un grado —confiesa—. Pero ¿quién sabe lo que puede pasar? Un año es mucho tiempo. A lo mejor me caso con un DJ, me meto en un grupo o creo mi propia marca de biquinis.

—Todo suena de lo más glamuroso.

Quiero alegrarme por ella, pero no consigo insuflarme ese sentimiento. Es bueno que Chris se marque sus propias metas, algo que no hace nadie de nuestra clase, pero parece que todo lo que me rodea está cambiando como no esperaba cuando lo único que quiero es que nada cambie.

—¿Me escribirás? —le pregunto.

—Te lo contaré todo por Snapchat.

—No tengo Snapchat, y además no es lo mismo. —Le doy una patadita con el pie—. Mándame una postal desde todos los lugares nuevos que visites.

—¿Quién sabe si habrá cerca alguna oficina postal? No sé cuántas habrá en Costa Rica.

—Bueno, pero puedes intentarlo.

—Lo intentaré —accede.

Este año no he visto demasiado a Chris. Le salió un trabajo en Applebee's recibiendo a los clientes en la puerta y se ha hecho muy amiga de sus compañeros. Todos son mayores que ella, algunos tienen hijos, y se pagan sus propias facturas. Estoy casi segura de que no les ha dicho que sigue viviendo con sus padres y que paga exactamente cero facturas. Cuando fui a verla el mes pasado, una de las camareras mencionó algo acerca de sacar

bastantes propinas esa noche para pagarse el alquiler, y luego miró a Chris y dijo: «Ya sabes a qué me refiero», y ella asintió como si lo supiera. Yo le lancé una mirada inquisitiva, pero fingió no haberme visto.

Suena la campana de aviso y nos dirigimos a las clases de primera hora.

—Kavinsky tiene que estar que trina porque no te hayan admitido en Virginia —dice Chris mientras observa su reflejo al pasar ante una puerta de cristal—. Entonces ¿vais a seguir llevándolo a distancia?

—Sí. —Siento una opresión en el pecho—. Eso creo.

—Pues deberías fichar a alguien que controle la situación por ti —me sugiere—. Ya sabes: espías. Me parece que Gillian McDougal ha entrado. Ella le echaría un ojo si quisieras.

La miro con mala cara.

—Chris, yo confío en Peter.

—¡Ya lo sé, pero no lo digo por él! Lo digo por las desconocidas de su residencia. Vas a tener que darle una foto tuya para que le haga compañía, no sé si me entiendes. —Frunce el ceño—. ¿Me entiendes?

—¿Cómo, una foto picante? ¡De ninguna manera! —Empiezo a alejarme de ella—. Escucha, tengo que entrar en clase.

Lo último que me hace falta en este momento es imaginarme a Peter rodeado de desconocidas. Todavía me estoy haciendo a la idea de no entrar juntos en Virginia este año.

Chris pone los ojos en blanco.

—Tranquila, no me refiero a un desnudo. A ti no te recomendaría eso ni en un millón de años. Me refiero a una foto estilo *pin-up*, pero nada vulgar. Algo *sexy* que Kavinsky pueda colgar en su cuarto.

—¿Y para qué iba a querer yo que ponga una foto *sexy* mía en su cuarto si la puede ver todo el mundo?

Chris se acerca a mi lado y me pega un capirotazo en la frente.

—¡Ay! —La aparto de un empujón y me froto donde me ha dado—. ¡Me has hecho daño!

—Te lo mereces por hacer preguntas tan tontas —dice con un suspiro—. Te hablo de tomar medidas preventivas. Poner una foto tuya en su pared es una forma de marcar tu territorio. Kavinsky está bueno. Y hace deporte. ¿Crees que las otras chicas van a respetar que tenga una relación a distancia? —Baja la voz y añade—: ¿Con una novia Virgen María?

Boqueo y echo una ojeada alrededor para comprobar si nos han oído.

—¡Chris! —le bufo—. ¿Te importaría callarte?

—¡Solo intento ayudarte! Tienes que proteger lo que es tuyo, Lara Jean. Si yo conociera a un tío en Costa Rica que tuviera una novia a distancia con la que ni siquiera se acuesta, no creo que me lo tomara muy en serio. —Se encoge de hombros con expresión indiferente—. También deberías enmarcar la foto, para que la gente sepa que no te andas con chiquitas. Un marco indica permanencia. Una foto pegada a la pared dice «si te he visto, no me acuerdo».

Me mordisqueo el labio inferior, pensativa.

—Tal vez podría ser una foto mía cocinando, con delantal...

—¿Sin nada debajo? —Chris suelta una carcajada, y le devuelvo el capirotazo en la frente a la velocidad del rayo.

—¡Ay!

—¡Pues no digas tonterías!

La campana vuelve a sonar y cada una sigue su camino. No tengo muy claro lo de darle una foto *sexy* a Peter, pero se me ocurre una idea: puedo hacerle un álbum de recortes, con todos nuestros grandes éxitos. Así, cuando me extrañe, podrá echarle un vistazo. Y dejarlo en su escritorio, por si a alguna «desconocida» se le ocurriera entrar en su cuarto. Desde luego, no pienso mencionárselo a Chris, porque se reiría de mí y me llamaría «abuela Lara Jean», pero sé que a Peter le encantará.

Me paso todo el día con el corazón en un puño, esperando recibir noticias de la William and Mary. Centro toda mi atención en el teléfono, confiando en que vibre, esperando ese mensaje. En clase de literatura, el señor O'Bryan tiene que preguntarme tres veces sobre la influencia de la tradición oral de los esclavos negros en *Beloved*.

Cuando al fin vibra, no es más que Margot preguntándome si he sabido algo. Luego vuelve a vibrar, y no es más que Peter preguntándome si he sabido algo. Pero ni una palabra de la William and Mary.

Más tarde, en el baño de las chicas entre una clase y otra, vuelve a vibrar otra vez y me subo la cremallera a toda velocidad para mirarlo. Es un correo electrónico de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, en el que se me informa de que han actualizado mi solicitud. Me quedo de pie junto al retrete y, aunque en el fondo no creo que me hayan aceptado, el corazón me late a mil por hora mientras abro el enlace y aguardo.

En lista de espera.

Debería estar contenta, ya que entrar en la Universidad de Carolina del Norte no es nada fácil, y la lista de espera es mejor que nada. Y estaría contenta... si me hubieran aceptado en Virginia. De esta manera, es como recibir otro puñetazo en el estómago. ¿Y si no me admiten en ningún sitio? ¿Qué haría entonces? Ya puedo ver a mis tíos Carrie y Victor: «Pobre Lara Jean, no pudo entrar ni en Virginia ni en Carolina. Qué poco se parece a su hermana; Margot es una triunfadora».

Cuando llego a la mesa de la cafetería, Peter me espera con gesto ansioso.

—¿Has sabido algo?

Me siento a su lado.

—Estoy en la lista de espera de Carolina del Norte.

—Ay, qué pena. Si vienes de otro estado, es casi imposible entrar ahí a

menos que juegues al baloncesto. Pero, en fin, entrar en la lista de espera ya es impresionante.

—Supongo —digo.

—Que les den —replica él—. ¿Quién querría estudiar allí?

—Pues un montón de gente. —Saco mi sándwich, pero soy incapaz de probar bocado. Tengo el estómago demasiado revuelto.

Peter se encoge de hombros con poca convicción. Sé que intenta levantarme el ánimo, pero la de Carolina del Norte es una gran universidad, lo sabemos los dos, y es absurdo negarlo.

Me paso el resto de la comida dándole sorbos a mi Cherry Coke con languidez mientras oigo a los chicos hablar del próximo partido. Peter me mira un momento y me aprieta la pierna para animarme, pero no logro reunir fuerzas para devolverle una sonrisa.

Los demás se marchan al gimnasio, y nos quedamos solos en la mesa.

—¿No vas a comer nada? —me pregunta con tono preocupado.

—No tengo hambre —le digo.

Él suelta un suspiro.

—Deberías haber sido tú la que fuera a Virginia en mi lugar.

Y con eso, puf, la idea aviesa y mezquina que me rondó anoche sobre merecerlo más que él se desvanece como gotas de perfume en el aire. Sé lo mucho que se esfuerza Peter con el *lacrosse*. Se ha ganado su puesto. No debería pensar esas cosas. No es justo.

—No digas eso. Te lo has ganado. Mereces entrar en Virginia.

—Igual que tú —afirma, agachando la cabeza. Pero entonces vuelve a levantarla con los ojos brillantes—. ¿Te acuerdas de Toney Lewis? —Le indico que no con un gesto—. Estaba en último curso cuando hacíamos primero. Bueno, pues estudió dos años en el PVCC, ¡y luego se trasladó a Virginia! ¡Pedir un traslado es mil veces más fácil!

—Imagino... —No había pensado en el traslado. Aún estoy haciéndome a la idea de no haber entrado en Virginia.

—¿Verdad que sí? Entonces, este año vas a la William and Mary, o a Richmond, o a donde sea, y nos hacemos muchas visitas. Y luego, el año que viene, ¡pides un traslado y te vienes a Virginia conmigo! ¡Donde deberías estar!

Una leve esperanza renace en mi interior.

—¿De verdad crees que será tan fácil?

—¡Claro! ¡Aparte de que deberían haberte aceptado ya! Confía en mí, Covey.

Asiento con lentitud.

—¡Vale, de acuerdo!

Peter suspira aliviado.

—Bien. Pues ya tenemos un plan.

Le robo una patata frita del plato. Noto que ya se me ha abierto el apetito. Voy a robarle otra cuando me vibra el móvil. Lo saco a toda prisa. Es un correo del Departamento de Admisiones de la William and Mary. Peter se queda mirándolo y luego me mira a mí con los ojos como platos. Mientras esperamos a que se cargue la página, no deja de rebotar la pierna contra el suelo junto a la mía.

Nos complace darle la bienvenida a la Universidad William and Mary...

Siento una oleada de alivio. Gracias a Dios.

Peter salta de la silla, me levanta y me hace dar vueltas.

—¡Lara Jean acaba de entrar en la William and Mary! —le grita al resto de la mesa y a todo el que quiera escucharlo. Nuestra mesa al completo estalla en aplausos.

—¿Has visto? —se jacta Peter mientras me abraza—. Te dije que todo iba a salir bien.

Le devuelvo el abrazo con ganas. Más que nada, siento un gran alivio. Por haber entrado en algún sitio y por volver a tener un plan.

—Ya nos apañaremos hasta que vuelvas —me dice con dulzura, a la vez que entierra el rostro en mi cuello—. Son solo dos horas de distancia... Eso no es nada. Y seguro que tu padre te deja el coche. Kitty no va a necesitarlo de momento. Yo te acompañaré unas cuantas veces hasta que te sientas cómoda en la carretera. Todo va a salir bien, Covey.

Afirmo con un gesto de la cabeza.

Luego me siento de nuevo y les mando un mensaje al grupo de Margot, Kitty, la señora Rothschild y mi padre.

¡¡¡Aceptada en W &M!!!

Añado las exclamaciones para que no queden dudas sobre lo contenta que

estoy, y dejarles claro que ya pueden dejar de compadecerse de mí, porque todo vuelve a ser maravilloso.

Mi padre responde con una ristra de *emojis*.

La señora Rothschild escribe:

iiiiiiOlé ahí!!!!!!

Y Margot:

¡BIEEEEEEN! ¡La semana que viene lo celebramos en persona!

Después de la comida, me paso por el despacho de la señora Duvall para darle la buena noticia, y se alegra mucho.

—Sé que era tu segunda opción, pero en el fondo creo que es incluso mejor para ti que Virginia. Es una universidad más pequeña. Una chica como tú podría llegar muy lejos allí, Lara Jean.

Le dedico una sonrisa y dejo que me abrace, pero por dentro pienso: «Supongo que no cree que una chica como yo pudiera llegar lejos en Virginia».

Antes de que acabe la semana, me aceptan también en la James Madison y en Richmond, lo que me alegra, pero sigo estando decidida por la William and Mary. He visitado Williamsburg muchas veces con mi familia, y puedo imaginarme viviendo allí. Tiene un campus pequeño y bonito. Y la verdad es que no queda nada lejos de casa. Son menos de dos horas. De modo que iré, estudiaré mucho, el año siguiente pediré el traslado a Virginia y todo será exactamente como lo habíamos planeado.

Me voy sola al aeropuerto para recoger a Margot y a Ravi mientras mi padre se queda dándole los toques finales a la cena y Kitty termina los deberes. Pongo la dirección en el GPS por si acaso, y logro llegar hasta allí sin incidentes, gracias a Dios. Nuestro aeropuerto no es muy grande, de modo que no tendré que esperar mucho.

Cuando freno ante el bordillo, veo a Margot y a Ravi esperándome sentados encima de sus maletas. Entonces aparco y salgo corriendo del coche para abrazar a Margot. Se acaba de cortar el pelo por la barbilla y va con unas mallas y una camiseta. La estrecho con fuerza mientras pienso en cuánto la he echado de menos.

La suelto y le echo un buen vistazo a Ravi, quien resulta ser más alto de lo que esperaba. Larguirucho, moreno, de ojos oscuros y pelo negro, y con las pestañas muy largas. No se parece en nada a Josh, pero sin duda es del tipo de Margot. Tiene un hoyuelo en el moflete derecho.

—Me alegro de conocerte en persona, Lara Jean —me dice, y su acento me embelesa al instante. Mi nombre suena mucho más sofisticado cuando lo reviste un buen acento inglés.

Estoy un poco nerviosa, pero veo que en su camiseta pone DUMBLEDORE'S ARMY y me relajo al instante. Es un pottermaníaco como nosotras.

—Lo mismo digo. Bueno, ¿y de qué casa eres?

Levanta las maletas de ambos a la vez y las mete en el maletero.

—A ver si lo adivinas. Tu hermana se equivocó.

—Eso fue porque te pasaste el primer mes que nos conocimos intentando impresionarme —protesta ella. Ravi se ríe y se sube al asiento trasero. El hecho de que no se ponga delante automáticamente me parece un buen indicio de su carácter. Margot me mira y pregunta—: ¿Quieres que lleve yo el coche?

Me siento tentada de decir que sí, porque siempre prefiero que sea ella quien conduzca, pero niego con la cabeza y hago tintinear las llaves en alto.

—Yo me encargo.

Enarca las cejas como si la hubiera impresionado.

—Genial.

Entonces se sienta en el asiento del pasajero, y yo en el del conductor. Miro a Ravi por el espejo retrovisor.

—Ravi, antes de que te vayas, voy a adivinar a qué casa perteneces.

Cuando llegamos a casa, nuestro padre, Kitty y la señora Rothschild nos esperan en la sala de estar. Margot parece sorprenderse al verla sentada con papá en el sofá, con los pies descalzos apoyados sobre su regazo. Yo ya me he acostumbrado tanto a verla por aquí que es como si fuera una más de la familia. No se me había pasado por la cabeza lo extraño que podría resultarle a Margot. La verdad es que la señora Rothschild y ella no han pasado mucho tiempo juntas, puesto que Margot no ha estado aquí. No estaba cuando papá y ella empezaron a salir, y solo ha vuelto una vez a casa, por Navidad.

En cuanto ve a Margot, la señora Rothschild se incorpora de un respingo, va a darle un abrazo y alaba su peinado. También abraza a Ravi.

—¡Dios, qué largo eres! —dice de buen humor, y suelta una carcajada, pero Margot se limita a esbozar una sonrisa gélida.

Hasta que ve a Kitty, a quien envuelve en un abrazo de oso y luego, tras unos segundos, comienza a chillar:

—¡Madre mía, Kitty! ¿Es que ya llevas sujetador?

Kitty suelta un grito ahogado y la fulmina con la mirada, con un rubor apagado y furioso en las mejillas.

Margot articula una disculpa silenciosa, arrepentida.

Ravi se apresura a adelantarse y estrecha la mano de papá.

—Hola, doctor Covey. Me llamo Ravi. Muchas gracias por invitarme.

—Es un placer, Ravi —afirma papá.

Entonces, Ravi mira a Kitty, la saluda con la mano y, un poco cortado, dice:

—Hola, Kitty.

Kitty asiente sin hacer contacto visual.

—Hola.

Margot la mira sorprendida. Yo no me he movido de aquí en todo este tiempo, y me cuesta más darme cuenta de lo mucho que ha crecido Kitty durante este año, pero es cierto: ha crecido. De pecho no demasiado (de momento, el sujetador está más de adorno que otra cosa), pero sí en otras cuestiones.

—¿Quieres algo de beber, Ravi? —le ofrece la señora Rothschild en tono alegre—. Tenemos zumo, Fresca, Coca-Cola light, agua...

—¿Qué es eso de «Fresca»? —pregunta él, frunciendo el ceño.

A ella se le iluminan los ojos.

—Es una gaseosa deliciosa con sabor a pomelo, ¡tienes que probarla! — Margot sigue a la señora Rothschild con la mirada mientras esta se dirige a la cocina y abre el armario donde guardamos los vasos—. ¿Y tú, Margot? ¿Te sirvo algo?

—Estoy bien. —Margot no contesta de mala manera, pero sé que no le hace gracia que alguien que ni siquiera vive aquí le ofrezca una bebida en su propia casa.

Cuando regresa con la Fresca de Ravi, la señora Rothschild se la entrega con una reverencia. Él le da las gracias y prueba un sorbo.

—Muy refrescante —comenta él, y ella es toda sonrisas.

Mi padre da una palmada y dice:

—Bueno, ¿subimos el equipaje? Así podréis descansar un poco antes de cenar. El cuarto de invitados está ya dispuesto. —Entonces me mira cariñosamente antes de añadir—: Lara Jean ha dejado unas zapatillas nuevas y una bata para Ravi.

Antes de que Ravi pueda responder, Margot dice:

—Qué detalle, pero creo que al final Ravi se va a quedar conmigo en mi habitación.

Es como si Margot hubiera soltado una bomba fétida en plena sala de estar. Kitty y yo nos miramos con los ojos desorbitados de la sorpresa; papá parece haberse quedado atónito y sin palabras. Cuando preparé la habitación de Ravi, le dejé un juego de toallas dobladas a un lado de la cama y coloqué la bata y las zapatillas al otro, sin plantearme siquiera que pudiera quedarse con Margot. Está claro que a papá tampoco se le había ocurrido.

De hecho, su rostro se va poniendo más rojo a cada segundo que pasa.

—Ah, bueno... No sé si...

Margot frunce los labios con gesto nervioso mientras espera a que papá

acabe la frase. Estamos todos expectantes, pero da la impresión de que no sabe cómo continuar. Busca los ojos de la señora Rothschild para que le ayude, y ella le posa la mano en la espalda para infundirle ánimos.

El pobre Ravi parece de lo más incómodo. Mi primera intuición ha sido que sería un Ravenclaw como Margot, pero ahora me inclino más hacia Hufflepuff, igual que yo. Entonces musita:

—En serio, no me importa quedarme en el cuarto de invitados. No quiero complicar las cosas.

Nuestro padre empieza a hablar, pero Margot se le adelanta.

—Qué va, no pasa nada —le asegura a Ravi—. Vamos a sacar el resto del equipaje.

En cuanto salen por la puerta en dirección al coche, Kitty y yo nos volvemos para mirarnos y decimos al mismo tiempo:

—Madre mía.

—¿Por qué tienen que compartir el mismo cuarto? —se pregunta Kitty—. ¿Tanta necesidad tienen de hacerlo?

—Ya basta, Kitty —salta papá, con más dureza de la que le he visto emplear nunca con ella.

Entonces da media vuelta y se aleja, tras lo que oigo el sonido de la puerta de su despacho que se cierra. Es allí donde se encierra cuando se enfada de verdad. La señora Rothschild le lanza una mirada severa y sale detrás de él.

Kitty y yo nos miramos otra vez.

—Vaya —digo.

—Tampoco hacía falta que se pusiera así conmigo —opina ella en tono huraño—. No soy yo la que va a acostarse con su novio en la habitación.

—No lo ha dicho en serio. —La aprieto contra mí, rodeando sus hombros huesudos con los brazos.

—Vaya morro que tiene Gogo, ¿eh? —La verdad es que mi hermana impresiona. Lo siento por papá. No está acostumbrado a esta clase de riñas. A decir verdad, no está acostumbrado a ninguna.

Como es evidente, enseguida escribo a Peter y se lo cuento todo. Él me responde con un montón de *emojis* de sorpresa y una pregunta de la que hago caso omiso:

¿¿Significa eso que podré dormir contigo en tu cuarto??

Cuando Ravi sube a ducharse y a cambiarse, la señora Rothschild nos informa de que ha quedado para cenar con sus amigas y debería ir saliendo ya. Me fijo en que Margot parece aliviada. Tras su marcha, Kitty se va a sacar a *Jamie Fox-Pickle* de paseo, y Margot y yo nos dirigimos a la cocina para preparar una ensalada con la que acompañar el pollo que está asando papá. Estoy deseando que nos quedemos un momento a solas para poder discutir toda la cuestión de las camas, pero no tengo la oportunidad de hacerlo, porque en cuanto atravesamos la puerta me acusa con un cuchicheo:

—¿Cómo se te ocurre no haberme avisado de que la señora Rothschild y papá iban tan en serio?

—¡Ya te dije que cena aquí casi todas las noches! —murmuro. Me pongo a lavar unos tomates cherry para que el agua amortigüe nuestras voces.

—¡Se paseaba por aquí como Pedro por su casa! ¿Y desde cuándo compramos Fresca? En nuestra familia nunca hemos tomado Fresca.

Empiezo a cortar los tomates por la mitad.

—A ella le encanta, así que procuro comprarla cuando voy al supermercado. La verdad es que es muy refrescante. Parece que a Ravi le ha gustado.

—¡Esa no es la cuestión!

—¿Qué mosca te ha picado de pronto con la señora Rothschild? Cuando viniste por Navidad, os llevabais genial... —Me interrumpo cuando papá entra por la puerta.

—Margot, ¿podemos hablar un momento?

Ella hace como si estuviera contando los cubiertos.

—Claro, papá. ¿Qué pasa?

Él me mira. Yo bajo los ojos hacia los tomates, pero me quedo de apoyo moral.

—Preferiría que Ravi se quedara en el cuarto de invitados.

Margot se muerde el labio.

—¿Por qué?

Se produce un silencio embarazoso. Entonces, mi padre responde:

—No me siento cómodo con que...

—Pero, papá, si ya voy a la universidad... Te das cuenta de que ya hemos dormido en la misma cama, ¿verdad?

—Lo sospechaba, pero gracias por confirmarlo —replica irónico.

—Tengo casi veinte años. Llevo casi dos viviendo a miles de kilómetros.

—Margot me lanza una mirada que hace que me encoja. Debería haberme marchado cuando he tenido la oportunidad—. Ni Lara Jean ni yo somos unas niñas pequeñas...

—Oye, a mí no me metas —intervengo, con toda la calma que soy capaz de mostrar en este momento.

Mi padre deja escapar un suspiro.

—Margot, si estás decidida a hacerlo, no voy a impedírtelo. Tan solo me gustaría recordarte que esta sigue siendo mi casa.

—Pensaba que era nuestra casa. —Ella sabe que ha ganado esta batalla, por lo que mantiene la dulzura del merengue en la voz.

—Sí, pero vosotras sois unas gorronas que no pagáis la hipoteca como yo, así que es un poco más mía que vuestra. —Con ese chiste de padre final, se ajusta las manoplas y saca el pollo chisporroteante del horno.

Cuando nos sentamos a comer, papá preside la mesa y trincha el pollo con el nuevo cuchillo eléctrico tan chulo que le regaló la señora Rothschild por su cumpleaños.

—¿Cómo quieres la carne, Ravi? ¿Tostada o blanquita?

Ravi se aclara la garganta.

—Pues verá, lo siento mucho, pero es que no como carne.

Mi padre mira a Margot con cara de espanto.

—¡Margot, no me habías dicho que Ravi era vegetariano!

—Perdón —se disculpa ella con una mueca—. Se me pasó totalmente. Pero ¡a Ravi le encanta la ensalada!

—Es cierto —confirma él.

—Yo me quedo con la parte de Ravi —me ofrezco—. Me comeré dos muslos.

Papá corta los dos muslos para mí.

—Ravi, mañana por la mañana te voy a preparar unas enchiladas para desayunar que te vas a chupar los dedos. ¡Sin nada de carne!

Margot sonrío y dice:

—Mañana nos vamos temprano a Washington. ¿Qué tal si las haces el último día?

—Hecho —responde papá.

Kitty está mucho más callada de lo normal. No sé si es porque le da corte

tener a un chico que no conoce sentado a la mesa, o si solo se debe a que está haciéndose mayor y es menos niña en sus interacciones con la gente. Por otra parte, supongo que, a sus veintiún años, Ravi ya es más un hombre joven que un crío.

Y además es muy educado. Quizá solo sea porque es inglés, y es que ¿acaso no es cierto que los ingleses son más educados que los estadounidenses? Siempre se está disculpando. «Lo siento, pero...», «¿perdón?». Tiene un acento encantador. No dejo de pedirle que repita lo que ha dicho para que siga hablando.

Por mi parte, intento animar la conversación interrogándole acerca de Inglaterra. Le pregunto por qué los ingleses llaman «colegios públicos» a los colegios privados, si su colegio se parecía en algo al de Hogwarts, y si ha conocido a alguien de la familia real. Sus respuestas son: porque están abiertos al público que pueda pagarlos; que tenían delegados y prefectos, pero quidditch no; y que una vez vio al príncipe Guillermo en Wimbledon, pero solo de espaldas.

Después de cenar, el plan consiste en que Ravi, Margot, Peter y yo vayamos al cine. Margot invita a Kitty a venir, pero ella escurre el bulto con la excusa de que tiene que hacer deberes. Me temo que Ravi la pone nerviosa.

Subo a arreglarme a mi cuarto y me echo un poco de perfume y de bálsamo labial. También me pongo una sudadera encima de la camisa y los vaqueros porque en los cines suele hacer frío. Enseguida estoy lista, pero la puerta de Margot sigue cerrada, y los oigo hablar en voz baja pero acelerada. Me resulta extraño ver su puerta cerrada. Me siento como una fisgona al otro lado, y también es un poco incómodo, ya que ¿quién sabe si Ravi va sin camiseta o algo así? Es tan de personas adultas... Esa puerta cerrada, ese murmullo de voces...

Carraspeo desde fuera y digo:

—¿Estáis listos? Le he explicado a Peter que nos veríamos a las ocho.

Margot abre la puerta.

—Lista —responde, pero no parece muy contenta.

Ravi sale detrás de ella llevando la maleta.

—Dejo esto en el cuarto de invitados y estaré listo.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto a Margot en un susurro cuando él desaparece.

—Ravi no quiere darle mala impresión a papá por dormir conmigo. Ya le

he asegurado que no pasa nada, pero dice que no se sentiría a gusto.

—Es un detalle por su parte. —Jamás se me ocurriría mencionárselo a Margot, pero me parece lo más adecuado. Ravi no deja de ganar puntos.

—Sí, es un chico muy considerado —reconoce de mala gana.

—Y muy guapo.

Una sonrisa se abre paso en su rostro.

—Eso también.

Peter ya está en el cine cuando llegamos, y sé que es por Margot. No tiene ningún problema en retrasarse cuando queda conmigo, pero jamás se atrevería a llegar tarde delante de mi hermana mayor. Ravi nos paga las entradas a todos, cosa que impresiona a Peter. «Menudo gesto», me susurra mientras nos acercamos a los asientos. Peter lleva a cabo una astuta maniobra para que nos sentemos primero yo, luego él, y después Ravi y Margot, de modo que puedan seguir hablando de fútbol entre ellos. Margot me mira con expresión burlona por encima de sus cabezas, y sé que el disgusto de antes ha quedado olvidado.

Después de la película, Peter propone ir a por unas natillas heladas.

—¿Alguna vez has probado las natillas heladas? —le pregunta a Ravi.

—Nunca —confiesa Ravi.

—Pues están de muerte, Rav. Son caseras —le explica.

—Estupendo.

Mientras los chicos hacen cola, Margot comenta:

—Creo que Peter se ha enamorado... de mi novio.

Y nos partimos de risa.

Las carcajadas aún nos duran cuando vuelven a la mesa. Peter me pasa mis natillas de praliné con nata.

—¿Qué tiene tanta gracia?

Me limito a negar con la cabeza y meto la cuchara en las natillas.

—¡Un momento, tenemos que felicitar a mi hermana por haber entrado en la William and Mary! —exclama Margot.

Me cuesta sonreír cuando todos entrechocan sus copas de natillas con la mía.

—Enhorabuena, Lara Jean —dice Ravi—. ¿No fue allí donde estudió Jon Stewart?

—Pues sí, allí fue —respondo sorprendida—. Es un dato poco conocido.

—Ravi está especializado en los datos poco conocidos. —Margot lame su cuchara—. Por favor, no le hagáis hablar del ritual de apareamiento de los bonobos.

—En tres palabras —empieza Ravi, mirando primero a Peter y luego a mí, y entonces susurra—: lucha de penes.

Margot irradia felicidad a su lado. Antes pensaba que Josh y ella estaban hechos el uno para el otro, pero ya no estoy tan segura. Cuando discuten de política, los dos se muestran igual de apasionados y no dejan de darle vueltas a todo, retándose el uno al otro a la vez que concuerdan en algunos aspectos. Son como la yesca y el pedernal. Si fueran personajes de una serie de televisión, me los imagino como dos médicos rivales de un hospital, que empiezan respetándose a regañadientes y acaban enamorándose locamente. O como dos becarios de la Casa Blanca, o dos periodistas. Ravi estudia ingeniería genética, lo que no pega mucho con la carrera de antropología de Margot, pero no cabe duda de que juntos forman un gran equipo.

Al día siguiente, Margot lleva a Ravi a Washington D. C., donde visitan algunos de los museos del Mall, el monumento de Lincoln y la Casa Blanca. Proponen que Kitty y yo vayamos con ellos, pero rehúso en nombre de ambas porque estoy bastante convencida de que la parejita preferirá pasar un tiempo a solas, y porque me apetece estar tranquila en casa y empezar con el álbum de recortes de Peter. Cuando vuelven esa noche, le pregunto a Ravi qué es lo que más le ha gustado de la ciudad, a lo que responde que sobre todo el Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana. Eso hace que me arrepienta de no haberlos acompañado, porque no he estado nunca.

Ponemos una serie de la BBC en Netflix con la que Margot lleva un tiempo flipando, y que además está hecha muy cerca de donde nació Ravi, quien nos va señalando sitios históricos como su primer lugar trabajo y donde tuvo su primera cita. Comemos helado directamente del envase, y sé que a papá le cae bien Ravi porque no deja de ofrecerle más. Estoy segura de que se ha percatado de que se ha ido al cuarto de invitados, y apuesto a que le agradece el gesto. Espero que Margot y Ravi sigan juntos, porque me gustaría tenerlo en la familia para siempre. Por lo menos, ¡que aguanten hasta que Margot y yo le hagamos una visita en su casa de Londres!

Ravi partirá hacia Texas al día siguiente, cosa que me entristece, pero también me alegra un poco, ya que así tendremos a Margot en exclusiva antes de que tenga que marcharse otra vez.

Al despedirnos, lo señalo con el dedo y digo:

—Hufflepuff.

—Lo has adivinado a la primera —dice con una sonrisa. Entonces me señala y pregunta—: ¿Hufflepuff?

Le devuelvo la sonrisa.

—Lo has adivinado a la primera.

Por la noche, estamos en mi habitación viendo una serie desde mi portátil cuando Margot saca el tema de la universidad, lo que me hace pensar que, en cierta medida, ella también tenía ganas de que Ravi se fuera, puesto que así podríamos empezar a hablar de las cosas serias. Antes de cargar el capítulo siguiente, me mira y dice:

—¿Podemos hablar de la Universidad de Virginia? ¿Cómo te sientes ahora mismo?

—Ha sido horrible, pero ya estoy bien. Terminaré yendo allí. —Margot me dirige una mirada inquisitiva, así que le explico la situación—: Voy a pedir un traslado en segundo. He hablado con la señora Duvall, y me ha dicho que si saco buenas notas en la William and Mary, no debería tener ningún problema para hacerlo.

Margot arruga la frente.

—¿Por qué hablas de trasladarte a otra universidad cuando aún no has empezado en esta? —Como no le respondo enseguida, añade—: ¿Es por Peter?

—¡No! Bueno, en parte sí, pero no del todo. —Dudo un momento antes de decir lo que aún no he dicho en voz alta—. ¿Nunca has tenido esa sensación de que perteneces a algún lugar? Cuando visité el campus de la William and Mary, no tuve esa sensación. No como la tuve en Virginia.

—Puede que ninguna universidad te haga sentir lo mismo que la de Virginia —dice.

—Quizá... Y por eso voy a pedir el traslado el año que viene.

Margot suspira.

—No me gustaría que vivieras la experiencia de la William and Mary a

medio gas solo porque estés deseando volver aquí con Peter. El primer año es determinante. Deberías darle una oportunidad, Lara Jean. A lo mejor te encanta. —Me lanza una mirada elocuente—. ¿Te acuerdas de lo que decía mamá sobre los novios y la universidad?

¿Cómo iba a olvidarlo?

«No seas la chica que va a la universidad teniendo novio.»

—Me acuerdo.

Margot se apodera de mi portátil y abre la página de la William and Mary.

—El campus es precioso. ¡Fíjate en esa veleta! Todo parece sacado de un pueblecito inglés.

—Es verdad. —Me animo un poco.

¿Es tan bonito como el de Virginia? Para mi gusto no, pero la verdad es que no hay ningún lugar en el mundo que me guste tanto como Charlottesville.

—Y además tienen un club del guacamole. Y otro de observadores de tormentas. Y no te lo pierdas: ¡existe algo llamado Club de magos y *muggles*! Por lo visto, es la asociación universitaria de fans de Harry Potter más grande de todo Estados Unidos.

—¡Hala! Eso mola bastante. ¿Tienen un club de repostería?

Lo busca.

—No, pero podrías fundarlo tú.

—Tal vez... No estaría mal... —Quizá debería unirme a un par de asociaciones.

Me dedica una sonrisa radiante.

—¿Lo ves? Hay muchas cosas que merecen la pena. Y no nos olvidemos de Cheese Shop.

Cheese Shop es una quesería situada al lado del campus, donde venden queso, evidentemente, pero también jamón, pan, vino y pasta de alta gama. Y preparan unos sándwiches de ternera con una salsa de la casa que están de muerte. He intentado reproducir la salsa en casa, pero nunca está tan deliciosa como allí, con su pan recién hecho. A mi padre le gusta pasarse de vez en cuando para comprar alguna mostaza y un sándwich, y aprovecha cualquier excusa para volver. A Kitty le encanta el centro comercial de Williamsburg. Venden unas palomitas de maíz dulces y saladas que no puedes dejar de comer de lo ricas que están. Las hacen delante de ti, y están tan calientes que

la bolsa se funde un poco.

—A lo mejor puedo encontrar trabajo en la zona colonial —digo, intentando ilusionarme—. Podría batir mantequilla, vestida con un traje de época tricolor y un delantal, o lo que se llevara entonces. Según dicen, los trabajadores tienen prohibido hablar con vocabulario moderno, y los niños intentan que se equivoquen. Podría ser divertido. Lo único malo es que no sé si contratarán a asiáticos, por eso del rigor histórico...

—Pero, Lara Jean, ¡si vivimos en tiempos de *Hamilton*! Phillipa Soo es medio china, ¿recuerdas? Si ella puede interpretar a Eliza Hamilton, tú puedes batir mantequilla. Y si no quieren contratarte, los denunciemos en las redes sociales y los obligamos. —Margot ladea la cabeza y me mira—. ¿Lo ves? Hay muchas cosas que merecen la pena si les das la oportunidad. —Me rodea los hombros con el brazo.

—Lo estoy intentando —digo—. De verdad.

—Dale una oportunidad a Williamsburg. No lo descartes de plano, ¿vale?

—Vale —asiento.

La mañana siguiente amanece lluviosa y gris, y además estamos las tres solas, puesto que papá ha dejado una nota en la nevera en la que dice que ha tenido que irse al hospital y que nos veremos en la cena. Margot aún arrastra la diferencia horaria, por lo que se ha levantado temprano y ha aprovechado para preparar unos huevos revueltos con beicon. Me sirvo una ración generosa de huevos sobre una tostada con mantequilla mientras escucho el golpeteo de la lluvia en el tejado. Entonces digo:

—¿Y si me salto las clases y hacemos algo chulo?

A Kitty se le ilumina la mirada.

—¿Como qué?

—No, tú no puedes faltar a clase. Yo casi he terminado el instituto, y no importa que no vaya.

—Yo creo que a papá sí le importaría —opina Margot.

—Bueno, pero si pudiéramos hacer cualquier cosa..., ¿qué es lo que haríais?

—¿Cualquier cosa? —Margot ataca su beicon—. Subir a un tren con destino a Nueva York, participar en el sorteo para ver *Hamilton* y ganarlo.

—No podéis ir sin mí —dice Kitty.

—Cállate, Peggy —le suelto con una carcajada.

—No me llames Peggy. —Me fulmina con la mirada.

—Ni siquiera sabes de lo que estoy hablando, así que para el carro.

—Pero sí que oigo tu risa de bruja. Además, sé un montón de cosas de *Hamilton*, porque no paras de poner la banda sonora todo el día. —Entonces canturrea—: *Talk less, smile more*.

—Para que lo sepas, es una grabación de la obra teatral, no una banda sonora —afirmo, a lo que responde poniendo los ojos en blanco.

En realidad, si tuviera que elegir, Kitty sería Jefferson. Sagaz, estilosa, de

lengua afilada. Margot es claramente Angelica: dueña de su propio destino desde que era una niña. Siempre ha sabido quién es y lo que quiere. Y supongo que yo seré Eliza, aunque preferiría mil veces ser Angelica. En el fondo, me temo que soy yo quien debería ser Peggy, pero no quiero ser la Peggy de mi propia historia. Quiero ser Hamilton.

Sigue lloviendo durante todo el día, así que lo primero que hacemos Kitty y yo al volver de clase es ponernos el pijama. Margot no ha llegado a quitarse el suyo, y va con gafas y el pelo recogido en un moño alto, aunque lo tiene demasiado corto para que se sostenga. Kitty se ha encasquetado una camiseta ancha, y yo me alegro de que haga el frío suficiente para enfundarme en mi pijama de franela rojo. Papá es el único que sigue vistiendo ropa de calle.

Pedimos dos pizzas grandes para cenar, una solo de queso (para Kitty) y una suprema con todos los ingredientes. Estamos en el sofá de la sala de estar engullendo la jugosa pizza cuando nuestro padre dice de pronto:

—Me gustaría hablar de una cosa con vosotras, chicas. —Se aclara la garganta, como sé que suele hacer cuando está nervioso. Kitty y yo nos miramos con curiosidad, y entonces nos suelta—: Quiero pedirle a Trina que se case conmigo.

Me llevo las manos a la boca y exclamo:

—¡Dios mío!

Kitty se queda ojiplática y boquiabierta, deja caer el trozo de pizza y chillar tan fuerte que sobresalta a *Jamie Fox-Pickle*. Entonces se lanza en brazos de papá, quien se echa a reír. Yo me levanto de un salto y lo abrazo por la espalda.

No puedo dejar de sonreír, hasta que miro a Margot y observo su semblante inexpresivo. Papá la mira también, nervioso y esperanzado.

—¿Estás ahí, Margot? ¿Qué te parece, cariño?

—Me parece estupendo.

—¿En serio?

—Desde luego —asiente ella—. Trina me cae genial. Y, además, Kitty la adora, ¿no es cierto? —Kitty está demasiado ocupada soltando grititos y saltando sobre el sofá con *Jamie* para poder contestar—. Me alegro mucho por ti, papá. De verdad —dice con dulzura.

Ese «desde luego» la delata. Papá se siente demasiado aliviado como para

darse cuenta, pero yo no. Es lógico que a Margot le cueste aceptarlo. Todavía no se ha acostumbrado a tener a la señora Rothschild en casa. Aún no ha visto lo mucho que congenia con papá. Para ella, sigue siendo la vecina que cortaba el césped en bikini y pantaloncitos cortos de algodón.

—Vais a tener que echarme una mano con la petición de boda —pide papá—. Apuesto a que Lara Jean tiene unas cuantas ideas que darne, ¿verdad?

—Y que lo digas —respondo confiada—. Últimamente han llovido las invitaciones al baile, así que estoy bastante inspirada.

Margot me mira y suelta una carcajada que suena casi sincera.

—Mucho me temo que papá querrá algo más solemne que una declaración escrita con espuma de afeitar sobre el capó de un coche, Lara Jean.

—Las invitaciones al baile de hoy en día han evolucionado mucho desde tus tiempos, Gogo —le digo en tono de broma, para que olvide la bomba que acaba de soltar papá.

—¿Mis tiempos? Solo te llevo dos años. —Trata de sonar despreocupada, pero soy capaz de percibir claramente la tensión que hay en su voz.

—Los años de instituto son como años de perro, ¿verdad, Kitty? —La atraigo hacia mí y la estrecho con fuerza contra mi pecho. Ella se retuerce.

—Es verdad, sois las dos unas ancianas —asegura Kitty—. ¿Yo también puedo participar en la petición de boda, papi?

—Claro que sí. No podría casarme sin vosotras, chicas. —Parece al borde de las lágrimas—. Somos un equipo, ¿no?

Kitty se pone a dar botes como una niña pequeña.

—¡Hurra! —se congratula Kitty. Está encantada, y hasta Margot se da cuenta de lo importante que es esto para ella.

—¿Cuándo vas a pedírselo? —pregunta Margot.

—¡Esta noche! —salta Kitty.

La taladro con la mirada.

—¡No! —me niego—. Así no da tiempo a pensar la manera perfecta, necesitaremos por lo menos una semana. Además, ni siquiera tiene un anillo... Un momento, ¿tienes un anillo?

Nuestro padre se quita las gafas y se enjuga los ojos.

—Por supuesto que no, quería hablarlo con vosotras antes. Necesito que estéis las tres aquí cuando me declare, así que será cuando Margot vuelva en

verano.

—Falta mucho tiempo —protesta Kitty.

—Es cierto. No esperes tanto, papá —dice Margot.

—Bueno, pero al menos tendrás que ayudarme a escoger el anillo.

—Lara Jean tiene mejor gusto para esas cosas —responde Margot con serenidad—, y apenas si conozco a la señora Rothschild. No tengo ni la más remota idea de qué clase de anillo le gustaría.

El rostro de papá se ensombrece. ¿La causa? Ese «apenas si conozco a la señora Rothschild».

Me apresuro a imitar el acento de Hermione lo mejor que puedo.

—¿Ni la más remota idea, querida? —le suelto para picarla—. Te recuerdo que sigues siendo de aquí, Gogo, y que en Estados Unidos no hablamos tan finolis como en Inglaterra.

Margot se echa a reír, y los demás también. Creo que ella también ha reparado en la expresión triste de papá, porque entonces dice:

—No olvidéis hacer un montón de fotos para que pueda verlo.

—Las haremos —le promete papá agradecido—. Grabaremos un vídeo, o como lo llaméis ahora. Madre mía, ¡espero que me diga que sí!

—¡Pues claro que dirá que sí! —decimos todas a coro.

Margot y yo estamos envolviendo porciones de pizza con papel film transparente y una capa doble de papel de aluminio.

—Ya os dije que dos pizzas eran demasiadas —comenta.

—Kitty dará buena cuenta ella después de clase —le aseguro—. Igual que Peter. —Echo una ojeada a la sala de estar; Kitty y papá están viendo la tele acurrucados en el sofá—. Ahora dime lo que piensas de verdad sobre la boda de papá con la señora Rothschild —susurro.

—Me parece una auténtica locura —murmura ella—. Por el amor de Dios, si vive en nuestra misma calle. ¿Por qué no pueden salir como dos adultos normales? ¿Por qué tienen que casarse?

—Tal vez quieran hacerlo oficial. O puede que lo hagan por Kitty.

—Pero ¡si no llevan tanto tiempo de novios! ¿Cuánto ha pasado, seis meses?

—Un poco más, pero se conocen desde hace años, Gogo.

Coloca las porciones de pizza una encima de la otra y dice:

—¿Te imaginas lo raro que será tenerla aquí viviendo?

Su pregunta me hace pensar. La señora Rothschild pasa mucho tiempo aquí, pero no es lo mismo a que viva en casa. Tiene su manera de hacer las cosas, y nosotros la nuestra. Ella, por ejemplo, va con zapatos por la casa, pero nosotros no, así que se los quita cuando viene. Y ahora que lo pienso, nunca se ha quedado a dormir, siempre se marcha por la noche. Puede que eso sí resulte un poco raro. Además, guarda el pan en la nevera, cosa que odio, y si tengo que ser sincera, su perra *Simone* suelta muchos pelos y a veces se hace pis en la alfombra. Por otro lado, ahora que no voy a ir a la Universidad de Virginia, tampoco voy a pasar mucho tiempo por aquí, sino que estaré fuera estudiando.

—Pero ni tú ni yo estaremos viviendo aquí —le digo al fin—. Kitty sí, y ella está encantada.

Margot no contesta enseguida.

—Sí, parece que están muy unidas. —Se acerca al congelador y empieza a hacer sitio para la pizza. Entonces, dándome la espalda, añade—: No olvides que tenemos que ir a comprar el vestido del baile de fin de curso antes de que me vaya.

—¡Ah, vale! —Parece que fuera ayer cuando compramos el vestido del baile de fin de curso de Margot, y ahora me toca a mí el turno.

Papá, que ha entrado en la cocina sin que me diera cuenta, se manifiesta:

—Tal vez pueda acompañaros Trina —sugiere, mirándome esperanzado. No es a mí a quien debería mirar. Yo ya le tengo cariño a la señora Rothschild. Es a Margot a quien se tiene que ganar.

La miro y veo que tiene los ojos desorbitados de pánico.

—Pues... —empiezo—. Creo que por esta vez debería ser algo entre las chicas Song.

Papá hace un gesto de asentimiento.

—Ah. Lo entiendo. —Entonces le dice a Margot—: ¿Y tú y yo, crees que podremos pasar algún rato juntos como padre e hija antes de que te vayas? ¿Qué tal una excursión en bicicleta?

—Por supuesto —responde.

Cuando papá se vuelve, Margot me da las gracias en silencio. Siento que he traicionado a la señora Rothschild, pero Margot es mi hermana. Tengo que estar de su parte.

Me da la impresión de que Margot se siente culpable por haber vetado la presencia de la señora Rothschild durante nuestra búsqueda del vestido, porque no deja de intentar que sea una ocasión todavía más especial de lo que ya es. Al día siguiente, cuando vamos al centro comercial después de clase, anuncia que cada una escogerá dos vestidos a los que pondremos nota, y que tendré que probármelos tanto si quiero como si no. Incluso ha creado unas señales con dibujos de pulgares hacia arriba y hacia abajo que ha imprimido y ha pegado a unos mangos para que votemos.

El probador está lleno de vestidos por todas partes y ya no cabe ni un alfiler. Margot le asigna a Kitty la tarea de colgar y organizar la ropa, pero se cansa enseguida y prefiere ponerse a jugar al Candy Crush con el móvil de Margot.

Margot me pasa primero uno de los vestidos que he elegido yo, negro, holgado y con mangas japonesas vaporosas.

—Si te pusieras este, podrías hacerte un recogido.

—Yo me haría un ondulado playero —dice Kitty sin levantar la vista.

Margot le hace una mueca en el espejo.

—No sé si el negro me va mucho... —Dudo al verlo.

—Deberías probar a ir más de negro —opina Margot—. Te queda muy bien.

Kitty se arranca una costra de la pierna.

—Cuando sea mi baile de fin de curso, me pondré un vestido ajustado de cuero —afirma.

—En Virginia hace bastante calor en mayo —le digo, mientras Margot me sube la cremallera—. Podrías ir de cuero en el baile de bienvenida, que es en octubre.

Observo mi reflejo en el espejo. El traje me queda demasiado ancho por arriba, y parezco una bruja de negro, pero de las que van mal vestidas.

—Para llevar ese vestido hay que tener más tetas —dice Kitty, levantando la señal del pulgar hacia abajo.

Le lanzo una mirada asesina a través del espejo, pero no le falta razón.

—Sí, me temo que es cierto.

—¿Mamá tenía las tetas grandes? —suelta de pronto.

—Mmm. Creo que eran más bien pequeñas —responde Margot—. Una copa A, tal vez.

—¿Cuál es la tuya? —le pregunta Kitty.

—Una AB.

Kitty me echa un vistazo y señala:

—Y Lara Jean las tiene pequeñas como mamá.

—¡Oye, que yo llevo casi una B! —protesto—. Una A grande, prácticamente una B. Que alguien me baje la cremallera.

—Las de Tree sí que son grandes —apunta Kitty.

—Pero ¿son suyas? —le pregunta Margot mientras me baja la cremallera. Me quito el vestido y se lo entrego a Kitty para que lo cuelgue.

—Eso creo —digo.

—Son de verdad. La he visto en bikini y se le desparraman hacia los lados cuando se tumba. Así es como se sabe si son auténticas o no. Las de mentira se quedan tiesas como bolas de helado. —Kitty se pone a jugar con el móvil otra vez—. Además, se lo pregunté.

—Si fueran de silicona, dudo mucho que te lo contara —indica Margot.

Kitty frunce el ceño.

—Tree no me miente nunca.

—No digo que te mienta, pero puede que prefiera callarse las operaciones de cirugía plástica que se haya hecho. ¡Y está en su derecho!

Kitty se limita a encogerse de hombros con toda tranquilidad.

A fin de dejar atrás el tema de las tetas de la señora Rothschild, me pruebo el siguiente vestido a toda prisa.

—¿Qué os parece este, chicas?

Ambas niegan con la cabeza y levantan la señal del pulgar hacia abajo al mismo tiempo. Por lo menos hay algo que las une, aunque sea lo poco que les gusta mi vestido.

—¿Dónde está el mío? Pruébate el que he elegido yo. —El vestido que ha elegido Kitty es uno blanco, estrechísimo y sin mangas que sabe que no me pondría ni en un millón de años—. Solo quiero ver cómo te queda.

Me enfundo en el vestido para seguirle la corriente, pero ella insiste en que es el mejor del mundo solo por ganar la competición. Al final, ninguno de los modelos va conmigo, pero eso no me hace perder el sueño. Todavía falta un mes para el baile de fin de curso, y quiero rastrear todas las tiendas de ropa *vintage* antes de conformarme con las normales. Me gusta la idea de llevar un vestido con historia, que haya recorrido mundo y presenciado cosas, un vestido como el que se pondría una chica como Stormy para salir a bailar.

A la mañana siguiente, antes de volver a Escocia, Margot me hace prometer que le mandaré fotos de los posibles vestidos para que me dé su opinión. No vuelve a mencionar a la señora Rothschild, pero la verdad es que ese no es su estilo.

—Los bailes de fin de curso son algo así como la Nochevieja —dice Lucas.

Chris, él y yo estamos tirados en el sofá de la enfermería, ya que la enfermera ha salido a comer y no le importa que echemos el rato allí. Como nos queda tan poco para acabar el instituto, todos los profesores se muestran bastante amables con nosotros.

—La Nochevieja es de paletos —se burla Chris mientras se arregla las uñas.

—¿Me dejas acabar? —Lucas suelta un suspiro y continúa—: Como estaba diciendo, los bailes de fin de curso se hunden bajo el peso de todas las expectativas que se depositan en ellos. Se supone que es el gran momento que todo adolescente estadounidense debe vivir durante el instituto, así que le dedicas un montón de tiempo y dinero, y sientes que debes, no, que te mereces pasar una noche de escándalo. No hay nada en el mundo que pueda hacer frente a tanta presión.

Yo pienso que el momento perfecto de la adolescencia terminará siendo cualquier cosa normal y corriente que sucederá sin más, sin haberlo planeado. Además, creo que ya he vivido una docena de noches idílicas con Peter, así que tampoco necesito un baile de fin de curso de escándalo. Cuando me imagino la velada, veo a Peter vestido de esmoquin, siendo cortés con mi padre y regalándole un ramillete de flores a Kitty. A todos nosotros, haciéndonos una foto junto a la chimenea. Hago una nota mental para pedirle a Peter que traiga algún ramillete para mi hermana.

—¿Significa eso que no vas a ir al baile? —le pregunto a Lucas.

—No lo sé. —Vuelve a suspirar—. Ni siquiera conozco a nadie con quien quiera ir.

—Si yo no fuera con Peter, te pediría que vinieras conmigo —le digo.

Entonces los miro a ambos—. ¿Y por qué no vais los dos juntos?

—Paso del baile de fin de curso —señala Chris—. Seguramente saldré de marcha por Washington con la gente de Applebee's.

—Chris, no puedes faltar a tu baile. Puedes salir de marcha con los de Applebee's en cualquier momento, pero solo acabamos el instituto una vez.

Mi cumpleaños es el día después del baile de fin de curso, y me duele un poco que no se acuerde. Si sale de fiesta por Washington, lo más probable es que se quede allí todo el fin de semana, y ni siquiera podré verla en mi cumpleaños.

—No te ofendas, pero el baile va a ser un rollo. Tú seguro que lo pasarás bien, pero es que vas a ir con el rey del baile, Lara Jean. ¿Y cómo se llama la chica esa de la que te has hecho amiga ahora? ¿Tammy?

—Pammy —la corrijo—. Pero no lo pasaré bien si tú no estás.

—Oh, qué tierna. —Me rodea con el brazo.

—¡Siempre habíamos dicho que iríamos juntas al baile de fin de curso y que veríamos el amanecer desde el patio de primaria!

—Puedes hacerlo con Kavinsky.

—¡No sería lo mismo!

—Cálmate —me dice Chris—. De todos modos, es muy posible que sea la noche que te desvirgues, y dudo mucho que te acuerdes de mí en ese momento.

—¡No pretendo hacer eso la noche del baile de fin de curso! —bufo.

De pronto veo que Lucas me observa con cara de susto.

—Lara Jean... ¿Es que Kavinsky y tú no os habéis acostado aún?

Recorro el pasillo con la mirada para asegurarme de que no haya nadie escuchando.

—No, pero no se lo cuentes a nadie, por favor. No es que me avergüence de ello ni nada por el estilo, pero tampoco quiero que todo el mundo se entere de mis asuntos.

—Te entiendo, claro, pero, madre mía... —Todavía parece asombrado—. Madre mía, es que...

—¿A qué viene tanto «madre mía»? —le pregunto ruborizada ya.

—A que... ¡está tan bueno!

—Eso es verdad —Me río.

—Hay un motivo por el que el sexo es tan habitual en estos bailes —interviene Chris—. Aparte de ser una tradición, es porque todo el mundo se

acicala mucho, y se puede salir hasta tarde... La mayoría de la gente no volverá a tener tan buen aspecto en su vida, ni se esmerará tanto, lo que es bastante patético. No son más que un rebaño de ovejas haciéndose la manicura y poniéndose rulos. Qué vulgaridad.

—¿Tú no te pones rulos? —le pregunta Lucas.

—Pues claro —responde ella exasperada.

—Entonces ¿por qué juzgas a los demás por...? —empiezo a decir.

—Mirad, esa no es la cuestión. La cuestión es que... —Frunce el ceño—.

Un momento, ¿de qué estábamos hablando?

—¿Rulos, manicura, ovejas? —le recuerda Lucas.

—Antes de eso.

—¿De sexo? —sugiero.

—¡Justo! La cuestión es que perder la virginidad en la noche del baile es un tópico, pero los tópicos suelen serlo por una razón. En el fondo es lógico, ya que puedes volver tarde a casa, te pones tus mejores galas y blablablá.

—No pienso hacerlo por primera vez solo porque sea lo más práctico y lleve un bonito peinado, Chris.

—Como quieras.

No lo sé con seguridad, pero me imagino mi primera vez cuando esté en la universidad, en mi propio cuarto, como una adulta. Ahora mismo no lo veo, la verdad; en casa, siendo Lara Jean, hija y hermana. Cuando vaya a la universidad, solo seré Lara Jean, sin más.

Hemos decidido que papá le pedirá la mano a la señora Rothschild el sábado, después de hacer senderismo por una de sus rutas favoritas. Será al pie de una cascada. El plan consiste en que Peter, Kitty y yo nos escondamos detrás de unos árboles para grabarlo todo, y aparezcamos luego con una cesta de picnic. Papá no tenía muy claro lo de grabarlo por si la señora Rothschild decía que no, pero Kitty le insistió. No dejaba de repetir que era por Margot, cuando en realidad es porque es una cotilla y quiere presenciarlo todo. Desde luego, yo también quiero verlo, y Peter también se apunta. De hecho, es él quien nos tiene que llevar hasta allí en coche.

Esa misma mañana, antes de recoger a la señora Rothschild, mi padre nos dice:

—Una cosa: si da la impresión de que va a decir que no, ¿podéis dejar de grabar?

En ese momento estoy envolviendo unos sándwiches de ternera con mucho esmero. Levanto la vista.

—Va a decir que sí.

—Pero tenéis que prometerme que en ese caso os iréis sin hacer ruido. — Le lanza una mirada elocuente a Kitty.

—Trato hecho, doctor Covey —dice Peter, a la vez que levanta una mano.

Mientras chocan las palmas, pregunto:

—¿Tienes el anillo, papá?

—¡Claro! —Entonces arruga la frente—. Espera, ¿lo tengo? —Se palpa los bolsillos y abre la cremallera interior de su cazadora—. ¡Maldita sea, se me ha olvidado! —dice, y echa a correr escalera arriba.

Peter y yo intercambiamos una mirada.

—Nunca había visto a tu padre tan nervioso —apunta mientras se echa

una uva a la boca—. Suele estar mucho más relajado.

Le doy un cachete en la mano para que se aleje de las uvas. Kitty roba una y explica:

—Lleva así toda la semana.

Papá baja corriendo por la escalera con el anillo de compromiso que le ayudamos a elegir entre Kitty y yo. Es de oro blanco con un halo de diamantes de talla princesa. Yo estaba segura de lo de la talla princesa, y Kitty estaba segura de lo del halo.

Por fin se marcha a recoger a la señora Rothschild mientras termino de preparar la cesta de picnic. Me alegro de tener una excusa para sacarla de paseo. La compré en un mercadillo hace unos años, y todavía no la he usado ni una sola vez. Meto una botella de champán, un racimo perfecto de uvas, los sándwiches, una cuña de queso *brie* y unas galletas saladas.

—Mete también una botella de agua —dice Peter—. Llegarán deshidratados de la ruta.

—Y de las lágrimas posteriores, seguramente —añade Kitty.

—¿Les ponemos algo de música cuando se arrodille? —sugiere él.

—No hemos comentado esa parte del plan, y mi padre ya está lo bastante nervioso —digo—. Si empieza a pensar que estamos esperando entre los arbustos para ponerles música, le va a dar algo.

—Además, siempre podemos añadir la música en posproducción —opina Kitty—. Lo importante es que oigamos la conversación.

Le lanzo una mirada severa.

—Lo que va a pasar no es una película, Katherine, sino la vida real.

Los dejo solos un momento para ir al baño. Cuando cierro el grifo después de lavarme las manos, oigo que Kitty pregunta:

—Peter, cuando se vaya Lara Jean, ¿seguirás viniendo a verme de vez en cuando?

—Pues claro que sí.

—¿Aunque rompáis?

Se produce una pausa.

—No vamos a romper.

—Pero ¿y si lo hicierais? —insiste ella.

—No lo haremos.

Kitty hace caso omiso.

—Porque ya nunca vemos a Josh, y también dijo que vendría.

Peter suelta un bufido.

—¿Hablas en serio? ¿Crees que soy como Sanderson? ¿YO? Estoy en una liga totalmente distinta. Me siento insultado por la comparación.

Kitty suelta una especie de carcajada de alivio, de las que suenan más bien como un suspiro.

—Es verdad, tienes razón.

—Confía en mí, enana. Tú y yo somos amigos.

Lo amo tanto por decir eso que podría llorar. Él cuidará de Kitty por mí, sé que lo hará.

Papá nos dijo que llegarían a la cascada a mediodía, así que pensamos que sería mejor que estuviéramos allí a las once y media para tomar posiciones. Al final nos hemos plantado antes para ir sobre seguro, a petición de Kitty.

Escogemos un escondite lo bastante alejado para que la señora Rothschild no nos descubra, pero lo bastante próximo para poder verlos. Kitty y yo nos ocultamos detrás de un árbol, mientras que Peter se encoge detrás de otro cercano, con el móvil preparado para grabar. Kitty quería ser quien llevara la cámara, pero he tomado la decisión ejecutiva de que sea él quien se encargue, ya que no está tan implicado emocionalmente y mantendrá la mano firme durante el momento cumbre.

Aparecen por el sendero justo después de las doce. La señora Rothschild se ríe de algo mientras mi padre le responde como un robot con la misma expresión nerviosa que tenía esta mañana. Resulta curioso verlos interactuar cuando no saben que estamos mirando. Kitty tenía razón: es un poco como ver una película. Él parece algo más joven a su lado; tal vez por estar enamorado. Se acercan a la cascada, y la señora Rothschild suspira de felicidad.

—Qué bonito es esto —dice ella.

—Casi no oigo nada —susurra Kitty—. La cascada hace mucho ruido.

—Chist. Eres tú la que hace ruido.

—Vamos a hacernos una foto —propone papá, rebuscando en el bolsillo de su cazadora.

—¡Pensaba que te oponías a los selfis por cuestiones morales! —lo acusa ella con una carcajada—. Espera, deja que me arregle para la ocasión. —Se

quita la goma del pelo e intenta darle volumen. Luego se mete lo que parece ser una pastilla para la tos o un caramelo en la boca.

Papá está tardando tanto que por un momento pienso que ha perdido el anillo o la determinación, pero entonces se agacha e hinca la rodilla en la tierra. Se aclara la garganta. Está a punto de suceder. Agarro la mano de Kitty y la estrujo. Le brillan los ojos. Se me acelera el corazón.

—No esperaba volver a enamorarme, Trina. Pensaba que mi momento había pasado, y me parecía bien, dado que tengo a mis hijas. No era consciente de que me faltaba algo, hasta que apareciste tú...

La señora Rothschild se cubre la boca con las manos. Tiene lágrimas en los ojos.

—Trina, quiero pasar el resto de mi vida contigo. —La señora Rothschild se atraganta con el caramelo, y papá se levanta para darle unas palmadas en la espalda. Está tosiendo como una condenada.

Desde su árbol, Peter murmura:

—¿Le hago la maniobra de Heimlich? Sé cómo se hace.

—¡Peter, mi padre es médico! —murmuro a mi vez—. Lo tiene controlado.

Cuando se le pasa la tos, la señora Rothschild se endereza y se enjuga las lágrimas.

—Espera. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Eso intentaba —dice mi padre—. ¿Te encuentras bien?

—¡Sí! —Se lleva las manos a las mejillas.

—¿Significa eso que estás bien, o que te casarás conmigo? —pregunta papá, solo medio en broma.

—¡Sí, me casaré contigo! —grita ella, él se acerca y se besan.

—Este es un momento un poco íntimo —le susurro a Kitty.

—Todo forma parte del espectáculo —me responde ella.

Papá le entrega el estuche del anillo a la señora Rothschild. No entiendo bien lo que dice entonces, pero, sea lo que sea, hace que ella se tronche de la risa.

—¿Qué está diciendo? —me pregunta Kitty.

—¿Qué es lo que ha dicho? —susurra Peter al mismo tiempo.

—¡No lo oigo! ¡Callaos los dos! ¡Estáis estropeando el vídeo!

En ese momento, la señora Rothschild mira en nuestra dirección.

Rayos.

Surgimos los tres desde detrás de nuestros respectivos árboles a la vez que oigo la voz irónica de papá:

—Ya podéis salir, chicos. ¡Ha dicho que sí!

Vamos corriendo hacia ellos y Kitty salta en brazos de la señora Rothschild. Se dejan caer sobre la hierba, y las carcajadas de la señora Rothschild se extienden por el bosque. Le doy un abrazo a papá. Entretanto, Peter prosigue con su labor de cámara y graba el momento para la posteridad como el buen novio que es.

—¿Estás contento? —le pregunto a mi padre.

Él asiente y me abraza con más fuerza, con los ojos empañados en lágrimas.

Y, así, nuestra familia crece un poco más.

Esta es la primera noche en que nos reunimos todos para cenar después de la pedida de mano, y papá está en la cocina haciendo una ensalada. Nosotras estamos en la sala de estar pasando el rato. Kitty termina los deberes mientras que la señora Rothschild saborea una copa de vino blanco. Se respira paz y tranquilidad, y es el momento perfecto para sacar a colación algunos asuntos de la boda. Me he pasado la última semana confeccionando un tablero de visualización para ellos: imágenes de la película *Orgullo y prejuicio*, una pared entera cubierta de rosas ante la que hacerse fotos, *Las vírgenes suicidas*, centros de flores con botellas de vino como un guiño a las bodegas de Charlottesville.

La señora Rothschild parece alarmarse un poco cuando se lo enseño en mi portátil. Deja la copa de vino a un lado y lo mira con más atención.

—Qué bonito, Lara Jean. Es precioso. ¡Le habrás dedicado mucho tiempo!

Tanto tiempo, de hecho, que esta semana me he perdido el partido de *lacrosse* de Peter, además de un cine con Pammy. Pero esto es más importante. Como es lógico, no le digo nada de eso, sino que me limito a sonreír con gesto angelical.

—¿Se parece en algo a lo que tenías en mente?

—Bueno... Si te digo la verdad, habíamos pensado en ir al juzgado y ya está. La idea de vender mi casa y meter todos mis trastos en esta ya me produce bastantes dolores de cabeza.

Papá entra con una fuente de madera llena de ensalada en las manos.

—¿Insinúas que casarte conmigo te produce dolor de cabeza? —dice con sequedad.

Ella pone los ojos en blanco.

—¡Ya sabes a qué me refiero, Dan! A ti tampoco te sobra el tiempo para

organizar un bodorrio. —Le da un sorbo al vino y se vuelve hacia mí—. Tanto tu padre como yo nos hemos casado antes, y ya no tenemos ganas de grandes fastos. Lo más seguro es que ni siquiera me compre un traje nuevo.

—Pero es que la ocasión sí que requiere grandes fastos. ¿Sabes cuántos años ha tardado nuestro padre en encontrar a alguien que se coma sus potingues y vea sus documentales? —Niego con la cabeza—. Que hayas aparecido tú es un milagro, y eso hay que celebrarlo. —Llamo a mi padre, que ha vuelto a desaparecer en la cocina—. ¿Has oído eso, papá? La señora Rothschild quiere ir al juzgado. Te ruego que la disuadas de ese disparate.

—¿Puedes dejar de llamarme «la señora Rothschild», por favor? Ya que voy a ser tu madrastra malvada, al menos deberías llamarme Trina, o Tree. Lo que más te guste.

—¿Qué te parece «madrastra»? —sugiero con expresión inocente—. Suena de maravilla.

Me suelta un cachete.

—¡Serás descarada! ¿A que te pego?

Me aparto de ella con una risita.

—Volvamos al tema de la boda. No sé si piso terreno resbaladizo al decir esto, pero ¿aún conservas el álbum de fotos de tu primera boda? Me gustaría ver qué estilo llevaste.

La señora Rothschild hace una mueca.

—Creo que me deshice de casi todo. A lo mejor queda una foto perdida en algún álbum. Menos mal que me casé antes de que se inventaran las redes sociales. ¿Te imaginas lo que será divorciarse y tener que borrar todas las fotos de la boda?

—¿No trae mala suerte hablar de divorcios al planear una boda?

Se echa a reír.

—En ese caso, estamos condenados. —Supongo que habré puesto cara de espanto, porque enseguida dice—: ¡Es broma! Buscaré una foto para enseñártela si quieres, pero, la verdad, no me siento muy orgullosa de cómo iba ese día. En esa época se llevaban los ojos muy maquillados, y creo que se me fue un poco la mano. Y además hice eso tan de principios de siglo de ponerme perfilador de color chocolate y brillo en los labios.

Procuro mantener un gesto neutral.

—Ya, bueno. ¿Y qué hay del vestido?

—Con una sola manga y falda de estilo sirena. Me hacía un culo

estupendo.

—Entiendo.

—¡Deja de juzgarme!

Mi padre posa la mano sobre el hombro de la señora Rothschild.

—¿Qué tal si lo hiciéramos aquí en casa?

—¿En el jardín? —Ella parece pensárselo—. Me gusta: una pequeña barbacoa, la familia y unos cuantos amigos.

—Papá no tiene amigos —dice Kitty desde el otro lado de la sala de estar, con el libro de mates apoyado en el regazo.

Él la mira con mala cara.

—Sí que tengo amigos. Están el doctor Kang del hospital, Marjorie y la tía D. Pero, bueno, sí, por mi parte sería un grupo reducido.

—Y Nana —añade Kitty, ante lo que tanto mi padre como la señora Rothschild parecen ponerse nerviosos. La madre de papá no es la mujer más agradable del mundo.

—No os olvidéis de la abuela —apunto yo.

La abuela y la señora Rothschild se conocieron en Acción de Gracias. Aunque papá no la presentó como su novia oficial, la abuela es muy lista y no se le escapa ni una. Le hizo el tercer grado a la señora Rothschild, preguntándole si tenía hijos propios, cuándo se había divorciado y si ya se había pagado los estudios. La señora Rothschild se desenvolvió bastante bien. Cuando fui a despedirme de la abuela en el coche, me dijo que «no estaba mal». También comentó que se vestía como una jovencita, pero admitió que tenía mucha energía y cierto resplandor.

—Ya tuve una gran boda —comenta la señora Rothschild—. Por mi parte también seremos pocos. Algunos amigos de la universidad, Shelly del trabajo, mi hermana Jeanie y algunas compañeras de SoulCycle.

—¿Podemos ser tus damas de honor? —le ruega Kitty.

La señora Rothschild se ríe.

—¡Kitty! Esas cosas no se piden —le recrimino, pero me vuelvo hacia la señora Rothschild en espera de su respuesta.

—Claro —dice—. ¿Te parece bien, Lara Jean?

—Será un honor —respondo.

—Entonces seréis vosotras tres y mi amiga Kristen, porque si no, me mata.

Doy una palmada.

—Ya que hemos resuelto eso, volvamos al tema del vestido. Si va a ser una boda en el jardín, pienso que debería reflejarse en lo que te pongas.

—Mientras tenga mangas para que no se me vean los brazos colgaderos, estoy de acuerdo —dice.

—Señora Rothschild... Perdón, Trina, tú no tienes los brazos así —afirmo. En realidad, está en plena forma gracias a todo el pilates y el SoulCycle que hace.

A Kitty se le ilumina la mirada.

—¿Cómo son los brazos colgaderos? Tienen que ser asquerosos.

—Ven aquí y te lo enseño. —Kitty obedece, y la señora Rothschild levanta el brazo y lo estira; entonces, en el último momento, agarra a Kitty y empieza a hacerle cosquillas. Kitty se parte de risa, y la señora Rothschild también.

—¿Asquerosos? ¡Ya te enseñaré yo a llamar «asquerosa» a tu futura madrastra!

Papá parece más feliz que nunca.

Esa misma noche, en el cuarto de baño, Kitty se cepilla los dientes mientras yo me lavo la cara con un exfoliante nuevo de cáscara de nuez y moras que pedí a una página coreana de productos de belleza.

—Tarros de cristal y manteles de cuadros: sencillo pero elegante —pienso en voz alta.

—Los tarros de cristal están muy vistos —opina Kitty—. Mira en Pinterest: los usa todo el mundo.

Hay algo de cierto en sus palabras.

—Bueno, pues yo voy a ponerme una corona de flores en la cabeza, y me da igual que me digas que está muy visto.

—No puedes ir con una corona de flores —responde tajante.

—¿Por qué no?

Escupe la pasta de dientes.

—Eres demasiado mayor. Eso es para las niñas que llevan las arras.

—No, perdona, pero no lo estás enfocando de la manera correcta. No me refiero a gipsófilas, sino a rositas rosa y anaranjadas, con mucho verde. Un verde claro, ¿sabes cuál te digo?

Kitty menea la cabeza con firmeza.

—No somos hadas del bosque. Es demasiado empalagoso. Y sé que Gogo pensará lo mismo que yo.

Tengo el presentimiento de que así será. Decido dejar la discusión de lado por el momento. Hoy no puedo ganarla.

—En cuanto a los vestidos, he pensado que podríamos probar con algo *vintage*, que no sea blanco nuclear, sino un blanco crema. Algo de estilo lencero, muy etéreo: no en plan hada, sino más bien como seres celestiales.

—Yo voy a ir de esmoquin.

Casi me atraganto.

—¿Cómo?!

—De esmoquin. Con unas Converse a juego.

—¿Por encima de mi cadáver!

Kitty se encoge de hombros.

—Kitty, no es una boda de alto copete. ¡Un esmoquin no quedaría bien en el jardín! ¡Y deberíamos ir las tres conjuntadas! ¡Las chicas Song!

—Ya se lo he dicho a Tree y a papá, y a los dos les parece genial que vaya de esmoquin, así que ya puedes ir dejando el tema. —Tiene esa expresión en la cara, ese gesto que pone cuando parece estar a punto de embestir como un toro.

—Pues por lo menos que sea un traje de mil rayas. Va a hacer demasiado calor para un esmoquin, y el mil rayas es transpirable. —Siento que estoy cediendo en esto, y creo que ella también debería hacerlo.

—Tú no lo decides todo, Lara Jean. No eres tú quien se casa.

—¿Eso ya lo sé!

—Bueno, pues que no se te olvide. —Voy a darle un empujón, pero se escabulle antes de que pueda hacerlo, y me grita por encima del hombro—: ¡Métete en tus propios asuntos!

Hoy salimos pronto de clase, y voy corriendo por los pasillos para reunirme con Peter en su taquilla cuando la señora Duvall me detiene.

—¡Lara Jean! ¿Vas a venir a la reunión de esta tarde?

—Pues... —No recuerdo nada de ninguna reunión.

Ella emite un chasquido de decepción.

—¡Te mandé un recordatorio la semana pasada! Se va a celebrar un encuentro informal entre los futuros estudiantes de William and Mary de la zona. Habrá más alumnos de este instituto, pero también de muchos otros. Se trata de una buena oportunidad para conocer a gente nueva antes de empezar el curso.

—Ah... —Había leído ese email, pero lo había olvidado por completo—. Me encantaría ir, de verdad, pero no puedo porque tengo... un compromiso familiar.

Lo cual es técnicamente cierto. Peter y yo vamos a una subasta de patrimonio en Richmond: él tiene que recoger unas mesillas para la tienda de antigüedades de su madre, y yo busco una mesa para la tarta de bodas de papá y Trina.

La señora Duvall me observa con detenimiento y dice:

—Bueno, supongo que ya habrá otra ocasión. Mucha gente mataría por estar en tu lugar, Lara Jean, pero seguro que ya lo sabes.

—Lo sé —la tranquilizo, y luego salgo pitando en busca de Peter.

La subasta acaba siendo un chasco, al menos para mí. Peter se lleva las mesillas, pero no encuentro nada adecuado para una boda etérea en el jardín. Hay una cómoda que podría servir una vez pintada, o con un estarcido de flores, pero vale trescientos dólares, y me temo que papá y Trina se escandalizarían ante ese precio. Aun así, le hago una foto por si acaso.

Luego vamos a un local sobre el que leí en internet llamado Croaker's

Spot, donde pedimos pescado frito y pan de maíz rebosante de mantequilla y salsa dulce.

—Richmond está guay —opina él, limpiándose la salsa de la barbilla—. Es una pena que la William and Mary no esté en Richmond. También está más cerca de Virginia.

—Solo por media hora —le indico—. De todos modos, he estado pensándolo, y ni siquiera falta un año para que pueda entrar en la Universidad de Virginia. —Empiezo a contar con los dedos—. En realidad son unos nueve meses. Y volveré a casa por Navidad, y durante las vacaciones de primavera.

—Exacto —dice él.

Al llegar a casa, ya es de noche, y papá, Trina y Kitty están sentados a la mesa de la cocina, terminando de cenar. Papá se pone de pie al verme entrar.

—Siéntate y te sirvo un plato —ofrece. Y luego, guiñando el ojo, añade —: Trina ha hecho su pollo al limón.

El pollo al limón de Trina no consiste en otra cosa que unas pechugas a la plancha con sazón de limón por encima, pero es su especialidad y le sale bastante bueno.

—No, gracias —digo sentándome—. He comido un montón.

—¿Han servido comida en la reunión? —pregunta papá, que vuelve a su silla—. ¿Cómo ha ido?

—¿Cómo sabías lo de la reunión? —pregunto mientras me agacho a acariciar a *Simone*, la perrita de Trina, que me ha seguido hasta la cocina y ahora está sentada a mis pies, esperando a que le caiga algún bocado.

—Enviaron una invitación por carta. ¡La colgué en la puerta de la nevera!

—Anda, pues vaya. No he ido. He estado en Richmond con Peter buscando una mesa para la tarta de bodas.

Papá frunce el ceño.

—¿Te has ido hasta Richmond entre semana? ¿A por una mesa?

Huy. Saco mi móvil a toda velocidad para poder enseñársela.

—Es un poco cara, pero podríamos dejar los cajones medio abiertos, repletos de rosas. Aunque no sea esta exactamente, si os gusta la idea, seguro que podría encontrar algo parecido.

Papá se acerca para verla mejor.

—¿Cajones repletos de rosas? Eso suena a caro y a poco respetuoso con el medio ambiente.

—Bueno, supongo que podrían ser margaritas, pero el efecto no sería el mismo. —Le lanzo una mirada rápida a Kitty antes de continuar—. Me gustaría volver al tema de los trajes de dama de honor.

—Frena el carro. Quiero volver al tema de que te pierdas la reunión de alumnos por ir a Richmond —me interrumpe papá.

—No te preocupes, seguro que organizan un millón de reuniones de esas antes de que empiece el curso —le digo—. Kitty, con respecto a los trajes...

—Puedes ponerte el camisón tú solita —me espeta Kitty, sin levantar la vista siquiera.

Prefiero obviar el hecho de que haya llamado «camisón» al vestido que tengo en la mente y le respondo:

—Si solo me lo pongo yo no quedará bien. Lo bonito es que vayamos conjuntadas. Todas iguales, en plan etéreo, como los ángeles. Así parecerá otra cosa, algo memorable. Si soy la única que lo lleva, no producirá el mismo efecto. Tenemos que ser las tres. —No sé cuántas veces más voy a tener que pronunciar la palabra «etéreo» para que la gente entienda cuál va a ser el ambiente de esta boda.

—Si quieres que vayamos conjuntadas —dice Kitty—, puedes ir de esmoquin tú también. No tengo ningún problema con eso.

Respiro hondo por no soltarle un grito.

—Bueno, ya veremos qué opina Margot de este tema.

—A Margot le dará igual una cosa que otra.

Kitty se levanta para dejar su plato en el fregadero, y cuando se da la vuelta hago un gesto como si fuera a estranglarla.

—Te he visto —afirma. Lo juro: tiene ojos en el cogote.

—¿A ti qué te parece, Trina? —le pregunto.

—La verdad, me es diferente lo que hagáis, pero tendréis que poneros de acuerdo con Margot y con Kristen. Es posible que tengan opiniones distintas.

—En realidad se dice «me es indiferente», no «diferente» —le informo con delicadeza—. Si «te fuera diferente», técnicamente significaría que sí te importa.

Trina pone los ojos en blanco, mientras que Kitty vuelve a sentarse y pregunta:

—¿Por qué tienes que ser así, Lara Jean?

La empujo hacia un lado. A Trina le digo:

—Kristen es una mujer adulta, y estoy segura de que le parecerá bien lo que decidamos nosotras. Ya es mayorcita.

Ella no parece estar tan segura.

—No querrá llevar nada con lo que enseñe los brazos. Intentará convencerlos para que os pongáis rebecas a juego.

—Pues no.

Trina levanta las manos.

—Eso discutidlo con Kristen. Como he dicho, me es diferente. —Me mira y estallo en carcajadas, igual que Kitty.

—Un momento, ¿podemos seguir hablando de esa reunión a la que no has asistido? —Mi padre vuelve a la carga con gesto adusto—. Seguro que ha tenido que ser algo muy agradable.

—Ya iré a la próxima —le prometo. Desde luego, no lo digo en serio.

No tiene mucho fuste que vaya a reuniones y me codee con gente a la que no volveré a ver después de nueve meses.

Me preparo un cuenco con helado, subo la escalera y le mando un mensaje a Margot para preguntarle si está despierta. Lo está, así que la llamo al instante en busca de apoyo con el tema de los vestidos, pero Kitty tiene razón: a Margot le da igual una cosa que otra.

—Me pondré lo mismo que vosotras —dice.

—Los rincones más terribles del infierno están reservados para la gente que se mantiene neutral en los momentos de crisis —la amenazo mientras lamo la cuchara.

Ella se ríe.

—Pensaba que los rincones más terribles del infierno estaban reservados para las mujeres que no apoyan a otras mujeres.

—Bueno, supongo que en el infierno hay espacio de sobra. En serio, ¿no crees que Kitty estará ridícula de esmoquin? Es una boda en el jardín. ¡Se supone que tiene que ser etérea!

—No creo que estuviera más ridícula que tú con una corona de flores en el pelo. Deja que se ponga su esmoquin, tú te pones tu corona de flores, y yo me mantengo neutral. Si te digo la verdad, ni siquiera entiendo por qué tengo que ser dama de honor de la señora Rothschild cuando apenas la conozco. A

ver, sé que lo hace por ser amable, pero me parece innecesario. Es un poco exagerado.

Ahora me arrepiento de haber revuelto las aguas sacando la cuestión del esmoquin frente a la corona de flores. Lo último que quiero es que a Margot se le pase por la cabeza la idea de faltar a la boda. En el mejor de los casos, se muestra tibia con Trina. Me apresuro a decir:

—Bueno, las coronas de flores tampoco son imprescindibles. Tú y yo podríamos ponernos vestidos normales, Kitty su esmoquin, y todos contentos.

—¿Qué tal ha estado la reunión de la William and Mary de hoy? ¿Has conocido a gente interesante?

—Pero ¿cómo es que todo el mundo sabe lo de la dichosa reunión?

—Estaba en la puerta de la nevera.

—Ya. Pues no he ido.

Hace una pausa.

—Lara Jean, ¿has pagado ya el depósito de la William and Mary?

—¡Estaba a punto de hacerlo! El plazo no acaba hasta el primero de mayo.

—¿No estarás cambiando de opinión?

—¡No! Es que no he tenido tiempo. Con todo lo de organizar la boda y demás, ha sido una locura.

—Parece que la boda va a ser cada vez más grande. Pensaba que querían algo sencillo.

—Estamos barajando todas las opciones. Seguirá siendo sencilla, pero creo que debería ser un día muy especial, algo que recordemos siempre.

Después de colgar, bajo a dejar el cuenco de helado en el fregadero. A la vuelta, me detengo en la sala de estar, donde está colgado el retrato de bodas de mis padres, encima de la chimenea. Mamá va con un vestido de encaje, con mangas japonesas y una falda vaporosa. Tiene el cabello recogido en un moño lateral, con algunos tirabuzones sueltos. Lleva unos pendientes de diamantes que nunca más le vi puestos. Apenas si usaba joyas, y tampoco mucho maquillaje. Papá va con un traje gris, pero el gris aún no se había extendido hasta sus cabellos. Tiene las mejillas lisas como el culito de un bebé, sin un rastro de barba. Ella está como la recordaba, pero a él lo veo mucho más joven.

En ese momento me doy cuenta de que habrá que quitar el retrato. A Trina le resultaría muy incómodo tener que verlo ahí cada día. Ahora mismo

no parece preocuparle, pero cuando viva aquí, después de casarse, apuesto a que pensará de otra manera. Podría colgarlo en mi propio cuarto, aunque es posible que Margot también lo quiera. Supongo que tendré que preguntárselo cuando vuelva.

Esa misma semana, Kristen, la amiga de Trina, nos visita una noche después de cenar, pertrechada con una botella de vino rosado y una pila de revistas de novia. Por la forma en que Trina hablaba de ella, me la imaginaba alta e intimidante, pero en realidad mide lo mismo que yo. Tiene el pelo castaño cortado a la altura de la barbilla y la piel bronceada. Me impresiona su colección de *Martha Stewart Weddings*, que abarca números desde hace muchos años.

—Solo os pido que no dobléis las esquinas, por favor —dice, cosa que me horroriza. ¡Como si yo fuera a hacer algo así!

»Creo que deberíamos empezar por la recepción prenupcial —propone. Acaricia a *Jamie Fox-Pickle*, cuya cabeza dorada reposa en su regazo. Nunca lo había visto tan confiado con un desconocido, lo que supongo que es buena señal.

—He pensado que podría estar bien hacer una merienda, con té, sándwiches sin corteza, bollitos con crema...

—Yo había pensado en una sesión de SoulCycle —dice Kristen—. Podría encargarme unas camisetas fosforitas en las que ponga «Equipo de Trina». ¡Y podríamos alquilar un aula solo para nosotras!

Trato de no parecer tan decepcionada como me siento y me limito a asentir con un «ajá».

—Chicas, las dos cosas suenan genial, pero preferiría no organizar una recepción antes de la boda —interviene Trina. Kristen suelta un grito ahogado, y yo también lo hago. Trina se disculpa con una sonrisa—: Ya tenemos muchas cosas entre manos. El único motivo para celebrar una recepción es regalarle a la novia las cosas que no tiene, y nosotros no necesitamos nada.

—Pues, por ejemplo, no tenemos heladera —apunto yo. Llevo bastante tiempo queriendo experimentar con una máquina de hacer helados, pero la que me gusta cuesta más de cuatrocientos dólares—. Y papá no deja de hablar de una máquina de hacer pasta.

—Podemos comprar esas cosas nosotros mismos. A fin de cuentas, ya somos adultos. —Kristen abre la boca para oponerse, pero Trina le dice—: Kris, no voy a ceder en esto. Nada de recepciones. Que ya tengo cuarenta tacos, por el amor de Dios. No soy nueva en esto.

—No sé qué tiene que ver eso —replica Kristen con tono seco—. Las recepciones prenupciales sirven para que la novia se sienta querida y especial, pero bueno. Si tanto te desagrada, no la haremos.

—Gracias —contesta Trina, y entonces se acerca a ella y le apoya el brazo sobre los hombros.

Kristen la mira con expresión severa.

—Lo que no es negociable es la despedida de soltera. La vas a tener, y punto en boca.

—Eso no te lo discuto. —Trina sonrío—. Tal vez podríamos hacer lo que has comentado del SoulCycle.

—Ni de coña, tiene que ser algo a lo grande. Las Vegas, ¿no? Venga, si tú adoras Las Vegas. Esta noche escribiré a las chicas para que el marido de Sarah nos reserve una suite en el Bellagio...

—No vamos a ir a Las Vegas —dice Trina—. La despedida tiene que ser por aquí cerca y para todos los públicos para que puedan venir las niñas.

—¿Qué niñas? —exige saber Kristen.

Trina me señala.

—Mis niñas. —Me sonrío con timidez y yo le devuelvo la sonrisa, conmovida.

—¿Y si vamos a un karaoke? —propongo, ante lo que Trina aplaude con alegría.

Kristen se queda boquiabierta.

—Lara Jean, no es por ofender, pero ¿qué narices está pasando aquí, Trina? No puedes llevar a tus futuras hijastras a tu despedida de soltera. No está bien. No podremos celebrarlo como se supone que se debe celebrar una despedida. Como en los viejos tiempos: es decir, poniéndonos hasta el culo para que puedas disfrutar de tus últimos momentos de soltería.

Trina me mira negando con la cabeza.

—Para que conste, nunca nos poníamos «hasta el culo». —Y a Kristen le dice—: Kris, no pienso en ellas como mis futuras hijastras. Simplemente son... mis niñas. Pero no sufras, lo pasaremos bien igualmente. Margot ya está en la universidad, y Lara Jean está a punto de entrar. Pueden verse

expuestas a un poco de sangría y chardonnay.

—Cómo te gusta el vino blanco, ¿eh? —insinúo, y me da un manotazo en el hombro.

Kristen exhala un suspiro profundo.

—Bueno, ¿y qué hay de la pequeña?

—Kitty es muy madura para su edad —le asegura Trina.

Kristen se cruza de brazos.

—Me niego. No puedes llevar a una cría a una despedida de soltera, no estaría bien.

—¡Kris!

En ese momento, siento que debo pronunciarme.

—Estoy de acuerdo con Kristen en eso. No podemos llevar a Kitty a un karaoke. Es demasiado pequeña, y no dejarán entrar a una niña de once años.

—Va a ser una decepción para ella.

—Sobrevivirá —digo.

Kristen le da un sorbito a su vino rosado y comenta:

—La decepción es buena para los niños: los prepara para el mundo real, que no gira en torno a ellos y sus necesidades.

Trina levanta la mirada hasta el techo.

—Si te niegas a llevar a Kitty a la despedida, yo me niego a que haya penes. Lo digo en serio, Kris. Ni tarta de penes, ni pajitas de penes, ni pasta en forma de penes. Nada de penes, y no hay más que hablar.

Me ruborizo al instante. ¿Hay pasta en forma de penes?

—Pues bueno. —Kristen hace un mohín con el labio inferior.

—Perfecto. Y, ahora, ¿podemos empezar a hablar de la boda en sí?

Voy corriendo a por mi portátil y abro mi tablero de visualización, momento en el que Kitty decide honrarnos con su presencia. Ha estado viendo la tele en su cuarto.

—¿Cómo va la planificación? —quiere saber.

Kristen le echa una ojeada antes de decir:

—Vamos a hablar de la comida.

—¿Qué os parece alquilar unas gastronetas? —sugiero—. ¿O un puesto de gofres?

Kristen frunce los labios.

—Había pensado en una barbacoa. A Trina le pirran las barbacoas.

—Mmm —digo—. Pero hay mucha gente que hace barbacoas, ¿no? Está

un poco...

—¿Visto? —apunta Kitty.

—Iba a decir «trillado». —Pero sí.

—Pero ¡a Trina le encantan las barbacoas!

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? —pide Trina—. Es verdad: me encantan las barbacoas. Y otra cosa, ¿podemos poner tarros de cristal para decorar?

Doy por hecho que Kitty va a empezar a criticar los tarros de cristal, pero no menciona nada al respecto. Por el contrario, va y suelta:

—¿Qué me decís de unas flores comestibles en las bebidas?

Estoy casi segura de que es una de mis ideas que me acaba de robar.

Trina pega un brinco en la silla.

—¡Sí! ¡Me encanta!

—Podemos poner una ponchera bonita y dejar unas cuantas flores flotando —me apresuro a decir. Kristen me dirige una mirada de aprobación. Animada por su gesto de apoyo, prosigo con tono majestuoso—: Y para el postre, necesitaremos una tarta nupcial y una tarta del novio.

—¿De verdad necesitamos dos tartas? —pregunta Trina, mordiéndose una uña—. Tampoco va a haber tanta gente.

—Estamos en el sur, y tiene que haber una tarta del novio. Para la otra había pensado en una tarta de bizcocho con glaseado de crema de mantequilla. —Trina me dedica una sonrisa radiante. Esa es la clase de tartas que le gustan: normalitas. Nada emocionante, pero es la que le gusta—. Para la de papá, creo que debería ser... ¡de menta con chocolate! Tarta de chocolate con glaseado de menta y chokolatinas de menta por encima. —Tengo la visión exacta de cómo debe ser esa tarta.

Esta vez es Kitty la que me dirige una mirada de aprobación. Hacía semanas que no me sentía tan integrada.

Kitty mezcla esmaltes de uñas de colores en un plato de papel mientras miro peinados de famosas para el recogido de novia de Trina. Estoy tirada en el sofá, apoyada sobre varios cojines; ella está en el suelo, rodeada de botes de esmalte de uñas por todas partes. De pronto me pregunta:

—¿Alguna vez has pensado qué pasaría si papá y Trina tuvieran un bebé que se pareciera a él?

Kitty piensa en toda clase de cosas que no se me ocurrirían a mí ni en un millón de años. Ni se me había pasado por la cabeza que pudieran tener un hijo, ni a quién se parecería ese supuesto hijo. Ese bebé sería de papá y de Trina al ciento por ciento. Nadie tendría que adivinar a quién pertenecía la criatura, ni calcular quién estaba emparentado con quién. Se daría por hecho.

—Pero si son supermayores los dos —digo.

—Trina tiene cuarenta y tres años, y a esa edad todavía se pueden tener hijos. La madre de Maddie acaba de tener un bebé y tiene cuarenta y tres años.

—Cierto...

—¿Y si fuera un niño?

Papá con un hijo. La idea me resulta de lo más chocante. Tampoco es que él sea muy deportista, al menos en el sentido masculino tradicional. Es decir, le gusta el ciclismo y jugar a dobles de tenis en primavera, pero estoy segura de que debe de haber cosas que le gustaría hacer con un hijo que no hace con nosotras porque no nos interesarían lo más mínimo. Como la pesca, quizá. En cuanto al fútbol, no le llama demasiado la atención, y Trina es más forofa que él.

Cuando mi madre se quedó embarazada de Kitty, Margot quería otra hermanita, pero yo quería que fuera un niño. La verdad es que sería bonito volver a tener a un bebé en casa, más que nada porque yo no estaría aquí para

oírle berrear en plena noche. Me limitaría a comprarle patucos de lana y jerséis con dibujos de zorrillos o conejitos.

—Si le pusieran Tate de nombre, lo llamaríamos Tater Tot —pienso en voz alta.

En las mejillas de Kitty se forman dos rosetones, que la hacen parecer tan joven como la veo siempre en mi cabeza: como una niña pequeña.

—No quiero que tengan hijos. Si tuvieran un bebé, dejaría de ser la pequeña. ¡No sería nada!

—Oye —protesto—, ¡que yo soy la de en medio, y soy alguien!

—Margot es la mayor y la más lista, y tú eres la más guapa. —¿Soy la más guapa? ¿Kitty cree que soy la más guapa? Intento no alegrarme mucho, porque aún sigue hablando—. Yo solo soy la más pequeña. Si tienen un bebé, no me quedará ni eso.

Cierro mi portátil.

—Kitty, tú eres mucho más que la más pequeña de las hermanas, eres la más salvaje. La de armas tomar. La traviesa. —Kitty frunce los labios para que no se le escape una sonrisa—. Y pase lo que pase —añado—, Trina te quiere y te querrá siempre, aunque tuviera otro hijo, cosa que no creo que ocurra. —Me detengo—. Un momento, ¿decías en serio eso de que soy la más guapa?

—Bah, lo retiro. Seguro que seré la más guapa cuando vaya al instituto. Tú puedes ser la más amable.

Salto del sofá y la agarro de los hombros como si fuera a sacudirla. Ella suelta una risita.

—No quiero ser la más amable —me quejo.

—Pero lo eres. —No lo dice como si fuera un insulto, pero tampoco como un cumplido—. ¿En qué te gustaría parecerte a mí? —me pregunta.

—Querría tener tu coraje.

—¿Qué más?

—Tu nariz. Tienes una naricilla monísima. —Se la toco—. ¿Y tú a mí?

Kitty se encoge de hombros.

—No lo sé.

Entonces se parte de risa, y yo la sacudo por los hombros.

Más tarde, sigo dándole vueltas al tema. No había pensado en que papá y Trina pudieran querer tener descendencia. Sin embargo, Trina no ha tenido hijos, aparte de su «pequeña» *Simone*, la golden retriever. Tal vez quiera

tener su propio bebé. Y papá no lo ha mencionado, pero existe la posibilidad de que quiera intentar tener un niño esta vez. Sería dieciocho años más joven que yo. Qué idea tan extraña. Y lo que es más extraño aún: ya soy lo bastante mayor como para tener hijos también.

¿Qué haríamos Peter y yo si me quedara embarazada? Soy incapaz de imaginarme lo que sucedería. Lo único que puedo ver es la cara que pondría mi padre cuando se lo dijera, y no llego más allá.

A la mañana siguiente, de camino a clase en el coche de Peter, observo su perfil de reajo.

—Me encanta tu piel —le digo—. Es como el culito de un bebé.

—Podría dejarme barba si quisiera —replica, a la vez que se toca la barbilla—. Una bien tupida.

—No es verdad —le respondo en tono cariñoso—. Pero quizá lo logres algún día cuando te hagas un hombre.

Él tuerce el gesto.

—Ya soy un hombre, ¡tengo dieciocho años!

—Pero si ni siquiera te haces la comida —me burlo—. ¿Sabes poner la lavadora acaso?

—Soy un hombre para las cosas que importan —presume, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Qué harías si te llamaran a filas para ir a la guerra? —le pregunto.

—Mmm... ¿No se supone que los universitarios quedan excluidos de ir a la guerra? ¿Aún siguen llamando a la gente a filas?

Ignoro la respuesta a ambas preguntas, así que entro al trapo.

—¿Qué harías si me quedara embarazada?

—Ni siquiera lo hemos hecho todavía, Lara Jean. Sería como la inmaculada concepción.

—¿Y si lo hiciéramos? —insisto.

Él suelta un gruñido.

—¡Tú y tus preguntas! No lo sé. ¿Cómo voy a saber lo que haría?

—¿Qué crees que harías?

Peter no duda ni un segundo antes de responder.

—Lo que tú quisieras.

—¿No te gustaría decidirlo juntos? —Lo estoy poniendo a prueba, pero

por qué motivo, no lo sé.

—No soy yo el que tiene que llevarlo dentro. Es tu cuerpo, no el mío.

Me gusta su respuesta, pero sigo presionando.

—¿Y si te dijera que... nos casáramos y tuviéramos el bebé?

Peter vuelve a responder sin vacilar.

—Pues diría que sí, ¡claro!

Ahora soy yo la que tuerce el gesto.

—¿Claro? ¿Eso es todo? ¿Lo único que se te ocurre decir ante la decisión más importante de tu vida es «Sí, claro»?

—Pues sí, porque lo tengo claro.

Me acerco a él y cubro sus mejillas lampiñas con mis manos.

—Por eso sé que sigues siendo un niño: estás seguro de todo.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué lo dices como si fuera algo malo?

—Siempre estás muy seguro de ti mismo —le suelto—. Nunca te he visto inseguro de nada.

—Bueno, pues hay algo de lo que sí que estoy seguro —dice, mirando a la carretera—: Nunca seré la clase de padre que es mi padre, tenga la edad que tenga.

Me quedo callada, sintiéndome culpable por reírme de él y provocarle malos recuerdos. Quiero preguntarle si su padre sigue intentando hablar con él para arreglar las cosas, pero su expresión hosca me lo impide. Ojalá se reconciliaran antes de que Peter vaya a la universidad. Porque ahora mismo sigue siendo un niño y, en el fondo, creo que todos los niños quieren conocer a sus padres, sean la clase de hombres que sean.

Después de clase, pedimos comida en una cafetería desde el coche, y Peter ataca su sándwich antes de que hayamos salido del aparcamiento. Entre mordiscos de sándwich de pollo frito, me pregunta:

—¿Es verdad lo que has comentado antes de que no te imaginas casándote conmigo?

—¡Yo no he dicho eso!

—Bueno, pero es más o menos lo que decías: que todavía soy un niño, y que no podrías casarte con un niño.

Ahora he herido sus sentimientos.

—No quería decir eso. Me refería a que no me imaginaba casándome con nadie en este momento. Los dos somos muy jóvenes. ¿Cómo íbamos a tener un bebé nosotros? —Sin pensar, añadió—: De todos modos, mi padre me ha dado un kit completo de anticonceptivos para la universidad, así que no tenemos de qué preocuparnos.

Peter está a punto de ahogarse con el sándwich.

—¿Un kit de anticonceptivos?

—Claro. Preservativos y... —Barreras bucales—. Peter, ¿sabes lo que es una barrera bucal?

—¿El qué? ¿Es lo que te ponen los dentistas mientras te hurgan en la boca?

Suelto una risita.

—No. Son para el sexo oral. ¡Y yo que pensaba que eras el experto que me lo iba a enseñar todo cuando fuéramos a la universidad!

Se me acelera el corazón mientras espero a que haga su típica broma sobre que por fin vayamos a acostarnos en la universidad, pero no la hace. Por el contrario, arruga la frente y dice:

—No me gusta la idea de que tu padre piense que lo estamos haciendo cuando no es cierto.

—Solo quiere que tengamos cuidado, eso es todo. Es un profesional, ¿recuerdas? —Le doy una palmadita en la rodilla—. Pero eso da igual, no me voy a quedar embarazada, así que no hay problema.

Él arruga su servilleta y la tira a la bolsa de papel mientras sigue mirando a la carretera.

—Tus padres se conocieron en la universidad, ¿no?

Me sorprende que se acuerde de eso. No recuerdo habérselo contado.

—Sí.

—¿Y cuántos años tenían? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? —Sé que Peter quiere llegar a alguna parte con este interrogatorio.

—Creo que veinte.

Su semblante se ensombrece, pero solo un poco.

—Vale, pues veinte. Yo tengo dieciocho y tú los tendrás el mes que viene. Son solo dos años menos que ellos. ¿Y qué son dos años frente al gran plan del universo? —pregunta con una sonrisa radiante—. Tus padres se conocieron con veinte años, nosotros con...

—Doce —termino la frase.

Peter frunce el ceño, mosqueado porque le haya fastidiado el argumento.

—De acuerdo, nos conocimos de pequeños, pero no estuvimos juntos hasta los diecisiete...

—Yo tenía dieciséis.

—Pero no empezamos a salir de verdad hasta que los dos tuvimos prácticamente diecisiete. Y eso es casi lo mismo que dieciocho, que es casi lo mismo que veinte. —Ahora tiene la expresión vanidosa del abogado que acaba de arrojar un alegato final inapelable.

—Me parece una lógica muy enrevesada y retorcida —digo—. ¿Alguna vez te has planteado hacerte abogado?

—Pues no, pero ahora que lo dices, ¿por qué no?

—La Universidad de Virginia tiene una Facultad de Derecho muy buena. —Siento una punzada de dolor repentino al decirlo, porque entrar en la universidad es una cosa, pero acabarla es otra muy distinta. Parece algo tan lejano... ¿Quién sabe qué será de nosotros desde este momento hasta entonces? Seremos personas muy diferentes. Al pensar en cómo será Peter de veinteañero, me invade una sensación de nostalgia por el hombre que será y al que quizá no llegue a conocer nunca. Ahora mismo, hoy por hoy, sigue siendo un niño, y yo soy la persona que mejor lo conoce en el mundo, pero ¿y si no fuera así siempre? Nuestros caminos ya empiezan a separarse, un poco más cada día que pasa y nos vamos acercando a agosto.

Trina puso su casa a la venta un par de semanas después de su compromiso. Kristen es agente inmobiliaria, y le había dicho que era el momento de vender, ya que a todo el mundo le gustaba comprar en primavera. Resulta que estaba en lo cierto: una pareja hizo una oferta esa misma semana, antes de que ninguno de nosotros lo hubiera esperado. Papá y Trina pensaban que seguiría en el mercado por lo menos un mes, pero los transportistas ya están dejando cajas en nuestra casa y todo avanza a la velocidad del rayo.

En ningún momento se cuestionó demasiado quién se iría con quién —se sobreentendía que era más sencillo que Trina se mudara aquí—. Por un lado, nuestra casa es más grande, pero además es más fácil cambiar a una persona de residencia que a cuatro. Eso era lo que pensábamos. No obstante, Trina tiene un montón de cosas. Cajas y más cajas de ropa y zapatos, sus aparatos de gimnasia, unos cuantos muebles, un enorme cabecero forrado de terciopelo que sin duda horroriza a mi padre...

—Si fuera yo, no querría irme a vivir a la casa de otra mujer —dice Chris.

Está de pie junto a mi ventana, observando a Trina mientras que esta les da indicaciones a los transportistas. Se ha pasado por mi casa de camino al trabajo para que le preste un par de zapatos.

—¿Qué otra mujer? —le pregunto.

—¡Tu madre! No dejaría de pensar que seguiría siendo su casa. Que había escogido los muebles y el papel pintado.

—En realidad, Margot y yo escogimos muchas cosas —digo—. Yo escogí el papel pintado del comedor, y ella el color del baño del piso de arriba.

Recuerdo que Margot, mamá y yo nos sentamos en el suelo de la sala de estar, rodeadas de un montón de libros de papel pintado, muestras de

alfombras y tonos de pintura. Nos pasamos la tarde entera repasando cada libro con lupa. Margot y yo nos peleábamos por el tono correcto de azul para el cuarto de baño que íbamos a compartir. A mí me gustaba el cian como los huevos de petirrojo, pero Margot lo quería azul celeste. Al final, mamá nos hizo jugar a piedra, papel o tijera para decidirlo, y ganó Margot. Estuve refunfuñando por ello hasta que me vengué escogiendo yo el papel pintado.

—Lo único que digo es que, si yo fuera Trina, preferiría empezar de cero —dice Chris.

—Cosa algo difícil en el caso de que tu futuro esposo ya tenga tres hijas.

—Ya sabes a qué me refiero. A algo lo más nuevo posible.

—Por lo menos se han comprado una cama nueva. Llegará mañana.

Chris se anima al oírlo. Entonces se tira sobre mi cama y dice:

—Vaya, ¿es raro que me imagine a tu padre en plena acción?

Le doy un manotazo en la pierna.

—¡Yo no pienso en esas cosas! Así que haz el favor de no sacar el tema.

—La verdad es que Trina tiene un cuerpazo... —dice, mientras se tira de los hilos de sus pantaloncitos cortados a la altura del trasero.

—¡No estoy de broma, Chris!

—Solo era un comentario. Yo mataría por tener un cuerpo así a su edad.

—Tampoco es tan mayor.

—Aun así. —Chris me mira con ojitos de cordero degollado—. ¿Puedo fumar aquí si abrimos la ventana?

—Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta, Christina.

Hace un puchero, pero solo por la gracia, porque ya sabía que le diría que no.

—Uf. Qué tontos que sois con lo del tabaco en este país. Es tan paleta...

Ahora que se va a ir a Costa Rica, Chris disfruta despreciando todo lo de Estados Unidos. Todavía no puedo creer que se vaya a marchar.

—¿De verdad no vas a asistir al baile de fin de curso?

—De verdad.

—Si no lo haces, te vas a arrepentir —le advierto—. Cuando estés deslomándote en alguna granja de Costa Rica, de pronto te acordarás de que no fuiste y sentirás una pena terrible, pero no podrás culpar a nadie más que a ti.

—¡Eso lo dudo! —responde con una carcajada.

Cuando Chris se va a trabajar, me voy a la cocina a mirar vestidos de

dama de honor y de baile de fin de curso con el portátil. Entonces, Trina y mi padre vuelven de hablar con los transportistas, y hago como si estuviera muy ocupada, estudiando o algo así. No quiero que me pidan que los ayude con la mudanza. A la listilla de Kitty se le ha visto muy poco el pelo durante los últimos dos días, y me arrepiento de no haber seguido su ejemplo.

Papá se sirve un vaso de agua a la vez que se seca el sudor de la frente.

—¿De verdad necesitas esa cinta de correr? —le pregunta a Trina—. Ni siquiera funciona bien.

—Funciona perfectamente.

Él se bebe el agua de un trago y dice:

—Nunca te he visto usarla.

Ella le pone mala cara.

—Eso no quiere decir que no la use, sino que no lo he hecho delante de ti.

—De acuerdo. ¿Cuándo fue la última vez que la usaste?

Trina entorna los ojos.

—Eso no es asunto tuyo.

—¡Trina!

—¡Dan!

Esta es una faceta de papá que no había visto nunca: gruñón, a punto de perder la paciencia. Trina provoca eso en él y, aunque suene extraño que lo diga, me alegro de que así sea. Es algo que no sabía que hubiera perdido. A fin de cuentas, se trata de conseguir que las cosas funcionen, de vivir una buena vida, sin grandes subidas ni bajadas, con todas las fricciones y la pasión que conlleva el estar enamorado de alguien. A mi padre le saca de quicio que ella siempre tarde tanto en arreglarse, ella se burla de sus aficiones, como mirar a los pájaros o ver documentales, pero, aun y con eso, encajan.

Esta noche hay partido de *lacrosse*, pero Pammy no puede ir porque tiene que trabajar, y Chris no se dignaría jamás a asistir a un partido de *lacrosse*, así que le pido a Kitty que me acompañe. Ella hace como si tuviera que pensárselo, preguntándose si no será un rollo, pero cuando le digo que no pasa nada si no quiere ir, acepta en el acto.

Nos encontramos con la madre de Peter y su hermano pequeño, Owen, en las gradas, y nos sentamos con ellos. Owen y Kitty se dedican a fingir que el otro no existe: él juega con su móvil y ella con el suyo. El chavalín es alto, pero se sienta encorvado, con el pelo sobre los ojos.

Charlamos sobre el compromiso de mi padre con Trina durante un rato y les cuento algunas de mis ideas para la boda. Ella va asintiendo hasta que de pronto dice:

—Por lo que he oído, tú también estás de enhorabuena.

—¿Por qué? —le pregunto confusa.

—¡Por lo de William and Mary!

—¡Ah! ¡Gracias!

—Sé que querías ir a Virginia, pero tal vez haya sido mejor así. —Me obsequia con una sonrisa compasiva.

Le devuelvo la sonrisa con inseguridad. Por ejemplo, no estoy segura de qué significa exactamente eso de que «tal vez haya sido mejor así». ¿Se alegra de que no vaya a entrar en la Universidad de Virginia con Peter? ¿Acaso se piensa que vamos a cortar por eso ahora? Así pues, me limito a comentar:

—En realidad, Williamsburg no está tan lejos de Charlottesville.

—Bueno, sí, eso es cierto —es su respuesta. Entonces, Peter marca un tanto y ambas nos ponemos de pie para aplaudir.

Cuando vuelvo a sentarme, Kitty me pregunta:

—¿Podemos comprar palomitas de maíz?

—Claro —le digo, feliz de tener una excusa para levantarme—. ¿Vosotros queréis algo? —les pregunto a la madre de Peter y a Owen.

—Palomitas —contesta este sin alzar la vista.

—Podéis compartirlas —dice la madre de Peter.

Me abro paso entre los bancos hacia el puesto de comida cuando me fijo en un hombre que observa el partido cruzado de brazos desde un lateral. Es alto y tiene el pelo castaño. Es guapo. Sé quién es en el momento en que vuelve la cabeza y lo veo de perfil, porque ya conozco esa cara. Conozco esa barbilla y esos ojos. Es el padre de Peter. Me quedo de piedra, asombrada como si contemplara al fantasma de las Navidades futuras.

Me pilla mirando y me ofrece una sonrisa amable. Siento que no tengo más remedio que dar un paso adelante y hablarle.

—Disculpe... ¿Es usted el padre de Peter?

Él asiente sorprendido.

—¿Eres amiga suya?

—Me llamo Lara Jean Covey. Soy... su novia. —Parece extrañarse, pero se recupera enseguida y me tiende la mano. Yo la estrecho con firmeza para darle una buena impresión—. Vaya, es usted igualito a él.

Él se ríe, y vuelvo a asombrarme de lo mucho que se parece a Peter.

—Querrás decir que él es igualito a mí.

Yo también me río.

—Cierto. Usted llegó primero.

Se produce un silencio incómodo, tras el que se aclara la garganta y me pregunta:

—¿Cómo está?

—Ah, pues está bien. Todo le va genial. ¿Sabe que le han dado una beca de *lacrosse* en la Universidad de Virginia?

Asiente sonriendo.

—Eso me dijo su madre. Estoy orgulloso de él. No es que pueda adjudicarme ningún mérito, pero eso da igual, me siento muy orgulloso de ese chico. —Sus ojos se dirigen de nuevo hacia el campo, hacia Peter—. Solo quería volver a verle jugar. Lo echaba de menos. —Duda un momento antes de añadir—: Por favor, no le menciones a Peter que he estado aquí.

Su petición me sorprende tanto que solo soy capaz de responder:

—Ah... Vale.

—Te lo agradezco. Ha sido un placer conocerte, Lara Jean.

—Lo mismo digo, señor Kavinsky.

Y vuelvo a los bancos. Cuando voy por la mitad por fin me acuerdo de las palomitas, así que bajo otra vez. Cuando regreso del puesto, el padre de Peter ya no está.

Nuestro equipo acaba perdiendo, pero Peter anota tres tantos y hace un gran partido. Me alegro de que su padre haya podido verle jugar, pero desearía no haber accedido a ocultárselo a Peter. La sola idea me produce dolor de estómago.

Sigo pensando en su padre cuando subimos al coche, pero entonces Kitty dice:

—Eso que ha comentado la madre de Peter sobre que era mejor que no fueras a la Universidad de Virginia ha sido un poco raro.

—¿Verdad que sí? ¿Tú también lo has entendido así?

—No había otra manera de entenderlo —replica Kitty.

Miro los retrovisores antes de girar a la izquierda para salir del aparcamiento.

—En el fondo, no creo que lo haya dicho con mala intención. Lo único que sucede es que no quiere que Peter lo pase mal. —Y yo tampoco, así que tal vez será mejor que no le explique que he visto a su padre esta noche. ¿Y si se hiciera ilusiones, y él volviera a hacerle daño?—. ¿Quieres que paremos a comprar yogur helado? —le propongo de repente, a lo que por supuesto me dice que sí.

Cuando Peter llega a casa después de ducharse y veo lo contento que está, me reafirmo en mi decisión de no contarle nada de su padre.

Nos tiramos al suelo de la sala de estar para aplicarnos unas mascarillas faciales de tela. ¡Si lo vieran ahora los chicos de clase!

—¿Qué se supone que hace esta? —me pregunta entre dientes.

—Ilumina la piel cansada.

Entonces se vuelve en mi dirección y masculla:

—Hola, Clarice.

—¿De qué hablas?

—¡Es de *El silencio de los corderos*!

—Anda, pues nunca la he visto. Parece que da mucho miedo.

Peter se incorpora al instante. Lo de quedarse quieto se le da fatal.

—Tenemos que verla ahora mismo. No puedo estar con una persona que no haya visto *El silencio de los corderos*, es ridículo.

—Lo siento, pero estoy casi segura de que me toca elegir a mí.

—¡Venga ya, Covey! Pero ¡si es un clásico! —afirma Peter al tiempo que le suena el móvil. Lo coge, y oigo la voz de su madre por la otra línea—. Hola, mamá... Estoy en casa de Lara Jean. Volveré pronto... Yo también te quiero.

Cuando cuelga, le explico:

—Oye, se me había olvidado decírtelo, pero tu madre ha dicho antes que tal vez era mejor que yo no hubiera entrado en la Universidad de Virginia.

—¿Cómo? —Vuelve a incorporarse y se quita la mascarilla de la cara.

—Bueno, no lo ha dicho exactamente así, pero creo que se refería a eso.

—¿Cuáles han sido sus palabras exactas?

Yo también me quito la mascarilla.

—Me ha felicitado por haber entrado en William and Mary, y luego creo que ha comentado: «Sé que querías ir a Virginia, pero tal vez haya sido mejor así».

Peter se relaja.

—Ah, bueno, ella siempre habla así. Busca el lado bueno de las cosas. En ese sentido es como tú.

Yo no lo veo de la misma manera, pero no ahondo en el tema, porque Peter es muy protector con su madre. Supongo que tiene que serlo, ya que solo son tres en su familia. Pero ¿y si no tuviera que ser así? ¿Y si tuviera una oportunidad auténtica de retomar su relación con su padre? ¿Y si esta noche fuera una prueba de ello?

—Oye, ¿a cuánta gente vas a invitar a tu graduación? —le pregunto como si nada.

—A diez. Mi familia no es muy numerosa. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad. Yo he apuntado a quince, por si mi abuela pudiera traer a algún pariente de Corea. —Dudo un poco antes de decir—: ¿Has pensado en invitar a tu padre?

Frunce el ceño.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? —Levanta su teléfono—. Vamos a ver qué películas nos quedan. Si *El silencio de los corderos* está descartado, podríamos poner *Trainspotting*, ¡o *La jungla de cristal*!

Durante un momento no digo nada, pero luego le arrebató el móvil de las manos.

—¡Me toca elegir a mí! Y elijo... ¡*Amélie!*

Después de haberse resistido tanto a ver comedias románticas y películas extranjeras, resulta que a Peter le encanta *Amélie*. Va sobre una chica francesa a la que le da miedo vivir en el mundo, así que se crea sus propias fantasías en la cabeza, con lámparas parlantes, cuadros en movimiento y crepes que parecen discos de vinilo. Hace que me den ganas de irme a vivir a París.

—Me pregunto cómo te quedaría el flequillo —comenta Peter—. Seguro que estarías preciosa. —Al final de la película, cuando ella hace una tarta de ciruelas, se vuelve hacia mí y dice—: ¿Sabes hacer tarta de ciruelas? Parece deliciosa.

—Pues oye, unas tartaletas de ciruela serían perfectas para la mesa de los postres. —Empiezo a consultar recetas en mi teléfono.

—No te olvides de llamarme cuando hagas una hornada de prueba —me responde con un bostezo.

Estoy sentada en el sofá con Trina mientras tomamos un té. Le estoy enseñando arreglos florales cuando papá llega de la calle y se tira en el sofá a nuestro lado.

—¿Un día largo? —le pregunta ella.

—El más largo de la historia —responde él, cerrando los ojos.

—Una pregunta —digo yo.

Él abre los ojos de inmediato.

—¿Sí, mi hija mediana?

—¿Qué canción habéis pensado para el primer baile?

Papá suelta un gemido.

—Ahora mismo estoy demasiado cansado para pensar en bailes.

—Por favor. ¡Es tu boda! No te la pierdas, papá.

Trina se echa a reír y le da un golpe en el costado con el pie.

—¡No te la pierdas, Dan!

—Bueno, bueno. A ver, Trina es muy fan de Shania Twain. —Los dos se sonríen—. Así que, ¿qué tal *From This Moment On*?

—Oooh —dice ella—. Qué bien me conoces.

—¿Shania Twain? —repito—. ¿No es la que cantaba esa de *Man! I Feel Like a Woman!*?

Trina levanta su taza como si fuera un micrófono y ladea la cabeza.

—*From this moment, I will love you* —canturrea desafinando.

—Creo que no conozco esa canción —respondo, procurando sonar neutral.

—Pónsela en el móvil —le dice a papá.

—No empieces a juzgarnos —me advierte él antes de ponerla.

Es la canción que menos le pega a mi padre de todo el mundo, pero sonrío como un bobalicón mientras suena, y más aún cuando Trina le rodea los

hombros con el brazo y lo hace mecerse con ella al ritmo de la música.

—Es perfecta —digo, cuando de repente me entran ganas de llorar. Me aclaro la garganta—. Y ahora que habéis decidido la canción, podemos seguir tachando otras cosas de la lista. He estado hablando con Tilly's Treats acerca de poner unos minibudines de plátano en tarritos pequeños, pero dicen que no pueden hacerlos por menos de siete dólares la unidad.

Unas arrugas de preocupación cruzan el rostro de mi padre.

—Eso parece un poco caro, ¿no?

—Tranquilo. Tengo pendiente hacer una llamada a una pastelería de Richmond, y si los gastos de envío no son muy altos, es posible que sea la solución. —Paso las hojas de mi archivador—. He estado tan ocupada con los postres que no he tenido ocasión de ver al grupo con el que hablé. Ya que van a tocar en Keswick este fin de semana, tal vez podría pasarme a echarles un ojo.

Papá me mira con inquietud.

—Cariño, me da la sensación de que has sustituido la cocina por los preparativos de boda para reducir el estrés. Esto se nos ha ido un poco de las manos.

—El grupo no es exactamente un grupo —me apresuro a decir—. Es una cantante con otro tío que canta. Aún están empezando, así que lo que piden es bastante razonable. Sabré más cuando los vea en persona.

—¿No tienen algún vídeo que puedan enseñarte? —pregunta Trina.

—Claro, pero no es lo mismo que verlos en directo.

—No creo que necesitemos a un grupo —opina papá mientras intercambia una mirada con Trina—. Con poner música desde el ordenador será más que suficiente.

—Como quieras, pero tendremos que alquilar un equipo de sonido. —Empiezo a buscar por mi archivador, pero Trina alarga la mano y la posa sobre mi brazo.

—Cariño, me encanta que quieras ayudarnos con esto, y te lo agradezco mucho. Pero, la verdad, preferiría que no te estresaras tanto. A tu padre y a mí nos dan igual todos esos detalles. Solo queremos casarnos. No nos hace falta una gastroneta ni minibudines de plátano. Seríamos igual de felices pidiendo una parrillada del BBQ Exchange. —Abro la boca para hablar, pero me corta—. Solo vas a tener un último año de instituto, y quiero que lo disfrutes. Tienes un novio que está como un queso, y vas a entrar en una gran

universidad. Tu cumpleaños llegará dentro de poco. Es el momento de que seáis jóvenes, lo celebréis y lo paséis bien juntos.

—Dentro de unos límites, claro —apunta mi padre a toda prisa.

—Pero si no estoy estresada —protesto—. ¡Centrarme en la boda me aporta mucha paz! De verdad, me relaja un montón.

—Y has sido de gran ayuda, pero creo que deberías centrarte en otras cosas que merecen más tu atención. Como terminar tu último año, y prepararte para la universidad. —Papá tiene esa expresión firme e inamovible que tan pocas veces le he visto en el rostro.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿ya no queréis que os ayude con la boda?

—Quiero que sigas a cargo de los vestidos de dama de honor, y me encantaría que hicieras nuestra tarta nupcial... —dice Trina.

—¿Y la tarta del novio? —la interrumpo.

—Claro. Pero nosotros nos ocupamos de lo demás. Te prometo que solo lo digo por tu propio bien, Lara Jean. Se acabó lo de regatear con las tiendas para que nos hagan descuentos.

—Y las excursiones sorpresa para buscar mesas de postre en Richmond —añade papá.

Suspiro con resignación.

—Si es lo que queréis...

Ella asiente.

—Tú límitate a ser joven. Céntrate en tu vestido de baile de fin de curso. ¿Has empezado a mirar ya?

—Más o menos. —Me acabo de dar cuenta de que queda menos de un mes para el evento y aún no tengo el vestido—. Si de verdad es lo que queréis...

—De verdad —dice papá, y Trina asiente.

Mientras subo por la escalera, oigo que mi padre le susurra:

—¿Por qué narices la animas a que se lo pase bomba con el macizo de su novio?

Casi se me escapa una carcajada.

—¡No me refería a eso! —dice ella.

Él refunfuña.

—Pues es lo que parecía.

—Por favor, no te lo tomes todo tan al pie de la letra, Dan. Además, es

cierto: su novio está como un queso.

Miro vestidos de baile de fin de curso en el ordenador, y me río en voz alta cada vez que me acuerdo de papá llamando a Peter el «macizo de su novio». Después de una hora de búsqueda, estoy bastante segura de haber encontrado mi vestido. Es de estilo bailarina, con cuerpo de encaje metálico y falda de tul, y en la página web pone que es rosa cuarzo. Stormy se sentirá orgullosa de mí.

Después de eso, entro en la página web de la William and Mary y pago la matrícula como debería haber hecho hace semanas.

Esa misma semana, más adelante, mientras vamos a clase, Peter me dice que ha logrado escaquearse de hacer un recado para su madre y que puede acompañarme a ver al grupo de música en Keswick.

—Al final resulta que papá y Trina no quieren un grupo —le explico en tono lúgubre—. Ni nada más, en realidad. Quieren una boda muy sencilla. Van a pedir prestados unos altavoces para poner música desde un ordenador. Adivina qué canción han elegido para abrir el baile.

—¿Qué canción es?

—*From This Moment On*, de Shania Twain.

Frunce el ceño.

—No la había oído nunca.

—Es muy cutre, pero por lo visto les encanta. ¿Te das cuenta de que nosotros no tenemos canción? Es decir, una que sea nuestra canción.

—Bueno, pues vamos a escoger una.

—Eso no se hace así. La canción no se escoge, es la canción la que te escoge a ti. Como el Sombrero Seleccionador.

Peter asiente con aire docto. Por fin ha terminado de leerse los siete libros de Harry Potter, y está deseoso de demostrar que entiende las referencias.

—Lo pillo.

—Es algo que tiene que suceder. Un momento especial. Y la canción trasciende el momento, ¿sabes? La de mis padres era *Wonderful Tonight*, de Eric Clapton. La bailaron en su boda.

—¿Y cómo se convirtió en su canción?

—Fue la primera canción lenta que bailaron en la universidad. En una fiesta, poco tiempo después de que empezaran a salir. He visto fotos tuyas de aquella noche. Papá llevaba un traje demasiado grande, y mi madre un moño francés.

—¿Qué te parece si la próxima canción que suene es nuestra canción? Será cosa del destino.

—No podemos crear nuestro propio destino.

—Claro que podemos. —Peter alarga la mano para encender la radio.

—¡Espera! ¿Vas a poner una emisora cualquiera? ¿Y si no sale una canción lenta?

—Bueno, podré la Lite 101. —Peter aprieta el botón.

—Winnie the Pooh no sabía qué hacer, pues la jarra de miel en el hocico se le atoró —canta una mujer con voz suave.

—¿Qué demonios...? —dice.

—¡Esa no puede ser nuestra canción! —protesto yo al mismo tiempo.

—¿La mejor de tres? —sugiere él.

—Será preferible no forzar las cosas. Lo sabremos cuando la oigamos, creo.

—A lo mejor la ponen en el baile de fin de curso. Por cierto, ahora que me acuerdo, ¿de qué color es tu vestido? Mi madre va a pedirle a una florista amiga suya que te haga un ramillete.

—Es rosa cuarzo.

Me llegó ayer por correo, y cuando me lo probé delante de todos, Trina dijo que era «el vestido más Lara Jean» que había visto en su vida. Le mandé una foto a Stormy, quien me respondió con un «*oh-là-là*» y el *emoji* de la bailaora.

—¿Qué demonios es el rosa cuarzo? —me pregunta.

—Es como un color rosa grisáceo. —Peter sigue con cara de no enterarse, así que suspiro y le pido—: Tú díselo a tu madre, ella sabrá cómo es. ¿Crees que también podrás traerle un ramillete a Kitty, y hacer como si fuera idea tuya?

—Claro, pero también se me podría haber ocurrido a mí solo, ¿sabes? —reniega—. Por lo menos deberías darme la oportunidad de tener ideas.

Le doy una palmadita en la rodilla.

—Vale, pero que no se te olvide.

Es tarde. Estoy en la cama leyendo la carta de bienvenida de la universidad. Resulta que en la William and Mary no permiten que los estudiantes de primero entren en el campus con el coche, y estoy a punto de llamar a Peter para decírselo cuando recibo un mensaje de John Ambrose McClaren. Al principio me sorprende ver su nombre en la pantalla, después de todo el tiempo que ha pasado desde la última vez que hablamos. Entonces leo el mensaje.

Stormy murió anoche mientras dormía. El funeral se celebrará el miércoles en Rhode Island. Pensé que querrías saberlo.

Me quedo sentada un momento, atónita. ¿Cómo es posible? La última vez que la vi estaba bien. Estaba estupenda. Era Stormy. No puede haberse ido. Mi Stormy no. Stormy, quien desprendía vida por los cuatro costados, la que me enseñó a pintarme los labios de un rojo «capaz de resistir a toda una noche de besos y champán», como decía ella.

Comienzo a llorar y soy incapaz de parar. El aire no me llega a los pulmones. Apenas si puedo ver nada entre las lágrimas, que van cayendo sobre mi teléfono a la vez que las voy secando con el dorso de la mano. ¿Qué le respondo a John? Era su abuela, y él, su nieto favorito. Estaban muy unidos.

Primero escribo:

Lo siento mucho. ¿Hay algo que pueda hacer?

Pero lo borro, porque ¿qué iba a poder hacer yo para ayudar?

Lo siento mucho. Era la persona más alegre que he conocido nunca. Voy a echarla mucho de menos.

Gracias. Sé que ella también te tenía mucho cariño.

Su mensaje hace que se me vuelvan a llenar los ojos de lágrimas.

Stormy solía decir que aún se sentía como una veinteañera. Que a veces soñaba que volvía a ser una muchacha y veía a sus exmaridos, pero ellos estaban viejos mientras que ella seguía siendo Stormy. Contaba que cuando se despertaba por las mañanas, le sorprendía encontrarse con su cuerpo anciano y sus huesos viejos. «Pero aún sigo teniendo buenas piernas», decía, y tenía razón.

Casi es un alivio que el funeral sea en Rhode Island, demasiado lejos para que pueda ir. No he ido a ninguno desde que murió mi madre. Entonces tenía nueve años, Margot, once, y Kitty, solo dos. El recuerdo más vívido que tengo de ese día es sentarme al lado de mi padre mientras él sostenía a Kitty en brazos, y notar el temblor de su cuerpo junto al mío entre llantos silenciosos. Kitty tenía las mejillas húmedas de las lágrimas de mi padre. La pobre no entendía nada, salvo que él estaba triste. No dejaba de decir «No llores, papá», y él trataba de sonreír, pero solo le salía un amago que parecía disolverse en su boca. Nunca me había sentido así antes: como si no hubiera nada seguro en la vida, ni fuera a haberlo jamás.

Y ahora estoy llorando otra vez, por Stormy, por mi madre, por todo.

Quería que transcribiera sus memorias por ella. Iba a llamarlas *Stormy Weather*. Jamás llegamos a hacerlo. ¿Cómo va a conocer la gente su historia ahora?

Peter me llama por teléfono, pero estoy demasiado triste para hablar, así que dejo que salte el buzón de voz. Siento que debería llamar a John, pero en realidad no tengo ningún derecho a hacerlo. Stormy era su abuela, y yo no era más que una voluntaria de su residencia. La única persona con la que quiero hablar en este momento es con mi hermana, porque ella también conocía a Stormy, y porque siempre me hace sentir mejor, pero en Escocia ya es de madrugada.

Al día siguiente, llamo a Margot nada más levantarme. Vuelvo a llorar y

le cuento la noticia, y ella llora conmigo. Es a Margot a quien se le ocurre la idea de organizar un homenaje en su honor en Belleview.

—Podrías decir unas palabras, servir algunas galletas, y la gente podría relatar los recuerdos que tengan de ella. A sus amigos les gustaría seguro, y no se verían obligados a asistir al funeral.

Me sueno la nariz.

—Estoy segura de que a Stormy también le habría gustado.

—Ojalá pudiera estar allí para ir.

—Pues sí, ojalá —digo con un temblor en la voz. Siempre me siento más fuerte cuando Margot está a mi lado.

—Pero tendrás a Peter contigo —me anima ella.

Antes de ir a clase, llamo a Janette, mi antigua jefa de Belleview, y le comento la idea del homenaje, y ella acepta de inmediato. Dice que podríamos hacerlo el jueves por la tarde, antes del bingo.

Cuando llego a clase y le cuento a Peter lo del homenaje de Stormy, su rostro se ensombrece.

—Mierda. Tengo que ir con mi madre a esa cosa de la jornada de puertas abiertas.

Se trata de una jornada de puertas abiertas para futuros alumnos de la Universidad de Virginia. Se supone que vas con tus padres, entras en las aulas y te paseas por las residencias. Es una fecha bastante importante, y yo estaba deseando que llegara cuando aún pensaba que me iban a aceptar.

—Pero puedo pasar de eso si quieres —se ofrece.

—No puedes, tu madre te mataría. Tienes que ir.

—Me da igual —dice, y le creo.

—No pasa nada, en serio. Tampoco conocías a Stormy.

—Lo sé, pero quiero estar a tu lado.

—La intención es lo que cuenta —le respondo.

En lugar de ir de negro, escojo un vestido veraniego que según Stormy me quedaba bien. Es blanco, con bordados de nomeolvides y flores de aciano azules en la falda, manguitas abullonadas un poco por debajo de los hombros y cinturilla fruncida. Como me lo compré a finales de verano, solo he tenido la oportunidad de lucirlo una vez, cuando me pasé por Belleview antes de ir al cine con Peter, y Stormy me dijo que parecía sacada de una película

italiana. Así pues, me pongo ese vestido, las sandalias blancas que me compré para la graduación y unos guantes de encaje blanco porque sé que ella apreciaría el detalle. Los encontré en una tienda *vintage* de Richmond que se llama Bygones, y cuando me los pongo casi puedo imaginarme a Stormy con ellos en uno de sus cotillones o en un baile de los sábados por la noche. No llevo su anillo de diamantes rosa. Quiero que la primera vez que lo haga sea en mi baile de fin de curso, como le habría gustado a ella.

Llevo un bol de ponche, un cuenco de cristal para los cacahuetes, las servilletas de cóctel con cerezas bordadas que encontré en un mercadillo y el mantel que usamos en Acción de Gracias. Coloco unas cuantas rosas encima del piano donde solía sentarse Stormy. Preparo un ponche con *ginger-ale* y zumo helado de frutas, aunque sin alcohol, cosa que habría irritado profundamente a Stormy, pero no todos los residentes pueden beber a causa de su medicación. Lo que hago es colocar una botella de champán junto al bol, para que quien quiera pueda aderezar su ponche. Por último, pongo un disco de Frank Sinatra, de quien Stormy decía que debería haber sido su segundo marido por lo menos.

John dijo que se pasaría si volvía pronto de Rhode Island, lo que me pone un poco nerviosa, porque no lo he visto desde hace un año exacto, por mi cumpleaños. Nunca estuvimos juntos en realidad, pero faltó poco, y para mí eso significa algo.

Se forma una pequeña cola. Una de las enfermeras empuja la silla de ruedas de la señora Armbruster, quien ha perdido la cabeza, pero que fue una buena amiga de Stormy. El señor Perelli, Alicia, Shanice, que es la recepcionista, Janette; es un grupito agradable. La verdad es que cada vez conozco a menos gente en Belleview. Algunos se han ido a vivir con sus hijos, y otros han muerto. Tampoco hay tantas caras conocidas entre el personal. El sitio ha cambiado sin que me diera cuenta.

Estoy de pie delante de la sala, con el corazón desbocado. Me pone muy nerviosa tener que dar un discurso. Temo hablar con torpeza y no hacerle justicia a Stormy. Quiero hacerlo bien, para que ella se sintiera orgullosa. Todos me miran con expectación, salvo la señora Armbruster, que se dedica a tejer con la mirada perdida. Me tiemblan las rodillas bajo la falda. Respiro hondo y estoy a punto de abrir la boca cuando aparece John Ambrose McClaren, vestido con una camisa planchada y abotonada hasta arriba y unos pantalones de color caqui. Se sienta con Alicia en el sofá. Lo saludo con la

mano, y él me dedica una sonrisa de ánimo en respuesta.

Respiro hondo otra vez.

—Corría el año 1952. —Me aclaro la garganta y bajo la mirada hasta el papel—. Era verano, y en las radios sonaba Frank Sinatra. Lana Turner y Ava Gardner eran las vampiresas del momento. Stormy tenía dieciocho años. Tocaba en una banda de música, le dieron el título de Miss Piernas, y siempre tenía una cita los sábados por la noche. Una noche en particular, había salido con un chico llamado Walt. Este le lanzó un desafío, y terminó bañándose desnuda en el lago del pueblo. Stormy nunca rechazaba un desafío.

El señor Perelli se ríe y dice:

—Eso es verdad, era incapaz.

—Cierto —afirman otros en un murmullo.

—Un granjero llamó a la policía, y cuando la alumbraron con los faros en el lago, Stormy les dijo que se dieran la vuelta para que pudiera salir del agua. Aquella noche regresó a casa en un coche patrulla.

—No fue la primera vez ni la última —señala alguien, todos nos reímos, y puedo empezar a relajarme.

—Stormy vivía más cosas en una noche que mucha gente en toda su vida. Era una fuerza de la naturaleza. Fue ella quien me enseñó que el amor... —Se me empañan los ojos y vuelvo a empezar—: Stormy me enseñó que en el amor había que ser valiente cada día. Y eso es lo que hacía ella. Siempre escogía el amor; siempre escogía la aventura. Para ella, eran la misma cosa. Ahora ha emprendido una nueva aventura, y le deseamos la mejor de las suertes.

En el sofá, John se seca las lágrimas con la manga.

Le hago un gesto a Janette, quien se levanta para encender el estéreo, y el sonido de la canción *Stormy Weather* inunda la sala. «*Don't know why there's no sun up in the sky...*»

Más tarde, John se abre paso hasta mí, con dos vasos de plástico llenos de ponche de frutas en las manos. Con tono de arrepentimiento, dice:

—Ella nos habría dicho que les echáramos alcohol, pero... —Me pasa un vaso y brindamos—. Por Edith Sinclair McClaren Sheehan, más conocida como Stormy.

—¿Stormy se llamaba Edith en realidad? Qué nombre tan serio. Parece el de alguien que se pone faldas de lana y medias gordas y bebe manzanillas por la noche. ¡Stormy bebía cócteles!

John se echa a reír.

—Sí, es verdad.

—Entonces ¿de dónde viene lo de Stormy? ¿Por qué no Edie?

—A saber —responde John con una sonrisa irónica en los labios—. Le habría encantado tu discurso. —Me lanza una mirada algo así como cálida y agradecida—. Eres una chica muy dulce, Lara Jean.

Me corto y no sé qué decir. Aunque no llegáramos a salir, ver a John de nuevo es como me imagino que será reencontrarse con un viejo amante: pura melancolía. Una sensación familiar, pero también incómoda, ya que entre nosotros quedaron muchas cosas sin decir.

Entonces me cuenta:

—Stormy no paraba de decirme que trajera a mi novia de visita, pero no llegué a hacerlo. Ahora me siento mal por eso.

—Ah, ¿estás saliendo con alguien? —le pregunto con toda la naturalidad que puedo.

Él vacila durante una milésima de segundo y asiente con la cabeza.

—Se llama Dipti. Nos conocimos en las Naciones Unidas en miniatura de la Universidad de Virginia. Fue la que me despojó de la maza de nuestro comité.

—Vaya —digo.

—Sí, es fantástica.

Ambos empezamos a hablar al mismo tiempo.

—¿Ya sabes a qué universidad vas a ir?

—¿Has decidido...?

Nos reímos, y nos invade una especie de entendimiento mutuo.

Él dice:

—Todavía no lo he decidido. Estoy entre College Park y la William and Mary. En College Park tienen una buena Facultad de Empresariales, y está muy cerca de Washington. La William and Mary tiene mejor puntuación, pero está en el quinto pino, así que aún no lo sé. Mi padre se ha llevado un disgusto, porque quería que fuera a la Universidad de Carolina del Norte, pero no me han aceptado.

—Lo siento. —Decido no contarle que estoy en la lista de espera de Carolina del Norte.

John se encoge de hombros.

—A lo mejor pido el traslado en segundo. Ya veremos. ¿Y tú qué? ¿Vas a

la Universidad de Virginia?

—No me han aceptado —le confieso.

—¿Qué me dices! Había oído que este año estaba muy difícil. La chica con la segunda mejor nota de mi clase no ha conseguido entrar, y eso que tenía un expediente inmaculado. Seguro que el tuyo también lo era.

—Gracias, John —le respondo tímidamente.

—Entonces, si no es a Virginia, ¿adónde vas a ir?

—A la William and Mary.

En su rostro se dibuja una sonrisa.

—¿En serio? ¡Qué guay! ¿Y adónde va Kavinsky?

—A Virginia.

—Por el *lacrosse*, claro —asiente él.

—¿Y qué hay de... Dipti? —Lo digo como si no me acordara de su nombre, pero me acuerdo. A ver, es que lo he oído hace dos minutos—. ¿Adónde va ella?

—Se matriculó en Míchigan por anticipado.

—Vaya, eso está un poco lejos.

—Mucho más lejos que la Universidad de Virginia y la William and Mary, eso seguro.

—¿Y habéis pensado... seguir juntos?

—Ese es el plan —dice John—. Por lo menos, vamos a probar cómo se nos da eso de las relaciones a distancia. ¿Y Peter y tú?

—También es el plan, durante el primer año. Quiero trasladarme a Virginia en segundo.

John brinda conmigo.

—Buena suerte, Lara Jean.

—A ti también, John Ambrose McClaren.

—Ya te llamaré si al final voy a la William and Mary.

—Más te vale —le digo.

Me quedo en Belleview mucho más de lo que esperaba. Alguien saca unos discos antiguos, y la gente empieza a bailar. El señor Perelli insiste en enseñarme a bailar rumba, a pesar del mal estado de su cadera. Cuando Janette pone la canción *In the Mood*, de Glenn Miller, mi mirada se encuentra con la de John, y nos sonreímos en secreto, recordando la fiesta de los años cuarenta del año pasado. Fue de película. Ahora parece que hayan pasado siglos desde aquello.

Resulta extraño sentirse feliz durante el homenaje a un difunto, pero es así como me siento. Me alegro de que la velada haya salido bien y de haber despedido a Stormy como a ella le habría gustado. Es agradable poder decirle adiós en condiciones.

Cuando vuelvo de Belleview, Peter está sentado en la escalera de mi casa con una taza del Starbucks en la mano.

—¿No hay nadie en casa? —le pregunto mientras corro hacia la entrada—. ¿Me has esperado mucho tiempo?

—Qué va. —Todavía sentado, extiende los brazos y me acerca a él para abrazarme por la cintura—. Siéntate conmigo un rato antes de entrar —dice, hundiendo la cara en mi estómago. Me siento a su lado. Entonces pregunta—: ¿Cómo ha ido el homenaje de Stormy? ¿Qué tal tu discurso?

—Bien, pero cuéntame lo tuyo primero. —Le quito la taza del Starbucks de la mano y le doy un trago, pero el café está frío.

—¡Oye! Pues he entrado en un aula y he conocido a unas cuantas personas. Nada demasiado emocionante. —Me toma la mano derecha y acaricia el encaje de mi guante con los dedos—. Qué bonitos.

Hay algo que le molesta y que no me está contando.

—¿Qué problema hay? ¿Ha pasado algo?

Aparta la mirada.

—Mi padre ha aparecido esta mañana para ir con nosotros.

Abro los ojos como platos.

—Entonces..., ¿ha ido con vosotros?

—De eso nada. —Peter no dice más, solo «de eso nada».

—Parece que intenta volver a relacionarse contigo, Peter —le digo con tono inseguro.

—Tuvo muchas oportunidades de hacerlo en el pasado, pero ya es demasiado tarde. Ese tren ya partió, joder. Ya no soy un niño. —Alza la barbilla—. Soy un hombre, pero él no ha tenido nada que ver en eso, y ahora quiere quedarse con el mérito. Quiere presumir delante de sus amigos del golf porque su hijo va a jugar al *lacrosse* en la Universidad de Virginia.

Vacilo un momento antes de responder, pero entonces me acuerdo de la expresión de su padre mientras lo miraba durante el partido de *lacrosse*. En sus ojos se reflejaba mucho orgullo, y mucho amor.

—Peter... ¿Y si...? ¿Y si le dieras una oportunidad?

Él niega con la cabeza.

—Tú no lo entiendes, Lara Jean. Y tienes suerte de no hacerlo. Tu padre mola un montón. Haría lo que fuera por vosotras. Mi padre no es así. Solo se preocupa por sí mismo. Si lo perdonara, volvería a cagarla otra vez. No merece la pena.

—A lo mejor sí que merece la pena. Nunca se sabe cuánto tiempo te queda con la gente. —Peter da un respingo. Nunca le había dicho nada parecido, sacando a mi madre a colación de esa manera, pero después de la muerte Stormy, no puedo evitarlo. Tengo que decirlo porque es cierto y porque me arrepentiré si no lo hago—. No es por tu padre. Es por ti. Para que no lo laments más adelante. No tires piedras sobre tu propio tejado solo para devolvérselas.

—No quiero seguir hablando de él. He venido para hacer que te sientas mejor, no para hablar de mi padre.

—Vale. Pero antes prométeme que te pensarás lo de invitarlo a la graduación. —Abre la boca, pero lo interrumpo—. Tú piénsatelo, nada más. Todavía queda un mes entero. No tienes por qué decidirlo ahora mismo, así que no digas ni que sí ni que no.

Peter suelta un suspiro, y estoy convencida de que se va a negar, pero en realidad me hace una pregunta.

—¿Cómo ha ido tu discurso?

—Creo que bien. Me parece que a Stormy le habría gustado. He hablado sobre aquella vez que se bañó desnuda en el lago, y la policía tuvo que escoltarla a casa en el coche patrulla. Ah, y John ha llegado a tiempo.

Peter asiente de manera diplomática. Le había comentado que era posible que John se pasara por allí, y solo había respondido «Guay, guay», pero es que nunca habría dicho nada malo, claro. Después de todo, John era el nieto de Stormy.

—¿Y a qué universidad va a ir McClaren?

—Todavía no lo sabe, pero está entre Maryland y la William and Mary.

Peter enarca las cejas.

—¿En serio? Pues genial. —Lo pronuncia de tal manera que deja bien claro que no le hace ninguna gracia.

Lo miro con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Sabía adónde vas tú?

—No, se lo he dicho hoy. Pero, vamos, que eso no tiene nada que ver. Te estás portando de una forma muy rara, Peter.

—Ya, ¿y cómo te sentirías tú si te dijera que Gen va a estudiar en Virginia?

—No lo sé. ¿No tan enfadada, tal vez? —Lo digo sinceramente. Ahora parece que mis temores por Peter y Genevieve se hubieran esfumado hace siglos. Peter y yo hemos avanzado mucho desde entonces—. Además, no tiene nada que ver. John y yo nunca hemos sido pareja. Hace meses que no nos hablamos. Y encima tiene novia. Por otro lado, tampoco ha decidido aún si va a ir ahí o no.

—¿Y adónde va su novia?

—A Ann Arbor.

Suelta un bufido.

—Bah, eso no va a durar.

—Puede que la gente piense lo mismo de nosotros —le contesto con suavidad.

—Eso sí que no tiene nada que ver con esto en absoluto. Estaremos a solo dos horas de distancia, y luego te vas a trasladar. O sea, que será un año como máximo. Iré a verte los fines de semana. Lo nuestro no es para tanto en absoluto.

—Has dicho «en absoluto» dos veces —le indico para hacerle reír. Como no lo hace, continúo—: Tendrás entrenamientos y partidos. No podrás estar en Charlottesville cada fin de semana. —Es la primera vez que lo he pensado.

Durante un momento, Peter parece herido, pero luego se encoge de hombros y dice:

—Bueno, pues puedes venir tú. Ya nos acostumbraremos a la carretera. Casi todo el trayecto es a través de la I-64.

—Los estudiantes de primero no pueden llevar coche en la William and Mary. Ni tampoco en Virginia, lo he comprobado.

Peter le quita importancia.

—Le diré a mi madre que me lleve el coche cuando quiera ir a verte. Tampoco está tan lejos. Y puedes ir en autobús. Nos las arreglaremos. Eso no me preocupa.

Yo sí me preocupo un poco, pero me callo, porque me parece que Peter no quiere hablar de cosas prácticas. Supongo que, en el fondo, yo tampoco

quiero.

Se aproxima a mí y dice:

—¿Quieres que vuelva esta noche y me quede contigo? Puedo escabullirme después de que mi madre se acueste. Así te distraigo si te pones triste.

—Buen intento —le respondo con un pellizco en el moflete.

—¿Josh se quedaba alguna vez a pasar la noche? Con tu hermana, quiero decir.

Reflexiono sobre ello.

—No, que yo sepa. La verdad es que lo dudo. No olvides que hablamos de mi hermana y de Josh.

—Así son ellos —afirma Peter, bajando la cabeza y restregando su mejilla contra la mía. Siempre me dice que le encanta lo suaves que tengo las mejillas—. Nosotros no somos como ellos.

—Eres tú quien los ha mencionado —empiezo a decir, pero entonces me besa, y soy incapaz de pensar, y mucho menos de terminar una frase.

La mañana del baile de fin de curso, Kitty entra en mi habitación mientras me estoy pintando las uñas de los pies.

—¿Te gusta este color para mi vestido? —le pregunto.

—Parece que has metido las uñas en un cubo de pintura fucsia.

Me miro los pies. Sí que lo parece. Quizá debería probar con un beige.

Se decide por consenso que el vestido exige un recogido. «Para presumir de clavículas», dice Trina, aunque yo nunca había considerado que mis clavículas fueran algo de lo que se pudiera presumir. De hecho, creo que no había pensado en ellas en toda mi vida.

Después de comer, Kitty me acompaña a la peluquería, a fin de supervisar la operación. Allí le dice a la peluquera:

—No te pases demasiado, ¿sabes a lo que me refiero?

La peluquera me mira nerviosa por el espejo.

—Creo que sí. ¿Quieres algo natural? —Se dirige a Kitty y no a mí, porque es evidente quién manda—. ¿Un moño suelto?

—Pero no demasiado suelto. Piensa en Grace Kelly. —Kitty le enseña una foto con el móvil—. ¿Ves? Algo así, pero con el recogido a un lado.

—Y con poca laca —le pido sumisa a la mujer mientras me recoge el pelo en la nuca para que Kitty lo vea.

—Perfecto —le dice Kitty. A mí me dice—: Lara Jean, tiene que echarte laca si quieres que se mantenga.

De pronto me arrepiento de lo del moño.

—¿Estamos seguras de que lleve un moño?

—Sí —responde ella. Y a la peluquera—: Vamos a hacer el moño.

El moño es más «formal» de lo que estoy acostumbrada. Es un recogido

lateral, con la parte de arriba tirante como el de una bailarina. Es bonito, pero cuando me miro en el espejo, no me reconozco. Parezco una versión mayor y más sofisticada de mí misma que fuera a asistir a la ópera, o a la filarmónica.

Después de todo el tiempo que ha tardado en hacérmelo la peluquera, me lo quito nada más llegar a casa. Kitty no deja de chillarme mientras me cepilla el pelo, pero lo soporto. Esta noche quiero sentirme yo misma.

—¿Cómo va a ser tu gran entrada? —me pregunta Kitty al darme la última pasada con el cepillo.

—¿Qué gran entrada?

—Cuando llegue Peter. ¿Cómo vas a entrar en la habitación?

Trina, que está comiéndose un polo tumbada en mi cama, mete baza.

—Cuando yo iba al instituto, los padres acompañaban a las hijas por la escalera, y entonces te anunciaba alguien.

Me quedo mirándolas a ambas como si estuvieran locas.

—Que no me voy a casar, Trina. Solo es mi baile de fin de curso.

—Podríamos apagar las luces de la casa y poner música, y entonces saldrías tú haciendo una pose desde lo alto de la escalera...

—No quiero hacer eso —la corto.

Ella arruga la frente.

—¿Qué parte?

—Ninguna.

—Pero tiene que haber un momento en el que todo el mundo te mire a ti y solo a ti —dice Kitty.

—Se llama «el primer vistazo» —explica Trina—. Pero no te preocupes, lo grabaré todo en vídeo.

—Si lo hubiéramos pensado antes, podríamos haberlo preparado mejor, y tal vez se hubiera vuelto viral. —Kitty me mira meneando la cabeza con expresión dolida, como si de alguna manera fuera culpa mía.

—Lo último que necesito ahora es viralizarme otra vez —le replico. Y sigo—: ¿Te acuerdas de mi vídeo del jacuzzi?

Por lo menos parece un poco cortada, durante un segundo.

—No hay que vivir en el pasado —indica, ahuecándome el pelo.

—Oye, cumpleaños —me llama Trina—, ¿sigue en pie lo de la barbacoa de mañana por la noche?

—Sí —le respondo.

Entre la muerte de Stormy, el baile de fin de curso, la boda y todo lo

demás, no he pensado mucho en mi cumple. Trina quería hacerme una gran fiesta, pero le dije que prefería salir a cenar con la familia, y tomar tarta y helado en casa. Trina y Kitty van a preparar la tarta mientras estoy en el baile, así que ya veremos qué tal.

Cuando llegan Peter y su madre, todavía estoy corriendo de un sitio para otro, ultimando los detalles.

—Chicas, Peter y su madre ya están aquí —nos avisa mi padre desde abajo.

—¡Perfume! —le chillo a Kitty, y me rocía—. ¿Dónde está mi bolso de mano?

Trina me lo lanza.

—¿Llevas algún pintalabios?

Lo abro para comprobarlo.

—¡Sí! ¿Y mis zapatos?

—Aquí —dice Kitty, levantándolos del suelo—. Date prisa y prepárate. Voy a ir a decir que ya sales.

—Yo voy a abrir una botella de champán para los mayores —apunta Trina antes de seguirla.

No sé por qué estoy tan nerviosa. No es más que Peter. Supongo que es cierto que los bailes de fin de curso tienen algo de mágico. Lo último que hago es ponerme el anillo de Stormy, y pienso que debe de estar mirándome desde el cielo en este momento, contenta de que me ponga su anillo esta noche, en honor a ella y a todos los bailes a los que asistió.

Cuando bajo la escalera, Peter está sentado en el sofá con su madre. Sé que está tan nervioso como yo por el movimiento continuo de su rodilla. Se pone de pie al verme.

Entonces enarca las cejas.

—Estás... impresionante.

Se ha pasado la última semana preguntándome por los detalles de mi vestido, pero me he callado para darle la sorpresa, y me alegro de haberlo hecho, porque la expresión de su cara ha merecido la pena.

—Tú también estás impresionante.

El esmoquin le queda tan bien que parece hecho a medida, pero no lo es, es alquilado. Me pregunto si la señora Kavinsky le habrá añadido algunos

ajustes ingeniosos. La costura se le da de maravilla. Ojalá los chicos pudieran ir de esmoquin más a menudo, aunque supongo que así se perdería un poco la gracia.

Peter coloca el ramillete en mi muñeca; es de ranúnculos blancos y gipsófilas, tal y como lo habría elegido yo misma. Ya estoy pensando en cómo lo voy a colgar encima de mi cama para que se seque conservando el aspecto que tiene ahora.

Kitty también se ha puesto elegante; lleva su vestido favorito para salir en las fotos. Cuando Peter le entrega un ramillete de margaritas, se pone colorada de contenta mientras él me guiña el ojo. Nos hacemos una foto las dos juntas, después otra con Peter, y luego dice con su tono mandón:

—Ahora una de Peter y yo solos. —Y me aparta hacia un lado con Trina, quien suelta una carcajada.

—Los chicos de su edad no saben lo que les espera —nos dice a la madre de Peter y a mí, y ambas sonreímos.

—¿Y yo por qué no salgo en ninguna foto? —se pregunta papá, así que nos hacemos otra ronda con él, y unas cuantas más con Trina y la señora Kavinsky.

Después seguimos haciendo fotos fuera, junto al cerezo silvestre, junto al coche de Peter, en los escalones de la entrada, hasta que Peter dice: «¡Ya basta de fotos! Vamos a perdérselo todo». Cuando vamos a entrar en su coche, me abre la puerta con galantería.

No deja de mirarme durante el trayecto. Yo mantengo la vista al frente, pero lo detecto con el rabillo del ojo. Nunca me he sentido tan deseada. Así debía de ser como se sentía Stormy todo el tiempo.

Nada más llegar al baile, informo a Peter de que tenemos que hacer cola para que el fotógrafo nos saque una foto oficial. Él dice que prefiere esperar hasta que se reduzca la cola, pero yo le insisto. Quiero hacerme una foto buena antes de que se me deshaga el peinado. Adoptamos la pose más típica, con Peter de pie a mi espalda, y sus manos en mis caderas. El fotógrafo nos deja que le echemos un vistazo, y Peter insiste en hacerse otra porque no le gusta cómo lleva el pelo.

Después de hacernos la foto, nos reunimos con nuestros amigos en la pista de baile. Darrell ha coordinado su corbata con el vestido de Pammy: de

azul lavanda. Chris lleva un vestido elástico de color negro, parecido al que escogió Kitty para mí cuando salimos de compras con Margot. Lucas parece un dandi inglés con su traje, que se ajusta a su cuerpo a la perfección. Al final conseguí convencerlos a ambos para que vinieran, con la sugerencia de que «se dejaran caer» un rato. Chris dijo que aun así pensaba salir con sus compañeros de trabajo, pero por lo que parece, de momento no se va a ninguna parte. Su vestido elástico está recibiendo demasiada atención como para desaprovecharlo.

Empieza a sonar *Style* y todos enloquecemos, gritándonos a la cara y dando botes. Peter es el que más se desmelen. No deja de preguntarme si lo estoy pasando bien. Solo lo dice en voz alta una vez, pero lo sigue repitiendo con la mirada continuamente. Tiene los ojos brillantes y esperanzados, radiantes de expectación. «Que sí, lo estoy pasando bien», le respondo con la mirada.

También empezamos a pillarle el tranquillo a bailar agarrados. Tal vez podríamos apuntarnos a clases de bailes de salón cuando entre en la Universidad de Virginia, y así lo haríamos mucho mejor.

Se lo menciono, y él me contesta con ternura:

—Siempre quieres llevarlo todo al siguiente nivel. Galletas con trocitos de chocolate al siguiente nivel.

—Ya me he rendido con eso.

—Disfraces de Halloween al siguiente nivel.

—Me gusta que las cosas sean especiales. —Ante eso, Peter me sonrío y dice—: Qué pena que no podamos bailar mejilla con mejilla. A lo mejor podríamos comprarte unos zancos.

—¿Te refieres a unos tacones altos?

—No creo que hagan tacones de veinticinco centímetros —se mofa él, pero no le hago caso.

—Y qué pena que tú no puedas levantarme con tus brazos de palillo.

Peter ruge como un león herido, me toma en brazos y empieza a girar dando vueltas como estaba segura de que haría. Resulta extraño conocer tanto a alguien que eres capaz de saber si irá hacia la izquierda o hacia la derecha. Aparte de mi familia, creo que es la persona a quien mejor conozco del mundo.

Por supuesto, Peter es nombrado rey del baile. La reina es Ashanti Dickson. Es un alivio que no sea Genevieve la que está subida al escenario junto a él, bailando un lento y con una tiara en la cabeza. Ashanti es casi tan alta como Peter, así que podrían bailar mejilla con mejilla si quisieran, pero no lo hacen. Yo espero a un lado con Marshawn Hopkins, el acompañante de Ashanti, quien se inclina y me dice: «Cuando vuelvan, deberíamos pasar de ellos y empezar a bailar», lo que me hace reír.

Me siento orgullosa de ver a Peter allí bailando, tan alto y con la espalda tan recta. En un momento clave de la canción, Peter hace descender a Ashanti, el público se pone a silbar y a gritar pataleando, pero también me siento orgullosa de eso. La gente le muestra su afecto sincero, y todos lo quieren por lo bueno que es, y porque logra que todo el mundo se sienta bien. Simplemente le aporta un poco más de brillo a la noche, y eso los alegra, igual que a mí. Me encanta que tenga una despedida por todo lo alto.

El último baile.

Estamos los dos en silencio. Aún no se ha acabado. Nos queda todo el verano por delante. Pero el instituto, estar los dos aquí juntos, la Lara Jean y el Peter que somos hoy, todo eso ha llegado a su fin. Nunca más volverá a ser igual.

Me pregunto si él también se sentirá melancólico. Entonces murmura:

—Mira a Gabe intentando meterle mano a Keisha disimuladamente.

Me vuelve un poco para que pueda verlo. En efecto, la mano de Gabe planea sobre el trasero y la espalda de Keisha Wood, como una mariposa indecisa en busca de un lugar donde posarse. Suelto una risita. Por eso me gusta tanto Peter: ve las cosas que yo no veo.

—Ya sé cuál es nuestra canción —dice.

—¿Cuál?

Y en ese instante, como por arte de magia, la voz de Al Green inunda el salón de baile.

—*Let's Stay Together.*

—Les has dicho que la pongan —lo acuso. Me he emocionado un poco.

Él sonrío.

—Es el destino.

«*Whatever you want to do... is all right with me-ee-ee.*»

Peter me toma la mano y la deposita sobre su pecho.

—*Let's, let's stay together* —me canta. Tiene una voz clara y sincera, todo lo que me gusta de él.

De camino a la fiesta posterior, Peter anuncia que tiene hambre y pide que hagamos una parada para comer.

—Creo que habrá pizza en la fiesta —le explico—. ¿Por qué no comemos allí?

—Es que quiero tortitas —responde quejumbroso.

Entramos en el aparcamiento, y después de estacionar sale del coche y da la vuelta hasta el otro lado para abrirme la puerta.

—Qué caballeroso estás hoy —le digo, arrancándole una sonrisa.

Llegamos al restaurante, donde vuelve a abrirme la puerta con mucho aspaviento.

—Podría acostumbrarme a que me trataras siempre como a una reina.

—Oye, que yo te abro las puertas —se queja él.

Al traspasar el umbral, me detengo. Nuestra mesa, a la que nos sentamos siempre, está rodeada de globos rosa. Hay una tarta redonda en el centro, con montones de velas, cobertura rosa con virutas y las palabras «Feliz cumpleaños, Lara Jean» escritas con glaseado blanco. De pronto veo aparecer las caras de la gente desde debajo de las mesas y detrás de los menús, y están todos nuestros amigos, aún ataviados con sus mejores galas: Lucas, Gabe, su acompañante Keisha, Darrell, Pammy, Chris.

—¡Sorpresa! —gritan todos.

Me doy la vuelta.

—¡Madre mía, Peter!

Se mira el reloj sonriente.

—Ya son las doce. Feliz cumpleaños, Lara Jean.

Me lanzo entre sus brazos de un salto.

—Esto es justo lo que quería hacer por mi baile y mi cumpleaños, aunque aún no lo supiera.

Luego lo suelto y me acerco corriendo a la mesa.

Todo el mundo se levanta y me abraza.

—¡Creía que ni siquiera sabíais que mi cumpleaños era mañana! Quiero decir ¡hoy!

—Pues claro que sabíamos que era tu cumple —dice Lucas.

—Aquí mi colega lleva semanas planeándolo —señala Darrell.

—Ha sido tan tierno... —afirma Pammy—. Me llamó para preguntarme qué clase de sartén tenía que usar para la tarta.

—A mí también me llamó —interviene Chris—. Yo me quedé en plan «¿cómo voy a saberlo?».

—¡Tú! —Le digo a Chris con un manotazo en el brazo—. ¡Pensaba que te ibas de marcha!

—Aún puede ser que lo haga después de robaros algunas patatas fritas. La noche acaba de empezar para mí, pequeña. —Entonces me abraza y me da un beso en la mejilla—. Felicidades, nena.

Me vuelvo hacia Peter y le aseguro:

—Aún no puedo creer que hayas hecho esto.

—He hecho la tarta yo mismo —presume—. Es de una caja de preparado, pero da igual. —Se quita la chaqueta, se saca un mechero del bolsillo y comienza a encender velas. Gabe coge una de las que están ya encendidas y le ayuda. Luego, Peter apoya el culo en la mesa y se sienta con las piernas colgando por el borde—. Ven aquí.

Miro a mi alrededor.

—Mmm...

Es entonces cuando oigo las primeras notas de *If You Were Here*, de los Thompson Twins. Me llevo las manos a la cara. No puedo creerlo. Peter está recreando la escena final de *Dieciséis velas*, cuando Molly Ringwald y Jake Ryan se sientan sobre una mesa con una tarta de cumpleaños entre ellos. Cuando vimos la película hace unos meses, le dije que era lo más romántico que había visto nunca. Y ahora lo está haciendo por mí.

—¡Corre antes de que se derritan las velas, Lara Jean! —exclama Chris.

Darrell y Gabe me ayudan a subirme encima de la mesa, con cuidado de no incendiarme el vestido.

—Muy bien, ahora tú me miras con cara de adoración, y yo me inclino así hacia delante —dice Peter.

Chris se acerca y me abullona un poco la falda.

—Súbete un poco más las mangas —le indica a Peter, pasando la vista de su móvil a nosotros. Él la obedece, y ella asiente—. No está mal, no está mal. —Entonces vuelve a su sitio y empieza a echar fotos. Por mi parte, esta noche no me supone ningún esfuerzo mirar a Peter con cara de adoración.

Cuando soplo las velas y pido un deseo, deseo sentir siempre lo que siento por Peter en este momento.

La piscina del vecindario siempre está abierta durante el fin de semana del Día de los Caídos. Cuando éramos pequeñas, Margot y yo contábamos los días hasta que llegaba. Nuestra madre preparaba sándwiches de jamón y queso envueltos en papel parafinado, palitos de zanahoria y una jarra grande de agua de manzana. El agua de manzana era zumo de manzana sin azúcar diluido, así que más que nada era agua. Yo le rogaba que me comprara algún refresco de la máquina, o un ponche de frutas, pero la respuesta siempre era que no. Mamá nos embadurnaba de protector solar del mismo modo que embadurnaba el pavo de mantequilla. Kitty se ponía a berrear como una loca y siempre se impacientaba durante el proceso. Nunca ha tenido mucha paciencia, y siempre ha querido más a cada momento. Es curioso lo mucho que conservamos de cuando éramos niños al hacernos mayores. Nunca lo habría sabido de no ser por Kitty. Sigue poniendo las mismas caras de chiflada.

Este año no se ha apuntado al equipo de natación; dice que ya no se lo pasa bien desde que sus amigas dejaron de ir. En un momento que no sabía que la estaba mirando, la vi ojeando los horarios en el tablón de anuncios con expresión nostálgica. Supongo que eso también forma parte de crecer: decirle adiós a las cosas que te gustaban antes.

Todo el mundo acaba de cortar el césped de sus jardines y el aire huele a tréboles y hierba. Se oyen los cantos de los primeros grillos del verano. Esta es la banda sonora de mi verano y de todos los veranos. Peter y yo nos apropiamos de las tumbonas más apartadas de la piscina de los niños, donde hay menos ruido. Estoy estudiando para mi examen final de francés, o intentándolo al menos.

—Primero ven a que te ponga crema en los hombros —pido a Kitty desde lejos, que está junto a la piscina con su amiga Brielle.

—Ya sabes que nunca me quemo —me responde, y es cierto; ya tiene los hombros bronceados como un brioche dorado. Al final del verano los tendrá tostados como la corteza del pan integral. Lleva el pelo hacia atrás y una toalla alrededor de los hombros. Ahora es toda brazos y piernas.

—He dicho que vengas.

Kitty corretea hasta las tumbonas donde nos sentamos Peter y yo, acompañada del estruendo de sus chanclas contra el cemento.

La rocío de protector solar y le froto los hombros.

—Da igual que no te quemes. Tienes que protegerte la piel para que no acabes como una pasa arrugada. —Es lo que solía decirme Stormy.

Kitty suelta una risita ante lo de la «pasa arrugada».

—Como la señora Letty. Tiene la piel como un perrito caliente.

—Bueno, no me refería a nadie en particular, pero sí. La señora Letty debería haberse puesto crema cuando era más joven. Espero que hayas aprendido la lección, hermanita.

La señora Letty es nuestra vecina, y le cuelga la piel como si fueran crepes.

Peter se pone las gafas de sol.

—Sois muy crueles —nos acusa.

—¡Mira quién habla, el que una vez le llenó el jardín de papel higiénico!

Kitty se ríe y le da un sorbo a mi Coca-Cola.

—¿De verdad hiciste eso?

—Todo mentiras y propaganda —dice Peter sin darle importancia.

Cuando empieza a hacer calor, Peter me convence para que cierre el libro de francés y me meta con él en la piscina. Está hasta arriba de niños pequeños, y somos los más mayores. Steve Bledell tiene piscina en casa, pero yo he querido venir aquí por los viejos tiempos.

—No te atrevas a chapuzarme —le advierto. Peter empieza a dar vueltas a mi alrededor como un tiburón, cada vez más cerca—. ¡Lo digo en serio!

Se lanza a por mí y me agarra por la cintura, pero no me chapuza: me besa. Siento su piel fresca y suave contra la mía, igual que sus caderas.

Lo aparto y susurro:

—¡No hagas eso, que hay niños delante!

—¿Y qué?

—Pues que nadie quiere ver a dos adolescentes dándose el lote en la piscina donde juegan los niños. No estaría bien. —Sé que parezco una

santurróna al decirlo, pero no me importa.

Cuando era pequeña y había chicos mayores haciendo el cabra por la piscina, siempre me daba vergüenza entrar, porque parecía que les perteneciera a ellos.

Peter se desternilla de la risa.

—Qué graciosa eres, Covey. —Nadando hacia un lado, repite—: «No estaría bien». —Y se vuelve a reír.

El socorrista hace sonar el silbato que marca el inicio del horario de adultos y los niños salen del agua, incluidos Peter y yo. Volvemos a las tumbonas, y Peter las acerca un poco la una a la otra.

Me siento de lado para mirarlo y el sol me ciega los ojos. Entonces pregunto:

—¿A partir de qué edad se podrá estar en la piscina para adultos? ¿Dieciocho o veinte?

—No lo sé. ¿A los veintiuno? —Está mirando el teléfono.

—A lo mejor es a los dieciocho, deberíamos preguntar. —Me pongo las gafas de sol y empiezo a tararear la canción *Cumplirás diecisiete años de Sonrisas y lágrimas*—. Necesitas a alguien más viejo y más sabio a tu lado para que te diga lo que tienes que hacer. —Le aprieto la nariz con el dedo para mayor énfasis.

—Oye, que yo soy mayor que tú —me rebate.

Entonces le acaricio la mejilla mientras canturreo: «Mayorcita soy, más que tú, deja ya que cuide de ti».

—¿Me lo prometes? —dice.

—Cántamela aunque sea una vez —le pido. Él me mira con cara rara—. Porfa... Me encanta que cantes. Tienes una voz muy bonita.

Aunque lo intenta, no puede evitar que se le escape una sonrisa. Peter todavía no ha recibido un cumplido al que no haya respondido con una sonrisa.

—No me sé la letra —se excusa.

—Sí te la sabes. —Hago como si agitara una varita delante de su cara—. ¡*Imperio!* Un momento, ¿sabes lo que significa eso?

—Es una... ¿maldición imperdonable?

—Exacto. Estoy impresionada, Peter Kavinsky. ¿Y sabes para qué sirve?

—Te obliga a hacer cosas que no quieres.

—Muy bien, joven mago. Todavía queda alguna esperanza contigo. ¡Y,

ahora, canta!

—Qué brujita eres. —Echa un vistazo a su alrededor para comprobar que nadie esté escuchando, y empieza a cantar suavemente—: «Hace falta que alguien más viejo guíe mi juventud. Mayorcito al fin sé que tú eres... Ahora dependo de ti».

Aplaudo encantada. ¿Hay algo más embriagador que lograr que un chico se rinda a tu voluntad? Me acerco más a él y le rodeo el cuello con los brazos.

—¡Ahora eres tú la que muestras su afecto en público! —me dice.

—Tienes una voz preciosa, Peter. Deberías haber seguido en el coro.

—El único motivo por el que entré en el coro es porque había un montón de chicas en él.

—Entonces ya puedes ir olvidándote de entrar en un coro en la universidad, o en un conjunto a capela. —Aunque no lo digo en serio, Peter parece molestarse—. ¡Es broma! ¡Puedes entrar en todos los conjuntos a capela que quieras! Por ejemplo, los Hullabahoos son solo tíos.

—No quiero estar en ningún conjunto a capela. Y tampoco tengo planes de mirar a otras chicas.

Ya.

—Pues claro que mirarás a otras chicas. Tienes ojos, ¿no? De verdad, es tan absurdo como esa gente que dice que no ve los colores. Todo el mundo ve a todo el mundo. No se puede evitar ver.

—¡No me refería a eso!

—Ya lo sé. —Me incorporo y vuelvo a ponerme el libro en el regazo—. ¿En serio no vas a estudiar nada para tu examen final de historia del miércoles?

—Ahora mismo, con aprobar me basta —me recuerda.

—*It must be nice, it must be nice.* —Canto la letra de *Hamilton*.

—No te van a echar de la William and Mary solo por sacar un aprobado en francés —dice Peter.

—No es el francés lo que me preocupa. Lo que me preocupa es el examen de cálculo del viernes.

—Bueno, pero tampoco te van a echar por sacar un aprobado en cálculo.

—Supongo que no, pero aun así quiero acabar bien el curso —digo.

Ahora que estamos a finales de mayo, la cuenta atrás está a punto de empezar. Solo nos queda una semana más de clase. Estiro los brazos y las piernas para desperezarme, miro al sol entornando los ojos y suelto un

suspiro de felicidad.

—Deberíamos volver el próximo fin de semana.

—No puedo, tengo el fin de semana de entrenamiento ese, ¿recuerdas?

—¿Tan pronto?

—Sí. Resulta extraño que haya terminado la temporada y ya no vayamos a jugar juntos nunca más.

Nuestro equipo de *lacrosse* no ha pasado a los campeonatos estatales. Sabían que iba a ser difícil, ya que, como le gusta decir a Peter, «solo hay uno como yo». ¡Ja! La próxima semana se va a un campamento de entrenamiento con su nuevo equipo de la universidad.

—¿Tienes ganas de conocer a tus compañeros de equipo? —le pregunto.

—Ya conozco a unos cuantos, pero sí, estará guay. —Se me acerca y empieza a hacerme una trenza en el pelo—. Creo que cada vez lo hago mejor.

—Tienes todo el verano para practicar —le digo, inclinándome hacia delante para que pueda cogerme más pelo. No me contesta.

El final de curso siempre produce una sensación concreta. Todos los años es igual, pero en este la sensación se magnifica, porque ya no habrá un año próximo. Hay un ambiente de despedida en el aire. Los profesores van a clase en pantalones cortos y camiseta. Nos ponen películas mientras vacían sus escritorios. A nadie le quedan fuerzas ni le importa demasiado. Nos limitamos a esperar y a contar los días. Todo el mundo sabe adónde irá, y da la impresión de que el momento presente ya está quedando atrás. De pronto, la vida parece ir muy deprisa y muy despacio al mismo tiempo. Es como estar en dos lugares a la vez.

Acabo bien los exámenes finales; ni siquiera saco una nota tan mala en cálculo como pensaba. Y así sin más, mis años de instituto están llegando a su fin. Peter se ha marchado al campamento. Solo ha pasado un día fuera y ya lo echo de menos como echo de menos la Navidad en julio. Peter es mi chocolate caliente, mis guantes rojos, mi sensación de mañana de Navidad.

Dijo que me llamaría nada más salir del gimnasio, así que me dejo el móvil al lado, con el volumen alto. Esta mañana me ha llamado cuando me estaba duchando, y cuando me he dado cuenta ya estaba ocupado otra vez. ¿Es así como va a ser nuestro futuro? Será distinto cuando tenga mis propias clases y horarios, pero de momento es como si me hallara en lo alto de un faro, esperando a que mi amado regrese en su barco. Para una persona romántica como yo, no es una sensación del todo desagradable, al menos por ahora. Será distinto cuando se pase la novedad, cuando no verlo todos los días sea lo normal, pero ahora, en este mismo momento, extrañarlo es como una especie de malsano placer.

Más tarde bajo la escalera vestida con el largo camisón blanco con el que según Margot parezco salida de *La casa de la pradera*, y según Kitty, un fantasma. Me siento en la encimera con una pierna levantada y abro un bote

de melocotón en almíbar que me como con un tenedor, directamente del frasco. Morder la piel dulce de los melocotones tiene algo que resulta muy satisfactorio.

Suelto un suspiro. Kitty alza la vista de su ordenador y dice:

—¿Por qué suspiras tan fuerte?

—Echo de menos... la Navidad. —Tomo otro mordisco de melocotón. Ella se anima.

—¡Yo también! Creo que este año deberíamos poner unos renos en el jardín. Pero no de los cutres, sino de esos tan bonitos de alambre que están cubiertos de luces.

Vuelvo a suspirar y dejo el bote.

—Claro. —El almíbar empieza a pesarme en el estómago.

—¡No suspires tanto!

—¿Por qué será tan agradable suspirar? —me pregunto.

Kitty suelta un suspiro profundo.

—Bueno, viene a ser lo mismo que respirar, y respirar mola. El aire está buenísimo.

—¿Verdad que sí? —Ensarto otra rodaja de melocotón—. Me gustaría saber dónde venden esos renos. Es posible que los tengan en Target.

—Hemos de ir a la tienda esa, Christmas Mouse. Podríamos comprar un montón de cosas. ¿No hay una en Williamsburg?

—Sí, de camino a los centros comerciales. ¿Sabes qué? Tampoco nos vendría mal una corona de acebo nueva. Y estaría guay que tuvieran luces de color púrpura. Podríamos darle un aire como de país de las hadas en invierno. Y decorar el árbol solo con tonos pastel.

—Tampoco hay que pasarse —me corta, pero paso de ella.

—No olvides que Trina tiene sus propios adornos navideños, y un belén enorme, ¿recuerdas? Está todo metido en esas cajas del garaje.

El belén de Trina no se limita a un pequeño portal, incluye una barbería, una panadería y una tienda de juguetes; es una barbaridad.

—Aún no sé dónde vamos a ponerlo todo.

Ella se encoge de hombros.

—Seguramente habrá que tirar algo de lo viejo —dice. Por Dios, ¡qué poco sentimental que es Kitty! Con ese mismo tono pragmático, añade—: Además, tenemos cosas que no valen mucho, la verdad. La mantilla de nuestro árbol está raída y llena de agujeros. ¿Qué sentido tiene guardar algo

solo porque sea viejo? Lo nuevo casi siempre es mejor que lo viejo, ¿sabes?

Miro hacia otro lado. Esa mantilla la compró nuestra madre en un mercadillo navideño que se organizó en nuestra escuela. Una de las madres que participaron sabía coser. Margot y yo nos peleamos por cuál escoger; a ella le gustaba el rojo con ribetes de cuadros escoceses, y a mí el blanco porque pensaba que parecería que nuestro árbol estaba sobre la nieve. Al final, mamá se decidió por el rojo porque decía que el blanco se ensuciaría enseguida. El rojo se ha conservado bien, pero Kitty tiene razón: puede que haya llegado la hora de jubilarlo. Sin embargo, nunca le permitiré que lo tire, y tampoco lo hará Margot. En el peor de los casos, recortaré un cuadrado de la tela y lo pondré a buen recaudo en mi sombrerera.

—Trina tiene una mantilla bonita para el árbol —digo—. Es de piel blanca. A *Jamie Fox-Pickle* le encantará dormir encima de ella.

Me suena el teléfono y corro a ver si es Peter, pero solo es un mensaje de papá para decir que va a comprar comida tailandesa para cenar, y que si queremos *pad thai* o *pad see yew*. Vuelvo a suspirar.

—¡Te lo juro, Lara Jean, como vuelvas a suspirar otra vez...! —me amenaza Kitty. Mirándome, añade—: Ya sé que no es la Navidad lo que echas de menos. Peter lleva un día fuera y te comportas como si se hubiera ido a la guerra o algo así.

No le hago caso y respondo:

Pad see yew.

Lo hago solo para vengarme, porque sé que Kitty prefiere el *pad thai*.

Es entonces cuando me llega una notificación de correo electrónico. Es del Departamento de Admisiones de Carolina del Norte. Han actualizado mi solicitud. Hago clic en el enlace. «Enhorabuena...»

Ya no estoy en la lista de espera.

¿Que qué?

Me quedo sentada, leyéndolo una y otra vez sin salir de mi asombro. Yo, Lara Jean Song Covey, he sido aceptada en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. No puedo creerlo. Nunca pensé que fuera a entrar. Pero he entrado.

—Lara Jean... ¿Hola?

Levanto la cabeza sobresaltada.

—Te he hecho la misma pregunta tres veces. ¿Qué es lo que te pasa?

—Pues... Creo que acabo de entrar en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.

Kitty me mira con la boca abierta.

—¡Hala!

—Qué raro, ¿eh? —Meneo la cabeza de estupefacción. ¿Quién lo hubiera dicho? Yo no. Después de lo de la lista de espera, me había olvidado por completo de Carolina del Norte.

—¡Entrar en esa universidad es superdifícil, Lara Jean!

—Lo sé. —Sigo estando alucinada.

Cuando no me aceptaron en Virginia, me sentí muy pequeña, como si no fuera digna de estar allí. Pero... ¡Carolina del Norte! Es más difícil que te acepten en ella desde otro estado que en Virginia desde el mismo.

A Kitty se le apaga un poco la sonrisa.

—Pero ¿no ibas a la William and Mary? ¿No has pagado ya la matrícula? Y, además, ¿no pensabas trasladarte a Virginia el año que viene?

La Universidad de Virginia. Durante esos breves instantes se me había olvidado lo de pedir el traslado a Virginia, y simplemente me sentía feliz por lo de Carolina del Norte.

—Ese es el plan —digo.

Me suena el teléfono y mi corazón se acelera pensando que esta vez sí será Peter, pero no lo es. Es un mensaje de Chris.

¿Vamos al Starbucks?

Le respondo.

SORPRESA: ¡he entrado en Carolina del Norte!

¡TOMA YA!

Te llamo.

Un segundo más tarde, mi teléfono suena y Chris chilla:

—¡Cómo mola, tía!

—¡Gracias! Jolines, no sé... Es una universidad estupenda. Pensaba...

—Entonces ¿qué vas a hacer? —me apremia.

—Ah. —Miro a Kitty, quien me observa ojo avizor—. Nada. Seguiré yendo a la William and Mary.

—Pero ¿no es mejor Carolina del Norte?

—Tiene mejor puntuación. No lo sé. Nunca he estado allí.

—Pues vamos a ir —dice.

—¿De visita? ¿Cuándo?

—¡Ahora mismo! ¡Un viaje por carretera improvisado!

—¿Estás majara? ¡Se tardan cuatro horas desde aquí!

—No es cierto. Está a tres horas y veinticinco minutos. Acabo de mirarlo.

—Llegaríamos allí a...

—Las seis de la tarde. No es para tanto. Damos un paseo, cenamos y luego volvemos. ¡Por qué no! Somos jóvenes. Y tienes que saber lo que estás descartando. —Antes de que pueda replicar otra vez, dice—: Te recojo dentro de diez minutos. Lleva algo para picar por el camino. —Y entonces cuelga.

Kitty me contempla con atención.

—¿Te vas a ir a Carolina del Norte? ¿Ahora mismo?

En este momento me siento bastante eufórica. Me echo a reír y digo:

—¡Eso parece!

—¿Es porque vas a estudiar allí en lugar de en la William and Mary?

—No, es que..., solo voy de visita. No ha cambiado nada. Pero no se lo digas a papá.

—¿Por qué no?

—Pues, porque no. Puedes decirle que estoy con Chris y que no vendré a cenar, pero no menciones nada de Carolina del Norte.

Luego comienzo a vestirme y a dar vueltas por la casa como una *banshee* mientras voy echando cosas en una bolsa de tela. Guisantes secos con sabor a wasabi, palitos cubiertos de chocolate y botellas de agua. Chris y yo jamás hemos hecho un viaje por carretera juntas, y siempre he querido hacer uno con ella. Además, ¿qué tiene de malo echarle un vistazo a Chapel Hill, a ver qué hay? No voy a estudiar allí, pero es divertido pensar en ello.

Chris y yo llevamos medio camino hecho cuando me doy cuenta de que mi teléfono está muriendo y me he olvidado de traer el cargador.

—¿Tienes un cargador para el coche? —le pregunto.

Está cantando la canción de la radio.

—No.

—¡Maldita sea!

Además, nos hemos comido media batería suya con el GPS. No me gusta demasiado hacer un viaje interestatal sin llevar el móvil bien cargado. Y, encima, le he dicho a Kitty que no le cuente a papá adónde voy. ¿Y si pasara algo?

—¿A qué hora crees que estaremos de vuelta?

—No sufras más, abuelita. Llegaremos bien. —Baja su ventanilla y la mía y se pone a buscar su bolso por todas partes. Yo lo recojo del suelo del asiento trasero y saco su tabaco antes de que siniestre el coche. Cuando nos paramos en un semáforo, se enciende un cigarrillo y le da una buena calada —. Seremos como los pioneros de Estados Unidos. Así es más aventura. Los padres fundadores tampoco llevaban teléfonos móviles, ¿sabes?

—Pero recuerda que solo vamos a mirar. Aún voy a ir a la William and Mary.

—Y tú recuerda que debes barajar tus opciones —dice Chris.

Es lo mismo que Margot me repite siempre. Esas dos tienen más cosas en común de las que creen.

Nos tiramos el resto del viaje cambiando de emisora de radio, cantando canciones y debatiendo sobre si Chris debería teñirse el pelo de color rosa por delante o no. Me sorprende de lo rápido que pasa el tiempo. Llegamos a Chapel Hill en tres horas y media justas, tal y como había dicho ella. Encontramos aparcamiento en la calle Franklin, la que supongo que es la avenida principal. Lo primero que me llama la atención del campus de Carolina del Norte es lo mucho que se parece al de Virginia. Hay un montón de arcos, mucho verde y muchos edificios de ladrillo.

—Qué bonito es, ¿verdad? —Me detengo para contemplar un cerezo silvestre—. Me sorprende que haya tantos cerezos por aquí, aunque sea la flor del estado de Virginia. ¿Cuál crees que será la flor de Carolina del Norte?

—Ni idea. ¿Podemos comer algo, porfa? Me muero de hambre. —Chris tiene la capacidad de atención de una mosca, y cuando tiene hambre, es mejor que se prepare todo el mundo.

La abrazo por la cintura. De repente me invade un profundo agradecimiento hacia ella por acompañarme en este viaje a lo que podría haber sido.

—Pues vamos a llenar esa barriguita. ¿Qué quieres, pizza, un sándwich submarino, comida china?

Ella apoya el brazo en mi hombro. La sola mención de los distintos tipos de comida parece haberla animado.

—Elige tú. Lo que sea menos chino y pizza. ¿Sabes qué? Vamos a por sushi.

Un par de chicos pasan por delante de nosotras, y Chris los llama.

—¡Eh!

Ellos se vuelven.

—¿Qué hay? —dice uno. Es negro, alto, con los brazos fuertes y una camiseta en la que pone CAROLINA WRESTLING.

—¿Dónde hacen el mejor sushi de la ciudad? —le pregunta Chris.

—Yo no como sushi, así que no lo sé. —Mira a su amigo pelirrojo, que también es mono, pero no tanto—. ¿Adónde vas tú?

—Spicy Nine —dice, devorando a Chris con la mirada—. Solo tenéis que bajar la calle por ahí y lo encontraréis enseguida. —Le guiña el ojo y siguen su camino en dirección contraria.

—¿Crees que deberíamos ir tras ellos? —me pregunta ella, a la vez que los sigue con la vista mientras se alejan—. ¿Y ver lo que hacen esta noche?

La hago girar en la dirección que nos han indicado.

—Pensaba que tenías hambre —le recuerdo.

—Ah, sí —dice—. Eso es un punto a favor de Carolina del Norte, ¿no es cierto? Hay chicos más guapos.

—Estoy segura de que en la William and Mary también habrá chicos guapos. —Entonces me apresuro a añadir—: Pero eso me da igual, porque yo ya tengo novio, obviamente. —Un novio que todavía no me ha llamado, por cierto. Me queda un cinco por ciento de batería, de manera que cuando lo haga, será demasiado tarde.

Después del sushi, paseamos por la calle Franklin y entramos en algunas tiendas. Me planteo comprarle a Peter una gorra de los Tar Heels, el equipo de baloncesto de la Universidad de Carolina del Norte, pero dudo mucho que fuera a ponérsela, ya que él irá con los Wahoos de Virginia.

Pasamos ante un poste de anuncios y Chris se para en seco. Señala un cartel de una sala de conciertos con el nombre de Cat's Cradle. Esta noche va a tocar un grupo llamado Meow Mixx.

—¡Vamos a verlos! —dice Chris.

—¿Conoces a los Meow Mixx? —le pregunto—. ¿Qué tipo de música tocan?

—Qué más da. ¡Vamos y punto! —Me agarra de la mano y corremos calle abajo entre risas.

Hay una cola para entrar, y el grupo ya ha empezado a tocar; se oyen retazos de música tipo dance a través de la puerta abierta. Hay un par de chicas esperando delante de nosotras. Chris me rodea los hombros con el brazo y les dice:

—Acaban de aceptar a mi mejor amiga en la Universidad de Carolina del Norte.

Me emociono al oír que Chris dice que soy su mejor amiga, demostrándome que seguimos queriéndonos la una a la otra, aunque ella tenga a sus compis de trabajo, y yo a Peter. Me hace saber que seguiremos estando unidas cuando se vaya a Costa Rica, a España o a donde sea.

Una de las chicas me da un abrazo y exclama:

—¡Enhorabuena! Te va a encantar. —Lleva el pelo recogido en unas trenzas alrededor de la cabeza y una camiseta en la que pone HILLARY IS MY PRESIDENT.

—Deberías pedir plaza en la residencia Ehaus o en la Craige, son las mejores para pasarlo bien —me aconseja su amiga mientras se ajusta un pasador con forma de piruleta.

—En realidad no voy a estudiar aquí —me avergüenza reconocer—, solo estamos de visita. Por diversión.

—¿Y adónde vas a ir entonces? —me pregunta, con un leve gesto de desaprobación en su rostro pecoso.

—A la William and Mary —respondo.

—Pero no es algo definitivo —explica Chris

—Es bastante definitivo —replico.

—Yo pasé de Princeton por venir aquí —me dice la chica de las trenzas—. Me enamoré de esto la primera vez que vine. Ya lo verás. Por cierto, me llamo Hollis.

Nos presentamos, y ellas me hablan del Departamento de Literatura, de los partidos de baloncesto en el Dean Dome, y de los bares de la calle Franklin donde no piden el carnet. Chris, que había dejado de escuchar durante la conversación sobre el Departamento de Literatura, de pronto es toda oídos. Antes de entrar, Hollis me da su número de teléfono.

—Por si acaso cambias de opinión —dice.

Cuando entramos al fin, la sala está bastante llena, y hay mucha gente junto al escenario bebiendo cerveza y bailando al ritmo de la música. En realidad, el grupo son solo dos chicos con guitarras y un portátil, con un sonido cercano al pop electrónico que inunda el local. Entre el público hay dos bandos: por un lado, tíos mayores con barba y camisetas de grupos de rock, más de la edad de mi padre; y por el otro, un montón de estudiantes. Chris trata de borrarse el sello que tiene en la mano, y que la identifica como menor de edad para pedir cervezas, pero no lo consigue. A mí no me importa, puesto que no me gusta mucho la cerveza, y porque ella aún tiene que llevarnos de vuelta en coche esta noche. Empiezo a preguntar si alguien tiene un cargador por ahí, pero Chris me da un tortazo en el brazo por hacerlo.

—¡Esto es una aventura! —grita—. ¡No nos hace falta el móvil para vivir una aventura!

Entonces me coge la mano y me arrastra con ella hasta el borde del escenario. Nos acercamos bailando al meollo y saltamos al ritmo de la música aunque no conozcamos ninguna de las canciones. Uno de los músicos ha estudiado en Carolina del Norte, y a mitad del concierto le pide a todo el mundo que cante el himno de batalla de los Tar Heels. «*I'm a Tar Heel born, I'm a Tar Heel bred, and when I die I'm a Tar Heel dead!*» El público se vuelve loco, y la sala entera empieza a temblar. Chris y yo no nos sabemos la letra, pero gritamos «*Go to hell, Duke!*» como todos los demás. El pelo nos azota en la cara al balancearnos, estoy sudando, y de repente me lo estoy pasando bomba.

—¡Lo estoy pasando genial! —le grito cerca de la cara.

—¡Y yo! —grita ella también.

Después del segundo concierto, Chris declara que tiene hambre, así que nos lanzamos de nuevo rumbo a la noche.

Andamos por la calle durante lo que parece una eternidad hasta que encontramos un sitio llamado Cosmic Cantina. Es un restaurante mexicano diminuto en el que hay una cola enorme, lo que según Chris quiere decir que la comida está muy buena o es muy barata. Cuando nos sirven, Chris y yo inhalamos el aroma de nuestros burritos, que están hasta arriba de arroz, frijoles, queso fundido y salsa de pico de gallo casera. De sabor están bastante sosos, excepto por la salsa picante. Tan picante que me arden los labios. Si mi teléfono no hubiera muerto, y si el de Chris no estuviera a punto

de morir, habría buscado dónde hacían los mejores burritos de Chapel Hill. Pero entonces no habríamos encontrado este lugar. Por algún motivo, es el mejor burrito de mi vida.

Después de comernos los burritos, le digo a Chris:

—¿Qué hora es? Deberíamos volver pronto si queremos llegar antes de la una.

—Pero si casi no has visto nada del campus —objeta ella—. ¿No hay algo en especial que quieras visitar? No sé, alguna biblioteca aburrida o algo así.

—Nadie me conoce como tú, Chris —le digo, a lo que me responde con un pestañeo—. Sí que hay un sitio que me gustaría ver... Aparece en todos los folletos. El Old Well.

—Pues vamos.

Mientras andamos, le pregunto:

—¿Tú crees que Chapel Hill se parece a Charlottesville?

—No, creo que es mejor.

—Eres igual que Kitty. Piensas que todo lo nuevo es mejor.

—Y tú eres de las que creen que todo lo viejo es mejor —replica ella.

No le falta razón. Recorremos el resto del camino en un silencio amistoso. Estoy pensando en las cosas de Carolina del Norte que me recuerdan a Virginia y las que no. No hay mucho movimiento por el campus; supongo que será porque casi todo el mundo está de vacaciones. Aun así, sigue habiendo gente por ahí: chicas con vestidos veraniegos y sandalias, y chicos con pantalones cortos de color beige y gorras de la universidad.

Atravesamos un campo de hierba verde, y allí está el Old Well, situado entre dos residencias de ladrillo. Se trata de un pequeño templete, como una versión en miniatura de la Rotonda de Virginia, con una fuente para beber en el medio. Justo detrás se alza un gran roble blanco, y hay arbustos de azaleas por todas partes, de color fucsia como el pintalabios que tanto le gustaba a Stormy. Es precioso.

—¿Se supone que hay que pedir un deseo o algo por el estilo? —pregunta Chris, acercándose a la fuente.

—Me parece que los estudiantes beben un sorbo de agua el primer día de clase para que les dé suerte —le digo—. O buena suerte, o todo sobresalientes, vaya.

—Yo no voy a necesitar sobresalientes a donde voy, pero me quedo con

la suerte.

Se agacha para beber cuando un par de chicas que pasan por allí nos advierten:

—Ni se os ocurra hacerlo, los chicos de las fraternidades se mean ahí todo el tiempo.

Chris aparta la cabeza a toda prisa y se aleja de un salto de la fuente.

—¡Puaj! —Al aterrizar, dice—: Vamos a hacernos una foto.

—No podemos. ¿No te acuerdas de que nuestros teléfonos han muerto? Tendremos que llevar el recuerdo en nuestros corazones como en los viejos tiempos.

—Pues es verdad —responde—. ¿Nos vamos ya?

No estoy segura. No sé por qué, pero no estoy preparada para marcharme aún. ¿Y si no volviera nunca? Veo un banco que hay delante de uno de los edificios de ladrillo y me acerco para sentarme en él.

—Vamos a quedarnos un poco más.

Me abrazo las rodillas al pecho y Chris se sienta a mi lado. Mientras juguetea con las pulseras que lleva en el brazo, dice:

—Ojalá pudiera venir aquí contigo.

—¿A una escuela o a la universidad? —Me sorprende tanto el tono pensativo de su voz que no me molesto en corregirla recordándole que yo tampoco voy a estudiar aquí.

—Da igual. Las dos cosas. A ver si me explico, aún estoy deseando irme a Costa Rica, pero... No sé. ¿Qué pasa si me pierdo algo por no empezar a estudiar al mismo tiempo que todos los demás? —Me echa una mirada inquisitiva.

—Los estudios seguirán aquí esperándote, Chris. El año que viene, y el siguiente. Cuando tú quieras.

Chris se da la vuelta y mira hacia el césped.

—Tal vez. Ya veremos. A ti sí que puedo verte aquí, Lara Jean. ¿Tú no? Trago saliva.

—Tengo un plan. Un año en la William and Mary, y luego a Virginia.

—Querrás decir que Peter y tú tenéis un plan. Por eso te resistes.

—Bueno, pues tenemos un plan. Pero ese no es el único motivo.

—Pero es el principal.

No puedo negarlo. Vaya a donde vaya, echaré de menos a Peter más que a nada, en la William and Mary y aquí.

—En ese caso, ¿por qué no pruebas esto durante un año? —me pregunta Chris—. ¿Qué diferencia hay entre estar aquí o en la William and Mary? ¿Una hora de distancia? De todos modos, no es la Universidad de Virginia. ¿Por qué no le das una oportunidad?

No espera a que le responda; se levanta de un salto y echa a correr por la hierba. Luego se quita los zapatos y empieza a dar volteretas laterales.

¿Y si viniera a vivir aquí y me encantara? ¿Y si no quisiera irme después de un año? Entonces ¿qué? Pero ¿no sería genial si me encantara? ¿No es de eso de lo que se trata? ¿Por qué apostar a que un sitio no te guste? ¿Por qué no arriesgarse y apostar por la felicidad?

Me tiendo en el banco con las piernas estiradas y miro al cielo. Hay un dosel de ramas sobre mi cabeza: uno de los árboles está situado junto al edificio; el otro, plantado en el jardín. Sus ramas se extienden hacia el sendero y se juntan con las del otro a medio camino. ¿Y si Peter y yo pudiéramos ser como esos dos árboles, alejados el uno del otro, pero en contacto? Me parece que podría ser feliz aquí. Creo que yo también soy capaz de imaginarme viviendo en este lugar.

¿Qué fue aquello que me dijo Stormy la última vez que la vi, el día que me dio el anillo? «Nunca digas que no cuando quieras decir que sí.»

Cuando Chris se detiene delante de mi casa, son más de las tres de la madrugada y todas las luces están encendidas. Rayos. Me vuelvo hacia ella.

—¿Puedes entrar conmigo? —le ruego.

—De eso nada, vas tú solita. Yo tengo que volver a casa y aguantar a mi propia madre.

Me despido de ella con un abrazo, salgo del coche y arrastro los pies hasta los escalones de entrada. La puerta se abre de golpe mientras rebusco las llaves en mi bolso. Es Kitty, vestida con su camiseta ancha para dormir.

—Te has metido en un buen lío —susurra.

Entro, y papá está justo detrás de ella, todavía con la ropa de calle. Trina está en el sofá, mirándome con una expresión que parece decir «te la has cargado, y lo siento por ti, pero la verdad es que podrías haber llamado al menos».

—¿Dónde has estado toda la noche?! —grita él—. ¡¿Y por qué no respondías al teléfono?!

Doy un paso atrás acobardada.

—Me he quedado sin batería. Lo siento. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

Durante un breve instante me planteo aligerar el ambiente bromeando con que este es el motivo por el que los *millennials* deberían llevar reloj, pero dudo que vaya a funcionar en este momento.

Papá empieza a dar vueltas por la sala de estar.

—¿Y por qué no has usado el teléfono de Chris?

—El suyo también se había apagado...

—¡Estábamos muertos de preocupación! Kitty ha dicho que te habías ido con Chris sin mencionar adónde ibas... —Tras esto, Kitty me lanza una mirada—. ¡He estado a punto de llamar a la policía, Lara Jean! Si no hubieras entrado por la puerta cuando lo has hecho...

—Lo siento —digo—, lo siento mucho.

—Menuda falta de responsabilidad. —Papá masculla para sí, sin escuchar siquiera—. Lara Jean, puede que seas mayor de edad, pero...

—Por favor, Dan, no digas eso tan trillado de «pero aún vives bajo mi techo» —interviene Trina desde el sofá.

Papá vuelve y le dice:

—¡Está trillado por un motivo! ¡Es una buena frase! Muy buena.

—Diles dónde has estado, Lara Jean —media Kitty impaciente.

Papá le dirige una mirada acusatoria.

—¿Tú sabías dónde estaba, Kitty?

—¡Me hizo prometer que no lo diría!

Antes de que él pueda replicar, digo:

—He ido a Carolina del Norte con Chris.

Él levanta los brazos.

—¡A Carolina del Norte! Pero ¿qué narices hacías allí? ¿Has salido del estado sin decírmelo siquiera? ¡Y, encima, con un móvil sin batería!

Me dan náuseas por haber hecho que se preocupara tanto. No sé por qué no he llamado antes. Podría haberle pedido el teléfono a alguien. Supongo que me he dejado llevar por la emoción de estar allí. No quería pensar en casa ni en la vida real.

—Perdón —mascullo—. Lo siento muchísimo. Tendría que haberos llamado.

Él meneaba la cabeza.

—¿Qué hacías en Carolina del Norte?

—Estaba en Carolina del Norte porque... —Hago una pausa. En cuanto lo diga, no habrá marcha atrás—. Porque me han aceptado en la universidad.

Papá pone los ojos como platos.

—¿Cómo? Eso es... Es fantástico. Pero ¿qué pasa con la William and Mary?

Me encojo de hombros con una sonrisa.

Trina pega un grito y salta del sofá tirando la manta de franela en la que estaba envuelta, y casi se cae de bruces. Papá me rodea entre sus brazos y me da un abrazo al que se une Trina.

—¡Madre mía, Lara Jean! —dice ella, dándome una palmada en la espalda—. ¡Vas a ser una Tar Heel!

—Me alegro de que estés contenta —asegura papá. Se enjuga una lágrima de los ojos—. Sigo estando muy enfadado porque no hayas llamado, pero también me alegro por ti.

—Entonces ¿vas a ir de verdad? —pregunta Kitty desde su atalaya en la escalera.

La miro, sonrío temblorosa y afirmo:

—Sí, voy a ir. —Peter y yo nos las apañaremos. Conseguiremos que funcione.

Les cuento hasta el último detalle de la noche: el concierto en el Cat's Cradle, los burritos de la Cosmic Cantina, el Old Well. Trina hace palomitas, y está despuntando el alba antes de que nos vayamos a dormir. Cuando papá se va a la cama, Trina me comenta en un susurro:

—Tu padre ha envejecido diez años en una noche. Míralo cómo anda, que parece que necesita un bastón. Gracias a ti, voy a casarme con un anciano.

Nos echamos a reír sin poder parar. Me temo que empezamos a delirar por la falta de sueño. Trina se tira de espaldas y levanta las piernas en el aire de la risa. Kitty, que se ha quedado dormida en el sofá, se despierta y dice: «¿Qué es lo que tiene tanta gracia?», lo que no hace sino incrementar nuestras carcajadas. Papá se detiene en la escalera, se vuelve hacia nosotras y niega con la cabeza.

—Ya os estáis aliando en mi contra —nos acusa.

—Asúmelo, papá. Siempre has vivido en un matriarcado. —Le lanzo un beso.

Él frunce el ceño.

—No creas que me olvidé de que has pasado la noche fuera sin llamar ni una sola vez.

Huy. Puede que aún sea demasiado pronto para echarle tanto morro. Mientras sube con paso cansado, exclamo:

—¡Lo siento mucho!

Siento no haber llamado, pero no siento haberme ido.

Al despertar, me quedo un rato repantigada en la cama, desperezándome de brazos y piernas como una gran equis que apunta al norte, al sur, al este y al oeste. La noche de ayer me parece un sueño. ¿Sucedió en realidad? ¿De verdad voy a estudiar en Carolina del Norte?

Sí, voy a hacerlo. Resulta tan extraño y tan emocionante que toda tu vida pueda cambiar así en una noche... Siempre me han aterrado los cambios, pero no es eso lo que siento ahora. Estoy ilusionada. Empiezo a darme cuenta del enorme privilegio que supone poder ilusionarme ante mi futuro. Aunque Peter, Chris y Lucas iban a hacer lo que ellos querían, yo no dejaba de pensar que me estaba conformando, porque así era, por muy buena que pudiera ser la Universidad de William and Mary. Carolina del Norte era una opción con la que ni siquiera contaba, como si una puerta se hubiera abierto ante mí por arte de magia, una puerta que podría llevarme a cualquier parte.

Cuando dejo de soñar despierta, miro el reloj y me doy cuenta de que me he pasado todo el día durmiendo. Me incorporo, enciendo mi teléfono y veo todas las llamadas perdidas y los mensajes del buzón de voz que me dejaron anoche Kitty y mi padre. Los borro todos sin escucharlos para no tener que oír el enfado en la voz de papá, pero veo que también hay uno de Peter. Se me cae el alma a los pies al leer su nombre en la pantalla. También me ha escrito preguntando dónde estoy. Lo llamo, pero no contesta, así que supongo que estará entrenando. Le escribo un mensaje para que se pase a verme cuando vuelva. Se supone que esta noche vamos a ir a una fiesta en casa de Steve Bledell. Estoy nerviosa por tener que darle la noticia a Peter. Teníamos un plan, y sé que voy a cambiarlo todo, pero no sabía que se me iba a abrir esta puerta. Él lo entenderá. Sé que lo hará.

Me tumbo otra vez en la cama y llamo a Margot por FaceTime. Va por la calle, de camino a algún sitio.

—¿Qué hay? —me pregunta.

—A ver si lo adivinas.

—¿El qué?

—¡Me voy a Carolina del Norte!

Comienza a chillar en el acto y se le cae el teléfono de las manos. Por suerte, aterriza sobre la hierba. Se agacha a recogerlo. Sigue chillando.

—¡Dios mío, eso es genial! ¡Menudo notición! ¿Cuándo te has enterado? Me tumbo sobre el estómago.

—¡Ayer! Anoche fui de visita con Chris y lo pasamos bomba, Gogo. Estuvimos en un concierto, bailando y gritando como descosidas. ¡Ahora me duele la garganta!

—Espera un momento; entonces, vas a ir, ¿no?

—¡Sí!

Margot vuelve a chillar, y yo me río.

—¿Cómo es el campus? —me interroga.

—Bueno, se parece mucho al de Virginia.

—Eso dicen. He oído que los campus son muy parecidos, igual que las ciudades. Las dos son bastante liberales, pero puede que Chapel Hill lo sea un poco más. Cuentan con muchas mentes brillantes. Estoy deseando leer el programa de asignaturas contigo. —Echa a andar otra vez—. Vas a estar en la gloria. Maggie Cohen, la que iba a un curso anterior al mío, estudia allí y está encantada. Podrías hablar con ella. —Entonces sonrío y me dice—: Ahora es cuando empieza todo, Lara Jean. Ya lo verás.

Después de hablar con Margot, me doy un baño de espuma y llevo a cabo todos mis rituales de belleza: mascarilla facial, esponja de lufa, exfoliante de azúcar moreno y lavanda. Desde allí ensayo lo que le voy a decir a Peter. «Hay dos árboles, uno a cada lado del camino, cuyas ramas se unen en el medio...» Me eternizo tanto que Kitty me mete prisa soltando gritos. Al salir de la bañera, me seco el pelo y luego me lo rizo; me retoco las uñas y hasta me aplico la crema de limón que me compré para las cutículas pero que siempre se me olvida usar.

Papá, Trina y Kitty se han ido a ver una película, así que estoy sola en casa hasta que sobre las ocho llega Peter. Se ha puesto un chándal nuevo de la Universidad de Virginia y tiene el pelo húmedo, recién lavado. Huele a

jabón Dove, algo que me encanta de él. Me atrae hacia sí para abrazarme y apoyar el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Estoy hecho polvo —dice, tirándose en el sofá—. ¿Te molesta mucho si no vamos a la fiesta de Steve? Prefiero quedarme aquí contigo y no tener que hablar con la gente. Estoy hecho polvo.

—Claro —respondo. Tomo aire antes de comunicarle la noticia, pero él me mira con gesto cansado.

—Los chicos del equipo están muy en forma. Me ha costado seguirles el ritmo.

Frunzo el ceño.

—Oye, que tú también estás en forma.

—No tanto como ellos. Tengo que ponerme en serio. —Se frota la nuca—. Bueno, ¿me vas a contar ya adónde fuiste anoche?

Me siento en el sofá colocada hacia él, con las piernas dobladas encima del cojín. Me toco las mejillas con el dorso de las manos y sospecho que me he sonrojado. Entonces las dejo en el regazo.

—Vale. —Hago una pausa—. ¿Estás preparado para saberlo?

Él se echa a reír.

—Sí, estoy preparado.

—De acuerdo. No te lo vas a creer, pero estuve en Carolina del Norte con Chris.

Peter arquea las cejas.

—Qué raro. Venga, continúa.

—Fui hasta allí porque... ¡me han aceptado en Chapel Hill!

—Vaya. —Parpadea—. Eso es... Vaya. Es genial.

Tomo aire otra vez.

—No pensaba que quisiera ir hasta allí, pero al llegar..., la ciudad era preciosa, y la gente muy amable, y hay un banco junto al Old Well en el que si te tumbas y miras hacia arriba, ves cómo se unen en el medio dos árboles que hay a cada lado. Sus ramas se tocan, así. —Empiezo a demostrárselo, pero entonces me detengo, porque me doy cuenta de que Peter no me está escuchando en realidad. Está mirando al infinito—. ¿En qué estás pensando?

—¿Significa eso que ya no tienes intención de ir a la William and Mary?

Vacilo unos instantes.

—Así es.

Peter asiente para sí mismo.

—Me alegro por ti, de verdad, pero es un asco que vayas a estar tan lejos. Por ejemplo, si ahora tuviera que ir a Chapel Hill en coche, me quedaría sopa al volante. ¿Cuánto se tarda en llegar desde Charlottesville? ¿Cuatro horas?

Siento un estremecimiento de pavor en el estómago.

—Tres horas y veinticinco minutos. Sé que parece mucho, pero te prometo que el viaje se hace rápido.

—Eso es el doble de lo que se tarda de Charlottesville a la William and Mary, cuando no hay tráfico. —Vuelve a apoyar la cabeza en el sofá.

—No es el doble —digo con suavidad—. Es una hora y media más.

Me mira, y percibo el arrepentimiento en sus ojos.

—Perdona. Es solo que estoy fundido, nada más. Esto va a ser mucho más duro de lo que pensaba. No me refiero a lo nuestro, sino a la universidad. Tendré que entrenar a todas horas, y cuando no esté entrenando, estaré estudiando, o en clase, o durmiendo. Va a ser intenso, nada que ver con el instituto. Es mucha presión, y... no pensaba que fueras a estar tan lejos.

Nunca había visto a Peter de esa manera. Parece tan derrotado... En lo que respecta al *lacrosse* y a las clases, siempre se había mostrado muy tranquilo, confiado. Las cosas siempre han sido fáciles para él.

—Vas a hacerlo muy bien, Peter. Acabas de empezar. En cuanto te acostumbras, todo volverá a ser como siempre. Y... nosotros también nos acostumbraremos —añado tímidamente.

Se incorpora de pronto.

—¿Sabes lo que te digo? Que vayamos a esa fiesta.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Además, tú ya estás arreglada. Sería una pena desperdiciar tu peinado. —Me atrae hacia sí—. Salgamos a celebrar tu gran victoria.

Lo abrazo y lo estrecho contra mí. Noto la rigidez de sus hombros y la tensión de su espalda. La mayoría de los chicos no se darían cuenta de esas cosas, como de que me haya rizado el pelo y me haya puesto una blusa. Trato de centrarme en eso en lugar de que no haya llegado a felicitar me.

En casa de Steve Bledell, hay un grupillo de gente fumando porros y viendo el fútbol en una enorme tele plana colgada en la pared. Entre ellos se encuentra Lucas, y cuando le doy la noticia, me levanta en el aire y me hace dar vueltas a su alrededor.

—¡Tú también te largas de aquí! —grita.

—Bueno, pero me voy aquí al lado, a Carolina del Norte —le digo riendo. Me sorprende lo emocionante que me resulta pronunciar esas palabras en voz alta—. No está tan lejos.

—Pero no es aquí. —Lucas vuelve a dejarme en el suelo y me toca las mejillas—. Va a ser algo muy positivo para ti, Lara Jean.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Estoy en la cocina poniéndome una Coca-Cola cuando entra Genevieve, descalza, vestida con una sudadera de Virginia Tech, y con una cerveza dentro de un enfriador de Virginia Tech en la mano. Se tambalea un poco y dice:

—He oído que te vas a Chapel Hill. Enhorabuena.

Espero a que suelte la pulla, la indirecta maliciosa, pero no lo hace. Se queda ahí plantada, un poco piripi pero lo bastante sobria para mantenerse en pie.

—Gracias —le digo—. Enhorabuena a ti también, sé que siempre has querido ir a la Tech. Tu madre estará muy contenta.

—Sí. ¿Sabes que Chrissy se va a Costa Rica? Qué suerte tiene la muy cochina. —Le da un trago a su cerveza—. Chapel Hill está bastante lejos de aquí, ¿no?

—No tanto, solo son tres horas —miento.

—Bueno, pues que tengas suerte. Espero que Peter siga estando tan

comprometido contigo como lo está ahora. Aunque conociéndolo, la verdad es que lo dudo mucho. —Entonces se le escapa un sonoro eructo, y pone una cara de sorpresa tan graciosa que estoy a punto de echarme a reír. Durante un instante, ella también parece estar a punto de hacerlo, pero se contiene, me fulmina con la mirada y se marcha de la cocina.

A lo largo de la noche solo veo a Peter de lejos en algún momento, hablando con otras personas o dando tragos a su cerveza. Parece estar de mejor humor. Sonríe, un poco colorado por el alcohol. Nunca le había visto beber tanto como hoy.

Cerca de la una, empiezo a buscarlo por toda la casa de Steve, hasta que lo encuentro en el garaje, jugando a voltear el vaso sobre la mesa de pimpón, rodeado de gente. Todos se están riendo por algo que acaba de decir. Entonces me ve en lo alto de la escalera y me llama subiendo demasiado la voz.

—¡Ven a jugar con nosotros, Covey!

Sin despegar los pies del suelo, digo:

—No puedo, tengo que volver a casa.

Su sonrisa se desvanece.

—Vale, te acompaño.

—No pasa nada, encontraré a alguien que me lleve o llamaré a un Uber para que me recoja. —Me doy la vuelta para irme, pero Peter me sigue.

—No hagas eso. Yo te llevo —dice.

—No puedes. Estás borracho. —Procuro que las palabras no suenen mal, pero es la verdad.

—No estoy borracho. —Se ríe—. Me he tomado tres cervezas a lo largo de..., cuánto tiempo, ¿unas tres horas? Estoy bien. Tú no bebes y no puedes saberlo, pero eso no es nada. Te lo prometo.

—Ya, pues te huelo el aliento y sé que no pasarías un test de alcoholemia. Peter me observa con detenimiento.

—¿Estás enfadada?

—No, simplemente no quiero que me lleves en coche. Y tú tampoco deberías volver a casa conduciendo. Deberías quedarte aquí esta noche.

—Jolín, estás enfadada. —Se inclina, echa un vistazo a su alrededor y dice—: Perdona por lo de antes. Tendría que haberme alegrado más por ti, pero solo ha sido porque estaba cansado y nada más.

—No pasa nada —contesto, pero no es del todo verdad.

Stormy tenía un dicho: «Vuelve a casa con quien hayas salido de ella, a menos que sea un borracho; en ese caso, vuelve por tu cuenta». Terminó pidiéndole a Lucas que me acompañe, y llego justo antes de mi hora por los pelos. Después de lo de anoche, no debería tentar a la suerte.

Peter no para de mandarme mensajes, y soy lo bastante mezquina para alegrarme de que ya no lo esté pasando bien. Dejo que transcurra un rato largo hasta que le respondo secamente que no coja el coche esta noche; a lo que me contesta con una foto suya desde el sofá de Steve, tapado con la chaqueta de alguien como manta.

No puedo dormir, así que bajo a hacerme un sándwich de queso fundido. Kitty también está abajo, viendo la programación nocturna y jugando a algo con el móvil.

—¿Quieres un sándwich de queso? —le pregunto.

—Claro —dice, levantando la vista del teléfono.

Primero hago el de Kitty. Lo aplasto contra la sartén para que el pan quede crujiente y el sándwich plano. Corto otra pizca de mantequilla y observo cómo se derrite hasta formar un charco. Me siento aún un poco rara por el devenir de la noche hasta que de repente lo veo claro. Contacto directo. Para que el sándwich tenga la textura crujiente perfecta, el pan tiene que estar en contacto directo con la sartén caliente.

De eso se trata. Esa es la respuesta a mi problema de las galletas con trocitos de chocolate. He estado usando mi lámina antiadherente Silpat, de modo que las galletas no se adherían a la bandeja. La respuesta es el papel vegetal. Al contrario que la lámina, es finísimo, ¡por lo que la masa se expande más! Y, *voilà*, galletas más finas.

Estoy tan segura que me pongo a sacar los ingredientes de la despensa. Si hago la masa ahora mismo, reposará toda la noche, y mañana podré poner a prueba mi teoría.

Vuelvo a levantarme tarde, puesto que no tengo clase gracias a que los profesores están de reuniones, y porque me quedé hasta las tres preparando la masa de las galletas y viendo la televisión con Kitty. Cuando me despierto, tengo mensajes de Peter, igual que el día anterior.

Lo siento.

Soy un imbécil.
No te enfades.

Leo sus mensajes una y otra vez. Hay una diferencia de minutos entre ellos, por lo que sé que habrá estado dándole vueltas al asunto. No quiero estar enfadada. Lo único que deseo es que las cosas vuelvan a ser como antes.

Le escribo:

¿Quieres venir a que te dé una sorpresa?

Responde en el acto:

DE CAMINO.

—La galleta con trocitos de chocolate perfecta ha de constar de tres anillos —recito con tono docto—. El del centro tiene que ser tierno y un poco chicloso. El anillo intermedio deberá ser blando, y el exterior, crujiente.

—Como vuelva a soltar ese discurso otra vez, me da algo —le dice Kitty a Peter—. No puedo soportarlo más.

—Ten paciencia —le aconseja él, apretándole el hombro—. Ya está a punto de acabar, y entonces tendremos galletas.

—El momento álgido de la galleta con trocitos de chocolate perfecta se produce cuando aún está caliente, pero también es deliciosa cuando se degusta a temperatura ambiente.

—Como no te calles ya, se van a enfriar —refunfuña Kitty.

Le dirijo una mirada asesina, pero la verdad es que me alegro de que esté aquí, ejerciendo de amortiguador entre Peter y yo. Su presencia hace que la situación parezca normal.

—En el ámbito de la repostería, es una verdad reconocida por todo el mundo que Jacques Torres ha elevado la galleta con trocitos de chocolate a la perfección. Peter, nosotros mismos la probamos hace unos meses. —Ahora mismo lo estoy alargando con el único propósito de hacerlos sufrir—. ¿En qué posición quedarán mis galletas frente a las tuyas? Solo os diré una cosa: son maravillosas.

Kitty se baja de su taburete.

—Se acabó. Yo me largo de aquí. No merece la pena aguantar todo esto

por una galleta con chocolate.

Le doy una palmadita en la cabeza.

—Ah, la pequeña e ingenua Kitty. Qué niña tan dulce e ignorante. Esta galleta merece eso y mucho más. Siéntate o serás expulsada.

Vuelve a sentarse con gesto exasperado.

—Amigos míos, por fin he dado con ella, mi ballena blanca, mi anillo de oro. Una galleta para gobernarlos a todos. —Con una reverencia, retiro el paño y les muestro mis galletas planas, blanditas y compactas, artísticamente colocadas en el plato.

Se me cae el alma a los pies cuando veo que Peter se mete una entera en el buche.

—¡Deliciosa! —dice con la boca llena.

Aún le preocupa que siga enfadada, de modo que sería capaz de decir cualquier cosa en este momento.

—Come más despacio, Peter. Saboréala.

—Eso estoy haciendo, te lo prometo.

Kitty es la auténtica jueza a la que debo convencer. Con tono ansioso, le comento:

—He usado azúcar mascabado. ¿Notas el toque de la melaza?

Ella mordisquea la galleta con aire pensativo.

—Noto la diferencia entre esta y las que hiciste la penúltima vez.

—Esta vez he usado *fèves* de chocolate en lugar de trozos. ¿Has visto cómo se funde el chocolate formando vetas?

—¿Qué son las *fèves*?

—Pepitas.

—Pues di eso. Además, ¿no se había enfadado papá porque te gastaste treinta dólares en chocolate?

—Tampoco estaba tan enfadado. Un poco molesto, tal vez. Pero creo que estará de acuerdo con que ha merecido la pena. —Kitty me lanza una mirada de incredulidad, y farfullo—: Es chocolate Valrhona, ¿vale? No es barato. Y, además, ¡era una bolsa pequeña! Pero eso es lo de menos. ¿No notas que los bordes son mucho más crujientes, y el centro mucho más tierno? ¿Tengo que volver a explicaros las diferencias entre el papel vegetal y la lámina Silpat?

—Ya lo hemos pillado —dice Kitty.

Peter me atrae hacia sí enganchando un dedo en la trabilla de mis vaqueros.

—Es la mejor galleta que he probado nunca —declara. Lo cierto es que se está empleando a fondo, pero todavía no se me ha pasado el enfado del todo.

—Pero qué cursis sois —exclama Kitty—. Me llevo mi parte de las galletas y me largo de aquí. —Comienza a apilar galletas en una servilleta a toda velocidad.

—¡Solo te corresponden tres!

Devuelve dos al plato y se marcha escalera arriba.

Peter espera hasta que se haya ido y me pregunta:

—¿Sigues cabreada conmigo? Te prometo que nunca volveré a beber cuando tenga que llevarte a casa en coche —me asegura con su sonrisa más arrebatadora.

—¿De verdad te parece bien que me vaya a Carolina del Norte?

Se le borra la sonrisa, y titubea un momento antes de asentir.

—Tenías razón, pase lo que pase, ya nos acostumbraremos. —Clava los ojos en mí durante una milésima de segundo, y sé que lo hace para que lo tranquilice.

Entonces lo estrecho con fuerza entre mis brazos, con toda la fuerza necesaria para que sepa que estoy ahí, y que no pienso dejarlo marchar.

Ahora que me he decidido por irme a estudiar a Carolina del Norte, de repente tengo que hacer muchas cosas, y pronto. Informo a la William and Mary de mi renuncia. Pago la matrícula de Carolina del Norte. Se lo cuento a mi consejera académica, la señora Duvall, quien está encantada de saberlo. Me dice que soy la única de mi clase que va a ir, y que está deseando añadirla a la lista de las universidades que han aceptado a alumnos de nuestro instituto.

—Estaba segura de que ibas a hacer que me sintiera orgullosa de ti —me dice asintiendo—. Lo sabía.

Ya han llegado las togas y los birretes, así que voy con Peter al gimnasio para recogerlo todo, junto con las invitaciones.

Nos sentamos en las gradas y nos probamos los birretes. Peter inclina el mío hacia un lado y dice:

—Te queda muy bien.

Le lanzo un beso.

—Vamos a ver las invitaciones. —Quiero ver su nombre escrito en caligrafía elegante. Me acerca la caja y la abro. Paso los dedos sobre las letras estampadas en relieve. Peter Grant Kavinsky. Entonces digo—: ¿Has vuelto a pensar en lo de invitar a tu padre?

Peter echa un vistazo a su alrededor para ver si hay alguien escuchando antes de decir en voz baja:

—¿Por qué no dejas de sacar ese tema?

Alargo la mano y le toco el birrete.

—Porque creo que, en el fondo, quieres que vaya. Aunque solo sea para que vea todo lo que has logrado y todo lo que se ha perdido.

—Ya veremos —dice, y lo dejo ahí. Es Peter quien tiene que decidirlo.

De camino a casa desde el instituto, Peter me pregunta:

—¿Te apetece ver una película esta noche?

—No puedo. Va a venir Kristen, la amiga de Trina, a ultimar los detalles de la despedida de soltera.

—¿Vais a ir a algún club de estriptis? —inquire con expresión traviesa.

—¡No! Qué asco. Jamás querría ver nada de eso.

—¿Nada de qué? —me interroga.

—Músculos embadurnados de aceite. —Me estremezco—. Me alegro de que no estés demasiado cachas.

Peter pone mala cara.

—Oye, que estoy fibrado.

Le doy un pellizco en el bíceps, que aprieta de inmediato bajo mis dedos.

—Estás delgado y esbelto, con músculos poco abultados.

—Tú sí que sabes cómo castrar a un tío, Covey —dice, a la vez que enfila hacia mi calle.

Me siento mal, porque ahora recuerdo que me había dicho que no estaba tan en forma como los demás chicos del equipo de *lacrosse*.

—A mí me gustas tal y como eres —me apresuro a añadir, cosa que le hace reír, así que supongo que tampoco estará tan dolido.

—¿Qué va a hacer tu padre para su despedida de soltero?

Suelto una carcajada.

—Pero ¿es que no conoces a mi padre? Es la última persona de la Tierra que organizaría una despedida de soltero. ¡Ni siquiera tiene amigos con los que salir de fiesta! —Me paro un momento a pensarlo—. Bueno, supongo que Josh es lo más parecido a un amigo que tiene. No le hemos visto mucho el pelo desde que se fue a la universidad, pero mi padre y él se siguen escribiendo de vez en cuando por correo electrónico.

—No sé qué es lo que ve tu familia en ese tío —dice Peter con tono seco—. ¿Qué tiene de especial?

Se trata de un tema delicado. Peter tiene la paranoia de que a mi padre le cae mejor Josh que él, y yo procuro explicarle que no es ninguna competición, porque no lo es. Papá conoce a Josh desde que era un niño. Se intercambian los cómics, por el amor de Dios. Por eso no es ninguna competición: es evidente que a mi padre le cae mejor Josh. Pero solo es porque lo conoce mejor. Y porque se parecen más entre sí: ninguno de ellos

mola demasiado. Y Peter mola un montón, eso está claro. A mi padre le turba la gente que mola.

—A Josh le encanta cómo cocina mi padre.

—¡A mí también!

—Les gustan las mismas películas.

—Y Josh no estuvo nunca en un jacuzzi con una de sus hijas —remarca él.

—¡Ay, por favor! ¡Déjalo ya! Mi padre se ha olvidado de eso. —Puede que la palabra «olvidado» no sea la más adecuada. Más bien es que nunca ha vuelto a mencionar el incidente, y con un poco de suerte jamás lo hará.

—Me cuesta creerlo.

—Pues créetelo. Mi padre es un hombre muy magnánimo, y muy olvidadizo.

—¿Qué te parecería si le organizara una despedida de soltero a tu padre? Podríamos comernos unos buenos filetes, fumarnos algún puro...

—Mi padre no fuma puros.

—Madre mía... Bueno, pues solo los filetes.

—Los filetes sí, pero nada de estriptis.

—¡Por favor, Covey! Confía un poco en mí. Además, no creo ni que pudiera entrar. Todavía no tengo los veintiuno.

Le lanzo una mirada asesina y rápidamente añade:

—¡Tampoco es que lo haya pensado! Además, como si quisiera ir a un sitio de esos con el padre de mi novia. —Se estremece—. Se me revuelven las tripas de pensarlo.

—¿Qué es lo que tienes en mente, entonces? ¿Asar unos filetes a la parrilla?

—No, iremos a un buen restaurante, nos pondremos guapos y será una auténtica noche de tíos. Puede que hasta nos pongamos un traje.

Reprimo una sonrisa. Peter no lo reconocería nunca, pero le encanta ponerse guapo. Es tan presumido...

—Suená bien.

—¿Puedes preguntárselo de mi parte?

—Creo que deberías ser tú el que lo haga.

—Si dijera que sí, ¿a quién tendría que invitar?

—¿A Josh? —sugiero sin mucha convicción, sabiendo que no le parecerá bien.

—De eso nada. ¿Qué hay de sus compañeros de trabajo?

—No tiene muchos amigos íntimos en el trabajo —digo—. Solo el doctor Kang... Podrías invitar a mi tío Victor. Y a veces monta en bici con el señor Shah, el que vive al final de la calle.

—¿Podrás conseguirme sus direcciones de correo electrónico lo antes posible? —me pide—. Quiero mandar las invitaciones en cuanto tu padre me diga que sí. ¿Cuándo es la despedida de soltera? ¿Dentro de dos semanas?

Se me alegra el corazón. Me conmueve que Peter tenga tantas ganas de impresionar a mi padre.

—El tercer viernes de este mes. Vamos a esperar hasta que vuelva Margot.

Kitty se tomó la noticia de que no estaba invitada a la despedida de soltera con una calma sorprendente que me hizo pensar que había madurado. Entendía que no tenía nada que ver con ella, y que se trataba de que Trina pasara una buena noche.

Sin embargo, Kitty nunca da puntada sin hilo.

Hoy es la primera vez que la llevamos a clase desde hace tiempo. Quería que Peter la paseara en su Audi, pero le paré los pies diciendo que yo también necesitaba que me llevaran a clase. Así que estamos los tres en la furgoneta de su madre, como en los viejos tiempos.

No obstante, ahora Kitty está sentada delante, y yo voy detrás.

Kitty lanza un sonoro suspiro y apoya la cabeza en la ventanilla desde el asiento del copiloto.

—¿Qué es lo que te pasa? —le pregunta Peter.

—Las damas de honor no me dejan ir a la despedida de soltera —dice—. Soy la única que se queda fuera.

Le taladro la nuca con los ojos entornados.

—¡Qué injusticia! —Peter me mira por el espejo retrovisor—. ¿Por qué no dejáis que vaya?

—¡Vamos a ir a un karaoke! No podemos llevar a Kitty porque es demasiado pequeña. Si te digo la verdad, creo que ha faltado un pelo para que tampoco me invitaran a mí.

—¿Y por qué no podéis ir a un restaurante como nosotros?

—Porque eso no es una despedida de verdad.

Peter pone los ojos en blanco.

—Ni que fuerais a ir a un club de estriptis o algo así. Un momento, ¿es que habéis cambiado de opinión? ¿Vais a un club de estriptis?

—¡No!

—Entonces ¿qué problema hay? Id a otro sitio.

—Peter, no soy yo quien decide. Tendrás que discutirlo con Kristen. —Le doy un cachete a Kitty en el brazo—. ¡Y a ti te digo lo mismo, diablillo! Deja de manipular a Peter para lograr tus objetivos. Él no tiene ningún poder en esto.

—Lo siento, enana —dice Peter.

Kitty se encoge en su asiento y luego se endereza.

—¿Y si fuera a la despedida de soltero en vez de a la de soltera? —sugiere—. Como solo vais a un restaurante...

—Ah, pues... —Peter se traba—. No sé, tendría que hablarlo con los chicos...

—Entonces ¿se lo preguntarás? Porque a mí también me gustan los filetes. En serio, me encantan. Pediré el mío con una patata al horno, y un helado de fresa con nata montada para el postre. —Kitty le lanza una sonrisa de oreja a oreja, a la que él responde sin mucho entusiasmo.

Cuando llegamos a su colegio y se baja del coche, alegre y orgullosa, me inclino hacia Peter y le murmuro al oído:

—Te acaban de tomar el pelo.

Tres días antes de que acaben las clases, llegan los anuarios. Al final hay varias páginas en blanco para las firmas, pero todo el mundo sabe que el lugar de honor es la contraportada. Por supuesto, he reservado la mía para Peter. No quiero olvidar nunca lo especial que ha sido este año para nosotros.

Mi cita para el anuario es: «He extendido mis sueños bajo tus pies; pisa suavemente, pues pisas mis sueños», de un poema de Yeats. Me costó bastante elegir entre esa y «Sin ti, las emociones de hoy solo serían las envolturas muertas de las de ayer». Cuando se lo comenté a Peter, su respuesta fue: «Ya sé que lo dicen en *Amélie*, pero ¿qué es eso de “las envolturas muertas”?», y la verdad es que no le falta razón. Además, me ha dado permiso para que escriba la suya. «Sorpréndeme», me dijo.

Cuando entramos en la cafetería, alguien nos sostiene la puerta, y Peter le suelta un «*grazie*». Se ha acostumbrado a decir «*grazie*» en vez de «gracias», cosa que aprendió de Ravi, como bien sé. Siempre que lo hace me arranca una sonrisa.

Durante el último mes, la cafetería ha estado medio vacía en la hora del almuerzo. La mayoría de los alumnos de último curso han comido fuera, pero a Peter le gustan las cosas que le prepara su madre, y a mí me gustan las patatas fritas de la cafetería. Hoy, sin embargo, está a reventar porque es el día en que el comité estudiantil reparte los anuarios. Me llevo mi ejemplar y vuelvo corriendo a la mesa. Lo primero que hago es abrir la página en la que sale él. Ahí está Peter, sonriente y vestido de esmoquin. Y ahí está su cita: «De nada. Peter Kavinsky».

Peter frunce el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa: «Aquí estoy, tan guapo y agradable para la vista». —
Extiendo los brazos con gesto benevolente, como si fuera el papa—. «De

nada.»

Darrell se troncha de la risa, igual que Gabe, que también extiende los brazos.

—De nada —no paran de repetirse el uno al otro.

Peter nos mira meneando la cabeza.

—Estáis como una cabra.

Me inclino hacia él y le doy un beso en los labios.

—¡Y eso te encanta! —Dejo mi anuario delante de él—. Escribe algo para recordar —le digo, apoyándome en su hombro—. Algo romántico.

—Tu pelo me hace cosquillas en el cuello —se queja—. No puedo concentrarme así.

Me incorporo y me apoyo en los talones, cruzada de brazos.

—Estoy esperando.

—¿Cómo se me va a ocurrir algo si te tengo pegada a la espalda? —dice—. Deja que lo haga luego.

Meneo la cabeza con firmeza.

—No, porque entonces no lo harás nunca.

No paro de pincharle hasta que al final dice: «Es que no sé qué ponerte», lo que me hace torcer el gesto.

—Escribe algún recuerdo, o algún deseo, o... lo que sea. —Aunque intento que no se note, estoy decepcionada. ¿De verdad le cuesta tanto pensar en algo por sí mismo?

—Deja que me lo lleve a casa esta noche para que pueda tomarme mi tiempo —contesta aturullado.

Dedico el resto del día a recopilar firmas para mi anuario, en el que la gente escribe frases genéricas como «Buena suerte en Carolina del Norte», «En primero me reí mucho contigo en clase de gimnasia» o «Añádeme en Instagram», pero también otras más sentidas, como «Ojalá hubieras empezado a abrirte antes, para haberte conocido mejor». Ben Simonoff escribe: «Las personas calladas siempre son las más interesantes. No dejes de ser interesante». Al final de la jornada, le doy el anuario a Peter y le pido:

—Cuida de él.

A la mañana siguiente se le olvida traérmelo de vuelta, cosa que me molesta, porque quiero tener las firmas de todos mis compañeros de clase, y

todavía me faltan las de unos cuantos. Mañana es el último día de clase.

—Pero ¿has escrito al menos? —le pregunto.

—¡Que sí! Tan solo se me ha olvidado cogerlo —dice con expresión herida—. Mañana te lo traigo, prometido.

La Semana Playera es una tradición de nuestra tierra. Es exactamente lo que parece. El día después de la graduación, los de último curso hacen las maletas y se van a Nags Head una semana. Ni en un millón de años habría imaginado que yo terminaría yendo también. Por una parte, tienes que reunir a un número determinado de amigos para alquilar una casa entre todos (¡unos diez o así!). Antes de salir con Peter, nunca tuve diez amigos con los que alquilar una casa. Además, los padres de alguno tienen que firmar el contrato en su nombre, ya que nadie querría alquilarle una casa a una panda de críos de instituto. Margot no fue en su año. Ella y Josh se fueron de acampada con unos amigos. Según ella, la Semana Playera no era lo suyo. Hace un año, tampoco habría sido lo mío. Pero ahora tengo a Peter, y a Pammy, y a Chris y a Lucas.

Cuando surgió el tema de la Semana Playera por primera vez hace unos meses, Peter me preguntó si mi padre me dejaría alojarme en la misma casa que él. Le dije que ni en broma. En lugar de eso, estaré con un grupo de chicas. Julia, la hermana mayor de Pammy, es quien ha alquilado la casa, y Pammy me ha asegurado que tiene aire acondicionado y todo. Según ella, la casa de los chicos está en primera línea de playa, y la nuestra, dos filas más atrás, pero que era mejor así, porque podremos quitarnos la arena en la suya mientras que la nuestra seguirá impoluta.

Papá me dio permiso en su momento, pero estoy bastante segura de que se le ha olvidado, porque cuando sale el tema de la Semana Playera durante la cena de hoy parece confuso.

—Espera, ¿qué es eso de la Semana Playera?

—Es cuando todos van a la playa después de graduarse y están de juerga toda la semana —explica Kitty, antes de llenarse la boca de pizza.

Le lanzo una mirada asesina.

—Mi Semana Playera fue la caña —dice Trina, al mismo tiempo que se dibuja una cálida sonrisa en sus labios.

Le lanzo otra mirada asesina a ella.

Papá arruga la frente.

—¿La caña?

—Bueno, tampoco fue para tanto —se corrige Trina—. No fue más que un viaje ameno con las chicas. Nuestra última aventura conjunta antes de entrar en la universidad.

—¿Dónde va a dormir Peter? —me pregunta papá, y ahora tiene la frente más arrugada que una pasa.

—En una casa con otros chicos. Te lo comenté hace siglos y me dijiste que sí, de manera que ya no puedes echarte atrás. ¡Es el día después de la graduación!

—¿Y no habrá ningún adulto que os supervise? ¿Solo chavales?

Trina apoya una mano sobre el brazo de papá.

—Dan, Lara Jean ya no es una niña. Dentro de unos meses vivirá sola. Esto será como una especie de entrenamiento.

—Tienes razón. Sé que tienes razón, pero eso no quiere decir que me guste. —Suelta un gran suspiro y se pone de pie—. Kitty, ayúdame a recoger la mesa, ¿vale?

En cuanto se van, Trina se vuelve hacia mí y me susurra:

—Lara Jean, sé que tú no bebes, pero voy a darte un consejo de experta que te servirá para tu Semana Playera, en la universidad y en la vida. Siempre, siempre hay que poner en práctica un sistema de colegas. La cosa va así: una noche, bebes tú; a la siguiente, bebe tu amiga. De esa manera, siempre hay una que está sobria para sujetar el pelo de la otra y asegurarse de que no pase nada malo.

—Peter estará allí —le digo con una sonrisa—. Él me sujetará el pelo si es necesario. O puedo atármelo en una cola de caballo.

—Eso es cierto, pero te lo digo pensando en el futuro. —Para cuando él no esté. Se me borra la sonrisa, y ella se apresura a añadir—: Durante mi Semana Playera, hicimos turnos para cocinar. Cuando me tocó a mí, hice un pollo a la parmesana y saltaron todas las alarmas de incendios. ¡No fuimos capaces de apagarlas en toda la noche! —Se ríe. Trina es una persona muy risueña.

—Dudo que mi Semana Playera vaya a desmadrarse tanto —le digo.

—Bueno, esperemos que sí se desmadre un poquito —responde ella.

Esta es la última vez que subiremos juntos por esta escalera, Peter saltando los peldaños de dos en dos, conmigo pisándole los talones jadeante para seguirle el ritmo. Es el último día de clase para los de último curso, mi último día de instituto.

Cuando coronamos la escalera, le digo:

—Creo que eso de subir los peldaños de dos en dos es solo para fardar. ¿Te has fijado en que solo son los chicos quienes lo hacen?

—Las chicas también lo harían si fueran tan altas como nosotros.

—Chelsea, la amiga de Margot, mide un metro ochenta y no creo que lo haga.

—Entonces ¿qué estás diciendo, que los chicos fardamos más?

—Es posible. ¿Tú qué crees?

—Es posible —reconoce él.

Suena la campana, y la gente empieza a entrar en las aulas.

—¿Y si nos saltamos la primera hora y vamos a por tortitas? —Arquea las cejas de manera tentadora, y me acerca a su lado tirando de las asas de mi mochila—. Venga, si lo estás deseando.

—Para nada. Es el último día de clase. Quiero despedirme del señor López.

Peter emite un gemido.

—Empollona.

—Ya sabías cómo era cuando empezaste a salir conmigo —le digo.

—Cierto —afirma él.

Antes de separarnos, extendiendo los brazos y me quedo esperando. Peter me mira con curiosidad.

—¡Mi anuario!

—¡Ahí va! Joder, se me ha vuelto a olvidar.

—¡Peter! ¡Es el último día de clase! ¡Solo tengo la mitad de las firmas que quería!

—Lo siento. —Me pasa la mano por la cabeza dejándome toda despeinada—. ¿Quieres que vaya a casa a buscarlo? Puedo ir ahora mismo. —Parece sentirlo de veras, pero aun así me molesta.

Como no digo nada al instante, Peter empieza a darse la vuelta hacia la escalera, pero lo detengo.

—No, da igual. Da igual, ya lo iré pasando en la graduación.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—Claro —digo. Ni siquiera vamos a permanecer el día entero en el instituto; no quiero que tenga que volver corriendo a casa solo para traer mi anuario.

Las clases son bastante relajadas; en general las pasamos yendo de un sitio a otro mientras nos despedimos de los profesores, el personal de Secretaría, las empleadas de la cafetería y la enfermera. A muchos de ellos los veremos durante la graduación, pero no a todos. Yo reparto galletas que preparé anoche. Nos dan las notas finales, y todas mis calificaciones son buenas, así que no hay problema.

Tardo un siglo en vaciar mi taquilla. En ella encuentro diversas notas de Peter que había guardado y que meto en mi mochila para añadir las a su álbum de recortes. Una barrita de cereales de hace mucho tiempo. Gomas del pelo negras y polvorientas, lo que es irónico, ya que parece que nunca encuentras una cuando la necesitas.

—Me da pena tirar todo esto, hasta esa barrita de cereales del año de la polca —le digo a Lucas, quien me hace compañía sentado en el suelo—. La he visto en el fondo de mi taquilla día tras día. Es como una vieja amiga. ¿Nos la partimos para conmemorar este momento?

—Puaj —dice Lucas—. Estará llena de moho. —Y, entonces, como si nada—: Seguramente no volveré a ver a esta gente en toda mi vida.

Lo miro con expresión herida.

—¡Oye! ¿Y yo qué?

—A ti sí. Irás a visitarme a Nueva York.

—¡Oooh, sí, porfa!

—La Sarah Lawrence está muy cerca de la ciudad. Podré ir a ver las obras de Broadway siempre que quiera. Existe una aplicación para comprar entradas del mismo día a precio de estudiantes. —Su mirada se vuelve

soñadora.

—Qué suerte tienes —le digo.

—Te llevaré conmigo. También iremos a un bar gay. Será genial.

—¡Gracias!

—Pero todos los demás pueden irse a la porra.

—Todavía nos queda la Semana Playera —le recuerdo, tras lo que asiente.

—Durante el resto de nuestra vida, siempre nos quedará la Semana Playera —se burla, y le lanzo una goma del pelo.

Lucas puede burlarse de mí todo lo que quiera por ser tan nostálgica, pero sé que estos días son especiales. Los años de instituto serán algo que recordaremos durante toda la vida.

Después de clase, Peter y yo vamos a su casa porque la mía es zona catastrófica a causa de todas las cosas de la boda que hay desperdigadas. Además, su madre tiene club de lectura después del trabajo, y Owen tiene fútbol, así que disponemos de toda la casa para nosotros. Parece que el coche es el único lugar donde podemos estar realmente a solas, por lo que los momentos como este son raros y poco comunes. Es la última vez que vuelvo a casa desde el instituto, y Peter es quien me lleva. Resulta apropiado que acabe esta etapa como la empecé: sentada en el asiento del pasajero del coche de Peter.

Cuando subimos a su habitación, me siento en la cama, que está pulcramente hecha y con la colcha bien puesta; incluso parece como si hubieran ahuecado las almohadas. La colcha es nueva, imagino que para la universidad. Lleva un alegre estampado de cuadros rojos, crema y azul marino que seguro que ha escogido su madre.

—Tu madre sigue haciéndote la cama, ¿verdad? —le pregunto, posando la cabeza sobre las almohadas.

—Sí —reconoce sin el menor atisbo de vergüenza. Entonces se acuesta a mi lado y me muevo para hacerle sitio.

La luz de las últimas horas de la tarde se filtra entre sus cortinas claras, proyectando un resplandor de ensueño en la habitación. Si tuviera que ponerle un nombre, lo llamaría «verano en las afueras». Peter está arrebatador bajo esta luz. Está arrebatador bajo cualquier luz, pero sobre todo con esta.

Hago una foto mental de este momento. Todo mi enfado por haberse dejado mi anuario desaparece cuando se acurruca junto a mí, apoya la cabeza en mi pecho y dice:

—Oigo el latido de tu corazón.

Empiezo a jugar con su pelo, porque sé que le gusta. Lo tiene muy suave para ser un chico. Me encanta el olor de su detergente de la ropa, de su jabón, de todo.

Me mira y recorre el arco de mi labio superior con el dedo.

—Esta es mi parte favorita —asegura.

Entonces se acerca y roza mi boca con la suya, provocándome. Me mordisquea el labio inferior con picardía. Me gustan todos sus tipos de beso, pero es posible que este sea mi favorito. Después me besa con urgencia, como si lo consumiera la pasión, enredando mi pelo con sus manos, y pienso que no, que los que más me gustan son estos.

Entre beso y beso me pregunta:

—¿Cómo es que solo quieres enrollarte conmigo cuando estamos en mi casa?

—No sé. Creo que nunca lo había pensado antes.

Es cierto que solo nos enrollamos en casa de Peter. Me resulta extraño ponerme romántica en la misma cama en la que he dormido desde que era pequeña. Pero cuando estoy en la de Peter, o en su coche, me olvido de todo eso y disfruto del momento sin más.

Volvemos otra vez a los besos —él se ha quitado la camiseta; yo sigo llevando la mía— cuando suena el teléfono de la planta de abajo, y Peter dice que será el fontanero para preguntar cuándo puede venir a reparar las cañerías. Se pone la camiseta y baja corriendo a contestar, y es entonces cuando veo mi anuario en su mesa.

Salgo de la cama, lo cojo y abro la primera página. Sigue en blanco. Cuando Peter vuelve, me encuentra de nuevo en la cama y no menciono nada del anuario, ni le pregunto por qué no ha escrito nada aún. No sé muy bien por qué. Digo que será mejor que me marche, porque Margot regresa a casa desde Escocia esta noche, y quiero llenar la nevera con sus manjares preferidos.

A Peter le cambia la cara.

—¿No quieres quedarte un poco más? Puedo llevarte a la tienda.

—También tengo que limpiar la planta de arriba —digo levantándome.

Él me tira de la camiseta y trata de meterme en la cama otra vez.

—Venga, cinco minutos más.

Vuelvo a tumbarme a su lado. Él se aproxima más a mí, pero no dejo de pensar en el anuario. Llevo meses trabajando en su álbum de recortes; lo menos que podía hacer era escribirme algo bonito en el anuario.

—Así practicamos para la universidad —murmura, atrayéndome hacia él, envolviéndome entre sus brazos—. Las camas de las residencias son pequeñas. ¿Cómo son las de Carolina del Norte?

—No lo sé. No llegué a ver los dormitorios —respondo, dándole la espalda.

Él apoya la cabeza en el espacio que queda entre mi cuello y mi hombro.

—Era una pregunta trampa —dice, y percibo su sonrisa contra mi cuello—. Para saber si habías entrado en la habitación de algún chico con Chris. Enhorabuena, has superado la prueba.

No puedo evitar reírme. Pero mi sonrisa se borra, y paso a someterlo a mi propia prueba.

—Recuérdame que me lleve el anuario antes de irme.

Durante un segundo se pone tenso, pero luego dice con tono despreocupado:

—Tendré que buscarlo. Sé que anda por aquí, en alguna parte. Si no lo encuentro, te lo llevo a casa en otro momento.

Me aparto de su lado y me incorporo. Él me mira confuso.

—He visto mi anuario en tu mesa, Peter. ¡Sé que todavía no has escrito nada!

Peter se incorpora, suspira y se pasa la mano por el pelo con violencia. Me mira un momento y después mira al suelo.

—Es que no sé qué poner. Sé que quieres que sea algo romántico y fastuoso, pero no sé qué escribir. Lo he intentado un montón de veces, pero me quedo en blanco. Ya sabes que no se me dan bien esas cosas.

—No me importa lo que pongas con tal de que lo sientas —le digo de corazón—. Solo tienes que ser dulce. Sé tú mismo. —Me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos—. ¿De acuerdo? —Peter asiente y le doy un besito, pero me lo devuelve con más fuerza y me olvido del dichoso anuario. Soy consciente de cada respiración, de cada movimiento, y lo memorizo todo para llevarlo siempre en el corazón.

Cuando nos separamos, me mira y suelta:

—Ayer estuve en casa de mi padre.

Los ojos se me ponen como platos.

—¿En serio?

—Sí. Nos invitó a cenar a Owen y a mí. No pensaba ir, pero Owen me lo pidió, y no fui capaz de negarme.

Me tumbo otra vez y apoyo la cabeza en su pecho.

—¿Cómo fue?

—No estuvo mal. La casa es bonita. —No digo nada; espero a que siga hablando. Parece que pasa mucho tiempo hasta que continúa—: ¿Te acuerdas de esa película antigua que me obligaste a ver, en la que salía un niño pobre pegando la nariz al cristal de un escaparate? Pues así fue como me sentí.

La película antigua a la que se refiere es *Un mundo de fantasía*, cuando Charlie veía a otros niños atiborrándose de golosinas dentro de una tienda en la que no podía entrar porque no tenía dinero. La idea de que Peter —el apuesto, seguro y relajado Peter— se haya sentido así me da ganas de llorar. Quizá no tendría que haberle insistido tanto para que volviera a conectar con su padre.

—Les había puesto una canasta de baloncesto a esos críos. Yo se lo pedí unas mil veces, pero nunca lo hizo. Y eso que a sus hijos ni siquiera les gusta el deporte. Dudo que Everett haya tocado una pelota de baloncesto en toda su vida.

—¿Owen lo pasó bien?

—Sí —admite de mala gana—. Estuvo jugando con Clayton y Everett a los videojuegos. Mi padre hizo hamburguesas y filetes a la parrilla. Hasta se puso un maldito delantal de chef. No creo que ayudara a mi madre en la cocina ni una sola vez en todo el tiempo que estuvieron casados. —Hace una pausa—. Pero tampoco fregó los platos, así que no habrá cambiado tanto. De todas formas, me pareció que se estaban esforzando. Gayle había hecho una tarta, aunque no estaba tan buena como las tuyas, claro.

—¿Qué clase de tarta?

—Pastel del diablo. Un poco seco. —Peter duda un momento antes de decir—: Lo he invitado a la graduación.

—¿En serio? —Me conmuevo.

—No paraba de preguntarme por las clases, y..., no sé. Pensé en lo que me habías comentado, y lo invité. —Se encoge de hombros, como si no le importara mucho lo que pudiera hacer su padre. Está fingiendo. Sí que le

importa, por supuesto que le importa—. Supongo que los conocerás allí.

Me acurruco a su lado.

—Estoy muy orgullosa de ti, Peter.

Él deja escapar una carcajada.

—¿Y eso por qué?

—Por darle otra oportunidad a tu padre, a pesar de que no se la merezca.

—Lo miro y digo—: Eres un buen chico, Peter. —Me regala una sonrisa que me hace amarlo aún más que antes.

Cuando Peter me deja en mi casa, tengo el tiempo justo para ir corriendo al supermercado a comprar lo básico —nachos, salsa, helado, pan jalá, queso *brie* y refresco de naranjas sanguinas—, y volver para limpiar el baño y poner sábanas limpias en la cama de Margot.

Papá va al aeropuerto a recogerla después del trabajo. Va a ser la primera vez que esté aquí desde que Trina se mudó con nosotros.

Cuando entran con las maletas, veo que sus ojos recorren la sala de estar con la mirada; se posan en la repisa de la chimenea, en la que ahora hay un cuadro enmarcado que trajo Trina, una pintura abstracta de la playa. Margot no cambia el gesto, pero sé que se ha dado cuenta. ¿Cómo no iba a hacerlo? Fui yo quien se encargó de llevar el retrato de boda de nuestros padres a mi habitación el día antes de que Trina se viniera a vivir con nosotros. Margot analiza toda la estancia en silencio, estudiando los cambios. Los cojines bordados de Trina; una foto en un marco que hay sobre la mesita junto al sofá del día que papá le propuso matrimonio a Trina; el sillón de Trina que cambiamos por el nuestro. Todos los cachivaches de Trina, que no son pocos. Ahora que lo veo a través de los ojos de Margot, la verdad es que está todo un poquito abarrotado.

Entonces, Margot se quita los zapatos, abre el armario zapatero y ve lo lleno que está. Trina también tiene muchos zapatos.

—Jolín, cómo está esto —dice, al mismo tiempo que aparta unas zapatillas de ciclismo para hacer sitio a sus botines.

Tras subir su equipaje, Margot se pone cómoda y bajamos para picar algo mientras papá hace la cena. Me siento a comer unos nachos en el sofá, pero Margot se levanta de pronto y me informa de que va a revisar el armario zapatero para deshacerse de sus zapatos viejos.

—¿Ahora mismo? —digo con la boca llena de nachos.

—¿Por qué no? —Cuando a Margot se le mete algo en la cabeza, lo lleva a cabo al momento.

Entonces saca todo lo que hay en el armario, se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y empieza a examinar los montones para decidir con qué quedarse y qué donar al Ejército de Salvación. Levanta un par de botas negras.

—¿Guardar o tirar?

—Guárdalas o dámelas a mí. —Sumerjo un nacho en la salsa—. Quedan muy bien con unas medias.

Las arroja al montón de guardar.

—La perra de Trina suelta muchos pelos —rezonga, a la vez que se sacude los pelos de perro de las mallas—. ¿Cómo puedes vestirte de negro?

—Hay un quitapelos en la caja de zapatos. Y supongo que no voy mucho de negro. —La verdad es que debería ir más de negro. En todos los blogs de moda remarcan la importancia del vestidito negro. Me pregunto si tendré muchas ocasiones para ponerme vestiditos negros en la universidad—. ¿Te arreglas mucho cuando estás en Saint Andrews? —le pregunto.

—No demasiado. La mayoría de la gente sale en vaqueros y con botas. Saint Andrews no es un sitio muy pijo en ese sentido.

—¿No te pones elegante para probar vino y quesos en casa de tus profesores?

—Nos ponemos elegantes para las cenas de gala con los profesores, pero nunca me han invitado a su casa. Puede que en Carolina del Norte sí que lo hagan.

—¡A lo mejor!

Margot levanta unas botas de agua de color amarillo.

—¿Guardar o tirar?

—Guardar.

—No estás siendo de mucha ayuda. Quieres conservarlo todo. —Arroja las botas de agua a la caja de cartón para donar.

Parece que mis dos hermanas son igual de implacables en cuanto a lo de tirar lo viejo. Cuando Margot termina de revisarlo todo, le echo un último vistazo a la caja por si hay algo que pueda salvar. Acabo sacando las botas de agua y un par de manoleínas de charol.

Esa misma noche, al ir al cuarto de baño para lavarme los dientes, oigo la voz de Trina murmurando algo desde la habitación de Margot. Entonces, me quedo quieta en el pasillo para fisgar como una cotilla, igual que Kitty.

—Esto es un poco embarazoso, pero he visto que te has dejado esto en el baño y lo he metido en un cajón por si querías esconderlo.

—¿Esconderlo de quién? —responde Margot con frialdad—. ¿De Kitty?

—Bueno, o de tu padre. De quien sea. No estaba segura.

—Mi padre es ginecólogo. No creo que fuera la primera vez que viera unas píldoras anticonceptivas.

—Ya lo sé, pero... No estaba segura —repite con voz débil—. De si era un secreto o no, me refiero.

—Pues gracias. Te agradezco el detalle, pero no tengo secretos con mi padre.

Me escabullo a mi cuarto antes de oír la respuesta de Trina. Ay.

El día antes de la graduación, Peter viene a mi casa a pasar el rato. Estoy cosiendo florecitas en mi birrete mientras Kitty ve la televisión sentada en un puf en el suelo y Margot pela habas en un cuenco. Quiere probar una receta nueva para la cena. En la tele están poniendo un programa sobre bodas, uno de esos en los que se discute quién tuvo el mejor bodorrio.

—Oye, ¿qué te parecería soltar unos farolillos durante la boda de tu padre? De los que enciendes y lanzas al cielo —propone Peter—. Lo vi en una película.

—¡Qué buena idea, Peter! —Me ha impresionado.

—Yo también lo vi en una película —señala Kitty—. ¿Resacón 2?

—¡Exacto! —exclama él. Les lanzo una mirada a ambos. Peter se apresura a preguntar—: ¿No es una costumbre oriental? Podría estar bien.

—No es una tradición coreana, sino tailandesa —dice Kitty—. Si te acuerdas, la película transcurre en Tailandia.

—Eso da igual, porque Trina ni siquiera es asiática —interviene Margot—. ¿Qué necesidad tiene de apropiarse de la cultura asiática para su boda solo porque lo seamos nosotras? No tiene nada que ver con ella.

—Yo no diría tanto —respondo—. Quiere que nos sintamos incluidas. El otro día estaba diciendo que sería bonito recordar a mamá de alguna manera.

Margot pone los ojos en blanco.

—Si no llegó a conocerla.

—Bueno, la conoció un poco. A fin de cuentas, eran vecinas. No sé, había pensado que tal vez podríamos encender una vela las tres durante la ceremonia... —Voy bajando la voz porque Margot no parece muy convencida —. No es más que una idea. —Peter me dedica una mirada de conmiseración.

—No sé, me suena un poco raro. Quiero decir que la boda es para que papá y Trina inicien una nueva vida, no para recordar el pasado.

—Eso es cierto —apunta Peter.

Sé que se está esforzando por impresionar a Margot. Siempre se pone de su parte. Yo finjo ofenderme por ello, pero en realidad me conmueve que lo haga. Pues claro que debe ponerse de su parte: es su trabajo. Demuestra que entiende lo mucho que valoro la opinión de mi hermana, y el lugar que ocupa en mi vida. Nunca podría estar con nadie que no entendiera lo importante que es mi familia para mí.

Cuando Margot se marcha para llevar a Kitty a su clase de piano, Peter dice:

—Tu hermana no le tiene mucho cariño a la señora Rothschild, ¿eh?

Todavía no se ha acostumbrado a llamarla Trina, y nunca lo hará. Cuando éramos niños, ninguno de nosotros llamábamos a los adultos por sus nombres de pila. Todo el mundo era señor, señora o señorita, excepto papá, que era el doctor Covey.

—No creo que Gogo odie a Trina. Le cae bien, pero todavía no se ha acostumbrado a ella. Ya sabes cómo es Trina.

—Cierto —dice—. También sé cómo es tu hermana. Le costó horrores aceptarme.

—Tampoco fue para tanto. Lo que pasa es que tú estás acostumbrado a que la gente caiga rendida a tus pies desde el primer momento —le lanzo una mirada de reojo—, porque eres un auténtico encanto. —Él me responde con un bufido; sabe que no lo he dicho como un cumplido—. A Gogo le da igual lo encantador que seas. Lo que le importa es la sinceridad.

—Bueno, pero ahora me adora —afirma, lleno de confianza. Como no respondo enseguida, pregunta—: ¿Verdad que sí?

Me echo a reír.

—Sí.

Más tarde, después de que Peter se vaya a ayudar a su madre con la tienda, Margot y Trina tienen una disputa a causa de, quién lo hubiera dicho, un asunto peliagudo. Estoy planchando en el cuarto de la lavadora cuando oigo que Trina dice:

—Margot, ¿te importaría recoger los pelos del desagüe cuando salgas de la ducha? Estaba limpiando la bañera esta mañana cuando los he visto.

—Claro —contesta Margot en el acto.

—Gracias. No me gustaría que se atascara el desagüe.

Un minuto después, Margot entra a buscarme al cuarto de la lavadora.

—¿Has oído eso? ¿Te lo puedes creer? ¿Y cómo va a saber si el pelo es mío, y no tuyo o de Kitty?

—Tú tienes el pelo más claro, y más corto —le indico—. Además, Kitty y yo recogemos los nuestros porque sabemos el asco que le da a Trina.

—¿Ah, sí? ¡Pues a mí me da asco el pelo de perro por todas partes! Cada vez que respiro siento que estoy tragando pelos. Si tanto le importa el estado de la casa, habría que pasar la aspiradora más a menudo.

En ese momento, Trina aparece detrás de Margot con cara de póker y dice:

—En realidad, paso la aspiradora una vez a la semana, como es normal.

Margot se ha puesto roja.

—Lo siento, pero si tienes un perro con tanto pelo como *Simone*, creo que sería mejor pasarla dos veces a la semana.

—Pues díselo a tu padre, porque no le he visto sacar la aspiradora ni una sola vez desde que lo conozco.

Trina da media vuelta y se marcha ofendida, Margot se queda con la boca abierta y yo sigo planchando.

—¿No te parece que se ha pasado un poco? —me susurra.

—Pero tiene razón. Papá nunca pasa la aspiradora. Barre y friega, pero no pasa la aspiradora.

—¡Aun así!

—Es mejor no meterse con Trina —le digo—. Sobre todo cuando está a punto de tener la regla. —Margot me fulmina con la mirada—. Nos hemos sincronizado. Solo es cuestión de tiempo que lo hagas tú también.

Margot y yo nos vamos al centro comercial, supuestamente para que

pueda comprarme un sujetador sin tirantes para el vestido de mi graduación, pero más que nada es porque Margot quiere huir de Trina. A la vuelta, las alfombras de la planta baja están tan pulcras y limpias como una patena, y Kitty está guardando la aspiradora. Estoy segura de que Margot se siente mal al verlo.

Durante la cena, Trina y Margot se muestran cordiales la una con la otra, como si no hubiera pasado nada. De alguna manera, eso es peor que una discusión. Cuando discutes con alguien, por lo menos sabes que lo estás haciendo.

El día de mi graduación me levanto temprano y me quedo en la cama escuchando los sonidos de la casa, que va despertándose poco a poco. Papá deambula tranquilamente por la planta baja mientras hace el café; Margot ha abierto el grifo de la ducha; Kitty seguirá durmiendo como un tronco. Trina también. Son dormilonas las dos.

Echaré de menos estos sonidos hogareños cuando no esté. Una parte de mí ya los echa de menos. La otra parte está emocionada ante la idea de dar este paso, algo que no esperaba que fuera capaz de hacer desde que había descubierto que las cosas no iban a salir como yo quería.

Margot me regala un lote de productos para la universidad por mi graduación. Una máscara de satén rosa con mi nombre bordado en letras de color azul plateado claro. Una memoria USB en forma de pintalabios dorado. Tapones para los oídos que parecen cacahuets enteros, zapatillas de pelo rosa, un neceser de maquillaje lleno de dibujos de lazos. Todo lo que contiene me chifla por igual.

Kitty me hace una tarjeta preciosa. Es un *collage* con fotos nuestras, pero ha debido de usar alguna aplicación para convertir las fotos en trazos de líneas, como si fuera un libro para colorear, y las ha coloreado con lápices. Dentro ha escrito: «Enhorabuena. Pásalo bien en la uni. P. D.: Te voy a echar de menos un once». Se me escapan las lágrimas y la estrecho con fuerza entre mis brazos, durante tanto tiempo que al final dice «Venga, venga, ya vale», pero sé que está encantada.

—Voy a enmarcarla —le aseguro.

Trina me regala un juego de té antiguo, de color crema con motivos de rosas encarnadas y ribete dorado.

—Era de mi madre —me dice, y estoy a punto de echarme a llorar de lo mucho que me gusta.

Cuando voy a abrazarla, le susurro al oído que es mi regalo favorito, y me guiña un ojo. Guiñar el ojo es uno de los talentos de Trina. Lo hace muy bien, con mucha naturalidad.

Papá toma un sorbo de café y carraspea.

—Lara Jean, el regalo que te voy a hacer es también para Margot y para Kitty.

—¿Qué es? ¿Qué es? —insiste Kitty.

—Cállate, es mi regalo —le señalo, mirando a papá expectante.

—Voy a mandaros a las tres a Corea para que paséis el verano con la abuela —responde sonriente—. ¡Enhorabuena por la graduación, Lara Jean!

Kitty chilla, Margot sonrío y yo estoy conmocionada. Hemos estado hablando de visitar Corea desde hace años. Mamá siempre quiso llevarnos con ella alguna vez.

—¿Cuándo? ¿Cuándo? —pregunta Kitty.

—El mes que viene —dice Trina sonriente—. Vuestro padre y yo nos iremos de luna de miel mientras vosotras estáis en Corea.

¿El mes que viene?

—Jo, ¿es que vosotros no venís? —Kitty hace un puchero. Margot, sin embargo, sonrío. Ravi va a pasar el verano visitando a su familia en la India, y ella no tiene grandes planes.

—Nos encantaría acompañaros, pero no puedo irme tanto tiempo del hospital —dice papá con tono pesaroso.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—Todo el mes de julio —explica papá, apurando su café de un trago.

»La abuela y yo lo hemos organizado todo. Os quedaréis en casa de vuestra tía abuela en Seúl, daréis clases de coreano unas cuantas veces a la semana, y viajaréis por todo el país. Jeju, Busan y todos los lugares emblemáticos. Además, hay algo especial para ti, Lara Jean: ¡una clase de repostería coreana! Pero no te preocupes, será en inglés.

Kitty se pone a bailar en su silla.

Margot me mira con los ojos brillantes.

—¡Siempre has querido aprender a hacer tartas de nata coreanas! Iremos a comprar mascarillas, material de escritura y cosas bonitas, todos los días. Y

cuando volvamos, ¡podremos ver las telenovelas coreanas sin subtítulos!

—Lo estoy deseando —digo.

Margot, Kitty y papá empiezan a discutir los temas logísticos, pero Trina me observa con atención. Mantengo la sonrisa en la cara.

Un mes entero. Cuando regrese, estarán a punto de empezar las clases de la universidad, y Peter y yo habremos pasado el verano separados.

Todas las chicas llevan vestidos blancos en la graduación, y todo lo que llevan es blanco. Yo me he puesto el vestido de Margot de hace dos años: de lunares, sin mangas y con una falda almidonada hasta la rodilla. Trina me ha subido el dobladillo porque soy más baja que mi hermana. Ella se lo puso con unas Converse, pero yo llevo unas sandalias de charol con hebilla adornadas con pequeños agujeros.

De camino en el coche, me aliso la falda y le digo a Kitty:

—Tú también podrías ponerte este vestido por tu graduación, gatita. Y hacerte una foto debajo del roble como nosotras. Sería un bonito tríptico. — Me pregunto qué calzado se pondría Kitty. Podría optar tanto por unos taconazos como por unas Reebok o unos patines. Todo blanco, eso sí.

Kitty me mira con gesto agrio.

—No quiero llevar el mismo vestido que vosotras. Quiero tener mi propio vestido. Además, para entonces estará pasadísimo de moda. —Hace una pausa—. ¿Qué es un tríptico?

—Pues... son tres obras de arte que se juntan para formar una sola. — Busco «tríptico» en Google con disimulo para comprobar que se lo he dicho bien—. Son como tres paneles que se unen con bisagras a los lados. Se supone que deben apreciarse en conjunto.

—Lo estás leyendo en el móvil.

—Solo me estaba asegurando —digo.

Me aliso el vestido otra vez y confirmo que llevo el birrete en el bolso. Hoy es el día que me gradúo en el instituto. Me ha pillado por sorpresa esto de madurar, quiero decir. Trina está buscando aparcamiento desde el asiento del conductor, mientras que Margot escribe por el móvil a su lado. Kitty está a mi lado, mirando por la ventanilla. Papá ha ido por su cuenta para recoger a la abuela. Nana, la madre de papá, está en Florida con su novio y no podrá asistir. Solo desearía que mi madre pudiera estar presente. Son tantos los

momentos que se está perdiendo, y que seguirá perdiéndose... Tengo que creer que lo sabe, que aún nos ve de algún modo. Pero también me gustaría que mi madre me diera un abrazo el día de mi graduación.

Durante el discurso del mejor alumno del curso busco con la mirada a la familia de Peter entre la multitud. Me pregunto si su padre se habrá sentado con su hermano y con su madre, o si lo habrán hecho por separado. También me pregunto si llegaré a conocer a sus otros hermanos. A mi familia ya la he visto; se hacen notar. Cada vez que los miro me saludan todos como locos. Además, Trina se ha puesto un sombrero de ala ancha como los que se llevan en las carreras de caballos. Quien esté sentado detrás de ella no podrá ver gran cosa. Margot ha hecho gala de un gran autocontrol al no poner los ojos en blanco cuando la ha visto bajar con él por la escalera. Incluso Kitty ha dicho que era «un poco exagerado», pero Trina me ha preguntado qué me parecía y le he asegurado que me encantaba, y en realidad es cierto.

El director dice mi nombre, «Lara Jean Song Covey», pero lo pronuncia como Laura, y me descoloca un poco.

Cuando me entrega el diploma y le estrecho la mano, susurro:

—Es Lara, no Laura.

Había planeado lanzarle un beso a mi familia mientras caminaba por el estrado, pero me pongo tan nerviosa que se me olvida. Por encima de los aplausos puedo oír los hurras de Kitty y el silbido de mi padre. Cuando llega el turno de Peter, aplaudo y grito como una posesa, cosa que por supuesto hace todo el mundo. Hasta los profesores le aplauden con más ganas a él. Es muy evidente que los profesores tienen a sus favoritos. Pero tampoco puedo culparlos por querer a Peter. Todos lo queremos.

Después de que nos declaren graduados, después de lanzar nuestros birretes por los aires, Peter se abre paso entre la gente para buscarme. Mientras avanza entre la muchedumbre, hace bromas y sonrío a los demás, pero hay algo que no va bien. La expresión de sus ojos parece vacía incluso cuando se acerca a darme un abrazo.

—Hola —dice, a la vez que me da un pico en los labios—. Bueno, pues ya es oficial: somos universitarios.

Miro a mi alrededor, me aliso la toga e indico:

—No he visto a tu madre y a Owen en las gradas. ¿Se han sentado con tu

padre? ¿Están aquí tus otros hermanos? ¿Voy a verlos ahora o después de hacerme las fotos con mi familia?

Peter niega con la cabeza. No llega a mirarme a los ojos.

—Mi padre se ha rajado en el último minuto.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Ha surgido no sé qué emergencia. Quién sabe.

Me quedo a cuadros. Su padre parecía realmente sincero cuando lo vi en el partido de *lacrosse*.

—Espero que fuera una emergencia lo bastante importante como para perderse la graduación de su hijo.

—No pasa nada. —Peter se encoge de hombros como si le diera igual, pero sé que eso no puede ser cierto. Aprieta tanto la mandíbula que podría romperse los dientes.

Veo a mi familia detrás de él, acercándose para llegar hasta mí a través del gentío. El sombrero de Trina resulta inconfundible incluso entre el hervidero de personas. Mi padre lleva un ramo enorme de rosas de todos los colores. La abuela está vestida con un traje de color arándano y lleva la permanente recién hecha.

Me agobio y me entra el pánico, y solo deseo poder pasar más tiempo con Peter y consolarlo, estar a su lado. Lo cojo de la mano.

—Lo siento —digo, y hay mucho más que querría decirle, por supuesto, pero entonces llega mi familia, y todo el mundo me abraza.

Peter saluda a mi abuela y nos hace algunas fotos antes de escabullirse en busca de su madre y su hermano. Lo llamo, pero está demasiado lejos y no se da la vuelta.

Después de hacernos las fotos, papá, Trina, la abuela, Kitty, Margot y yo nos vamos a comer a un restaurante japonés. Pedimos platos y más platos de sashimi y sushi, y me pongo una servilleta en el pecho para no manchar de salsa de soja mi vestido blanco. Trina se sienta al lado de la abuela y le come la oreja sobre todo tipo de cosas. Puedo oír a la abuela pensando «Madre mía, lo que habla esta chica», pero al menos lo está intentando, y sé que ella lo agradece. Dado que la comida es en mi honor, procuro mostrarme feliz y contenta, pero solo puedo pensar en Peter y en lo herida que me siento por lo que le ha pasado.

Mientras paladeamos un helado de *mochi*, la abuela nos habla de todos los lugares a los que nos quiere llevar en Corea: los templos budistas, los

mercados al aire libre, la clínica dermatológica donde se quita los lunares con láser. Señala un lunar diminuto en la mejilla de Kitty y dice:

—Ya nos encargaremos de eso.

Papá parece alarmarse.

—¿No es demasiado joven? —pregunta Trina al momento.

La abuela agita la mano.

—No le pasará nada.

Entonces, Kitty dice:

—¿Cuántos años hay que tener para operarse la nariz en Corea?

Papá se atraganta con la cerveza y está a punto de ahogarse.

La abuela mira a Kitty con expresión amenazadora.

—Ni se te ocurra operarte la nariz. Tienes la nariz de la suerte.

Ella se la toca con cuidado.

—¿En serio?

—Del todo —responde la abuela—. Si te cambias la nariz, cambiarás tu suerte. Así que no lo hagas nunca.

Me toco mi propia nariz. La abuela nunca me había dicho que tuviera una nariz de la suerte.

—Y tú, Margot, podrás comprarte unas gafas nuevas —dice la abuela—. Las gafas están muy baratas en Corea, y siempre tienen la última moda.

—¡Qué bien! —Margot remoja un trozo de atún en salsa de soja—. Siempre he querido tener una montura roja.

La abuela se dirige hacia mí y dice:

—¿Y tú qué, Lara Jean? ¿Te hace ilusión asistir a esa clase de cocina?

—Muchísima ilusión —le contesto alegremente. Por debajo de la mesa, le escribo un mensaje a Peter.

¿Estás bien?

Estamos acabando de comer.

Ven cuando quieras.

Papá y yo volvemos solos a casa desde el restaurante, ya que Trina, Margot y Kitty llevan primero a la abuela en otro coche. Cuando Margot ha dicho que se venía con nosotros, la abuela ha insistido mucho en que las acompañara. Se ha percatado de que Margot no le tiene mucho cariño a Trina, y sé que está intentando unir las un poco. A la abuela no se le escapa una.

Durante el trayecto, papá me echa un vistazo desde el asiento del conductor con los ojos llorosos y afirma:

—Tu madre se habría sentido muy orgullosa de ti hoy, Lara Jean. Ya sabes lo mucho que se preocupaba por tu educación. Quería que tuvieras todas las oportunidades posibles.

Jugueteo con la borla del birrete y le pregunto:

—¿Crees que a mamá le daba pena no haber terminado su máster? No me refiero a que se arrepintiera de haber tenido a Kitty ni nada de eso. Lo que quiero decir es si crees que habría preferido que las cosas hubieran salido de otra manera.

No se esperaba esa pregunta. Mirándome, responde:

—Pues no. Kitty fue una sorpresa muy bien recibida, y no lo digo por decir. Siempre habíamos querido tener una gran familia. Además, planeaba seguir estudiando cuando Kitty entrara en preescolar. Nunca llegó a descartar esa idea.

—¿No?

—Para nada. Iba a terminar su máster. De hecho, iba a ir a clase ese otoño. Pero... se le acabó el tiempo. —Se le quiebra un poco la voz—. Solo pudimos estar juntos durante dieciocho años. Es el mismo tiempo que has vivido tú, Lara Jean.

Se me hace un nudo en la garganta. Si lo piensas bien, dieciocho años con la persona que quieres no es tanto tiempo.

—¿Podemos parar un momento en la tienda, papá? Quiero comprar papel fotográfico.

Peter y yo nos hemos hecho una foto con las togas y los birretes esta mañana, antes de la ceremonia. Será la última página de su álbum de recortes, nuestro último capítulo en el instituto.

Peter viene a casa después de cenar con su madre y con Owen. Cuando llama al timbre, voy corriendo hasta la puerta y lo primero que hago es preguntarle si ha hablado con su padre, pero él le resta importancia al asunto, como la viva imagen de la indolencia.

—No pasa nada —dice, quitándose los zapatos—. En realidad, ni siquiera tenía ganas de que fuera.

Eso me duele, porque parece que me estuviera culpando, y tal vez tenga razón. Después de todo, fui yo quien no dejó de insistirle para que invitara a su padre. Debería haberle hecho caso cuando me dijo que no.

Al subir a mi habitación, oímos a mi padre gritar en broma «¡Dejad la puerta abierta!», como hace siempre, y Peter se avergüenza un poco.

Me siento en la cama, pero él lo hace muy lejos, junto a mi mesa. Me acerco a él y le pongo la mano en el hombro.

—Lo siento, ha sido culpa mía. No debería haberte pinchado tanto para que lo invitaras. No te culparía si te enfadaras conmigo.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? Tú no tienes la culpa de que él sea un imbécil. —Como no le respondo, suaviza la voz—. En serio, no estoy triste. No estoy de ninguna manera. Ya lo conocerás otro día, ¿vale?

Titubeo un momento.

—En realidad ya lo conozco.

Me mira con sorpresa.

—¿Cuándo fue eso?

Trago saliva.

—Me topé con él en un partido de *lacrosse*. Me pidió que no te lo contara. No quería que supieras que estaba ahí. Solo quería verte jugar. Aseguró que lo echaba de menos. —Peter tensa los músculos de la mandíbula—. Debería habértelo explicado. Lo siento.

—No lo sientas. Como he dicho, no me importa una mierda lo que haga.
—Abro la boca para responder, pero me interrumpe antes de que pueda hacerlo—. ¿Podemos dejar de hablar de él? ¿Porfa?

Digo que sí con la cabeza. Me mata ver en sus ojos ese dolor que trata de esconder, pero sé que solo empeoraré las cosas si sigo presionando. Lo único que quiero es hacer que se sienta mejor. Y es entonces cuando me acuerdo de su regalo.

—¡Tengo algo para ti!

Una expresión de alivio inunda su rostro, y relaja los hombros.

—Vaya, ¿me vas a hacer un regalo de graduación? Pero yo no tengo ninguno para ti.

—No importa, no esperaba recibir nada. —Me levanto y saco su álbum de recortes de mi sombrerera. Mientras se lo entrego, noto que el corazón me late a mil por hora. De emoción, y de nervios. Esto hará que se anime, lo sé—. ¡Date prisa, ábrelo!

Lo hace muy lentamente. La primera página es una foto que encontré en una caja de zapatos una vez que Kitty y yo nos pusimos a limpiar el desván para hacerles sitio a las cosas de Trina. Es una de las pocas fotos que tenemos de nuestra infancia en el vecindario. Está hecha el primer día de clase, mientras esperamos al autobús. Peter sale apoyando los brazos sobre los hombros de John McClaren y Trevor Pike. Genevieve y yo tenemos los brazos enlazados; ella me susurra algún secreto al oído, seguramente sobre Peter. Yo estoy vuelta hacia ella sin mirar a la cámara. Llevo puesta una camisola gris jaspeada de Margot y una falda vaquera, que recuerdo que me hacía sentir muy adulta, como si fuera una adolescente. Tengo el pelo largo y liso que me baja por la espalda, bastante parecido al actual. Genevieve había intentado convencerme para que me lo cortara, pero me negué. Todos parecemos muy jóvenes. John con sus mejillas sonrosadas, Trevor con sus mofletes gordezuelos, y Peter con sus piernas flacuchas.

Debajo de la foto está escrito EL COMIENZO.

—Madre mía —dice con ternura—. Lara Jean y Peter de pequeños. ¿Dónde la has encontrado?

—En una caja de zapatos.

Entonces le da un capirotazo a la cara sonriente de John.

—Capullo.

—¡Peter!

—Solo es una broma —se excusa.

Luego está nuestra foto del baile de primavera. El último Halloween, cuando me vestí de Mulan y Peter se puso un disfraz de dragón. Hay un recibo de Tart and Tangy. Una de las notas que me escribió: «Si preparas las estúpidas galletas de chocolate blanco y arándanos de Josh y no las mías de pastel de fruta, habremos terminado». Fotos de ambos durante la semana de fiestas de último curso. El baile de fin de curso. Pétalos de rosa secos de mi ramillete. La película *Dieciséis velas*.

Hay algunas cosas que no he incluido, como el ticket de nuestra primera cita de verdad, o la nota que me escribió en la que pone «Me gustas vestida de azul». Esas están guardadas en mi sombrero. Jamás me desharía de ellas.

Sin embargo, lo más especial de todo es mi carta, la que le escribí hace tanto tiempo, la que acabó por unirnos. Quería quedármela, pero en el fondo me parecía más adecuado que la tuviera él. Algún día, todo esto servirá como prueba, la prueba de que nos quisimos. Es la garantía de que, pase lo que pase en el futuro, este fue nuestro momento.

Cuando llegamos a esa página, Peter se detiene.

—Creía que querías quedarte con ella —dice.

—Quería, pero luego pensé que era mejor que la tuvieras tú. Pero tienes que prometerme que la conservarás siempre.

Le da la vuelta a la página. Sale una foto de cuando llevamos a mi abuela a un karaoke. Yo canté *You're So Vain* y se la dediqué a Peter. Él se lanzó con *Style*, de Taylor Swift. Luego cantó *Unchained Melody* a dúo con mi abuela, y después, ella nos obligó a ambos a prometer que daríamos clases de coreano en la Universidad de Virginia. Peter y ella se hicieron un montón de selfis juntos esa noche. La abuela se puso una de ellas como fondo del móvil. Sus amigas del bloque dijeron que él parecía una estrella de cine. Cometí el error de decírselo a Peter, y estuvo presumiendo de ello durante días.

Se queda en esa página durante un rato. Como no dice nada, sugiero:

—Es algo para recordar lo nuestro.

Él cierra el álbum.

—Gracias —dice, esbozando una sonrisa rápida—. Es genial.

—¿No vas a mirar el resto?

—Lo haré luego.

Entonces comenta que debería volver a casa para hacer las maletas para la Semana Playera. Antes de bajar, vuelvo a preguntarle si está bien, y él me

asegura que sí.

Cuando Peter se va, Margot entra en mi habitación y me ayuda a preparar el equipaje. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas y organizo mi maleta mientras ella me va pasando cosas. Aún sigo preocupada por Peter, así que me alegro de contar con su compañía para quitármelo de la cabeza.

—Me cuesta creer que te hayas graduado ya —dice Margot, a la vez que dobla una pila de camisetas—. Para mí, siempre tendrás la misma edad que cuando me fui. —Entonces bromea—: La dulce Lara Jean con sus dieciséis años eternos.

—Ya soy casi tan adulta como tú, Gogo.

—Bueno, por lo menos siempre serás la más bajita. —Le lanzo la parte de arriba de un bikini a la cabeza—. Dentro de poco estaremos haciendo el equipaje para cuando te vayas a la universidad.

Metó un rizador de pelo en el bolsillo de mi maleta.

—Margot, ¿qué fue lo que más extrañaste de casa cuando te fuiste a la universidad?

—Pues a vosotros, claro.

—Pero ¿qué más? Es decir, ¿qué fue lo que no esperabas echar de menos?

—Eché de menos darle un beso de buenas noches a Kitty después de que se bañara y tuviera el pelo limpio.

Suelto un bufido.

—¡Cosa poco habitual!

Margot se toma su tiempo mientras piensa en otras cosas.

—Eché de menos comer una buena hamburguesa. Las hamburguesas saben distintas en Escocia. Allí son más bien como... carne picada. Carne picada en pan. A ver, ¿qué más? Llevaros a vosotras en coche. Me sentía como la capitana de un barco. ¡Eché de menos tu repostería!

—¿El qué? —le pregunto.

—¿Eh?

—¿Qué fue lo que más echaste de menos de eso?

—Tu tarta de limón.

—Si me lo hubieras dicho, te habría mandado una.

—Mucho me temo que mandar una tarta al otro lado del océano sale por

un ojo de la cara.

—Vamos a preparar una ahora —digo, y Margot se pone en pie de un salto con alegría.

Margot está midiendo la harina cuando le pregunto:

—La primera vez que lo hicisteis Josh y tú, ¿pusisteis música?

—¡Has hecho que pierda la cuenta! —Margot vuelve a verter toda la harina en el tarro y empieza otra vez.

—¿Y bien?

—No. ¡Cotilla! En serio, eres peor que Kitty.

Hago rodar un limón por la encimera para que se caliente antes de exprimirlo.

—Entonces ¿fue... en silencio?

—No fue en silencio. Se oía el sonido de alguien cortando el césped. Y su madre tenía la secadora puesta. Su secadora es muy ruidosa...

—Pero su madre no estaba en casa, ¿no?

—¡Por supuesto que no! Jamás podría hacer eso. Una noche, mi compañera se trajo a alguien a casa y tuve que fingir que estaba dormida, pero en realidad intentaba no reírme. El chico respiraba muy fuerte. Y encima era de los que gemían.

Ambas soltamos una risita.

—Espero que mi compañera no haga eso.

—Lo mejor es que fijéis unas normas desde el principio. Como quién puede usar el baño en cada momento y esas cosas. Recuerda también que tendrás que ser comprensiva, porque Peter irá a visitarte muy a menudo, y no te conviene que ella pierda la paciencia. —Hace una pausa—. Todavía no os habéis acostado, ¿verdad? —Enseguida añade—: No hace falta que me lo digas si no quieres.

—No —respondo—. Es decir, todavía no.

—¿Y estás pensando en hacerlo? —me pregunta ella como sin darle importancia—. ¿Durante la Semana Playera quizá?

No le contesto al momento.

La verdad es que no había pensado en ello, o por lo menos no había pensado en hacerlo durante la Semana Playera en concreto. La idea de que Peter y yo tengamos relaciones sexuales en el futuro —como si fuera algo tan

normal como darnos la mano o ir al cine— me resulta algo extraña de imaginar. No me gustaría que dejara de ser especial después de hacerlo. Quiero que sea siempre algo sagrado, no algo que se da por sentado solo porque lo hace todo el mundo, ni porque lo hayamos hecho antes. Supongo que todo puede volverse ordinario o corriente si lo haces lo suficiente, pero espero que esto no lo sea. No para nosotros.

—Yo creo que querré música seguro —digo, a la vez que estrujo un limón sobre un medidor—. Así, si él o yo respiramos fuerte, nunca lo sabremos. Y será más romántico. La música hace que todo sea más romántico, ¿no crees? En un momento estás paseando al perro por el barrio, entonces te pones a Adele y es como si estuvieras en una película y acabaran de destrozarte el corazón cruelmente.

—En las películas nunca se ponen condón, no te olvides de volver a la realidad durante esa parte.

Con eso basta para sacarme de mi ensoñación.

—Papá ya me dio el kit completo. Me lo dejó en el cuarto de baño de arriba. Condones, crema, barreras bucales... —Me echo a reír—. ¿No te parece que el nombre de las barreras bucales es lo más antierótico del mundo?

—No, ¡creo que es la gonorrea!

Las carcajadas se me cortan en el acto.

—¡Peter no tiene gonorrea! —Ahora es Margot la que se parte—. ¡No la tiene!

—Lo sé, solo te estaba provocando. Pero creo que deberías meter el kit en la maleta por lo que pudiera pasar.

—Gogo, no tengo la intención de hacerlo durante la Semana Playera.

—¡Lo digo por si acaso! Nunca se sabe. —Se aparta el pelo de la cara y me dice con tono serio—: Pero me alegro mucho de que mi primera vez fuera con Josh. Tiene que ser con alguien que te conozca de verdad. Alguien que te quiera.

Antes de irme a la cama, abro el kit aquel, saco lo que contiene y lo entierro en el fondo de mi maleta. Luego saco mi mejor conjunto de ropa interior, rosa palo con encaje azul eléctrico, sin estrenar, y lo meto también. Por si acaso.

Peter viene a recogerme a mi casa, temprano y de buen humor. Todos los demás se han ido juntos en caravana, pero él quería que fuéramos los dos solos en su coche de dos plazas. Está contento; ha traído dónuts como en los viejos tiempos, aunque dice que son todos para mí. Desde que volvió del fin de semana de entrenamiento con su equipo de *lacrosse*, se toma muy en serio su forma física.

Estamos cambiando las cosas de lugar de su coche para hacer sitio a mi maleta cuando viene Kitty corriendo a saludar. Entonces encuentra la bolsa de dónuts que está encima de mi bolso y nos birla uno. Con la boca llena, dice:

—Peter, ¿te ha contado Lara Jean lo de Corea?

—¿El qué?

Levanto la cabeza y miro a Kitty con mala cara.

—Estaba a punto de hacerlo. Peter, ayer no pude contártelo, pero... mi padre nos va a mandar a Corea como regalo por mi graduación.

—Hala, cómo mola... —responde él.

—Sí, vamos a visitar a la familia y a viajar por todo el país.

—¿Cuándo?

Le lanzo una mirada.

—El mes que viene.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunta.

—Un mes.

Peter pone cara de consternación.

—¿Un mes? ¿Tanto tiempo?

—Lo sé. —Ya estamos a mediados de junio. A partir de ahora, solo quedan dos meses de verano, y entonces él seguirá aquí y yo estaré en Chapel Hill.

—Un mes —repite.

Antes de Peter, jamás me habría pensado dos veces lo de pasar un mes en Corea. Habría estado encantada. Pero ahora... Nunca se lo diría a papá, a Margot o a Kitty, pero no quiero ir. Es que no quiero. Sí quiero, pero no.

Cuando estamos solos en el coche, de camino a la playa, digo:

—Hablaemos por videollamada todos los días. Hay una diferencia de trece horas, así que si te llamo por la noche, para ti será por la mañana.

Peter parece cabizbajo.

—Íbamos a pasar el fin de semana del Cuatro de Julio en casa de Bledell, ¿te acuerdas? Su padre se ha comprado un barco nuevo. Iba a enseñarte a hacer esquí acuático.

—Lo sé.

—¿Qué voy a hacer mientras estés allí, tan lejos? Este verano va a ser un asco. Quería llevarte a Pony Pasture.

Pony Pasture son unos rápidos que hay en Richmond junto al río James; hay piedras grandes donde te puedes tumbar, y también se puede nadar río abajo en flotadores. Peter ha estado ya con sus amigos de clase, pero yo no he ido nunca.

—Podemos ir cuando vuelva —digo, a lo que asiente de mala gana—. Y te traeré un montón de regalos. Mascarillas faciales, chucherías coreanas, ¡un regalo por cada día!

—Puedes traerme unos calcetines con dibujos de tigres.

—Eso será si los hacen lo bastante grandes —digo, para quitarle hierro al asunto, para arrancarle una sonrisa. Esta semana tiene que ser perfecta, la mejor, para compensar el hecho de que estaré fuera todo el verano.

Entonces le suena el teléfono, pero ignora la llamada sin mirar quién es. Un minuto más tarde vuelve a sonar, y su rostro se tensa.

—¿Quién es? —le pregunto.

—Mi padre —responde en tono cortante.

—Espero que llame para disculparse y explicar cómo fue capaz de perderse la graduación de su propio hijo.

—Ya sé por qué lo hizo. Le dijo a mi madre que Everett había sufrido una reacción alérgica y tuvieron que llevarlo a urgencias.

—Ah —digo—. Supongo que es una buena excusa. ¿Everett está bien?

—Está bien. Ni siquiera creo que tenga tanta alergia. Cuando como fresas, se me hincha un poco la lengua. Ya ves tú.

Peter enciende la radio, y dejamos de hablar durante un rato.

La cabaña de las chicas está en segunda fila de playa, con vistas al mar. Es un palafito construido sobre pilares, como el resto de las casas de la segunda fila. Tiene tres plantas, con la cocina y la sala de estar abajo, y los dormitorios arriba. Chris y yo compartimos una habitación con dos camas en la tercera planta. Es como si estuviéramos en lo alto de un faro. Las colchas son de color turquesa con conchas marinas. Todo huele un poco a humedad, pero el sitio no está mal.

Cada una de las chicas de la casa ha adoptado un papel distinto, salvo Chris, cuya única labor ha consistido en dormir en la playa todo el día con una botella de cerveza en la mano. El primer día volvió con el pecho y la cara rojos como un cangrejo; la única parte que no se le había quemado era donde la tapaban las gafas de sol. Se notaba que le daba vergüenza, pero hizo como si no, diciendo que era la base para su bronceado en Costa Rica. Pammy es la mamá de todas. Les prometió a sus padres que no iba a beber, de modo que se ha impuesto la tarea de controlar al resto de las chicas y llevarles agua e ibuprofeno a la cama cada mañana. Kaila hace maravillas con la plancha del pelo. Hasta puede hacer rizos con ella, algo que yo nunca he sido capaz de hacer. A Harley se le da bien coordinarse y hacer planes con las otras cabañas.

Yo me encargo de cocinar. Cuando llegamos a la cabaña por primera vez, salimos e hicimos una gran compra: fiambres, muesli, pasta y botes de salsa, condimentos, cereales. Lo único que no compramos fue papel higiénico, y se nos acabó al segundo día. Cada vez que salimos de casa para comer o cenar fuera, robamos un rollo del cuarto de baño del restaurante. No sabría decir por qué no compramos más, pero se ha convertido en una especie de juego. Chris es la clara ganadora, ya que logró extraer un rollo de tamaño industrial del dispensador y escondérselo en la camiseta.

Los chicos vienen todos los días a gorronear, pero también porque ya tienen la cabaña llena de arena, tanto que la hemos bautizado como «el castillo de arena». Con solo sentarte en su sofá es como si te hicieras un tratamiento exfoliante completo, y cuando te levantas te escuece todo.

Me pregunto si esto es lo que se sentirá al vivir en una de las fraternidades. Al principio tiene cierto encanto, como aquellas casas de

huéspedes de los años cuarenta, prestándonos la pintura de uñas unas a otras, poniendo música mientras nos arreglamos y comiendo helado en la cama. Pero luego, el miércoles, Kaila y Harley empezaron a chillarse a la una de la madrugada discutiendo sobre quién se había dejado la plancha encendida, y los vecinos llamaron a la policía. Esa misma noche, Pammy se emborrachó y me senté con ella en la playa durante horas mientras lloraba, porque se sentía culpable por haber roto la promesa que les había hecho a sus padres.

La noche siguiente, algunas de las chicas se van a una discoteca y vuelven a casa con tres chicos de Montana. Uno de ellos tiene una apariencia sospechosa, de modo que me aseguro de cerrar mi cuarto con llave. Le escribo un mensaje a Peter desde allí, puesto que ya se ha ido a su cabaña. Entonces vuelve enseguida y acampa en la planta baja «para no perderlos de vista».

Pasamos los días en la playa, donde yo me siento a leer mientras él hace largas carreras. No ha parado de correr desde que llegamos, ya que aquí no puede ejercitarse como en casa, en el gimnasio. Corre una muy larga por la mañana, antes de que haga calor, una corta al mediodía y otra larga al atardecer. Y así todos los días, salvo el que lo obligo a acompañarme al Museo de los Hermanos Wright en Kill Devil Hills. Fui una vez con mi familia, antes de que naciera Kitty, pero era demasiado pequeña para subirme al monumento. Ascendemos hasta lo más alto y contemplamos las vistas.

Peter ha estado tan encantador y adorable como siempre durante la semana, sobre todo delante de los demás: con una sonrisa perpetua en el rostro, siempre dispuesto a sugerir actividades y juegos. Sin embargo, conmigo está distante. Como si estuviera muy lejos de mí, a pesar de encontrarse a mi lado. Inalcanzable. He intentado abordar de nuevo el tema de su padre, pero él lo desecha entre risas. Tampoco ha vuelto a mencionar lo de mi viaje a Corea.

Todas las noches hay una fiesta en alguna de las cabañas, menos en la nuestra. Nunca somos las anfitrionas, ya que a Pammy le da miedo que perdamos la fianza. Lo mejor de todo es que los grupos se comportan de manera distinta de como lo hacían en el instituto. Resulta liberador saber que todo eso ha terminado. Y, además, puesto que nunca volveremos a estar juntos como lo estamos ahora, ¿por qué no hacerlo? Bajo ese mismo espíritu, Chris se enrolla con Patrick Shaw, un chico del club de anime de Josh.

La fiesta de esta noche es en la cabaña de Peter. No sé cómo van a poder

recuperar su fianza, porque está todo hecho un asco: una de las sillas de mimbre del porche se ha roto, hay latas de cerveza por todas partes, y alguien se sentó en el sofá beige de la sala de estar con una toalla naranja mojada, y ahora tiene una mancha naranja enorme en el centro. Estoy entrando en la cocina cuando veo a John Ambrose McClaren rebuscando en la nevera.

Me quedo helada. Peter ha estado tan impredecible últimamente que no sé cómo reaccionaría si viera a John en su cabaña.

Mientras trato de decidir si debería buscar a Peter para decirle que John está aquí, la cabeza de este surge desde atrás de la puerta de la nevera. En la mano lleva una zanahoria que está mordisqueando.

—¡Eh, hola! Me imaginaba que te vería por aquí.

—¡Hola! —digo risueña, como si no hubiera estado considerando dar media vuelta antes de que me viera. Me acerco a él y me abraza con un solo brazo, porque el otro sigue ocupado por la zanahoria.

—¿Has visto a Peter? —le pregunto—. Esta es su cabaña.

—Qué va, acabo de llegar. —John parece bronceado, el sol le ha aclarado el pelo, y lleva una camiseta vieja de cuadros azules y blancos y unos pantalones cortos color beige—. ¿Dónde te quedas tú?

—Aquí al lado, ¿y tú?

—Tenemos una cabaña en Duck. —Sonríe y me ofrece su zanahoria—. ¿Quieres un bocado?

Me río.

—No, gracias. ¿Ya te has decidido por alguna universidad?

—Por la William and Mary. —John levanta la mano para chocarla—. Nos veremos por allí, ¿no?

—Pues..., la verdad es que me voy a Chapel Hill. Estaba en la lista de espera y al final me aceptaron.

John se queda con la boca abierta.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —Me abraza—. Qué bien. En realidad, es el sitio perfecto para ti. Te va a encantar.

Miro hacia la puerta de la cocina, pensando cómo podría salir de forma airosa de la conversación, cuando entra Peter como una locomotora con una cerveza en la mano. Se para en seco al vernos. Yo me muero por dentro, pero él se limita a sonreír y grita:

—¡McClaren! ¿Qué hay?

Entonces se dan un abrazo de tíos, en el que se acercan el uno al otro y

chocan entre sí. Luego se apartan y los ojos de Peter se clavan en la zanahoria de la mano de John. Lleva toda la semana haciéndose batidos de proteínas con zanahorias y bayas, y estoy segura de que le pica que John haya cogido una. Había contado el número exacto de zanahorias que iba a necesitar para el resto de la semana.

—Lara Jean acaba de decirme que ha entrado en Carolina —explica John, apoyando la cabeza sobre el armario de la encimera—. Me da mucha envidia.

—Sí, siempre quisiste estudiar allí, ¿no? —Peter sigue sin despegar los ojos de la zanahoria.

—Desde que era un crío. Era mi primera opción. —John me da un empujoncito juguetón—. Tú te has colado a hurtadillas, quitándome el puesto delante de mis narices.

—Lo lamento —respondo con una sonrisa.

—Bah, solo es una broma. —John toma un bocado de su zanahoria—. Es muy posible que me traslade. Ya veremos.

Peter me rodea la cintura con el brazo y le da un trago a su cerveza.

—Hazlo. Así podríamos ir a ver a los Tar Heels todos juntos. —Lo dice de buenas maneras, pero soy capaz de distinguir la tensión que se esconde tras sus palabras.

A John tampoco se le pasa por alto.

—Claro —responde. Entonces engulle el resto de su zanahoria y tira el tallo al fregadero—. Quiero que conozcáis a mi novia, Dipti. Está por aquí cerca. —Se saca el teléfono del bolsillo y le manda un mensaje.

Seguimos ahí de pie cuando nos encuentra. Es más alta que yo, con pinta de deportista, el pelo negro por los hombros, de piel oscura, puede que india. Tiene una bonita sonrisa de dientes blancos y un hoyuelo. Lleva un mono de seda blanco y sandalias. Ya me estoy arrepintiéndome de haber optado por una camiseta de la universidad de Peter y unos pantaloncitos cortados. Nos presentamos, y entonces se sienta sobre la encimera y pregunta:

—¿Y cómo os conocisteis?

—McClaren era mi amigo del alma en el colegio —dice Peter—. Nos llamaban Butch Cassidy y The Sundance Kid. ¿Quién crees que era Butch y quién era The Sundance Kid, Dipti?

Ella se ríe.

—No lo sé. Nunca he visto la película.

—Butch era el auténtico protagonista. —Peter se señala a sí mismo—. Y

The Sundance Kid, aquí presente —señala a John—, era el esbirro. —Se troncha de risa y yo me muero de la vergüenza, pero John se limita a menear la cabeza con expresión benévola. Entonces le toca el bíceps—. Oye, ¿has estado haciendo ejercicio? —Y a Dipti le explica—: Este chaval tenía brazos de palillo y se pasaba el día entero leyendo, pero míralo ahora. Está hecho un semental.

—Todavía sigo leyendo —le indica John.

—Cuando Peter y yo empezamos a salir, dudé varias veces de si sabría leer —digo, y John estalla en carcajadas.

Peter también se ríe, pero no con tantas ganas como lo había hecho antes.

Más tarde, Peter me señala que debería quedarme a dormir allí en lugar de volver a mi cabaña. Le contesto que no porque no tengo el cepillo de dientes ni ninguna de mis cosas, pero en realidad es porque estoy molesta con él por su forma de comportarse delante de John.

—Dipti parece guay —comenta de camino a mi cabaña—. Está bien para McClaren, pero no creo que vayan a durar mucho juntos. Seguramente irán a verse una vez y como mucho habrán roto para Navidad.

Me detengo.

—Me parece fatal que digas eso.

—¿Por qué? Solo estoy siendo sincero.

Me vuelvo hacia él, y el viento salado de la playa hace que me revolotee el pelo por la cara.

—Muy bien, pues si estás siendo sincero, yo también lo voy a ser. —Peter enarca una ceja y espera a que continúe—. Esta noche te has portado como un capullo. La inseguridad no te sienta bien, Peter.

—¿Yo? —Suelta un bufido burlón—. ¿Inseguro? ¿Por McClaren? Por favor. Además, ¿has visto que ha registrado la nevera y se ha comido mis zanahorias?

Empiezo a andar otra vez, ahora más rápido.

—¡Y a quién le importan tus zanahorias!

Echa a correr para alcanzarme.

—¡Sabes que intento ponerme en forma para jugar al *lacrosse*!

—Eres ridículo, ¿lo sabías? —Ya estamos delante de mi cabaña. Hay que ver lo rápido que se llega a los sitios cuando estás enfadada—. Buenas

noches, Peter. —Doy media vuelta y enfilo la escalera, pero él no intenta detenerme.

A la mañana siguiente, me despierto sin saber si Peter y yo estamos peleados. Lo de anoche pareció una pelea, pero no estoy segura de si es él quien está enfadado conmigo, o si lo estoy yo. Es una sensación incómoda.

No quiero estar enfadada con él. Me marcho a Corea el 1 de julio. No tenemos tiempo para meternos en peleas tontas por culpa de unas zanahorias o de John Ambrose McClaren. Cada segundo que nos queda para estar juntos es un tesoro.

Decido hacerle torrijas como ofrenda de paz. Aparte de los donuts, su desayuno favorito son las torrijas. Voy a la cocina y encuentro un paquete de azúcar en el armario, leche, media barra de pan y un par de huevos, pero no hay ni rastro de canela. La canela es básica.

Cojo las llaves del coche de Pammy y voy a la pequeña tienda que hay cerca de las cabañas, donde compro canela en polvo, mantequilla, una docena de huevos y, ya de paso, una barra entera de pan blanco, porque si voy a hacer torrijas para Peter, también puedo hacerlas para toda la casa. En el último momento, añado también una bolsa de zanahorias.

En su cabaña aún siguen durmiendo, y está en peor estado que la noche anterior. Hay botellas de cervezas por doquier, bolsas vacías de patatas fritas desperdigadas y bañadores húmedos sobre los muebles. En el fregadero hay una montaña de platos sucios, y tengo que lavar un cuenco y una espátula con pegotes de huevo reseco antes de empezar a cocinar.

Como el pan está recién hecho, los primeros pedazos acaban desintegrándose en la mezcla de huevo, pero le pillo el tranquillo a la tercera vez. El secreto está en remojar el pan solo unos segundos antes de echarlo a la sartén.

Los chicos van bajando mientras sigo friendo torrijas. Preparo unas cuantas más cada vez que el montón se va acabando. Peter es el último en

bajar, y cuando le ofrezco una, de las más ricas y crujientes, niega con la cabeza y me dice que mejor que no, por su dieta. No me mira a los ojos al hablar. Lo que pasa es que no quiere comer nada que haya preparado yo.

No me quedo después del desayuno, y Peter tampoco me detiene esta vez. Vuelvo a la cabaña en coche y despierto a Chris, que sigue llevando la ropa de la noche anterior.

—Abajo tengo una torrija para ti —le digo. Le he traído la que había reservado para Peter.

Esta noche hay una barbacoa en una de las cabañas cercanas a la nuestra. Nosotras aportamos botes de ensalada de patata de color amarillo fluorescente y todos los cubitos que nos quedan. Como es la última noche, hemos vaciado la nevera.

Acabo en el porche conversando con Kaila y Emily Nussbaum, una de las amigas de Genevieve. A ella casi no la he visto en toda la semana, porque está con sus amigos de la iglesia, y porque su cabaña es una mezcla de gente de otros institutos.

—Entonces ¿es cierto que Kavinsky y tú vais a seguir juntos? —me pregunta Emily.

La verdad es que ahora mismo no lo sé, ya que apenas nos hemos dirigido la palabra desde anoche. Pero, por supuesto, no es eso lo que digo. Todo lo que le cuente a Emily va a llegar a oídos de Genevieve al momento. Puede que Gen haya seguido adelante, pero aun así le encantaría saber que Peter y yo hemos discutido.

—Sí —le digo—, vamos a seguir juntos. Nuestras universidades no están tan lejos.

Kaila le da un sorbo a su ron con Coca-Cola light a través de una pajita mientras me observa de reojo.

—¿Sabes?, eres una chica interesante, Lara Jean. Al principio pareces tímida y un poco infantil, pero en realidad tienes mucha confianza en ti misma. Eso es un cumplido, por cierto.

—Gracias —respondo.

Cuando se hace un cumplido, no creo que sea necesario aclarar que se está haciendo; a la persona que lo recibe le debería resultar obvio que es así. Le doy un sorbo a la copa que me ha preparado Chris, pero estoy a punto a

escupirla por lo fuerte que está. La ha llamado «Shirley Temple para adultos», sea lo que sea eso.

—Entiendo por qué le gustas a Peter —indica Kaila—. Espero que os vaya bien.

—Gracias —digo.

Emily apoya los pies en mi silla y añade:

—Si Blake rompiera conmigo, me daría algo. Me quedaría totalmente hecha polvo.

—Bueno, es que vosotros sois muy intensos. Lo más seguro es que os caséis nada más terminar la universidad.

—Para nada —niega Emily, pero es evidente que le ha gustado oírlo.

—Además, vais a la misma universidad. Es distinto. —Kaila me mira—. Yo no creo que pudiera llevar una relación a distancia.

—¿Por qué no? —le pregunto.

—Me gusta ver a mi chico todos los días. No quiero tener que preguntarme qué estará haciendo. ¿Será que soy una persona posesiva? Pues sí, lo seré, pero además es que no quiero hacer como que nos ponemos al día todas las noches. Necesito que forme parte de mi vida, y yo debo formar parte de la suya. —Machaca el hielo con los dientes.

Eso fue lo que nos pasó a Margot y a mí cuando se fue a la universidad. La distancia se fue haciendo notar poco a poco, como el agua del mar que va inundando un barco, sin percibirlo siquiera. Antes de que puedas darte cuenta, te rodea por todas partes. Nosotras conseguimos superarlo, pero es porque somos hermanas. Las hermanas siempre logran reencontrarse. Sin embargo, no creo que pueda decirse lo mismo de los novios. La idea de que nos suceda eso a Peter y a mí me llena de tristeza. ¿Cómo podremos prevenirlo? ¿Hablando todos los días? ¿Visitándonos una vez al mes? Él mismo lo dijo: va a tener una vida muy ocupada entre el *lacrosse* y los estudios. Ya está cambiando, con su dieta sana y sus ejercicios. Y nos estamos peleando, algo que nunca habíamos hecho, en serio no. Nunca eran la clase de peleas que no se pueden olvidar. Y, entonces, ¿ahora qué? ¿Cómo negociamos el próximo paso?

Me quedo algunos minutos más, y cuando Emily y Kaila empiezan a hablar acerca de entrar o no en una fraternidad, me escabullo para ir en busca de Peter. Entre esta conversación y la pelea de anoche, solo quiero estar cerca de él mientras sigamos viviendo en las mismas coordenadas. Lo encuentro de

pie entre un montón de chicos que preparan una hoguera. Ya parece estar tan lejos, y tengo tantas ganas de que volvamos a estar como antes... Le pego un buen trago a mi Shirley Temple para adultos para reunir valor. Nuestras miradas se encuentran. «¿Nos vamos?», articulo en silencio, a lo que asiente. Entonces me encamino de nuevo hacia la casa y me sigue los pasos.

Tomo otro sorbo de mi Shirley Temple para adultos, y me pregunta:

—¿Qué es eso que bebes?

—Me lo ha hecho Chris.

Me quita el vaso de plástico rojo de las manos y lo tira a la basura de camino hacia la puerta.

El trayecto de vuelta a la cabaña transcurre en silencio, salvo por el sonido de las olas. Creo que ninguno de los dos sabe qué decir, porque está claro que, pase lo que pase entre nosotros, el problema no es John Ambrose McClaren ni unas zanahorias.

Al bajar la calle, oigo a Peter decir en voz baja:

—¿Sigues enfadada por lo de anoche?

—No.

—Bien, me alegro —afirma—. He visto las zanahorias que has comprado en la nevera. Siento no haberme comido la torrija.

—¿Por qué lo has hecho? Sé que no ha sido por la dieta.

Peter se frota la nuca.

—No sé qué me pasaba. Últimamente he estado un poco raro.

Lo miro; la oscuridad le oculta el rostro.

—Nos queda muy poco tiempo antes de que tenga que irme a Corea. No lo desperdiciemos. —Entonces le cojo la mano, y él aprieta la mía.

Por primera vez en toda la semana, la casa está totalmente vacía. El resto de las chicas se ha quedado en la fiesta, menos Chris, que se ha encontrado con alguien que conocía de Applebee's. Al subir a la habitación, Peter se quita los zapatos y se mete en mi cama.

—¿Quieres ver una peli? —pregunta, apoyando los brazos detrás de la cabeza.

No, no quiero ver una peli. De pronto tengo el corazón desbocado y sé lo que quiero hacer. Estoy preparada.

Me siento en la cama a su lado, y entonces dice:

—También podemos empezar una serie nueva...

Presiono los labios sobre su cuello y siento que se le acelera el pulso.

—¿Qué te parece si nos dejamos de películas y series? En vez de eso, podríamos... hacer otra cosa. —Le lanzo una mirada significativa.

Da un respingo de sorpresa.

—¿Cómo, quieres decir ahora?

—Sí. —Ahora. Ahora es el momento. Me pongo a darle besitos por el cuello—. ¿Esto te gusta?

Noto que traga saliva.

—Sí. —Me aparta de él para mirarme a la cara—. Vamos a parar un momento. Así no puedo pensar. ¿Estás borracha? ¿Qué le ha echado Chris a eso que te ha dado?

—¡No, no estoy borracha! —Empezaba a sentir cierta calidez en el cuerpo, pero se me ha pasado durante la vuelta a casa. Peter sigue mirándome fijamente—. No estoy borracha. Te lo prometo.

Traga más saliva mientras me estudia con la mirada.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora?

—Sí —digo, porque lo estoy, de verdad—. Pero ¿puedes poner a Frank Ocean antes?

Coge el teléfono y al instante suenan las primeras notas, y la voz melodiosa de Frank inunda la habitación. Peter comienza a desabrocharse los botones de la camisa con torpeza, pero entonces se rinde e intenta quitarme la camiseta.

—¡Espera! —exclamo.

Él se inquieta tanto que se aparta de mí de un salto.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Salgo de la cama y me pongo a rebuscar en mi maleta. No llevo mi conjunto especial de ropa interior, sino el sujetador de color capuchino con los bordes deshilachados de todos los días. No puedo perder la virginidad con mi sujetador más feo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Espera un segundo.

Voy corriendo al cuarto de baño, me quito la ropa interior vieja y me pongo el conjunto de encaje. Entonces me cepillo los dientes mientras me miro la cara en el espejo. Ha llegado la hora. Yo, Lara Jean Song Covey, estoy a punto de perder la virginidad con Peter.

—¿Va todo bien? —pregunta desde fuera.

—¡Un segundo!

¿Debería vestirme de nuevo o salir en sujetador y bragas? Será la primera vez que me vea en ropa interior. Bueno, supongo que como también va a verme sin nada, da un poco igual.

Salgo del cuarto de baño sosteniendo mi ropa delante de mí como un escudo. Peter me mira de arriba abajo un par de veces y se quita la camisa a toda prisa. Noto que me estoy sonrojando. Meto el sujetador y las braguitas en la maleta, y luego busco por dentro hasta que encuentro la caja de condones. Saco uno, vuelvo a la cama y me tapo con las sábanas.

—Vale, ya estoy lista.

—Me gusta tu sujetador —dice Peter, apartando la sábana de mi cuerpo.

—Gracias.

Se acerca a mí y me besa en los párpados. Primero en el izquierdo, y después en el derecho.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—No tenemos por qué hacer nada esta noche, Covey.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Levanto el condón, y Peter enarca las cejas—. Del kit de mi padre. ¿Recuerdas que te dije que me había dado un lote de anticonceptivos?

Me quita el condón de las manos mientras me besa en el cuello y dice:

—¿Podemos dejar de hablar de tu padre en este momento?

—Claro —respondo.

Peter se sube encima de mí. El corazón me golpea en el pecho como siempre que estoy cerca de él, pero ahora todavía más, porque todo está a punto de cambiar. Voy a ir con él a un lugar en el que nunca he estado. Se cuida de apoyar su peso sobre los brazos para no aplastarme, pero no me importa sentir el peso de su cuerpo sobre el mío. Me acaricia el pelo con la mano como a mí me gusta; tiene los labios cálidos. Nuestra respiración se acelera.

De pronto deja de besarme. Abro los ojos y lo veo cerniéndose sobre mí con el ceño fruncido.

—¿Esto es porque tuvimos una pelea anoche, Covey? Porque...

—No es por la pelea. Es solo que..., quiero sentirme cerca de ti. —Peter me observa con intensidad, y sé que espera que diga algo más, que le dé alguna razón poderosa. En realidad, es muy sencillo—. No es algo repentino. Deseo acostarme contigo porque te quiero y quiero que sea contigo.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque... Porque eres mi primer amor, ¿quién iba a ser si no?

Peter se quita de encima de mí y se sienta con la cabeza entre las manos.

Yo también me siento, tapándome con la sábana.

—¿Qué pasa? —No responde durante lo que parece una eternidad—. Dilo y ya está, por favor. —Empiezo a sentir náuseas.

—No quiero hacerlo en este momento.

—¿Por qué no? —mascullo.

No puede mirarme a la cara.

—No lo sé... Ahora mismo tengo muchas cosas en la cabeza. Entre el *lacrosse*, que mi padre no fuera a la graduación y que tú vayas a estar fuera este verano...

—No me voy todo el verano. Solo durante julio. ¡Estaré de vuelta a finales de mes! ¿Por qué adelantas tanto los acontecimientos?

Peter menea la cabeza.

—Es que parece que te vas y no te importa.

—¡Ya sabes que no lo he decidido yo! ¡Fue una sorpresa de mi padre! No estás siendo justo, Peter.

Me mira durante un buen rato.

—¿Y qué hay de Carolina del Norte? ¿Sigues pensando trasladarte a Virginia después de todo? Cuando ibas a ir a la William and Mary se daba por hecho, pero ahora no lo parece.

Me humedezco los labios. El corazón me late a mil por hora.

—No estoy segura. ¿Tal vez? Pero tal vez no. Carolina del Norte me parece distinta.

—Ya, lo sé. Es evidente.

—¡No lo digas como si fuera algo malo! ¿Preferirías que fuera a otra parte y me sintiera infeliz?

—Infeliz temporalmente —me corrige.

—¡Peter!

—Venga, Lara Jean. ¿En serio piensas tan mal de mí?

—No. Es que..., no entiendo por qué te pones así. Al menos quiero darle una oportunidad a Carolina del Norte. Quiero darme una oportunidad a mí misma. —Los ojos se me llenan de lágrimas y me cuesta hablar—. Y creo que tú también deberías hacerlo.

Peter se encoge como si le hubiera pegado. La cama es pequeña, pero

ahora mismo me parece como si se hallara muy lejos de mí. Por dentro, me muero de ganas de acercarme a él, pero no puedo.

Vuelve a ponerse la camisa en silencio.

—Creo que me voy —dice. Entonces se levanta, sale de la habitación y se marcha. Espero a que se cierre la puerta de fuera para empezar a llorar.

Mientras metemos el equipaje en el coche a la mañana siguiente, no dejo de pensar que Peter va a aparecer para llevarme a casa, pero no lo hace, y yo tampoco contacto con él. Hago el viaje de vuelta con las chicas.

No sé nada de él hasta un día más tarde, cuando me llega un mensaje que dice:

Siento lo de anoche. Fui un capullo. Vamos a hacer que funcione. Te lo prometo. Tengo que hacer cosas para mi madre, pero podemos vernos luego.

Le respondo:

Sí.

Y me contesta:

Lo siento mucho.
Te quiero.

Estoy empezando a escribir «Yo también te quiero» cuando me suena el teléfono. Es el número de la casa de Peter, así que respondo a toda prisa.

—Yo también te quiero —digo.

Al otro lado se produce un silencio de sorpresa, disimulado con una risita.

—Hola, Lara Jean. Soy la madre de Peter.

Me muero de vergüenza.

—¡Ah! Hola, señora Kavinsky.

Quiere que vaya a verla para hablar con ella. Explica que Peter ha salido y que estaremos las dos solas. Debe de haberle pedido que le haga unos

recados para sacarlo de casa. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino ir?

Me pongo un vestido veraniego de color amarillo, me cepillo el pelo y voy en coche a casa de Peter. Ella me abre la puerta, ya con una sonrisa en la cara; lleva una blusa de cuadros y unas bermudas.

—Adelante —dice.

La sigo hasta la cocina.

—¿Quieres algo de beber, Lara Jean? ¿Un té helado?

—Claro —acepto, sentándome en un taburete.

La madre de Peter me sirve un vaso de té helado de una jarra de plástico del congelador. Me pasa el vaso y añade:

—Gracias por venir a hacerme una visita, en plan chicas. Hay algo de lo que quería hablarte desde hace tiempo.

—Claro —repito. Empieza a picarme la piel.

Me coge de las manos. Las tiene frías y secas, mientras que las mías están pegajosas de repente.

—Peter ha pasado por muchas cosas últimamente, y ha hecho un gran esfuerzo. Estoy segura de que sabrás lo decepcionante que fue para él que su padre no asistiera a la graduación. —Sus ojos se clavan en mí y asiento—. Finge que no le importa, pero en el fondo está muy dolido. ¿Sabías que ha vuelto de la Semana Playera hablando de trasladarse a Carolina del Norte en el segundo año?

Noto que toda la sangre me sube a la cara.

—No, no lo sabía... No me ha dicho nada de eso.

Ella asiente como si lo sospechara.

—Si pidiera el traslado, no podría jugar durante un año. Eso quiere decir que perdería su beca deportiva. Estudiar fuera del estado es muy caro, como bien sabrás.

Es cierto. Papá dijo que no pasaba nada, porque a Margot solo le quedaban dos años más de clase, y faltaban siglos para que le llegara el turno a Kitty. Pero sé que es caro. Y, aunque no hablemos de ello, también sé que mi padre gana más dinero que la madre de Peter.

—El padre de Peter dice que quiere contribuir, pero no es una persona en la que se pueda confiar. Por eso no cuento con él. —Hace una pausa delicada—. Pero espero poder contar contigo.

—No tiene que preocuparse por mí —me apresuro a decir—. Le diré a Peter que no se cambie a Carolina del Norte.

—Te lo agradecería mucho, cariño, de verdad que sí, pero el traslado no es lo único que me preocupa. Lo que me preocupa es su estado mental. Cuando empiece a estudiar, tiene que estar centrado. Va a ser un atleta universitario. No puede estar viajando a Carolina del Norte todos los fines de semana. Simplemente no es práctico. Sois los dos muy jóvenes. Peter ya ha empezado a tomar grandes decisiones supeditadas a ti, aunque quién sabe lo que será de vosotros en el futuro. Sois adolescentes. La vida no sale siempre como uno querría... No sé si Peter te lo habrá contado, pero su padre y yo nos casamos cuando éramos muy jóvenes. Me daría mucha pena ver que cometéis los mismos errores que nosotros. —Titubea—. Lara Jean, conozco a mi hijo, y sé que no va a dejarte a menos que lo dejes tú antes. —Parpadeo—. Haría lo que fuera por ti. Él es así, fiel hasta la médula. No como su padre. —La señora Kavinsky me mira con compasión—. Sé que Peter te importa y que quieres lo mejor para él. Por eso espero que pienses bien en lo que te he dicho. —Vuelve a titubear, y entonces dice—: No le cuentes nada de esto a él, por favor. Peter se enfadaría mucho conmigo si lo supiera.

Me cuesta alzar la voz.

—No lo haré.

Una amplia sonrisa se pinta en su rostro, acompañada de una expresión de alivio.

—Eres una chica estupenda, Lara Jean. Sé que harás lo correcto. —Me da una palmadita en las manos y las suelta. Entonces cambia de tema y me pregunta por la boda de mi padre.

Cuando vuelvo al coche, bajo el espejo retrovisor y veo que sigo teniendo las mejillas teñidas de rojo. Me siento como aquella vez en séptimo en que la madre de Chris le pilló un paquete de tabaco y creyó que ambas habíamos estado fumando. Quise decir que yo no lo había hecho, pero no fui capaz. Simplemente me vine abajo de la vergüenza. Así es como me siento en este momento. Como si me hubiera metido en líos.

¿Hemos sido unos ingenuos al pensar que lo nuestro podría ser la excepción que confirma la regla? ¿Tiene razón la madre de Peter? ¿Estamos cometiendo un gran error? De pronto, me parece que cada decisión que tomamos es trascendental, y me da mucho miedo equivocarme.

Al volver a casa, me encuentro a papá, a Margot y a Kitty en la sala de

estar, debatiendo acerca de adónde ir a cenar esa noche. Se trata de una conversación muy normal para un jueves por la tarde, pero yo me siento muy rara, como si la tierra se moviera bajo mis pies y el suelo ya no fuera firme, mientras que lo único de lo que hablan los demás es de comida.

—¿A ti qué te apetece, Lara Jean? —me pregunta papá.

—No tengo mucha hambre —digo, mirando mi teléfono. ¿Qué le diré a Peter si me llama? ¿Se lo cuento?—. Puede que me quede en casa.

Papá me mira con atención.

—¿Te encuentras bien? ¿No estarás incubando algo? Estás pálida.

Niego con la cabeza.

—No, estoy bien.

—¿Qué tal el Seoul House? —propone Margot—. Tengo antojo de comida coreana.

Mi padre duda, y yo sé por qué. Trina no tiene el paladar más sofisticado del mundo. Vive a base de Coca-Cola light y alitas de pollo. La ensalada de col rizada es lo más lejos a lo que llega. Cuando pedimos sushi, solo se come los rollos california y las gambas cocidas. No prueba ni un bocado del resto. Pero nadie es perfecto.

—Trina no es muy fan de la comida coreana —le explico, para ahorrarle a mi padre el tener que hacerlo. Me suena el teléfono, pero no es más que un correo de la Oficina de Alojamiento de Carolina del Norte.

—¿En serio? —pregunta Margot con incredulidad.

—Está un poco picante para su gusto —responde él—. Pero no importa —se apresura a añadir—, puede pedirse un bocadillo de *bulgogi* o el arroz frito.

—Yo tampoco quiero comida coreana —interviene Kitty.

—Vamos a ir al Seoul House —insiste papá—. A Trina no le pasará nada. En cuanto se marcha a hacer la reserva, le digo a Margot:

—No juzgues a Trina porque no le guste la comida coreana. No es culpa suya que no pueda con el picante.

—Eso, no la juzgues —mete baza Kitty.

Una expresión herida cruza el rostro de Margot, y protesta:

—¡Si no he dicho nada!

—Sabemos lo que estabas pensando —afirmo.

Sé lo que piensa porque yo había pensado lo mismo. Y ahora me encuentro en la extraña posición de tener que defender a Trina de algo que a

mí también me molesta. Tampoco le iba a pasar nada por expandir un poco sus horizontes culinarios.

—¿Arroz frito? ¿En serio?

—¿Y qué más da si no le gusta la comida coreana? —dice Kitty.

—La comida coreana es el mayor vínculo con nuestra cultura—le contesta Margot—. ¿Es que vamos a dejar de comerla solo porque a Trina no le gusta? —No espera a que respondamos—. Solo confío en que se dé cuenta de que al casarse con papá se lleva el paquete completo, y Corea forma parte de ese paquete.

—Eso ya lo sabe, Margot —afirmo—. Y, además, este verano podremos comer comida coreana todos los días. —Todos los días de este verano que estaré alejada de Peter.

—Ojalá papá y Trina vinieran también —dice Kitty.

—Es mejor así —opina Margot—. ¿Qué iba a comer Trina en Corea? —Lo dice medio en broma, pero no del todo.

Kitty, que está acariciando a *Jamie*, hace como si no la oyera y me pregunta:

—¿Quién va a cuidar de *Jamie Fox-Pickle* y de *Simone* mientras estemos fuera?

—¿Una cuidadora canina? —sugiero. No le presto mucha atención. En realidad, solo estoy aquí a medias. Peter es lo único que ocupa mis pensamientos—. Ya se nos ocurrirá algo.

Margot echa una ojeada por la habitación. Su mirada se posa en el sillón de Trina.

—Esta casa parece diminuta de repente. No hay espacio suficiente para todas las cosas de Trina.

—No parece tan pequeña cuando tú no estás —le replica Kitty.

Suelto un jadeo.

—¡Kitty!

Margot se pone blanca primero, y luego se le colorean las mejillas.

—¿Acabas de decirme eso a la cara?

Sé que Kitty se arrepiente de haberlo hecho, pero alza la barbilla con su testarudez acostumbrada.

—Solo era un comentario.

—Eres una mocosa. —Margot suelta las palabras con fuerza, pero veo su expresión mientras se da la vuelta y sé que se va a su cuarto a llorar en

privado.

En cuanto se marcha, me vuelvo hacia Kitty.

—¿Por qué le has dicho eso?

Se le escapan las lágrimas.

—¡Porque sí! Ha sido muy mala con Tree sin ningún motivo.

Le seco las lágrimas con el dorso de la mano. Siento que también estoy a punto de llorar.

—Gogo se siente desplazada, eso es todo. Nosotras conocemos a Trina, porque hemos tenido tiempo para hacerlo, pero Margot no la conoce en absoluto. Además, Gogo es prácticamente quien te ha criado, y no debes hablarle así.

—A ti te hablo así —murmura de mala gana.

—Eso es distinto y lo sabes. Tenemos edades más parecidas.

—¿Estás diciendo que tú y yo estamos al mismo nivel?

—No, no me refiero a eso. Margot y yo estamos casi al mismo nivel, y tú estás en un nivel inferior al nuestro, porque eres la más pequeña. Pero tú y yo estamos en un nivel más parecido que Margot y tú. Intenta entenderlo. No le gusta pensar que le han quitado el sitio.

Kitty hunde los hombros.

—Nadie le ha quitado el sitio.

—Lo único que necesita es un poco de apoyo, nada más. Sé comprensiva.

—Kitty no responde ni levanta la cabeza, pero sé que me escucha—. Pero sí que eres un poco mocosa. —Entonces me mira y se abalanza sobre mí, lo que me arranca una carcajada—. Ahora sube y dile a Gogo que lo sientes. Sabes que es lo que tienes que hacer.

Kitty me hace caso por una vez. Sube la escalera y, un poco más tarde, bajan las dos con los ojos enrojecidos. Entretanto, he recibido un mensaje de Peter, en el que me pregunta si puedo ir a verlo. Le contesto que no puedo porque me voy a cenar con mi familia, pero que lo veré mañana por la noche. Hemos quedado con los chicos en el bar del karaoke después de su festín de carne. Espero saber qué hacer para cuando lo vea.

Esa misma noche, en mi cuarto, me pinto las uñas de verde menta para la despedida de soltera de mañana mientras Margot mira su móvil tumbada en mi cama.

—¿Quieres que te pinte las uñas a ti también? —le pregunto.

—No, me da igual —dice.

Suspiro.

—Escucha, tienes que dejar de estar de malas con Trina. Papá y ella se van a casar, Gogo.

Margot suspira también.

—No se trata solo de Trina. Trina... Trina.

—Entonces ¿qué es?

Margot se mordisquea el labio superior, algo que no le he visto hacer desde que era pequeña.

—Es como si hubiera vuelto con una familia nueva de la que no formo parte.

Quiero decirle que nada ha cambiado, que continúa siendo tan parte de la familia como antes, pero no sería verdad. Aquí, la vida ha seguido su curso sin ella, como lo hará cuando falte yo el año que viene.

Una lágrima se desliza por su mejilla.

—Y echo de menos a mamá.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Yo también.

—Ojalá Kitty hubiera podido conocerla mejor. —Margot suelta otro suspiro—. Sé que es egoísta, pero... creo que en el fondo nunca me había imaginado que papá pudiera volver a casarse. Pensaba que saldría con alguien, que tal vez tendría alguna novia formal en algún momento, pero ¿casarse?

—Yo tampoco lo había pensado —le digo en tono suave—, pero cuando te fuiste a Escocia, no sé... La idea de que estuviera con alguien empezó a tener más sentido.

—Lo sé. Y, además, es bueno para Kitty.

—Creo que piensa en ella como en una madre. Yo me llevo bien con Trina, pero Kitty ha tenido un vínculo especial con ella desde el principio.

—¡Virgen santa, es como una leona con Trina! —Margot deja escapar una carcajada un poco débil—. La quiere un montón.

—Sé por qué te ha molestado tanto lo de la comida coreana. Crees que si papá deja de preparar comida coreana porque a Trina no le gusta, Kitty dejará de tener esa conexión. Y si nos olvidamos de Corea, nos olvidamos de mamá.

—Las lágrimas se deslizan por sus mejillas, que va enjugando con la manga

de la sudadera—. Pero nunca nos olvidaremos de Corea, y nunca nos olvidaremos de mamá. ¿De acuerdo?

Margot asiente y respira hondo.

—¡Hoy ya he llorado dos veces! Es tan poco propio de mí... —Me sonrío, y yo le devuelvo la sonrisa, lo más alegremente que puedo. Frunce el ceño—. Lara Jean, ¿te pasa algo? Pareces un poco..., no sé, melancólica desde que volviste de la Semana Playera. ¿Has tenido algún problema con Peter?

Deseo contárselo todo con desesperación, soltarle todas mis preocupaciones a mi hermana mayor, y que me diga lo que debo hacer. Las cosas serían mucho más sencillas si pudiera indicarme qué hacer. Pero ya sé lo que haría Margot, porque es lo que ya ha hecho.

«No seas la chica que va a la universidad teniendo novio.» Es lo que decía mamá. Lo mismo que dice Margot.

Kristen decidió que la temática de la despedida de soltera fueran los años noventa, porque no hay nada que le guste más a Trina que esa década, de forma que todas nos vestimos con ropa de los noventa. Sinceramente, creo que el verdadero motivo de la temática es que Kristen pueda ponerse una camiseta cortada y presumir de abdominales. Llega a casa con una camiseta azul en la que pone SKATER GIRL y vaqueros anchos, y el pelo con una raya en el medio. También se ha puesto un pintalabios de color marrón, muy mate.

Lo primero que hace es encender una emisora de radio noventa, que resuena por toda la casa. Las chicas hemos quedado aquí, mientras que los chicos (y Kitty) lo han hecho en el restaurante. Y yo me alegro, porque aún no sé qué voy a decirle a Peter.

Todavía nos estamos arreglando. Voy a ponerme un vestidito corto de flores que encontré en Etsy, con medias por la rodilla de color crema y unas manoletinias negras de plataforma. Me estoy haciendo dos coletas cuando Kristen sube a la planta de arriba a inspeccionar, con una copa de Martini en la mano en la que pone «Dama de honor» en letras rosa.

—Ay, qué mona vas, Lara Jean —dice entre sorbitos de su cóctel.

Me aprieto las coletas.

—Gracias, Kristen —le respondo. Me alegro de que mi modelito esté a la altura. Tengo muchas cosas en la cabeza, y no soportaría estropear la noche de Trina.

Kitty y Margot están en la misma planta, donde la primera le pinta las uñas de negro a la segunda. Margot se ha decantado por el rollo *grunge*, con una camisa larga de franela, vaqueros y unas Doc Martens que me prestó Chris.

—¿Qué estás bebiendo? —le pregunta Kitty.

—Un cosmopolitan. Tengo más bebida abajo, en una botella de Sprite.

Pero no para ti, claro.

Kitty pone los ojos en blanco al oírlo.

—¿Dónde está Tree?

—Está en la ducha —le digo.

Kristen ladea la cabeza y me observa con los ojos entornados.

—Te falta algo. —Deja su copa y se pone a rebuscar por su bolso de mano hasta que saca un pintalabios—. Ponte esto.

—Ah... ¿Es el color que llevas puesto? —le pregunto.

—¡Sí! Se llama Toast of New York. ¡En su momento, era lo que más se llevaba!

—Mmm... —Escuro el bulto. Parece que Kristen se haya restregado unos bombones por la boca y el chocolate se le haya secado en los labios.

—Tú confía en mí —dice.

—Estaba pensando en ponerme este. —Dejo el cepillo a un lado y le muestro un brillo de labios de color rosa—. ¿Las Spice Girls no usaban brillos como este? ¿No son de los noventa?

Kristen frunce el ceño.

—Son más de finales de los noventa y principios del dos mil, pero bueno, supongo que valdrá. —Le señala su pintalabios a Margot—. Pero tú sí que tienes que ponértelo. Tu atuendo no es lo bastante noventero. —Observa a Kitty mientras que esta les da los retoques finales a las uñas de Margot—. Yo me las pintaba con rotulador —dice—. No sabéis la suerte que tenéis de tener tantas opciones ahora, chicas. Nosotras nos teníamos que apañar con rotuladores para el negro, y líquido corrector para el blanco.

—¿Qué es el líquido corrector? —pregunta Kitty.

—Madre mía. ¿No sabéis lo que es el líquido corrector, niñas?

En cuanto Kristen se da la vuelta para coger su cóctel, Kitty le enseña los dientes y resopla en silencio.

—Te he visto por el espejo —dice Kristen.

—Eso pretendía —le contesta Kitty.

Kristen le lanza una mirada.

—Date prisa y acaba con las uñas de tu hermana para que empieces con las mías.

—Casi he terminado.

Un minuto más tarde llaman al timbre, y bajan las tres. Oigo que Kristen grita:

—¡Vosotras abrid la puerta, que yo me encargo de las bebidas!

Monique, la compañera de fraternidad de Trina, lleva un vestido de tirantes con estampado de girasoles y una camiseta blanca debajo, además de unas plataformas negras que parecen zapatos espaciales. Su amiga Kendra, de SoulCycle, se ha puesto un mono con una camisola rosa de canalé y un coletero rosa a juego en el pelo. Muchas de las cosas que llevan las usan también las chicas del insti. No hay duda de que la moda es algo cíclico.

La temática noventera ha sido un acierto, porque Trina está como loca de contenta.

—¡Me encanta tu vestido! —me dice Kendra.

—¡Gracias! —le contesto—. Es *vintage*.

Ella retrocede horrorizada.

—Por el amor de Dios, ¿es que ahora los noventa se consideran *vintage*?

—Sí, hija —responde Trina—. Sus años noventa son nuestros años setenta.

Kendra se estremece.

—Eso es terrorífico. ¿Es que somos viejas?

—Estamos de geriátrico —repone Trina, pero de buen humor.

En el coche de camino al karaoke, recibo un mensaje de Peter. Es una foto suya y de mi padre con sus trajes y una amplia sonrisa en la cara. El corazón me da un vuelco al verlo. ¿Cómo voy a dejar a un chico así?

Hemos reservado una sala privada en el bar. Cuando se acerca la camarera, Margot se pide un margarita de granada, cosa que no le pasa inadvertida a Trina, aunque no dice nada. ¿Y qué iba a decir? Margot ya va a la universidad. Cumplirá los veinte dentro de un mes.

—¿Está bueno? —le pregunto.

—Está muy dulce —dice ella—. ¿Quieres probarlo?

Me encantaría probarlo. Peter me ha escrito dos veces desde el restaurante, preguntando qué tal va la noche, y tengo el estómago hecho un mar de nervios. Le lanzo una mirada furtiva a Trina, quien canta un dueto con Kristen. Puede que a Margot no le diga nada, pero tengo la sensación de que a mí sí me regañaría.

—En Escocia, la edad legal para empezar a beber son los dieciocho años —dice Margot.

Le doy un traguito corto, y está bueno, ácido y refrescante.

Mientras tanto, las demás van leyendo los libros de canciones, tratando de decidirse por alguna. La regla de la noche es que solo se pueden pedir temas de los noventa. A la gente le cuesta un poco entrar en materia, pero las bebidas empiezan a llegar a todo trapo, y de repente se ponen a gritar números de canciones para después.

Michelle, la amiga de Trina, es la siguiente. «*There was a time, when I was so broken-hearted...*», entona.

—Me gusta esta canción —digo—. ¿De quién es?

Kristen me da una palmadita en la cabeza con indulgencia.

—Aerosmith, pequeña. Aerosmith.

Entonces se levantan todas y cantan a las Spice Girls.

Margot y yo interpretamos *Wonderwall*, de Oasis. Cuando vuelvo a mi silla, estoy sin aliento.

Kendra, la amiga de SoulCycle de Trina, se balancea al ritmo de cualquier canción noventera que cantan Trina y Kristen a dúo, con su vaso helado de Martini en la mano. Es de color verde lima.

—¿Qué estás tomando, Kendra? —le pregunto.

—Martini de manzana.

—Suena bien, ¿puedo probarlo?

—¡Claro, toma un trago! Sabe tanto a fruta que apenas se nota el alcohol.

Doy un sorbito minúsculo. Está dulce. Sabe a gominolas.

Cuando acaban su número, Kristen y Trina se tiran a mi lado en el sofá mientras que Kendra se levanta de un salto para cantar una canción de Britney Spears.

—Lo único que quiero es que sigamos estando unidas, ¿sabes? —Kristen arrastra las palabras—. No te vuelvas aburrida. No te conviertas en una madre de repente, ¿vale? Es decir, sé que ahora tienes que ser una madre, pero, bueno, no seas una madre de las de toda la vida.

—No seré una madre de las de toda la vida —la tranquiliza Trina—. Jamás podría ser una madre como las de antes.

—Tienes que prometerme que seguirás asistiendo a las catas de vino de los miércoles.

—Lo prometo.

Kristen deja escapar un sollozo.

—Te quiero mucho, nena.

A Trina también se le llenan los ojos de lágrimas.

—Y yo a ti.

El Martini de Kendra se queda en la mesa sin supervisión. Le doy otro sorbito cuando no mira nadie, porque está muy bueno. Y luego otro. Cuando Trina me descubre, me he terminado el vaso. Enarca las cejas.

—Me parece que alguien se ha soltado la melena durante la Semana Playera.

—¡Durante la Semana Playera no ingerí casi nada de alcohol, Trina! — protesto. Frunzo el ceño. ¿Se dice «ingerí» o «ingirí»?

Trina parece alarmarse.

—Margot, ¿está borracha tu hermana?

Levanto las manos en alto.

—Pero, chicas, ¡si yo no bebo!

Margot se sienta a mi lado y me estudia con la mirada.

—Está borracha.

Nunca había estado borracha en toda mi vida. ¿Y ahora lo estoy? La verdad es que me siento muy relajada. ¿Es eso lo que se siente cuando te emborrachas? ¿Como que se te sueltan las extremidades, y parecen de terciopelo?

—Tu padre me va a matar —dice Trina con un gemido—. Acaban de dejar a Kitty en casa. Llegarán aquí en cualquier momento. Lara Jean, tienes que beber mucha agua. Bébeteste este vaso entero. Voy a traerte otra jarra.

Cuando vuelve unos minutos más tarde, llega acompañada de los chicos. Me lanza una mirada de advertencia. «Disimula», articula en silencio. Le levanto el pulgar y salto a los brazos de Peter.

—¡Peter! —grito por encima de la música. Está guapísimo con su camisa de botones y su corbata. Tan guapo que podría llorar. Entierro la cara en su cuello como una ardilla.

»No sabes cuánto te he echado de menos.

Peter me observa con detenimiento.

—¿Estás borracha?

—No, solo he tomado un par de sorbos. De dos copas.

—¿Trina te ha dejado beber?

—No. —Suelto una risita—. Lo he hecho a escondidas.

—Será mejor que te saquemos de aquí antes de que te vea tu padre —dice Peter, recorriendo el bar con la vista.

Mi padre está repasando un libro de canciones con Margot, quien me mira como si dijera «espabila».

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Vamos al aparcamiento a que te dé un poco el aire. —Me rodea con el brazo y me arrastra hasta la puerta y fuera del local.

Salimos y me tambaleo un poco. Peter intenta no sonreír.

—Estás borracha.

—¡Me temo que soy un peso *legero*!

—Peso ligero. —Me pellizca los mofletes.

—Eso. Peso *legero*. Es decir, ligero.

¿Por qué me hace tanta gracia? No puedo parar de reírme. Pero cuando veo cómo me mira, con tanta ternura, me detengo. Se me han quitado las ganas de reír. Tengo ganas de llorar. Fíjate en todo lo que ha hecho para que la despedida de soltero de mi padre sea especial. Fíjate en todas las maneras en que me quiere y me cuida. Debo quererlo y cuidarlo tanto como él a mí. No sabía lo que iba a hacer hasta este momento, pero ahora lo sé.

—Quiero decirte una cosa. —Entonces me enderezo de pronto y le doy un golpe en la clavícula que le hace toser—. Perdona. Lo que te iba a decir es esto: quiero que hagas lo que tienes que hacer y quiero hacer lo que tengo que hacer.

En su rostro se dibuja una media sonrisa. Niega con la cabeza y dice:

—¿De qué hablas, Covey?

—Hablo de que no creo que debamos tener una relación..., una relación a distancia.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Qué?

—Creo que deberías hacer todo lo que tienes que hacer en la universidad, como jugar al *lacrosse* y estudiar, y yo debería hacer lo que tengo que hacer, pero si intentamos seguir juntos, todo se vendrá abajo. Por eso no podemos. Simplemente no podemos.

Parpadea y me mira con gesto inexpresivo.

—¿No quieres que sigamos juntos?

Niego con la cabeza y su expresión dolida me despeja.

—Quiero que hagas lo que tienes que hacer. No quiero que tengas que

hacer nada por mí. Has trabajado mucho para entrar en Virginia, Peter. Es ahí donde debes estar. No en Carolina del Norte.

Se pone pálido.

—¿Has hablado con mi madre?

—Sí. Bueno, no...

Le tiembla el músculo de la mandíbula.

—Entendido. No digas más.

—Espera un momento, escúchame, Peter...

—Bah, no pasa nada. Solo para que conste, a mi madre le mencioné lo de Carolina del Norte como una posibilidad remota. No era nada definitivo, solo una cosa que dije. Pero si no quieres que vaya me parece bien. —Empieza a alejarse de mí, y lo agarro del brazo para detenerlo.

—¡No estoy diciendo eso, Peter! Digo que si te fueras, si renunciaras a todo lo que has conseguido en Virginia, al final terminarías culpándome.

—Déjalo ya, Lara Jean —me corta—. Ya me estaba oliendo que pasaría esto. Has estado despidiéndote de mí desde que decidiste irte a Carolina del Norte.

Le suelto el brazo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—En primer lugar, está el álbum de recortes. Dijiste que era para recordar lo nuestro. ¿Por qué iba a necesitar algo para recordar lo nuestro, Lara Jean?

—¡No me refería a eso! Me pasé meses haciendo ese álbum. Me estás echando la culpa de todo, pero eres tú el que ha estado apartándome. ¡Sobre todo desde la Semana Playera!

—Muy bien, vamos a hablar de lo que pasó aquella noche en la playa. —Noto que me sonrojo mientras me desafía con la mirada—. Esa noche que querías sexo, era como si trataras de ponerle un broche de oro a todo esto. Como si fueras a guardarme en... tu sombrerera. Como si hubiera cumplido mi función como tu primer amor, y ya pudieras empezar con el capítulo siguiente.

Noto que me mareo y me fallan las piernas. Peter, a quien creía entender tan bien.

—Siento que te lo tomaras así, pero no era esa mi intención. En absoluto.

—Está claro que sí era tu intención, porque lo estás haciendo ahora mismo. ¿O no?

¿Hay alguna verdad oculta en sus palabras, por pequeña que sea? Es

cierto que no me gustaría que mi primera vez fuera con otra persona. Es cierto que me apetecía estar con Peter, porque es el primer chico al que he amado. No querría que fuera con cualquier otro que conozca en la universidad. Sería un extraño para mí. A Peter lo conozco desde que éramos pequeños. ¿Acaso estaba tratando de cerrar el círculo?

No. Lo hice porque quería que fuera él. Pero si es así como lo ve, quizá resulte más fácil de esta manera.

Trago saliva.

—Puede que tengas razón. Puede que quisiera que mi primera vez fuera contigo solo para cerrar el capítulo del instituto. De lo nuestro.

Se queda inmóvil. El dolor se pinta en sus ojos, y su rostro se tensa como una casa vacía con las ventanas cerradas. Empieza a alejarse. Esta vez no trato de detenerlo. Por encima del hombro, dice:

—No pasa nada, Covey. No te preocupes.

En cuanto lo pierdo de vista, me echo a un lado y vomito todo lo que he comido y bebido esa noche. Trina, papá y Margot salen del karaoke y me encuentran agachada y jadeante. Papá viene hasta mí corriendo.

—¿Qué te pasa, Lara Jean? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —farfullo, a la vez que me seco los ojos y la boca.

Abre los ojos como platos, asustado.

—¿Has estado bebiendo? —Mira a Trina de modo acusador, quien me frota la espalda—. Trina, ¿has dejado que Lara Jean beba?

—Le ha dado unos sorbitos a un Martini de granada. Estará bien.

—¡No parece que esté bien!

Trina se endereza todo lo alta que es, todavía con la mano en mi espalda.

—Lara Jean ya es una mujercita, Dan. Tú no te das cuenta, porque la sigues viendo como a una niña pequeña, pero ha crecido mucho desde que la conozco. Es capaz de defenderse por sí misma.

—Papá, he sido yo quien ha dejado que tomara unos sorbos de mi copa —interviene Margot—. Eso es todo. Lo que pasa es que no aguanta el alcohol. La verdad es que debería ponerse al día con eso antes de ir a la universidad. No culpes a Trina.

Los ojos de papá van de Margot a Trina, y a Margot otra vez. Ella se ha colocado junto a Trina, hombro con hombro, y en este momento están unidas. Entonces me mira a mí.

—Tienes razón. Todo esto es culpa de Lara Jean. Entrad en el coche.

De camino a casa tenemos que hacer una parada para que pueda vomitar de nuevo. No es el Martini de granada lo que me está matando, sino la expresión en el rostro de Peter. La forma en que se ha apagado la luz de sus ojos. Me duele, y si cierro los ojos, vuelvo a verlo. La única vez que lo había visto así fue cuando su padre no asistió a la graduación. Y ahora tiene esa expresión por mi culpa.

Empiezo a llorar en el coche. Con fuertes sollozos que me hacen temblar los hombros.

—No llores —dice mi padre con un suspiro—. Te has metido en un lío, pero tampoco es para tanto.

—No es por eso. He cortado con Peter. —Apenas puedo pronunciar las palabras—. Si hubieras visto la expresión de su cara, papá. Ha sido... horrible.

—¿Por qué has cortado con él? —pregunta sorprendido—. Es muy buen chico.

—No lo sé —gimoteo—. Ahora no lo sé.

Quita una mano del volante y me aprieta en el hombro.

—Está bien. Está bien.

—Pero... no lo está.

—Pero lo estará —dice, acariciándome el pelo.

Esta noche he tomado la decisión correcta. Sé que es cierto. Dejarlo ir era lo que tenía que hacer.

«Puedo ver el futuro, Peter. Si seguimos por ese camino, nos espera el desamor. Y no voy a consentirlo. Es mejor dejarlo ahora, mientras sigamos pensando bien el uno del otro.»

Me despierto llorando en plena noche, y lo primero que pienso es que quiero retirarlo. He cometido un gran error y quiero borrarlo todo. Después, sigo llorando hasta que me quedo dormida otra vez.

Por la mañana me estalla la cabeza, y ahora soy yo la que vomita en el cuarto de baño, como las chicas de la Semana Playera, pero aquí nadie me sostiene el pelo. Me siento mejor después, pero me tiro al suelo un rato por si me sobreviene otra oleada de náuseas. Me quedo ahí dormida, hasta que Kitty me despierta sacudiéndome el brazo.

—Aparta, tengo que hacer pis —dice, pasando por encima de mí.

—Ayúdame —le pido. Entonces tira de mí hasta que me levanto, y luego se sienta en el váter mientras me echo agua fría en la cara.

—Ve a comerte una tostada —me aconseja Kitty—. Absorberá el alcohol que tengas en el estómago.

Me cepillo los dientes y bajo a la cocina dando tumbos, donde está papá preparando unos huevos, y Margot y Trina comiendo yogur.

—Buenos días, pequeña —me saluda Trina con una sonrisa.

—Parece que te haya atropellado un camión —observa Margot.

—Ahora mismo estarías castigada si no fuera por la boda —dice papá, tratando de sonar severo sin conseguirlo—. Come un poco de huevos revueltos.

La idea me da arcadas.

—Primero que se tome una tostada —indica Margot—. Absorberá el alcohol.

—Eso es lo que ha dicho Kitty.

Trina me señala con la cuchara.

—Y luego, después de meterte algo de comida en el estómago, puedes tomarte dos ibuprofenos. Nunca tomes ibuprofeno con el estómago vacío,

¿entendido? Enseguida te sentirás mucho mejor.

—Jamás volveré a beber —prometo, pero Margot y Trina se miran con una sonrisita de superioridad—. Lo digo en serio.

Me paso el resto del día en la cama, con las luces apagadas y las cortinas echadas. Me muero de ganas de llamar a Peter. De pedirle que me perdone. Ni siquiera me acuerdo de todo lo que dije. Me acuerdo de lo básico, pero mis recuerdos son borrosos. Lo único que recuerdo con claridad, lo que nunca olvidaré, es la expresión afligida de su rostro, y me odio por haberla provocado.

Al final me rindo. Le escribo. Solo son tres palabras.

Lo siento mucho.

Veo los puntos suspensivos al otro lado. El corazón me late como loco mientras espero su respuesta, sin embargo no llega nunca. A continuación le llamo al móvil, pero me salta el buzón de voz directamente y entonces cuelgo. Puede que ya me haya borrado de su teléfono, tal como hizo con su padre. Puede que... ya no quiera saber nada más de mí.

Chris es la primera que se marcha. Esa misma semana viene a mi casa y me suelta la noticia:

—No voy a poder ir a la boda de tu padre. Mañana me voy a la República Dominicana.

—¿Cómo dices?

—Lo sé. Lo siento. —Chris no parece sentirlo en absoluto; tiene una sonrisa enorme en la cara—. Es una locura. Me han hecho una oferta en un hotel ecológico que no he podido rechazar. En la República Dominicana también hablan en español, ¿no?

—Sí. Pero pensaba que te ibas a Costa Rica.

Se encoge de hombros.

—Ha surgido esta oportunidad y la he aprovechado.

—Pero... ¿no puedo creer que te vayas tan pronto! Se suponía que no sería hasta agosto. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé... Creo que eso es lo mejor de todo. Puede que me quede allí seis meses, o que me salga otra cosa y me vaya a otro sitio.

Parpadeo.

—Entonces ¿te vas para siempre?

—Para siempre no. Pero sí por ahora.

Algo me dice que esto sí es el comienzo del para siempre. No veo a Chris volviendo dentro de un año para estudiar en la escuela profesional Piedmont de Virginia. Así es ella, como una gata callejera que va y viene cuando quiere. Siempre cae de pie sobre sus patitas de gata.

—No te pongas tan triste. Te irá bien sin mí. Tienes a Kavinsky. —Durante un segundo, no puedo respirar. Solo con oír su nombre es como si me clavaran un cuchillo en el corazón—. Y, en realidad, todos nos iremos pronto de aquí. Me alegro de no ser la que se queda atrás.

Así es como se sentiría ella si se quedara en casa, estudiando cualquier cosa, trabajando en Applebee's. Me alegro de que vaya a emprender una aventura en lugar de eso.

—Solo es que aún no me lo creo. —No le digo que he cortado con Peter, y que ya no lo tendré más. Lo que importa hoy no somos Peter y yo, sino Chris y el emocionante futuro que le espera—. ¿Puedo ir a ayudarte con el equipaje al menos?

—¡Ya está hecho! Solo me llevo lo más básico. Mi chaqueta de cuero y biquinis.

—¿No deberías llevar zapatillas y guantes de trabajo y esas cosas, por si acaso?

—Llevaré zapatillas en el avión, y ya me compraré lo que necesite cuando esté allí. Esa es la clave para vivir una aventura. Viajar con poco y solucionar el resto sobre la marcha.

Pensaba que Chris y yo íbamos a tener más tiempo para contarnos secretos en mi cuarto hasta la madrugada, comiendo patatas fritas en la cama. Quería afianzar nuestra amistad antes de que se fuera; Lara Jean y Chrissy, como en los viejos tiempos.

Todo se está acabando.

La noche antes de la boda, mientras se enfrían las tartas en la encimera de la cocina y los demás colocan sillas en el jardín, me voy a casa de Chris en coche para despedirme de ella.

Nada más abrir la puerta, me dice:

—Como empieces a llorar no te dejo entrar.

—No puedo evitarlo. Tengo la sensación de que no voy a volver a verte nunca más. —Una lágrima rueda por mi mejilla. Este momento tiene un aire definitivo. Estoy segura de ello. Chris se catapulta hacia su próxima aventura. Tiene un espíritu inquieto. Soy afortunada de haber pasado tanto tiempo con ella como lo he hecho.

—Seguro que me verás la semana que viene cuando vuelva a casa con el rabo entre las piernas —dice en plan de broma, con una mínima vacilación en la voz. A pesar de todas sus bravatas y baladronadas, Chris está nerviosa.

—Qué va. No has hecho más que empezar, Chris. Ha llegado la hora. —Doy un salto y me lanzo a sus brazos. Intento no llorar—. Ya está pasando.

—¿El qué?

—¡La vida!

—Pero mira que eres ñoña —se queja, pero juraría que le veo alguna lágrima en los ojos.

—Te he traído una cosa —le digo. Saco el regalo del bolso y se lo doy.

Ella rompe el papel que lo envuelve y abre la caja. Es una foto de las dos en un marquito con forma de corazón, del tamaño de una bola de Navidad. Salimos en la playa, vestidas con bañadores conjuntados; tendríamos doce o trece años.

—Cuélgalo en tu cuarto vayas a donde vayas, para que todo el mundo sepa que alguien te espera en casa. —Los ojos se le llenan de lágrimas, que se seca con el dorso de la mano.

—Madre mía, eres lo peor —dice.

Mucha gente afirma que los mejores amigos, aquellos que conservas durante toda la vida, se conocen en la universidad, pero yo estoy convencida de que conservaré a Chris durante toda la vida. Soy una persona que se aferra a las cosas. Y me quedaré con ella para siempre.

Al volver a casa, Trina está en su clase de SoulCycle. Papá sigue fuera colocando sillas, Margot está planchando los vestidos de las damas de honor, y Kitty está cortando banderines de papel que colgarán sobre la mesa del postre. Me pongo a preparar el glaseado de la tarta nupcial, de bizcocho con crema de mantequilla, tal y como le prometí a Trina. La tarta de papá ya está hecha, con sus chocolatinas de menta y todo. Este es mi segundo intento con la tarta nupcial: deseché el primero porque no recorté lo suficiente las plantas superiores, y al apilarlas la tarta se quedaba torcida. La segunda sigue estando un poquitín inestable, pero con una buena capa de crema se tapan todos los pecados, o eso es lo que me digo a mí misma.

—Como sigas echándole crema, vas a hacer que nos volvamos todos diabéticos —comenta Kitty.

Me muerdo la lengua y continúo girando la tarta y alisando la cobertura para que quede uniforme.

—Tiene buena pinta, ¿no te parece, Margot?

—Parece hecha por un profesional —me tranquiliza ella, a la vez que desliza la plancha por el dobladillo de su vestido.

Cuando paso corriendo por delante de Kitty, no puedo resistirme a decirle:

—Los tres últimos banderines te han salido mal, que lo sepas.

Ella hace como si no me hubiera oído y empieza a canturrear «Subidón de azúcar, oh, nena, subidón de azúcar esa tarta nos va a dar», con la melodía de esa antigua canción, *Sugar Shack*. Mucho me temo que la culpa es mía por ponerla cuando cocino.

—Esta es la última vez que estaremos solo nosotras —digo, ante lo que Margot me mira y sonrío.

—Me alegro de que ya no estemos solo nosotras —afirma Kitty.

—Yo también —conviene Margot, y estoy bastante segura de que no miente.

Las familias se reducen y aumentan. Lo único que puedes hacer es alegrarte por ello durante todo el tiempo que los sigas teniendo a tu lado.

No puedo dormir, así que bajo a prepararme un té de buenas noches y, mientras lleno la tetera de agua, me asomo por la ventana y veo las brasas rojas de un cigarrillo brillando en la oscuridad. ¡Trina está fuera fumando!

Me estoy planteando si renunciar a mi ritual del té e irme a la cama antes de que me vea, pero vuelve a entrar por la puerta con un bote de Fresca en la mano mientras vació la tetera.

—¡Anda! —dice sobresaltada.

—No me podía dormir —le explico.

—¡No se lo digas a Kitty! —me pide al mismo tiempo.

Las dos nos echamos a reír.

—Te juro que solo me estaba despidiendo. ¡Hacía meses que no me fumaba un cigarrillo!

—No se lo diré a Kitty.

—Te debo una —responde Trina, soltando el aire.

—¿Quieres una taza de té de buenas noches? —le pregunto—. Mi madre lo hacía para nosotras. Es muy relajante. Te hará sentir a gustito y bien para irte a la cama.

—Eso suena de maravilla.

Lleno la tetera y la pongo al fuego.

—¿Estás nerviosa por la boda?

—No, nerviosa no... Un poco inquieta, supongo. Solo quiero que todo marche sin contratiempos... durante la marcha nupcial. —Se le escapa una risita—. Perdona por el juego de palabras, es que me encantan. —Entonces se endereza y dice—: Ahora cuéntame qué está pasando entre Peter y tú.

Empiezo a echar cucharadas de miel en las tazas.

—Ah, pues nada. —Lo último que necesita Trina la noche antes de su boda es que me ponga a hablarle de mis problemas.

Me dedica una mirada.

—Venga, nena. Cuéntamelo.

—No lo sé. Supongo que hemos roto. —Levanto mucho los hombros por no llorar.

—Ay, cariño. Trae aquí ese té y siéntate conmigo en el sofá.

Termino de hacer el té, llevo las tazas hasta el sofá y me siento al lado de Trina, quien se acomoda y nos tapa a las dos con una manta.

—Ahora cuéntamelo todo —dice.

—Creo que las cosas empezaron a torcerse cuando me aceptaron en Carolina del Norte. Habíamos planeado que iría a la William and Mary y después pediría el traslado, de modo que solo estaríamos separados durante el primer año. Sin embargo, la Universidad de Carolina del Norte es mucho mejor, y cuando fui supe que quería estudiar allí. Pero no deseaba estar a medio gas, ¿sabes? —Le doy vueltas al té con la cuchara—. Me apetecía darle una oportunidad real a la experiencia.

—Creo que esa es la actitud correcta al ciento por ciento. —Trina se calienta la mano con la taza de té—. Entonces ¿ese es el motivo de que cortaras con él?

—No, no del todo. La madre de Peter me dijo que él había empezado a hablar de trasladarse a Carolina del Norte el año que viene. Quería que yo terminara nuestra relación antes de que él desperdiciara su vida por mí.

—¡Ostras! ¡La madre de Peter es un poco zorra!

—Esas no fueron sus palabras exactas, pero se refería a eso. —Tomo un sorbo de té—. A mí tampoco me gustaría que se trasladara... Mi madre solía decir que no había que ir a la universidad teniendo novio, porque si no te pierdes toda la experiencia del primer año.

—Bueno, para ser sinceras, tu madre no llegó a conocer a Peter Kavinsky. No tenía todos los datos. Si lo hubiera conocido... —Trina suelta un silbido silencioso—, es posible que hubiera cambiado de opinión.

Se me empañan los ojos.

—La verdad es que me arrepiento de haber cortado con él y ojalá pudiera retirarlo.

Me levanta la barbilla para que la mire.

—Y, entonces, ¿por qué no lo haces?

—Creo que nunca me perdonará por haberle hecho tanto daño. No es de los que dejan que la gente se acerque a él tan fácilmente. Mucho me temo que estoy muerta para él.

Trina se esfuerza por ocultar una sonrisa.

—Lo dudo. Mira, mañana hablarás con él durante la boda. Cuando te vea con ese vestido, te lo perdonará todo.

Aspiro por la nariz.

—No estoy tan segura de que vaya a venir.

—Pues yo estoy segura de que sí. No organizas una despedida de soltero si no pretendes asistir a una boda. Por no mencionar que está loco por ti.

—¿Y si le vuelvo a hacer daño?

Rodea su taza con ambas manos y toma un sorbo.

—No siempre podrás protegerlo del dolor, cariño, por mucho que lo intentes. Ser vulnerable, dejar que la gente se acerque a ti, sufrir... Todo eso forma parte de enamorarse.

Medito sobre lo que ha dicho.

—Trina, ¿cuándo supiste que mi padre y tú ibais en serio?

—No lo sé... Creo que lo decidí sin más.

—¿Qué es lo que decidiste?

—Me decidí por él. Por nosotros. —Me sonrío—. Por el paquete completo.

Parece mentira que, hace tan solo un año, ella no fuera más que nuestra vecina, la señora Rothschild. Kitty y yo nos sentábamos en la escalera de la entrada cada mañana y la veíamos entrar a su coche corriendo y derramarse el café encima. Y ahora se va a casar con nuestro padre. Va a ser nuestra madrastra, y me alegro mucho por ello.

El aire huele a madreselva y a días de verano que duran eternamente. Es la fecha perfecta para celebrar una boda. No creo que haya ningún lugar más bonito que Virginia en junio. Todo está floreciendo, todo está verde, soleado y lleno de esperanza. Cuando me case, es posible que también quiera hacerlo en casa.

Nos despertamos temprano, y parecía que íbamos a tener todo el tiempo del mundo, pero, como no podía ser de otra manera, vamos corriendo como pollos sin cabeza. Trina baja a toda prisa por la escalera vestida con la bata de seda de color marfil que le regaló Kristen. También nos compró unas batas rosa a las damas de honor, con nuestros nombres bordados en letras de oro en el bolsillo delantero. En la de Trina pone «La novia». Tengo que reconocer algo sobre Kristen: puede que sea una pesada, pero tiene buen gusto. Sabe cómo hacer las cosas bien.

La amiga fotógrafa de Trina nos saca una foto con nuestras batas, con Trina en el centro como un cisne bronceado. Entonces llega la hora de vestirse. Al final alcanzamos un acuerdo con respecto al esmoquin de Kitty; se ha puesto una camisa blanca de botones, una alegre corbata de cuadros y unos pantalones hasta los tobillos. Lleva el pelo recogido en lo alto con unas trenzas. La verdad es que está muy guapa, y parece... muy Kitty. Yo me he comprometido a ponerme gipsófilas en el pelo, pero sin corona de flores. También he renunciado a mi idea de los trajes de hada para Margot y para mí. En su lugar, vamos a llevar unos vestidos de flores de los años cincuenta que encontré en Etsy. El de Margot es de color crema con margaritas amarillas, y el mío de flores rosa con una lazada atada al hombro. El que me voy a poner yo debió de pertenecer a una persona bajita, porque no tuvimos que hacerle ni un arreglo, y me llega por la rodilla, justo donde debe hacerlo.

Trina es una novia preciosa. En contraste con su piel morena, los dientes

y el vestido se le ven muy blancos.

—No estaré ridícula, ¿verdad? —Lanza una mirada nerviosa en mi dirección—. ¿Soy demasiado mayor para vestir de blanco? En realidad, ya me he divorciado...

Margot le contesta antes de que pueda hacerlo yo.

—Estás perfecta. Simplemente perfecta.

Mi hermana mayor sabe cómo hacer que las cosas suenen bien. Trina relaja todo el cuerpo, como si respirara hondo.

—Gracias, Margot. —Su voz se vuelve trémula—. Me siento... tan feliz...

—¡No llores! —chilla Kitty.

—Chist —le digo—. No chilles tú. Trina necesita tranquilidad. —Kitty lleva todo el día hecha un manojo de nervios; es como si fuera su cumpleaños, Navidad y el primer día de clase todo junto.

Trina se abanica las axilas.

—Estoy sudando. Creo que me hace falta más desodorante. Kitty, ¿te parece que huelo?

Kitty se arrima a ella.

—Está bien.

Ya nos hemos hecho cientos de fotos, y nos haremos muchas más, pero sé que esta será mi favorita. Salimos las tres chicas Song en torno a Trina, Margot dándole toquecitos bajo los ojos con una servilleta de papel, Kitty subida a un taburete toqueteándole el pelo, y Trina rodeándome con el brazo. Tenemos unas sonrisas muy amplias en la cara. Las cosas se acaban, pero también comienzan.

En cuanto a Peter, no he sabido ni una palabra de él. Cada vez que pasa un coche por nuestra calle, me asomo a la ventana para ver si es él, pero nunca lo es. No va a venir, y no le culpo en absoluto. Pero aún conservo la esperanza, porque no puedo hacer otra cosa.

El jardín está cubierto de lucecitas de Navidad y farolillos blancos de papel. Desde luego, no es como una pared de rosas, pero sigue siendo precioso. Todas las sillas están dispuestas; la alfombra está extendida en el centro para que Trina haga el paseíllo. Saludo a los invitados según van llegando. Es un grupo reducido, de unas cincuenta personas. El tamaño perfecto para una boda en el jardín. Margot se ha sentado en la primera fila

con la abuela, con Nana y con los padres de Trina, para hacerles compañía. Yo doy vueltas de un lado a otro, recibiendo a nuestros vecinos los Shah, a la tía Carrie, al tío Victor y a mi prima Haven, quien me felicita por mi vestido. En todo momento mantengo la vista fija en la carretera, esperando la aparición de un Audi negro que no llega.

Cuando empieza a sonar *Lullaby*, de las Dixie Chicks, Kitty, Margot y yo nos ponemos en nuestros puestos. Papá se coloca en el lugar del novio, y todos miramos hacia la casa, desde la que Trina avanza hacia nosotros. Está resplandeciente.

Nos echamos a llorar durante los votos, incluida Margot, que nunca llora. Han optado por los tradicionales, y cuando el reverendo Choi, el pastor de la Iglesia de mamá, dice: «Puedes besar a la novia», papá se pone rojo como la grana, pero besa a Trina con una floritura. Todo el mundo aplaude; Kitty vitorea. *Jamie Fox-Pickle* ladra.

Fue Trina quien tuvo la idea de que el primer baile fuera entre padre e hijas. Según decía, ella ya había vivido ese momento antes, y no sentía la necesidad de repetirlo, por lo que sería mejor que lo hiciéramos nosotras. Esta semana hemos estado practicando los pasos sobre la pista de baile que alquiló papá.

Habíamos planeado que Margot sería la primera en bailar con él, después entraría yo y, al final, Kitty. La canción que ha escogido papá es *Isn't She Lovely*, la que escribió Stevie Wonder para su hija recién nacida.

Kitty y yo nos apartamos a un lado, aplaudiendo al ritmo de la música. Sé que ya está saboreando el momento en que entrará a bailar en mi lugar.

Antes de que papá suelte a Margot, se le acerca y le susurra algo al oído. Los ojos de ella se llenan de lágrimas. No les preguntaré qué es lo que ha dicho; se trata de un instante para ellos solos.

Papá y yo hemos practicado algunos movimientos. El momento culminante es cuando caminamos uno al lado del otro y nos contoneamos al mismo tiempo.

—Estoy muy orgulloso de ti —me dice—. Mi hija mediana. —Entonces son mis ojos los que se llenan de lágrimas. Le doy un beso en la mejilla y le doy paso a Kitty. Papá la hace girar al mismo tiempo que empieza a sonar la harmónica.

Estoy saliendo de la pista de baile cuando lo veo. Peter, vestido de traje, de pie a un lado, junto al cerezo. Está tan guapo que no puedo resistirlo. Cruzo el jardín sin que me quite la vista de encima ni un momento. El corazón me late desbocado. ¿Ha venido por mí? ¿O solo está aquí porque se lo prometió a mi padre?

Cuando me sitúo delante de él, le digo:

—Has venido.

Peter aparta la mirada.

—Pues claro que he venido.

—Ojalá pudiera borrar todo lo que te dije la otra noche —musito—. Ni siquiera me acuerdo de todo.

—Pero lo dijiste en serio, ¿no? —responde, con la cabeza gacha—. Por eso es bueno que lo dijeras, porque alguien tenía que hacerlo y tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre Carolina del Norte, y que no me cambiara de universidad. —Alza el rostro con pena en los ojos—. Pero deberías haberme dicho que habías hablado con mi madre.

Tomo aire temblorosa.

—¡Y tú deberías haberme dicho que estabas pensando en trasladarte! Deberías haberme dicho cómo te sentías, y punto. Después de la graduación te encerraste en ti mismo, y no me dejabas entrar. Lo único que repetías era que todo iba a salir bien.

—¡Porque estaba acojonado, vale! —exclama. Echa un vistazo por si alguien lo ha oído, pero la música está alta, y todo el mundo baila. Nadie nos mira, y es como si estuviéramos solos en este jardín.

—¿Qué es lo que te daba tanto miedo? —le susurro.

Cierra los puños a los lados de su cuerpo. Cuando habla al fin, la voz le suena áspera, como si no la hubiera usado en mucho tiempo.

—Me daba miedo que fueras a Carolina del Norte y te dieras cuenta de que yo no merecía la pena y me dejaras.

Avanzo un paso en su dirección. Poso la mano sobre su brazo, pero no lo aparta.

—Dejando a un lado a mi familia, para mí eres la persona más especial de este mundo. Algunas de las cosas que dije el otro día las dije en serio, pero no es cierto que quisiera perder la virginidad contigo solo por cerrar un capítulo. Quería que fuera contigo porque te quiero.

Peter me rodea la cintura con el brazo, me atrae hacia sí y, mirándome desde arriba, me dice con tono severo:

—Si ninguno de los dos quiere dejarlo, ¿por qué lo hacemos entonces? ¿Por alguna gilipollez que dijo mi madre? ¿Porque tu hermana lo hizo así? Tú no eres igual que tu hermana, Lara Jean. Nosotros no somos como Margot y Sanderson, o quien sea. Somos tú y yo. Y sí, va a ser duro. Pero nunca sentiré por otra chica lo que siento por ti, Lara Jean. —Lo dice con toda la certeza que solo puede mostrar un adolescente, y nunca lo he amado tanto como en este preciso momento.

Suena *Lovin' in My Baby's Eyes*, y Peter me coge de la mano y me lleva a la pista de baile.

Nunca habíamos bailado este tipo de música. Es la clase de canción para mecerse juntos mirándose mucho a los ojos y sonriendo. Es una sensación distinta, como si ya fuéramos versiones más adultas de Peter y Lara Jean.

Al otro lado de la pista, Trina, Kitty y Margot bailan en círculo, con la abuela en el medio. Mi padre baila con Haven, quien me busca con la mirada y articula «Qué guapo es» en silencio. Peter, no mi padre. Y tiene razón. Es guapo a rabiar.

Jamás olvidaré esta noche mientras viva. Algún día, si tengo suerte, le contaré todas mis batallitas a alguna jovencita, igual que Stormy hizo conmigo. Y podré revivirlas otra vez.

Cuando sea vieja y esté arrugada, volveré la vista atrás hasta esta noche y la recordaré tal y como ha sido.

Como está siendo.

Seguimos aquí. El futuro no ha llegado aún.

Esa misma noche, después de que se marchen los invitados, después de haber vuelto a apilar las sillas, y de haber guardado las sobras en la nevera, subo a mi habitación para quitarme el vestido. Mi anuario está colocado encima de la cama. Abro la contraportada, y allí está la dedicatoria de Peter.

Sin embargo, no es una dedicatoria, sino un contrato.

Contrato modificado de Lara Jean y Peter

Peter le enviará una carta a Lara Jean todas las semanas. Será una carta escrita a mano, no un correo electrónico.

Lara Jean llamará a Peter una vez al día. Si es posible, será la última llamada de la noche, antes de irse a dormir.

Lara Jean colgará en su pared una foto que escoja Peter.

Peter dejará el álbum de recortes en su escritorio para que cualquier parte interesada sepa que está comprometido.

Peter y Lara Jean se dirán siempre la verdad, aunque duela.

Peter siempre amará a Lara Jean con todo su corazón.

La noche antes de partir rumbo a la universidad, anuncian que habrá una lluvia de estrellas de las Perseidas. Por lo que parece, va a ser de las buenas. Peter y yo vamos a ir al lago a verlas. Aunque Kitty no dice nada, también quiere venir; se muere de ganas. Tiene todo el cuerpo rígido por desear pedirlo y no hacerlo. En cualquier otro momento le habría dicho que sí.

Cuando me despido de ella, esboza una mueca de decepción durante un solo segundo, pero lo esconde bien. A veces tiene que ser muy duro ser la pequeña, la que se queda atrás.

Durante el trayecto en coche me consume el sentimiento de culpa por ser tan posesiva con el tiempo que paso con Peter. Es que nos queda tan poco ya... Soy una hermana mayor terrible. Margot la habría llevado con ella.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta Peter.

—No, nada —digo. Me da demasiada vergüenza reconocer en voz alta que debería haber invitado a Kitty a venir.

Cuando vuelva a casa durante las vacaciones de otoño, haremos algo los tres solos. Peter y yo la llevaremos a ver una película en la sesión golfa del autocine, a la que irá en pijama, y pondré una manta en el asiento trasero para cuando se quede dormida. Pero esta noche quiero que estemos Peter y yo a solas, solo por esta vez. No tiene sentido regodearse en la culpa y estropear la noche cuando ya me he decidido por ser egoísta. Y si soy totalmente sincera conmigo misma, lo volvería a hacer. Así de avariciosa soy con cada uno de estos últimos momentos que me quedan con Peter. Quiero que solo tenga ojos para mí; quiero hablar solo con él, que estemos solos los dos durante un rato más. Kitty lo entenderá algún día. Algún día se enamorará de un chico y lo querrá para ella sola, sin tener que compartir su atención con nadie más.

—Deberíamos haber dejado que viniera Kitty —suelto de pronto.

—Lo sé —dice—. Yo también me siento culpable. ¿Crees que se habrá

enfadado?

—Más bien estará triste.

Pero ninguno de los dos propone dar media vuelta con el coche para ir a recogerla. Nos quedamos en silencio, y entonces nos echamos a reír de vergüenza, pero también de alivio.

—La traeremos la próxima vez —me tranquiliza Peter.

—La próxima vez —repito.

Me acerco a él y le cojo la mano. Él enlaza mis dedos con los suyos y los vuelve a soltar, y me consuela saber que esta noche se siente igual que yo, y que no hay nada que nos separe.

Extendemos una manta en el suelo y nos tumbamos uno al lado del otro. La luna parece un glaciar sobre la noche azul marino. Hasta el momento no he visto nada fuera de lo corriente. El cielo está tan normal como siempre.

—Quizá deberíamos haber ido a la montaña —dice Peter, volviendo el rostro hacia mí.

—No, esto es perfecto —respondo—. De todos modos, he leído que para ver las estrellas hay que tener paciencia, estés donde estés.

—Tenemos toda la noche —dice, arrimándome a él.

A veces desearía que nos hubiéramos conocido a los veintisiete años. Los veintisiete parecen una buena edad para conocer a la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida. A los veintisiete aún eres joven, pero con algo de suerte ya estás bien encaminado para convertirte en la persona que quieres ser.

No obstante, entonces pienso que no, que no renunciaría al tiempo que pasé con Peter a los doce años, a los trece, a los dieciséis y a los diecisiete por nada del mundo. Mi primer beso, mi primer novio de mentira, mi primer novio de verdad. El primer chico que me regaló una joya. Stormy diría que ese es el momento más trascendental de todos. Decía que esa es la forma que tienen los hombres de decirte que les perteneces. En nuestro caso, creo que fue más bien al contrario. Fue como supe que Peter me pertenecía a mí.

No quiero que se me olvide ni el más mínimo detalle de esta noche. Su manera de mirarme en este momento. Cómo sigo teniendo escalofríos que me recorren la espalda cada vez que me besa, sin excepción. Quiero aferrarme a todo eso con todas mis fuerzas.

—La primera reunión de sexto curso.

Levanto la vista para mirarlo.

—¿Cómo dices?

—Esa fue la primera vez que te vi. Estabas sentada una fila delante de mí. Pensé que eras guapa.

Me río.

—Buen intento. —Es tan tierno que Peter se invente cosas para parecer romántico...

Pero él continúa.

—Tenías el pelo muy largo y una diadema con un lazo. Siempre me gustó tu pelo, incluso entonces.

—Vale, Peter —digo, alargando la mano y dándole una palmadita en la mejilla.

No me hace caso.

—Llevabas tu nombre escrito en la mochila con letras de purpurina. Nunca había conocido a nadie que se llamara Lara Jean.

Me quedo con la boca abierta. ¡Fui yo misma quien pegó esas letras en mi mochila! Tardé una eternidad hasta que conseguí que quedaran bien rectas. Me había olvidado totalmente de esa mochila. Era mi posesión más preciada.

—El director empezó a elegir nombres al azar para subir al estrado y jugar a una rifa. Todo el mundo levantaba la mano, pero a ti se te había enganchado el pelo en la silla y tratabas de sacarlo, así que no te eligieron. Recuerdo que pensé que quizá debía ayudarte, pero me imaginé que sería raro.

—¿Cómo te acuerdas de todo eso? —le pregunto atónita.

Se encoge de hombros con una sonrisa.

—No lo sé. Simplemente me acuerdo.

Kitty siempre está recalcando la importancia de las historias de los comienzos.

En la universidad, cuando me pregunten cómo nos conocimos, ¿qué será lo que les diré? La versión corta es que crecimos juntos. Sin embargo, eso se corresponde más a mi historia con Josh. ¿Que fuimos novios en el instituto? Esa es la historia de Peter y Gen. Entonces ¿cuál es la nuestra?

Supongo que diré que todo comenzó con una carta de amor.

—Me lo he pasado estupendamente —concluyó feliz—, y siento que eso marca una época de mi vida.
Pero lo mejor de todo fue el regreso a casa.

L. M. MONTGOMERY, *Ana de las Tejas Verdes*

Agradecimientos

Nunca pensé que volvería a escribir un libro sobre Lara Jean, por lo que me siento muy afortunada de tener otra oportunidad para darles las gracias a todos los que me han ayudado a lo largo del camino. Así pues, gracias de todo corazón a mi agente Emily van Beek y al equipo de Folio, a mi editora Zareen Jaffery y a toda mi familia de S & S, pero sobre todo a Justin Chanda, Anne Zafian, Chrissy Noh, Lucy Cummins, Mekisha Telfer, KeriLee Horan, Audrey Gibbons, Katy Hershberger, Candace Greene, Michelle Leo y Dorothy Gribbin. Gracias también a mi primera agente cinematográfica, Michelle Weiner; a mi publicista Brianne Halverson, y a mi ayudante Dan Johnson. También querría expresarles mi agradecimiento a Jeannine Lalonde, del Departamento de Admisiones de la Universidad de Virginia, y a Vincent Briedis, del Departamento de Deportes. Gracias a todas mis amigas y colegas escritoras por leer el manuscrito, darme grandes consejos y animarme a cada paso del camino: Siobhan Vivian, Adele Griffin, Jennifer E. Smith, Melissa Walker y Anna Carey. No podría haberlo hecho sin ellas.

Por último, gracias a mis lectores. Si no fuera por vosotros, no habría escrito este libro, que es vuestro. Espero sinceramente que os hayáis quedado contentos y satisfechos con el desenlace de la historia de Lara Jean. Esta vez lo digo en serio: ha llegado el final para Lara Jean y para mí. Pero siempre vivirá en mi corazón, porque siempre nos quedará la curva en el camino.

Jenny

Para siempre, Lara Jean
Jenny Han

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Always and forever, Lara Jean*

© del texto: Jenny Han, 2017

Publicado mediante acuerdo con Folio Literary Management, LLC y International Editors' Co.

© de la traducción: Rosa Sanz, 2018

© de la fotografía de cubierta: Douglas Lyle Thompson

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18813-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com